

Roberto Díaz Castillo / LAS REDES DE LA MEMORIA

FLACSO - Biblioteca

LAS REDES DE LA MEMORIA

Roberto Díaz Castillo



809.935

D542 Díaz Castillo, Roberto

L Las redes de la memoria / Roberto
Díaz Castillo. -- Guatemala : FLACSO,
1998.

366 p.

1 Biografía 2 Literatura
3 Relatos 4 Anécdotas

720
D543re

© *Roberto Díaz Castillo*

Diseño, diagramación y portada: Tito Chamorro

Procesamiento de textos: Silvio Vela

Edición al cuidado de Irene Menocal Bravo

Fotografía anónima de la portada: el autor y sus
padres

Publicación de la Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales, FLACSO/Programa Guatemala,
con el patrocinio de la Norewegian Agency for
Development Cooperation -NORAD-

El autor es exclusivamente responsable de
las opiniones contenidas en este libro

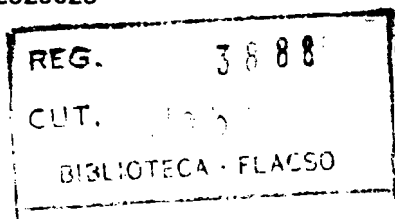
Impreso en Editorial Serviprensa C.A.

3a. avenida 14-68, zona 1

Guatemala, Guatemala, 1998

Teléfonos: 2325424, 2329025

Fax: 2320237



ÍNDICE

RAÍZ ABISAL / 15

Los ecos profundos / 17

Tacita de plata / 25

Realidad real / 27

El "Chucho" / 31

Manuel Galich / 35

¿Juegos o fuegos? / 41

ESCUELA DE DERECHO / 45

La Asociación de Estudiantes Universitarios / 47

La intervención norteamericana / 55

DULCE PATRIA / 73

Rumbo a Valparaíso / 77

El asilo contra la opresión / 81

Tomás Lago / 87

El techo de América / 95

AJENA GUATEMALA MÍA / 99

Lanzas y letras / 101

Luis Cardoza y Aragón / 105

Antonio Fernández Izaguirre / 115

El Partido / 125

En la dirección universitaria: *Alero* / 135

Mi casa / 141

Mis pocos cuadros / 147

ULTRAMAR / 151

Madrid / 153

Praga / 157

Aquí Pekín: habla Pekín / 159

Christa / 167

Florescia / 173

CARTAS MEXICANAS / 175

La región más transparente del aire / 177

José Moreno Villa / 181

Camino de Guanajuato / 185

Pintura de México / 191

CORAZÓN MARTIANO / 197

La Revolución Cubana / 199

La Casa de nuestra América / 205

Juan Marinello / 209

La ciudad de los balcones / 211

Los amigos / 213

José Celestino Ruiz Elcoro / 219

Odilio Urfé / 221

ESTOY EN NICARAGUA / 227

Comenzar, otra vez comenzar / 229

César Jerez / 237

Julio Valle-Castillo / 239

Rogelio Ramírez Mercado / 241

Claribel Alegría / 243

El modelo sandinista de transformación social / 245

ÍNTIMA MORADA / 263

¿De quién de las dos estoy hablando? / 265

La ruta del altiplano / 267

Atitlán / 271

Chichicastenango / 273

Totonicapán / 275

Semana Santa / 277

CALIGRAFÍAS / 279
Enrique Muñoz Meany / 281
Eunice Odio / 287
La Rotonde / 289
Manuel José Arce / 293
Carlos Navarrete / 301
Lya Kostakowsky / 305
Mozart / 307
<i>Las dos Fridas</i> / 309
Julio Cortázar / 311
José de Jesús Martínez / 313
Augusto Monterroso / 317
Luis Díaz / 319
Brian O'Donnell / 321
El hijo pródigo / 323
Miguel Angel Asturias / 327
Los seis ensayos de Pedro Henríquez Ureña / 329
Carlos Mérida / 333
Eduardo Galeano / 337
Jorge Sarmientos / 339
Los hermanos Cuadra-Vega / 343
Luis Brito García, mi amigo venezolano / 347
El abrazo de Bernal y Omar / 349
El "Moro" / 353
Alaide Foppa / 357
Mario Monteforte Toledo / 361
La Reseña / 365

A

Pamela

José León

Camilo

Alenka

*Desde que salí de mi tierra
me gustan los recuerdos.*
Alfonso Reyes

Eres un muerto con memoria...
Luis Cardoza y Aragón

*..quien corre allende los mares
muda de cielo, pero no muda de
corazón...*
Luis Cernuda

*Al llegar a este punto de mis recuerdos,
advierto que bien puedo equivocarme,
de cuando en cuando, en asuntos de
fecha, y anteponer o posponer la
prosecución de los sucesos. No importa.*
Rubén Darío

RAÍZ ABISAL

LOS ECOS PROFUNDOS

Las calles y avenidas de la capital de Guatemala estaban empedradas. Para cruzarlas en época de lluvias se tendía puentes de una a otra acera. Al salir de la escuela de párvulos Federico Froebel, jugábamos hasta empaparnos. A veces, las correntadas eran fuertes y en las esquinas se formaban peligrosas pozas. Un compañero de clase se ahogó en las cercanías de mi casa. No lo olvido y, sin duda por él, tampoco olvido esos puentes. Es éste mi primer recuerdo.

Días antes, días después, me perdí en la Feria de Jocotenango. Le confié mi suerte al policía de tránsito: "Estoy perdido -le dije-. Mis padres se llaman fulano y sutana y vivo en la quinta avenida norte número 73".

Por urgencias económicas, la familia entera debió trasladarse a Cobán, cabecera del departamento de Alta Verapaz. A mis hermanos y a mí recién nos habían vacunado contra la viruela. Viaje ingrato ese. La carretera -antiguo camino de mulas- desafiaba amenazantes abismos y era en extremo lodosa. Infinita. Entre Guatemala y Cobán está Salamá, cuna de mi padre. Tierra seca, áspera. Lagartijas, garrosos e iguanas viven allí como en los albores del planeta.

Al llegar a Cobán -ardíamos en la fiebre de las vacunas- una banda militar tocaba *Viva mi desgracia* en el kiosko del parque. El autobús nos dejó frente a la Catedral. Seis de la tarde de un día domingo. La Catedral y el convento, contruidos en el siglo XVI por los frailes dominicos, se impu-

sieron ante nosotros. Supimos luego que se trataba de dos monumentos arquitectónicos, sedes del obispado de fray Bartolomé de las Casas en 1556. (Ricardo Caal Champney, amigo cobanero de la niñez, ha escrito minucioso ensayo histórico sobre este templo). Al costado izquierdo se hallaba la casa donde nos alojaríamos. Mi madre –nacida en Masaya, Nicaragua, cuando mi abuelo, exiliado como yo, luchaba contra la tiranía de turno–, abiertos sus ojos inmensos se hizo cargo de nuestro destino. Y mi padre –joven entonces, pequeñito y grande como era– asumió de inmediato no sé qué responsabilidades mientras concluía *Viva mi desgracia* entre los aplausos de la concurrencia a la retreta dominical. Empezaba mi vida consciente.

Los niños indios nos acogieron mal. Mis hermanos varones y yo compartíamos con ellos la escuela pública. Nos hostilizaban por "extraños", por "exóticos". Se mofaban de nuestros pantalones cortos y nos tocaban las nalgas. Pronto nos pusieron apodos en kekchí, lengua de su grupo étnico. Éramos extranjeros en nuestra propia tierra. Los días sábados, en el mercado, llegaron a ser torturantes para mi madre. No le vendían nada a menos que se expresara en kekchí. Eduardo Tziboy, empleado de la casa, adolescente aún, la sacaba siempre del aprieto. Por él aprendimos lo indispensable del vocabulario y algunas palabritas de pícaro connotación sexual.

Junto a esta realidad indígena había otro mundo. El de los cafetaleros alemanes, muy numerosos allí. Mi padre, farmacéutico químico, llegó a hacerse cargo de la droguería y el laboratorio que ellos habían establecido en el centro del poblado. Precisamente en la planta baja de nuestra residencia. Él tendría a la sazón treinta y cinco años. Fija en mis ojos su imagen tanto como la de sus amigos con quienes se reunía los viernes por la noche. El abogado, el

odontólogo y el médico de la localidad –apuesto pianista de origen francés–, más una señora alemana que jamás faltaba a esas veladas de doméstico *music hall*, integraban la exclusiva y alegre hermandad. Se divertían bailando a lo *french-can-can* hasta el amanecer.

Una tarde, mientras mi padre dormía la siesta, mi madre decidió confiarme algo que, según dijo, yo debía saber: a José León Castillo, tío materno, lo había asesinado Ubico, el dictador.* Para los niños, Ubico lo era todo. Su nombre suplantaba el del país. Verlo de cerca se me volvió obsesión. La oportunidad la tuve al alcance, nada más que por niño, en una de sus visitas anuales a Cobán. Me aproximé a él agitando en la mano mi banderita azul y blanco, y algún "cariño" intentó hacerme en la cabeza. Fumaba en una larga boquilla de marfil y oro y en el bolsillo izquierdo de su abrigo escondía, cabeza afuera, un diminuto perro chihuahua. Estuve tan cerca de él como su perro. Era el asesino de José León Castillo.

Yo tenía seis años.

Ilusoria la visión que conservo de los alemanes en Cobán. No me percaté de la ignominiosa realidad del trabajo

* "...volvió Castillo a Chiquimula, bajo la amenaza que personalmente le hiciera el general Ubico de aplicarle la «ley fuga» en la primera oportunidad. Y la oportunidad llegó". "Le rompieron los brazos, le quebraron las piernas, le saltaron un ojo y un golpe más alevé y brutal le hundió el cráneo. Entonces cayó muerto, y como había que justificar el asesinato, se le arrojó a un abismo, para propalar la especie de «fuga». Del fondo de ese abismo se extrajo el cadáver tumefacto, y metido dentro de un saco plástico y éste en una caja miserable, se le entregó a la esposa con la terminante prohibición de abrir el ataúd sangrante, y así fue sepultado". (Clemente Marroquín Rojas, "Documentos para la historia. Cómo fue asesinado el Lic. José León Castillo", La Hora, Guatemala, 9 de octubre de 1989).

indígena en las plantaciones de café. Es la mía, en esos primeros años de los siete que viví en Alta Verapaz, una visión infantil, engañosa, alucinante por ello. Llevo en mí aquella imagen bucólica ajena a todo razonamiento.

Junto a mis hermanos, hice amistad con hijos de esos alemanes cuyas fincas y mansiones me deslumbraban tanto como sus juguetes y sus libros, de cuyas páginas impresas a todo color emergían, en relieve, campañas erizadas de molinos de viento, riachuelos, arbolitos cargados de frutas y pájaros, duendes, hadas dueñas de varitas encantadas y gnomos que habitaban casas construidas con muros de caramelo. Los cuentos de Grimm, Andersen y Perrault completaban sus tesoros bibliográficos. Ediciones bilingües, necesarias para sus estudios de español.

En no pocos casos, esos amigos forjados en la infancia perduran y siguen siendo queridos. ¿Dónde estás, Oswald Hess? ¿Y tú, Elfriede Krings?

Durante la Segunda Guerra Mundial, Ubico expulsó del país a sus padres cumpliendo instrucciones del gobierno norteamericano. De madrugada, desde el balcón de mi dormitorio, observé la escena de la despedida, que tenía lugar en pleno parque central. Otro tatuaje en la memoria.

El mundo indígena se me fue revelando poco a poco. Y con él aquella Alta Verapaz evangelizada por el padre Las Casas, fría y lluviosa, pródiga en lagunas y ríos que, como el Polochic y el Cahabón, eran casi vírgenes. Rica en fauna y flora presas hoy de los depredadores. Monos, cocodrilos, tortugas, camarones, peces y caracoles gigantes estaban a la vista de quien remontara las aguas de estos ríos. El quetzal sobrevolaba aquel edén para luego volver a las montañas de Purulhá.

Fue entonces cuando descubrí mi tierra, mis raíces. Cuando comprendí que de ese pasado arranca mi presente.

El ámbito indígena dejó de ser aquel mercado en principio hostil y ajeno. La cultura aborígen, mayoritariamente kekchí y pocomchí, empezó a interesarme: el mercado mismo, las procesiones de Semana Santa presididas siempre por la pequeña imagen de San Antonino con su mano derecha en alto, los *saquixes* –versión local de los cucuruchos sevillanos arraigados en las regiones ladinas del país–, vestidos con túnicas blancas por la mañana, moradas por la tarde y negras a partir de la crucifixión del Viernes Santo, ceremonia que se celebraba con la mayor fidelidad a los patrones romanos. El resto eran paganismo y fe cristiana indiferenciados. Confundidos los viejos ritos indígenas con los impuestos por la conquista. Las imágenes, llevadas en hombros por los *saquixes*, se saludaban inclinándose de derecha a izquierda y luego hacia adelante. A esto le llamaban "cortesías" y tenían lugar en ciertos puntos del itinerario seguido por la procesión. El Jesús Nazareno salía un viernes de la Catedral hacia la iglesia de El Calvario y regresaba el siguiente, a lo largo de la cuaresma. El olor a *pom*, incienso y corozo es abismo insondable en mi memoria olfativa.

En aldeas y poblados de Alta Verapaz –Tamahú, Senahú, Tukurú, Tactic (en cuyo cerro más alto se rinde culto al Cristo de Chixim, muy milagroso a decir de los fieles), San Miguel Chicaj, San Pedro Carchá, San Cristóbal, Santa Cruz, San Juan Chamelco–, los indígenas imponían, junto a sus trajes ancestrales, los hábitos y costumbres que, según confesión del cronista Ximénez, no intentaron o no pudieron modificar los colonizadores. Quedaba a resguardo –y queda aún– el rincón inviolable de los orígenes.

El ritual más o menos pagano de las cofradías indígenas y el rigor de las rúbricas que tenían lugar en la Catedral, vecina de mi casa, confluyeron sin duda en mi pronta aproximación a la Iglesia. Fui monaguillo del padre Galguera, sacerdote español ya entrado en años que tenía debilidad por mí. Gracias a él conocí las intimidades y secretos de la sacristía y la liturgia católica, apostólica y romana. Los domingos, vistiendo sotana roja, roquete y zapatos negros de charol, lo ayudaba en la misa. Sostenía la patena de plata cuando los feligreses recibían la comunión. Quise mucho al padre Galguera. Más de una vez llegó a sugerirme que profesara el sacerdocio. También por él, y por mis padres, que eran sus amigos, gocé de la simpatía del obispo, monseñor Luis Montenegro y Flores, cuyo atuendo cotidiano llamaba mi atención: sobre el mar fucsia de la sotana la esclavina negra, y, sobre su cabeza, el bonete, también fucsia, rematado en un pompón de seda negro. En la mano izquierda, cruzada por las primeras arrugas y cubierta de grandes pecas, lucía la esposa obispal que yo besaba al saludarlo, rindiendo en tierra la rodilla derecha. Las medias, del mismo color fucsia de la sotana, descansaban dentro de altos zapatos negros de charol escudados por doradas hebillas. Fumaba cigarrillos de tusa, que sostenía entre el pulgar y el índice con una curiosa pinza de oro. Le ayudé en solemne misa pontifical. Colmé así mis sueños de acólito. Ahora, cuando recorro hito a hito el curso de mi vida, pienso, con Serguei Eisenstein, en que mi ateísmo es similar al ateísmo de Anatole France: inseparable de la adoración por las formas visibles del culto. Quizás debido a esta circunstancia mantenga permanente devoción por la Semana Santa guatemalteca. Carlos Navarrete, a quien me parece que le ocurre lo mismo, me decía en nuestros años mozos: "Vamos a cargar a las

procesiones de Antigua Guatemala, porque allí, como los cucuruchos usan capirote con careta, los del Partido no podrán reconocernos".

Afirma Juan Rulfo, en boca de alguno de sus personajes, que nada puede durar tanto, que no existe ningún recuerdo por intenso que sea, que no se apague. Pienso lo contrario: estas vivencias no se apagarán jamás.

Pocos meses antes de cumplir trece años, al finalizar los estudios de primaria, mi padre decidió llevarme a la capital para iniciar la secundaria. El viaje lo hicimos juntos en un avión Ford, de hélice, con motores descubiertos que parecían intestinos de acero expuestos al aire. La línea se llamaba Aerovías de Guatemala y era propiedad de un señor de apellido Demby, amigo personal de Ubico, en cuya carnicería de gran fama trabajaba Tito Monterroso. Así lo cuenta él en alguno de sus escasos textos autobiográficos.

Mi niñez quedaba atrás. Se abrían las puertas de esa incertidumbre que es el resto de la vida.

TACITA DE PLATA

*A Amérigo Giracca,
a Enio Rossi*

En tiempos de Ubico, el dictador, se afirmaba con orgullo que la capital de Guatemala parecía una tacita de plata. Y era cierto. Pequeña, limpia, con pocos habitantes, podía recorrerse a pie. No obstante, había dos empresas privadas de buses cuyos propietarios, venidos de Italia, inauguraron toda una época del transporte urbano en el país. Las rutas, suficientes para atender la demanda, prestaban servicios de excelencia. Por cinco centavos de quetzal — moneda equivalente al dólar — se daba la vuelta a la ciudad. Me gustaba subirme a esos buses color naranja, de confortables asientos tapizados en cuero café. No olvido su inconfundible olor y recuerdo con precisión los uniformes de conductores, cobradores e inspectores, vestidos estos últimos con traje azul de botones dorados y cubiertas sus cabezas con un quepis negro tejido en mimbre brillante. Abordar un bus era cotidiano acontecimiento. A ciertas horas, se sabía con exactitud con quiénes se compartiría el viaje. Los pasajeros, que no alcanzaban a llenar el vehículo, escogían el sitio de su preferencia. Casi todos nos conocíamos, aunque sólo fuera de vista. Un recorrido significaba, a veces, sentarse junto a la muchacha del barrio a la que de otra manera era imposible ver. Mudos amores de adolescencia intensamente vividos en esos buses.

A menudo, los amigos vecinos preferíamos irnos a pie hacia el instituto en que cursábamos la secundaria y que-

darnos con el valor del boleto. Así, caminando, forjamos afectos que han durado tanto como la vida.

Los domingos, cuando iba a visitar a mi abuela paterna, acostumbraba recorrer la ciudad de norte a sur. Me detenía en las iglesias coloniales — La Merced, donde se venera al Jesús Nazareno que talló Mateo de Zúñiga en 1654 y se halla la colección de imaginería pequeña resguardada en escaparates empotrados en las gruesas columnas de la nave central, Catedral, Capuchinas, San Francisco—; en los salones de billar y dominó, precedidos de angosta sala para limpiabotas; en las ventas de dulces e imágenes religiosas del Portal del Comercio; en las vitrinas de las tiendas de lujo. Llamaban mi atención los portones que distinguían a las casas de las familias ricas: maderas finas recubiertas de cera o barniz, decoradas con rosetones y broches de bronce reluciente, aldabones y tocadores — repetida, en variados diseños, la manita cortada que empuña una bola—, buzones para recibir correspondencia y placas que identificaban al propietario del inmueble.

De regreso, entrada la tarde, obligado el paso por el Parque Centenario. A las seis, en la Concha Acústica, el concierto de la banda marcial. Valses vieneses, preludios wagnerianos, oberturas — Rossini, von Suppe, Weber—, marchas militares. Música ligera.

Ciudad que cabía en la palma de la mano. Pequeñita y provinciana. Tacita de plata.

REALIDAD REAL

A José Barnoya

La reforma liberal, iniciada en 1871, proscribió en Guatemala la enseñanza religiosa. Surgieron entonces las escuelas prácticas, las escuelas normales y los institutos nacionales calcados en patrones franceses influidos por el enciclopedismo y el positivismo. Ubicó militariza estos últimos y los convierte en cuarteles. La educación sigue siendo laica, afrancesada. En las ciencias naturales, las matemáticas y los idiomas, se trabaja con rigor. Obligatorios el latín, francés e inglés. Se ignoran las ciencias sociales. Sobresale una pléyade de maestros y gana público reconocimiento: Enrique Muñoz Meany, Manuel Galich, Ramón Cadena Hernández, René Montes Cobar, José Mata Gavidia. Desafiantes en la cátedra. El alumnado, salido en su mayor parte de la clase media, incluye a hijos de burgueses y altos funcionarios del régimen. El prestigio del Instituto Nacional Central de Varones atrae a no pocos estudiantes de países centroamericanos.

En este establecimiento inicio mi bachillerato a principios de 1944. Los ejercicios y la disciplina militares corren parejas con el estudio. A las siete de la mañana se cierra el enrejado portón y el clarín llama a filas para escuchar la orden del día, calzada siempre con la firma de "el coronel director". Cuatro erguidas araucarias presiden la rutinaria ceremonia, sembradas una en cada esquina del amplio patio cuadrangular. Las transgresiones al sistema normativo se castigan con plantones, carga de armas, pelotones,

sentadillas y domingos de arresto. Un oficial tiene a su cargo cada sección y un estudiante antiguo, llamado galonista o celador, desempeña el papel de asistente. Más que los oficiales, estos últimos nos hacían insoportable la vida.

En abril empezamos a prepararnos para el desfile militar del 30 de junio, con el cual se conmemora el triunfo liberal de 1871. Ubico encabezaba ese desfile montado en caballo blanco y lucía uniforme al estilo napoleónico.

Los preparativos consisten en marchas hasta el Campo de Marte, donde tiene lugar el ensayo de la parada. En el trayecto cantamos el Himno del Soldado:

Soy soldado, patriota y valiente,
de la tierra de la libertad,
Guatemala será independiente,
porque juro servir con lealtad.

Corre el mes de junio. Se aproxima la fecha del desfile. Para los alumnos de primer año es ilusionante estrenar uniforme de gala y marchar, armados, tras la compañía de cabaleros cadetes de la Escuela Politécnica. Tambores, bandas, pendones, clarines, ecos de las voces de mando. Un orgullo inocente nos hincha el pecho.

La ciudad se convierte en escenario de protestas y manifestaciones políticas contra la dictadura. Circulan hojas sueltas. Se llama a la huelga general. Nuestro aporte consiste en abandonar las aulas, en lanzarnos al patio para despojarnos de guerreras y birretes y pasar en ronda silenciosa ante la dirección del plantel y la sala de oficiales. Se intenta un asalto al arsenal, pero las armas han sido sustraídas la noche anterior. A fin de contrarrestar la huel-

ga, un decreto del gobierno suspende las clases. El 25 de junio, la caballería disuelve a tiros una manifestación encabezada por maestros y estudiantes universitarios. Cae María Chinchilla, dirigente magisterial. Un documento firmado por 311 personalidades representativas de diversos sectores sociales exige la renuncia del tirano. Lo suscribe hasta su médico de cabecera. Dimite Ubico, nombra un triunvirato militar y abandona el país. Al abordar el avión, previene a los guatemaltecos: deben cuidarse de *cachurecos* (clericales) y comunistas. Falta el trance más difícil. La revolución, que empieza a gestarse, triunfará en octubre.

Oro ígneo los ojos de mi madre.

EL "CHUCHO"

Nunca supe por qué le decían "Chucho". Alto, espigado, como solía autorretratarse, dueño de distinguido porte, gustaba vestir con elegancia. Boxeaba trazando círculos con ese juego de piernas y ese vuelo de abeja que décadas después haría famoso a Cassius Clay. Corría en competencias de motocicletas y aun en esas lides imponía su refinamiento. No fue jamás lugar común.

Uniformado de galonista, me recibió a golpes en el Instituto Nacional Central de Varones, tal como se "bautizaba" a los alumnos de nuevo ingreso. A golpes en la cabeza con el botón dorado de su birrete de cabo. Me pidió –me exigió– que en adelante le llevara un pan con jamón y otro con frijoles y queso. Le expliqué que vivía como huésped en el hogar de un matrimonio amigo de mis padres y que me era imposible acceder a su requerimiento. Ante mi negativa, volvió a golpearme. Inconscientemente, empezamos a ser amigos. Pasé varios días con la cabeza coronada de hematomas mientras surgía entre nosotros el germen de la amistad.

Al reinstalarse mi familia en la capital, lo llevé a casa. Mi madre lo acogió bien, con disimulada reserva. "Es mucho mayor que tú. Busca amigos de tu edad".

Los cuatro años del bachillerato los cursamos juntos. Me deslumbraban su desenfado, su perspicacia, su don para convencerme de que la vida está hecha de placeres irrenunciables. Por él leí cuanto pude de Enrique Gómez Carrillo, a quien consideraba guía infalible. Cuando me

prestó un ejemplar de *Treinta años de mi vida*, me advirtió, solemne, que allí estaba todo lo que yo debía aprender. Esa misma noche, sin pausa alguna, concluí la lectura de aquellas páginas. A la mañana siguiente, el "Chucho" se presentó con otro libro de su devoción: *Escenas de la vida bohemia* de Murger. Reparo ahora en que no le atraían esas obras por razones literarias sino porque descubría en ellas un estilo de vida que era el suyo. Entre los libros que me dio y su forma de ser, todo era literal coincidencia. Este texto de Gómez Carrillo, subrayado por el "Chucho" en sus lecturas, lo retrata a la medida: "He amado, he soñado, he creído, he esperado, he sido libre, me he embriagado en todas las copas de la pasión, he orado en todos los santuarios del mundo, y si he padecido, también he gozado. Por eso, cuando medito en mi suerte le doy gracias al Cielo, que me la deparó tal cual es."

Insisto: a mi amigo no le interesaba la literatura sino la vida.

Trasnochador, bebedor, bailarín de *blues*, boleros y danzones, el "Chucho" me introdujo en el mundo de los cabarés en boga. El *Ciro's* y el *Casablanca*, los de mayor boato. Me invitaba a éstos pero también concurríamos a antros de "medio pelo". Se complacía presentándome a cantantes y músicos de la farándula. En el *Ciro's*, la orquesta del maestro Julio Reyes, dirigida por él mismo desde el piano. Con *Nereidas* y *Almendra*, los danzones, llegaba el frenesí. María Alma, las hermanitas Julián, Los Churumbelles de España, Los Bocheros. Convidaba a su mesa a las *vedettes* de fama y bailaba con ellas. Me azoraba obligándome a hacer lo mismo. Mal discípulo de mi voluptuoso e influyente maestro.

Por el "Chucho" conocí a otro compañero de estudios que dejó huella en mi vida. Hijo de un general allegado a Ubico, Paco era sin duda un tarambana igualmente dotado para los placeres mundanos. Gracias a él supe de los vericuetos y trampas de billares y salas de juego donde los perdedores empeñaban hasta lo que tenían puesto. Allí dejó Paco algún traje nuevo que le presté para asistir a una fiesta. De visita en casa me inducía a deshacerme de cuadritos, tapetitos, estatuillas y toda clase de adornos por los que –aseguraba– me darían dinero a cambio en el Monte de Piedad. Dejé de verlo.

Lustros después, Paco participó en histórico movimiento insurgente y llegó a ser uno de sus comandantes. En medio de aquella efervescencia revolucionaria –hablo de los años sesenta–, se rumoreaba que el de Paco era un grupo trotskista.

Escudándose en el seudónimo que usaba, me dio cita a inmediaciones del hospital Bella Aurora. Mientras aguardaba al desconocido, Paco se aproximó a mi vehículo y dio rienda suelta a una plática trivial. Alegre por tan inesperado como grato reencuentro, pero contrariado por su inoportuna presencia, intenté despedirme. "Yo soy el comandante Ramón" –me dijo cortante–. Atónito, conversé con él acerca de los asuntos que motivaban aquella junta clandestina.

Cayó luego en una emboscada. Junto a él murieron destacados dirigentes de la lucha guerrillera. Fernando Arce Behrens, uno de ellos.

Al finalizar el bachillerato, el "Chucho" y yo nos inscribimos en la Escuela de Derecho. Nuestra amistad se enfriaba progresivamente. No sólo por la escasa frecuencia con

que nos veíamos sino por mis primeras actividades políticas, a las que él era ajeno.

Adelanto en más de un lustro estos tramos de mi vida y evoco al "Chucho" en nuestra última entrevista. La conspiración interna y externa contra el presidente Arbenz derrocó a su gobierno. Los dirigentes estudiantiles debimos escondernos para luego salir del país. Pasé a casa por mis prendas personales y coincidí con el "Chucho". Llegó a prevenirme sobre los riesgos que corría, a expresarme que el viaje era inaplazable. Me obsequió un revólver calibre 38 corto, nos abrazamos y se marchó.

Decía su tarjeta de visita: *Rodolfo Cabrera Arroyo Altamirano y Velasco.*

MANUEL GALICH

A Finita

Eran los meses de julio o agosto de 1944. Guatemala se aprestaba a inaugurar sus "diez años de democracia en el país de la eterna tiranía". Los estudiantes del Instituto Nacional de Varones, desmilitarizado por el movimiento revolucionario en ciernes, recibíamos como nuevo director a Manuel Galich –líder en las jornadas que derrumbaron la dictadura– investido de la autoridad civil que reclamaba la juventud. Fue la primera vez que lo vi. La primera vez que lo oí. La primera vez que su palabra –"verbo de la revolución"– estremeció aquel patio poblado de adolescentes que, desprovistos del uniforme castrense, velamos en Galich al arquetipo del héroe popular.

En el Congreso Nacional de la República, del que fue su primer presidente, Galich, dramaturgo, se tornó legislador. Suyo fue el proyecto de ley contra el servilismo. Incorruptible, pecaba de ingenuo. Luis Cardoza y Aragón le escribió entonces, en alguno de sus libros, esta dedicatoria: "A Manuel Galich, autor de la Ley Galich y otras comedias."

Siendo miembro del gobierno, Galich advirtió que el movimiento obrero se corrompía. A esa época se debe *La mugre*, pequeño drama satírico que alcanzó exitosas representaciones en el Teatro Cervantes y que la ortodoxia dogmática recibió con disgusto. No le importó ser acusado de contrarrevolucionario, de pequeñoburgués desorientado y desorientador. Mantuvo su crítica. No se rindió.

(Ahora, mientras hago estos recuerdos, Galich recibió emotivo homenaje póstumo en México. En una sala de la ciudad se representó *El extensionista*, espectáculo políptico-musical de Felipe Santander que ha ganado significativos premios nacionales e internacionales –Xavier Villaurrutia, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Casa de las Américas– y que tiene similitud con *La mugra*).

Edgar Lemcke, estudiante de medicina asesinado en una manifestación pública*, era, con otros, dirigente de un movimiento civil –civilista– que pretendía acabar con todo

* El 23 de julio del 50 un grupo de amigos íntimos de Lemcke publicó el siguiente escrito:

“Los abajo firmantes, todos estudiantes universitarios y amigos íntimos del extinto compañero Edgar S. Lemcke, en vista de que su trágico fallecimiento ha sido objeto de las más diversas especulaciones políticas, y habiéndose omitido intencionalmente su credo y realidad revolucionaria, con el extraviado propósito de servir intereses que pugnan con la que fue su inalterable postura democrática; al pueblo de Guatemala hacemos la siguiente declaración:

Consideramos un deber nuestro evitar la profanación de su nombre y de su ideología, dada la entrañable y vieja relación de amistad que nos ha unido a través de largos años de convivencia estudiantil. En tal virtud relataremos algunos pasajes de su siempre encomiable actuación cívica.

Durante los días álgidos de la agonía ubiquesta, apoyó incondicionalmente la huelga con que el Instituto Nacional Central de Varones contribuyó a los sucesos de junio y julio de 1944.

Meses después respondió con su presencia al llamado que la directiva de la Asociación de Estudiantes del Instituto Central de Varones hiciera para la integración de la Guardia Civil, organizada con el propósito de mantener el orden y las garantías ciudadanas.

Fue miembro fundador de la Entidad Cívica Guatemalteca, creada en mayo de 1949, con el fin de iniciar una campaña política de carácter civilista.

Durante los sucesos de julio (18 y 19) del mismo año, permaneció en la Dirección General de la Guardia Civil, luchando en defensa del gobierno constitucional y la Revolución.

→

rastró militar en la conducción política del Estado. Las elecciones presidenciales se aproximaban y los nombres escogidos por este candoroso movimiento eran tres: Enrique Muñoz Meany, Manuel Galich y Jorge García Granados. Ingenua quimera de imberbes, apasionados novatos en el ejercicio del sufragio.

Tengo presente, a propósito, que voté por Galich en las elecciones de 1951. El único voto que he depositado en mi vida. Cuando le referí esta anécdota en la Casa de las Américas -1977-, Galich, como solía hacerlo, se rió es-truendosamente y me dijo: "Estabas equivocado. Era otro el camino".

Así fue en verdad. Los sectores revolucionarios habían escogido a Jacobo Arbenz para presidente de Guatemala. Galich no vaciló en contribuir con su caudal político al

Fiel a sus posturas civilistas trabajó por la fundación del Partido del Pueblo, habiendo sido electo Subsecretario de Organización de la primera directiva.

En cuanto a los últimos acontecimientos políticos acaecidos en esta capital, y su participación en los mismos, estamos en capacidad de afirmar que estuvo abiertamente en contra de las fuerzas representativas de la reacción y el oscurantismo.

Por último, hacemos del conocimiento público que obran en nuestro poder documentos del extinto, reveladores de su auténtica convicción revolucionaria, y la correspondencia que sostuvimos cuando se ausentó del país.

Estos documentos y la mencionada correspondencia, estamos dispuestos a hacerlos conocer ampliamente si la situación así lo exige, dado el gran número de «amigos» improvisados que hoy tratan de explotar y comerciar sectariamente con su desaparición.

No está demás manifestar que estamos en completo acuerdo con la huelga estudiantil, tendiente a la destitución del ministro de Gobernación, señor César A. Solís, y la captura y castigo severo del criminal. Prohibimos terminantemente que este documento que hoy suscribimos, sea usado con fines políticos. Firman: Abel Girón Ortiz; Humberto Flores; Roberto Díaz Castillo; Carlos Luis Reyes; Guillermo Fortín Gular-te; Francisco Augusto Lemus; Roberto Mariscal C.; Carlos E. Cifuentes; Américo Giracca C.; Ricardo Savino C." (**Nuestro Diario**, 24 de julio de 1950).

triunfo de Arbenz, de quien hizo esta semblanza en su libro *Por qué lucha Guatemala*: "Conocí a Jacobo Arbenz pocos días después del 20 de octubre de 1944. Tenía la misma edad que yo: 30 años. Era un joven vigoroso, de conformación atlética. Aunque con indicios de fatiga, su rostro blanco pálido, más todavía por el cabello, las pestañas y las cejas rubias, expresaba la radiante satisfacción del deber ciudadano bien cumplido. Su juventud, sus modales reposados, su fina urbanidad y su atildada y no deliberada elegancia no eran bastantes para quitarle la prestancia de quien había comandado la batalla del 20 de octubre".

Añade Galich: "Al momento de conocerlo y después de conversar con él tuve la convicción de que Arbenz tenía la materia prima de los grandes constructores de nacionalidades".

Ojeando la correspondencia de Enrique Muñoz Meany, canciller de la revolución guatemalteca y luego embajador en París, descubrí una carta suya dirigida al presidente Arévalo reveladora de la personalidad de Galich. Se había producido una asonada militar contra el gobierno, que el pueblo armado derrotó en cuarenta y ocho horas. En medio del fuego, Galich se dirigió por radio a todo el país para explicar la naturaleza y los objetivos del golpe. Demandaba a sus colegas decir la verdad sobre las causas aparentes y reales de aquel suceso en cuya gestación perdió la vida el jefe de las fuerzas armadas.

Dice la carta de Muñoz Meany: "El triunfo democrático alcanzado por las fuerzas populares y militares al debelar la rebelión castrense y reaccionaria del 18 del corriente, ha sido una plena demostración de la fuerza de un régimen instaurado y mantenido en el respeto a la libertad. Así lo

dijo Manuel Galich en su magnífico discurso de ayer'. Y añade: 'También insisto en la urgencia de esclarecer los antecedentes y circunstancias de la trágica muerte del coronel Arana, diciendo al pueblo toda la verdad, aun cuando deba rectificarse el infortunado boletín informativo que difundiera el Ministerio de Gobernación desorientando a la opinión pública. Se está creando para el gobierno una grave responsabilidad histórica que no se conjura con la inexactitud ni con el silencio'.

El transcurso del tiempo y no aquel boletín gubernamental ha puesto los hechos en claro. Galich y Muñoz Meany estaban en lo cierto. La verdad ha prevalecido sobre la razón de Estado.

En noviembre de 1953, reunido en Montevideo con dirigentes estudiantiles uruguayos, se me pidió que propusiera el nombre de un guatemalteco capaz de explicar en el seno de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay la situación política de Guatemala. No dudé en mencionar sólo a Galich. Pero mi propuesta no fue acogida. Galich era embajador del gobierno de Arbenz y se suponía, quizás con razón, que su actitud sería unilateral. No obstante esa reserva, se acordó invitarlo. Poco después, en mensajes de aquellos dirigentes confirmé lo que sabía de antemano: las conferencias de Galich llenaron el recinto universitario y su persuasiva palabra conmovió al multitudinario auditorio. En 1954, ya no embajador sino exiliado, Galich tuvo en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay su más firme apoyo.

Gracias a los jóvenes agrupados en esa organización, a su tenacidad y coraje, el ex presidente Arbenz pudo establecer su residencia en Montevideo. Conservo una

carta de Arbenz y otra de Galich en las que cada quien reconoce el respaldo y la solidaridad recibidos de los universitarios uruguayos y de las federaciones estudiantiles de otros países sudamericanos.

El maestro y su alumno del Instituto Nacional de Varones coincidimos en La Habana en 1977. A Casa de las Américas debo ese reencuentro. Compartí entonces con Galich el jurado que otorgó el Premio Simón Bolívar. De ahí en adelante puedo decir que gocé de su amistad, ruidosa y afable como él. Lo visité en La Habana en reiteradas ocasiones. También estuvimos juntos en mi casa de Managua. Un atraso inoportuno del avión me impidió verlo antes de su muerte.

¿JUEGOS O FUEGOS?

Teníamos más o menos dieciséis años. Cursábamos el bachillerato. Nuestra Revolución de Octubre estaba en sus albores. Caída la dictadura, jugábamos a la democracia platónica en el instituto que nos había recibido antes con rigores y solemnidades castrenses. Éramos ciudadanos de una república ideal. Teníamos una suerte de gobierno igualmente ideal. Y muchos oradores. Elegíamos a nuestros representantes. Jugábamos también a la lucha ideológica. En la clase de preceptiva literaria hablamos leído a Ismael Cerna, quien desde la cárcel fustigó en un poema a Justo Rufino Barrios, caudillo de la revolución liberal y presidente del país a fines del siglo pasado: *"Quiero por fin, yo que tu furia arrostro,/que sin temblar agonizar me veas,/para lanzarte una escupida al rostro/ y decirte al morir: ¡maldito seas!"* En uno de los frecuentes concursos de oratoria que celebrábamos, la emprendí contra Barrios a pesar de mis simpatías por el movimiento revolucionario que él encabezó. ¿Defendía, acaso, los derechos humanos? Nadie comprendió mi exabrupto. La memoria de Barrios era, como dicen los juristas, cosa juzgada a su favor. Fue, sin duda, la primera expresión de mis inconformidades políticas. El poema de Cerna encendió mi furia adolescente. Mario López Larrave, quien décadas después llegó a ser decano de la Escuela de Derecho, orador de verdad, víctima de las balas de uno de tantos gobiernos militares, se me acercó para inquirir el porqué de mi actitud y jugarme una broma vitriólica como todas las

suyas. En parte, tenía razón. Después de todo, Barrios era el prócer de aquella contienda en la que los liberales vencieron a los conservadores. Sin ninguna consistencia ideológica –¿cómo podía tenerla?–, sin más conocimientos históricos que los aprendidos en las aulas, yo me sentía un liberal, un revolucionario. Mi abuelo materno y otros familiares cercanos –hablo de José León Castillo, el maestro, el educador convertido en guerrillero contra Manuel Estrada Cabrera, y del otro José León Castillo, mi tío, asesinado por Ubico– fueron liberales de la estirpe más auténtica: la de Lorenzo Montúfar. No obstante –Barrios me defraudaba–, ese fue mi debut político. Mi primer desafío a una verdad establecida. Al dogma.

Aquella lejana república griega daba frutos enternecedores. Acudíamos a la ópera –el maestro Miguel Sandoval, quien la creó, hizo invitar a los mejores solistas internacionales del momento–; a los conciertos de la orquesta sinfónica y de los conjuntos de música de cámara; al teatro experimental; a las presentaciones del ballet, la zarzuela y la opereta; a las exposiciones de artes plásticas, actividades todas promovidas por el régimen revolucionario.

Obedeciendo quién sabe a qué impulsos, a qué necesidades vitales hacíamos propio ese mundo. Don Amulfo Ortega, miembro de notable familia de músicos y uno de los primeros violines de la Orquesta Sinfónica Nacional, nos permitió el acceso a los ensayos semanales del conjunto. Vimos dirigir a Kleiber, Morel, Fendler, Stokowski, al chileno Víctor Tevah, a Clemens Kraus, quien, en la ópera *Leonora* número 3, sacaba la trompeta del escenario para que se oyera desde lejos, tal como lo exige la partitura. Escuchamos a Menuhin, Heifetz, Fournier, Casadó, Firkusny, Arrau, Odnoposoff. Asistir a estos conciertos se convirtió en hábito, más aún cuando Jorge Sarmientos

asumió la responsabilidad de los timbales y, luego, la dirección de la orquesta. Con el Ballet Guatemala nos ocurrió lo mismo. Elizabeth Morgan y Fernando Méndez, bailarines solistas, abrieron las puertas de la Escuela de Danza. No resistí la tentación e hice alguna vez clase de barra. Las consecuencias no tardaron en producirse: músicos, bailarines, gente de teatro, pintores y escultores irrumpieron en la Universidad –cerrada a la cultura no académica– al llamado de nuestras frecuentes Semanas de Arte. El maestro Salvador Ley, director del Conservatorio Nacional de Música, nos apoyó siempre. Repito: éramos ciudadanos de una república ideal –real, sin embargo–, que apenas pudo cumplir los diez años. La década fatal de las revoluciones centroamericanas.

Retorno a la adolescencia.

Los amigos íntimos tuvimos la idea de fundar una agrupación, un círculo que auspiciara reuniones culturales a las cuales pudieran acudir los vecinos del barrio. En el zaguán de la casa de Américo Giracca, su hermana Nora daba recitales de violín; Américo exhibía obras suyas –*La que quería tener los ojos verdes*– junto a copias de Rembrandt, Millet, Modigliani y algunos pintores impresionistas; Lorenzo Alegrías, muerto tempranamente, exponía óleos impecables de pintor nato (conservo una de esas telas, de irreprochable factura); Carlos Navarrete leía textos propios –¿recuerdas, Carlitos, tu ensayo sobre el ubiquismo académico y la nueva pintura de Guatemala?–, poemas de Raúl Leiva y Carlos Illescas. Yo, lo confieso, me disfrazaba de Luis Cardoza y Aragón para leer cuartillas imperdonables sobre las muestras de pintura en turno. Entre mis lecturas *La nube y el reloj*, en ejemplar tomado a hurtadillas

de la biblioteca de Julio Camey Herrera. Carmen, hija de Julio, jurista notable, dirigente de la izquierda revolucionaria asesinado por los escuadrones paramilitares, nos permitía el acceso a los libros de su padre. Amérigo guarda ese ejemplar. Lecturas como ésta nos aproximaron al pensamiento de Luis Cardoza y Aragón y Enrique Muñoz Meany. Eran acaso las únicas luces en el ámbito de las ideas estéticas.

Edgar Lemcke, cuyo talento dramático despuntaba en las veladas universitarias de la Huelga de Dolores, se unió a nosotros para tocar la guitarra con lumbre y pulso. Tenía dieciocho o diecinueve años cuando en la encrespada marea de una manifestación de respaldo al presidente Arévalo, un verdugillo anónimo atravesó su corazón.

Aturdidos, nacíamos a la luz. A las tinieblas.

ESCUELA DE DERECHO

LA ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

La sociedad El Derecho, creada el 15 de septiembre de 1899, y la Juventud Médica, organizada más o menos en esa época, son precursoras de la Asociación de Estudiantes Universitarios de Guatemala, cuya fundación se produjo el 22 de mayo de 1920. A partir de entonces, esta entidad, de carácter perpetuo según reza el acta constitutiva, ha orientado las actividades de la juventud universitaria y encabezado jornadas cívicas de histórica trascendencia. La participación de los estudiantes universitarios en la caída de Jorge Ubico, el autócrata de los 14 años, fue, por ejemplo, determinante. En principio, la Revolución de Octubre de 1944 tuvo numerosos protagonistas universitarios. Estudiantes y profesionales, en su mayoría gente de clase media. La profundización del proceso revolucionario generó pronto contradicciones sociales que llegaron a dividir al estudiantado y sus asociaciones. La unanimidad de otrora cedió paso a incipientes discrepancias ideológicas. Parte considerable de los estudiantes y profesores destacados en la lucha contra Ubico, ocupó tempranamente cargos relevantes en el nuevo gobierno. Privada de sus elementos más progresistas, la universidad —autónoma por obra de la revolución— se enclaustró y la mayoría estudiantil se marginó de la vida política. "Apolíticos", "eminentemente universitarios", los retrógrados en ciernes. La burguesía universitaria y alguna proporción significativa de la pequeña burguesía, comenzaron a disentir del empeño

revolucionario. La promulgación del código del trabajo y la ley de reforma agraria, acentuaron esa tendencia. Y, por supuesto, la postura antimperialista de los presidentes Arévalo y Arbenz.

Estas eran las circunstancias cuando ingresé a la Escuela de Derecho. No me guiaba vocación jurídica alguna sino intereses específicos: literatura española y americana, sociología, historia de la filosofía. Algo análogo sucedía a compañeros con quienes he compartido amistad perdurable y avatares sin fin: José Antonio Mobil, Antonio Fernández Izaguirre, Ariel Déleon, Carlos Navarrete, Otto René Castillo.

Los primeros ejercicios políticos los hicimos en el seno de la asociación de estudiantes El Derecho. El miércoles de cada semana se celebraba asamblea general. Se discutían allí asuntos académicos y problemas nacionales. Riguroso reglamento de debates, probablemente calcado en el del Congreso Nacional, normaba el uso de la palabra y el trámite de las mociones. Los estudiantes de cursos avanzados manejaban ese reglamento a la perfección y hacían alarde de tal habilidad. No era fácil aventurarse al desafío.

Las corrientes conservadora y progresista dentro del movimiento estudiantil cobraron tanta importancia como sus enfrentamientos. Producto de esta contienda es la elección de miembros de la junta directiva y del congreso de la Asociación de Estudiantes Universitarios, que nos llevó a regir sus destinos. José Antonio Mobil, Ariel Déleon y Mynor Pinto, representando a la asociación El Derecho, llegaron al congreso. Asumí la presidencia de la junta directiva y ejecutiva en septiembre de 1953.

La crisis política se agrava en el país. No sólo por la labor legislativa de la revolución en pro de los sectores popula-

res, sino por el acaecimiento de un hecho que repercutirá en el movimiento estudiantil: la muerte del jefe de las fuerzas armadas, silencioso adversario político de Arévalo y Arbenz, a quienes los oligarcas responsabilizan del suceso. Una asonada militar, que el gobierno sofoca en cuarenta y ocho horas, escinde aún más a los amigos y enemigos de la revolución. La propaganda interna y externa de estos últimos, orientada desde Washington, divide a los guatemaltecos en "comunistas" y "anticomunistas". Paradójicamente, la ley de reforma agraria apenas pretendía convertir a Guatemala, de un país semicolonial y semifeudal, en un país capitalista.

Vocero estudiantil, publicación creada y dirigida por Antonio Fernández Izaguirre, comentó así nuestro triunfo electoral: "Las personas que integran la nueva Junta Directiva y Ejecutiva de la A.E.U. son una positiva esperanza de trabajo intenso, que colocará a la Federación en el plano que le corresponde. Se necesitaba actividad, trabajo eficiente, y quienes resultaron electos, son activos y trabajadores. Se necesitaban muchachos responsables, y quienes fueron electos, lo son. Por fin, la A.E.U. hará algo más que la fiesta de la Autonomía Universitaria."* Ni esta nota periodística, ni mi breve discurso de toma de posesión, ni la entrevista que me hizo La Voz de Guatemala, radio nacional, en aquellos días, revelan inquietudes políticas de los nuevos dirigentes de la federación estudiantil. Apoyados por las fuerzas de izquierda que respaldaban las transformaciones impulsadas por el gobierno de Arbenz, hacíamos énfasis, sin embargo, en reivindicaciones académicas, en afanes de índole cultural. Queríamos — dije en ese discurso y esa entrevista — "unificar a los estudiantes

* *Vocero estudiantil*, n. 19, Guatemala, octubre de 1953, p. 1.

de la universidad en la preocupación por el planteamiento y resolución de nuestros más urgentes problemas. Nos interesa una labor en la que la mayoría, si no la totalidad del elemento estudiantil, participe en forma activa..." Nuestra la iniciativa de modificar la ley orgánica de la universidad a fin de conseguir la representación paritaria de profesores y estudiantes en el gobierno académico. Nos guiaban los postulados de la reforma universitaria de Córdoba. Leíamos con devoción a Gabriel del Mazo.

Ajenos a cualquier forma de militancia política, pero ajenos también a prejuicios o reservas en su contra, madurábamos al ritmo de los acontecimientos.

Entre tanto, los planes de trabajo que ofrecimos al electorado se cumplían puntualmente. Habríamos hecho mucho más en condiciones distintas. A pesar de la adversidad, son inobjetables las realizaciones: apareció el número uno de *AEU, boletín de información de la Asociación de Estudiantes Universitarios* (enero, febrero, marzo, 1954), dirigido por Antonio Fernández Izaguirre; quedó impreso el primer número de la revista *Cuadernos universitarios*, quizás el proyecto en que ciframos las más ambiciosas esperanzas; se fundó el Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales ("tendrá como orientación principal la investigación de fuentes directas y la preparación de obras de originalidad y calidad que contribuyan al conocimiento de la realidad nacional"). Mario Monteforte Toledo, Isidro Lemus Dimas, Manuel Villacorta, Roberto Irigoyen, Dagoberto Vásquez, José Joaquín Pardo y Roberto Díaz Castillo formamos la junta directiva. Janos de Szcécsy, animador del proyecto, lo dirigía. El programa de trabajo del instituto, dividido en trimestres, está reproducido íntegramente en el boletín informativo. Asimismo, la explica-

ción concerniente al adscrito Cine Club, sin precedentes en el país.

Como parte del cursillo sobre técnica arqueológica, atendido por Szcécsy, se emprendieron excavaciones en Iximché y Utatlán; impartió Roberto Irigoyen un curso de urbanismo; Mario Monteforte Toledo dictó, los días Jueves, un ciclo de conferencias sobre historia de Centroamérica. Se inauguraron el Cine Club, que exhibió películas de vanguardia, científicas y documentales, y la biblioteca.

En el número uno del boletín (nonato el dos, quedó en la imprenta), reprodujimos facsimilarmente el acta constitutiva de la Asociación de Estudiantes Universitarios y una fotografía de su primera directiva. El doctor Carlos Mauricio Guzmán, decano de la Facultad de ciencias médicas, me obsequió estos y otros documentos que, con celo, cuidé. A solicitud de Jorge Rosal, presidente en dos ocasiones de la asociación, se los entregó mi padre cuando me hallaba exiliado en Chile. Sé, por Jorge, que están asegurados en un banco.

A *Cuadernos universitarios*, volveré luego. Concluida su impresión (año I, vol. I, enero-junio 1954, Guatemala, Imprenta Universitaria, permiso legal 1389B-1M. 5o.-6-54, impreso No. 370), que coincidió con el derrocamiento de Arbenz, el rector de la universidad, Vicente Díaz Samayoa, mandó suprimir las páginas dedicadas a la X Conferencia Interamericana de Caracas y la declaración de la Asociación de Estudiantes Universitarios en defensa de la soberanía nacional. Confiscó la edición completa y la hizo desaparecer. Se dice que fue quemada. Durante su rectorado, impidió investigar lo ocurrido.

Cuajaron muchos otros esfuerzos de menor envergadura. Recuerdo el decreto que manda fiscalizar los cuantiosos recursos económicos que se perciben para la

festividad denominada Huelga de Dolores, con miras a utilizarlos en el otorgamiento de premios a los mejores participantes y en la constitución de un fondo destinado a obras de beneficio estudiantil; el envío de un delegado al Congreso de la Unión Internacional de Estudiantes celebrado en Varsovia; la protesta dirigida a Fulgencio Batista, presidente de Cuba, por el encarcelamiento de los estudiantes cubanos que asistieron al Festival mundial de la juventud llevado a cabo en Bucarest; la participación estudiantil en la Segunda asamblea de la Unión de Universidades de América Latina (Santiago de Chile) y la asistencia a la Conferencia internacional de los estudiantes de arquitectura (Roma).

Jesús García Añoveros, historiador español que cinco lustros después se ocupó de los hechos reseñados, dedujo conclusiones propias: "Se trata de un período verdaderamente fecundo en las actividades y en la toma de postura de la A.E.U. Entre este período y el anterior hay una diferencia radical tanto cuantitativa, en cuanto a la intensidad de sus actuaciones, como cualitativa por la ideología democrática-progresista que van a enmarcarlas. Sorprende la actividad que la AEU desarrolla en menos de un año. Sin lugar a dudas, este corto período, que abarca desde el 15 de septiembre del 53 hasta la caída de Arbenz, ha sido el más dinámico y brillante en toda la historia de la AEU. Esto se debe a dos factores fundamentalmente: por una parte, a la actuación y colaboración decidida por parte de la AEU en el campo cultural universitario, consiguiendo que un grupo de estudiantes, corto en número pero de categoría humana y científica, intervenga y potencie culturalmente a la universidad; y por otra parte, a que la AEU se define políticamente a favor del progreso democrático y económico en que se había embarcado el gobierno de Arbenz,

intentando que la universidad se abriera a los problemas del pueblo y, por primera vez en su historia, se inclinara a favor de las reivindicaciones obreras y campesinas." "Como se puede fácilmente constatar, la AEU, en el corto espacio de tiempo de que dispuso, a partir del 15 de septiembre de 1953, dio comienzo a tres ambiciosos programas culturales como fueron el *Boletín*, los *Cuadernos universitarios* y el Instituto de Investigación. Todo ello es exponente de la inmensa labor realizada por la AEU en ese período y que viene a confirmar las afirmaciones que antes se hicieron. Sin embargo, todo este trabajo fue barrido materialmente con la desaparición del régimen de Arbenz. El triunfo de la contrarrevolución encabezada por Castillo Armas dio al traste, al menos de momento, con todos los dirigentes de la AEU, la ideología y otras actividades que ellos representaban."*

No expresaba el adversario ideas propias. ¿Teníalas acaso? Pétreo, tal el medio, proclamábase anticomunista. Secular su desencuentro con la cultura: artes, letras, sistemas filosóficos. Obseso, poseído por el fantasma del comunismo.

* Jesús García Añoveros, "El «caso Guatemala» (junio de 1954: la universidad y el campesinado)", en revista *Alero* no. 28, tercera época, 1978, pp. 141-143.

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA

Es verdad comprobada en los archivos del Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia del gobierno norteamericano, que éste tuvo decisiva participación en el derrocamiento del presidente Arbenz. Sin embargo, cuarenta años atrás, ese mismo gobierno hacía pasar por caudillo de un movimiento de liberación nacional al mercenario Carlos Castillo Armas.

Expertos norteamericanos que investigaron en esas fuentes, confirman lo dicho: NACLA, **Anatomy of an intervention** (North American Congress on Latin America), Berkeley, California, 1974; Stephen Schlesinger, Stephen Kinzer, **Bitter fruit, The untold story of the american coup in Guatemala** (Doubleday & company, inc.), 1982. Yo mismo publiqué extenso catálogo acerca del tema: "El «caso Guatemala» (1954). Contribución a una bibliografía", en **Universidad de San Carlos** (Universidad de San Carlos de Guatemala, anuario académico, segunda época, no. 5, 1974), Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala, p. 42).

No ignoro los factores internos condicionantes de la caída de Arbenz. Tampoco este axioma enunciado por Engels: "Las causas externas sólo operan a través de las causas internas".

RDC

¿Cuál fue la actitud de la Asociación de Estudiantes Universitarios ante la intervención norteamericana de 1954? Prescindo de la memoria y acudo a inéditos papeles. Coyunturales, impostergables páginas.

Mynor Pinto, presidente en funciones del Congreso de la Asociación de Estudiantes Universitarios, dirigió la asamblea celebrada por este organismo el 3 de junio de 1954. Presentes en la reunión el presidente e integrantes de la junta directiva y ejecutiva de la entidad y los presidentes de las asociaciones de estudiantes de odontología, humanidades, agronomía y ciencias económicas.

José Antonio Mobil, representante de la asociación El Derecho, resumió, en once puntos, hechos que constituyen amenazas a la soberanía nacional. Pidió se emitiera un pronunciamiento dirigido a los estudiantes, a la opinión pública y a los universitarios de América. Mynor Pinto, quien apoyó la iniciativa de Mobil, explicó que las amenazas y lesiones a la soberanía nacional obedecían a las reformas sociales impulsadas por la revolución desde 1944, entre las cuales algunas limitaban los beneficios de empresas extranjeras establecidas en el país. Agregó que los gobiernos de los países a que pertenecían tales empresas, desataron una campaña publicitaria tendiente a señalar a Guatemala como un peligro para la seguridad del hemisferio. "...no nos debe importar nuestras posiciones políticas particulares acerca de la situación interna, sino que todos los universitarios debemos coincidir en la defensa patriótica de la soberanía nacional". (Acta de fecha 13 de junio de 1954, autorizada por Mynor Pinto y Roberto Díaz Castillo).

La discusión de formalidades estatutarias impidió el tratamiento de propuestas concernientes al bloqueo económico, la violación del espacio aéreo por aeronaves extranjeras, el monopolio de las noticias internacionales. Se suspendió la asamblea para celebrarla, satisfechos los requerimientos normativos, el 7 del mismo mes de junio.

No dispongo del acta de la sesión de esa fecha, pero sí del documento aprobado y suscrito unánimemente por los asistentes:

DECLARACIÓN UNIVERSITARIA EN DEFENSA DE LA SOBERANÍA NACIONAL

"Guatemala es una República libre, soberana e independiente, organizada con el fin primordial de asegurar a sus habitantes el goce de la libertad, la cultura, el bienestar económico y la justicia social".

Artículo 10. de la Constitución.

"Desarrollar los principios éticos y cívicos del elemento universitario".

De los fines de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU); inciso c) del artículo 40. de los Estatutos.

El Congreso, la Junta Directiva y Ejecutiva de la Asociación de Estudiantes Universitarios (A.E.U.), reunidos en sesión conjunta extraordinaria con los presidentes y secretarios de las asociaciones particulares que integran la Federación, ACUERDAN:

RECHAZAR enérgicamente todo intento de intervención extranjera que, bajo cualquier pretexto, vulnere la soberanía nacional y amenace la integridad territorial.

CONDENAR todas aquellas falsas informaciones que en contra de Guatemala propalan sectores interesados en deformar la realidad nacional, así como todas aquellas medidas coercitivas de carácter económico o de cualquier otra índole que lesionen los intereses soberanos de nuestro pueblo.

DECLARAR categóricamente que en caso de hacerse efectivas las amenazas a nuestra soberanía, los estudiantes universitarios de Guatemala estarán dispuestos a defender la dignidad de la Patria. **HACER** un llamamiento a todos los universitarios de América y del Mundo, para que manifiesten su solidaridad a nuestra actitud en defensa de los derechos de Guatemala.

Guatemala, Casa del Estudiante, 7 de Junio de 1954.

Br. Roberto Díaz Castillo, Presidente de la A.E.U.; Br. Mynor Pinto Acevedo, Presidente Interino del Congreso y Secretario del mismo; Br. Carlos Augusto Posadas, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Químicas y Farmacia; Br. M. Méndez Escobar, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Económicas; Br. Luis René Sandoval, Presidente de la Asociación de Estudiantes El Derecho; Br. Leopoldo Sandoval, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Agronomía; Br. C. Fuentes Parra, Presidente de la Juventud Odontológica; Br. Severo Martínez, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Humanidades; *Secretarios de las organizaciones*: Br. R. Posadas H., Secretario de El Derecho; Br. Rafael Cobar Urrutia, Secretario de la Juventud Odonto-

lógica; Br. F. Villagrán S., Secretario de la Asociación de Estudiantes de Ciencias Económicas; Br. J. Osuna, Secretario de la Asociación de Estudiantes de Humanidades; Secretario de la Asociación de Estudiantes de Ingeniería; Secretario de la Asociación de Estudiantes de Agronomía; *Por la Junta Directiva y Ejecutiva*: Br. Roberto Quezada, Br. Ramón Morales, Br. Mario Pinzón, Br. Eduardo Almazán, Br. Arcadio Madrid, Br. Antonio Vaides, Br. F. Lacayo; *Por el Congreso de la A.E.U.*: Br. Rodolfo García Valdéz, Br. César López A., Br. J. A. Mobil, Br. Ariel Déleon M., Br. Mario Chávez G., Br. O. Ortiz Mayén, Br. Abelardo Martínez, Br. Miguel A. Cambroner, Br. M. Midencey, Br. Raúl Calderón, Br. Mario Bocanegra, Br. F. Monges.

Se difundió por todas partes la declaración universitaria. Dentro y fuera del país. Reproducida en diarios locales, en despachos internacionales de prensa. "...somos los primeros en responder al llamado que la Federación ha hecho a todos los estudiantes universitarios para defender la soberanía nacional y la integridad del territorio patrio...", expresó en su mensaje el Frente Universitario Democrático. Al pie, las firmas de Ricardo Ramírez de León y Mario René Chávez García, secretarios general y de organización. Los trabajadores urbanos y rurales organizados, dijeron lo propio: "Nombre dirección nacional movimiento obrero campesino, reunido anoche acordó expresarles caluroso saludo patriótica determinación..." Calzan el telegrama las siglas de la Confederación General de Trabajadores y la Confederación Nacional Campesina.

Las federaciones estudiantiles de Honduras, El Salvador, México, Cuba, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia,

Panamá, Ecuador, Costa Rica, Perú, Uruguay, manifestaron incondicional respaldo a sus colegas, al pueblo guatemalteco. Y ofrecieron tomar las armas. El desarme y la expulsión de los mercenarios acuartelados en su país, exigieron los estudiantes hondureños.

Una tras otra las incursiones aéreas sobre la capital y otros poblados. Reunida en sesión extraordinaria, el 19 de junio, la dirigencia estudiantil proclama:

"La AEU a sus asociados y al pueblo de Guatemala: Es del conocimiento público la manifiesta agresión a la República de Guatemala que, con actos violatorios de las más elementales normas que rigen al derecho internacional y el respeto que se debe a todo pueblo soberano, se viene sucediendo desde hace varios meses.

En efecto, esta conducta internacionalmente delictuosa se inició con la propaganda subversiva, arrojada desde aviones no identificados en repetidos vuelos sobre la capital y otros departamentos de la república, agravándose hasta tal punto que el día de ayer y la mañana de hoy, han ametrallado y bombardeado bases militares y áreas urbanas en distintas zonas del país, ocasionando desgracias personales en la población civil y daños en los bienes de los particulares.

Ante la gravedad de estos hechos, la AEU, atenta siempre a los problemas que preocupan a la nación, lanza este comunicado a todos los estudiantes de la Universidad Autónoma de San Carlos, para que se mantengan alertas al llamamiento que los órganos directivos de la misma emitan cuando se requiera el concurso de los estudiantes para la

defensa de la integridad y de la dignidad de la Patria. Guatemala, Casa del Estudiante, 19 de junio de 1954". (Ariel Déleon, José Antonio Mobil y Mynor Pinto redactaron este documento, a solicitud del presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios).

Prosiguen los ataques aéreos. Leo estas palabras en La Voz de Guatemala, cuatro días antes de la renuncia de Arbenz:

"La Asociación de Estudiantes Universitarios de Guatemala, fiel a su larga tradición cívica, se ha pronunciado oficialmente, en dos ocasiones, en relación con los últimos acontecimientos que preocupan a la nación.

Hace apenas dos semanas, cuando ya se vislumbraba la agresión de que sería víctima nuestro país, la AEU — en sesión conjunta de todos sus organismos directivos y de los presidentes y secretarios de las asociaciones particulares que integran la Federación, hizo un pronunciamiento público en defensa de la soberanía nacional y, al mismo tiempo, formuló un llamamiento a todos los estudiantes de América y el Mundo para que se solidaricen con nuestra actitud en defensa de la integridad territorial de Guatemala.

En la hora actual, cuando todas aquellas amenazas se han hecho efectivas, con igual fe en los postulados de la democracia y en los más elementales principios del derecho internacional, la AEU ha condenado la agresión armada que con mani-

fiesto apoyo y connivencia de otros gobiernos, ha iniciado un grupo de exiliados guatemaltecos.

Ante estos hechos no podemos menos que exigir a esos gobiernos que, en cumplimiento de las resoluciones tomadas por el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York, tomen las medidas indispensables para evitar que las bases militares establecidas en territorio bajo su jurisdicción, continúen siendo usadas por los agresores.

Personalmente, estimo que si en otras oportunidades la AEU se ha pronunciado en favor del respeto irrestricto al ordenamiento jurídico vigente en la república, hoy más que nunca se hace necesario que los estudiantes universitarios manifiesten su indignación ante estos hechos que pugnan con los más puros sentimientos patrióticos de nuestro pueblo y que violan además los acuerdos y pactos internacionales que rigen las relaciones entre los pueblos y la convivencia pacífica que debe existir entre los mismos."

Sin saberlo, me despedía.

Acerca de la caída de Arbenz hay innumerables páginas escritas. "Se podría discutir eternamente si su renuncia era inevitable" (Stephen Schlesinger, Stephen Kinzer). Por inesperada desconcertó aun al enemigo: "Pensábamos que habíamos perdido... Nos sorprendió tanto su partida" (David Atlee Phillips, cerebro de la radiodifusora clandestina emplazada en Honduras).

Desaparecieron las milicias populares, "asesoradas" por el ejército, cundieron el temor y la desorganización. Días atrás, cuando Arbenz aseguró que llevaría la lucha hasta el fin, a cualquier costo, los estudiantes respondimos creando patrullas de vigilancia nocturna en la capital, acudiendo a los entrenamientos de las milicias populares (jamás tuvimos armas), realizando actividades de agitación política. Desarticulado todo aquello, recorrimos calles desiertas y abandonadas sin localizar a nadie. Desolado y oscuro el edificio de los tribunales de trabajo donde nos dábamos cita los militantes del Frente Universitario Democrático. Seguimos frecuentando la Casa del Estudiante, reuniéndonos en vano. Dejamos nuestros hogares, dormimos de casa en casa.

El 3 de julio, tras una semana de desvelos, de acuerdos y desacuerdos, resolvimos buscar asilo diplomático. Rodeadas de cercos militares las embajadas. Logramos acceso a la de Chile. ¿Qué sería del entrañable Mario Vinicio Castañeda Paz en los frentes de guerra? Sabríamos pronto que se ocultó para quedarse, para fundar un semanario político —*El estudiante*— junto a los no menos intrépidos Antonio Fernández Izaguirre y Jorge Mario García Laguardia. Es, ahora, figura relevante en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Creo, no está claro en mi mente, que fue el conductor de la embajada quien llevó esta carta a su destino:

"Compañeros:

Los representantes de la Asociación «El Derecho», electos por la asamblea general de asociados para ocupar cargos en la Junta Directiva y Ejecutiva y Congreso de la Asociación de Estudiantes Universitarios (A.E.U.), para el período

1953-1954, nos dirigimos atentamente a ustedes para rogarles se sirvan citar a una Asamblea General Extraordinaria en la fecha que estimen conveniente, para el efecto de presentar a dicho cuerpo la siguiente exposición que permita juzgar y valorar nuestra actuación en dichos cargos:

1 – Los acontecimientos políticos que destruyeron la vida institucional del país durante los meses de junio y julio del presente año, han devenido en la implantación de un régimen de facto que tuvo por consecuencia inmediata la alteración de las tareas normales en todos los ámbitos de la vida nacional. Las entidades estudiantiles, así como todas aquellas que tuvieron participación en la defensa de la soberanía nacional y del estado de derecho que presidía la vida democrática de Guatemala, se vieron desintegradas y sus miembros obligados a buscar asilo diplomático.

2 – Los miembros del Congreso y de la Junta Directiva y Ejecutiva nos reunimos en múltiples oportunidades, algunas de ellas en compañía de los presidentes y secretarios de las asociaciones particulares que integran la federación, para el efecto de examinar la situación real por la que atraviesa la patria. Unánimemente coincidimos en rechazar categóricamente cualquier manifestación de fuerza que tratara de suplantar un régimen popularmente electo – sobre cuya calidad no pre-juzgamos – que representaba la expresión de la mayoría libremente producida en comicios democráticos. El estudiante universitario, con esta postura decidida en defensa del orden institucional y de las organizaciones democráticas formadas por

núcleos de intelectuales, obreros y campesinos, cumplía con el precepto de hondo contenido humano de defender al pueblo y sus instituciones. Proceder de otra manera hubiera sido auspiciar la injerencia violenta de intereses extraños a la vida de Guatemala.

Defendíamos, en consecuencia, no a un gobierno ni a unos hombres, sino a una constitución democrática y liberal que regía nuestro destino y garantizaba al hombre en su total expresión. Defendíamos, asimismo, un tímido código del trabajo, que regulaba las discrepancias suscitadas entre los trabajadores y sus empleadores; una ley de reforma agraria, que permitiría paulatinamente salir del grave atraso económico en que se encuentra nuestro país debido a los largos períodos de dictaduras vendidas a intereses ajenos a los nacionales, y a realizar un acto de justicia social.

3— La situación provocada por los acontecimientos mencionados, obligó a las autoridades estudiantiles, reunidas en sesión extraordinaria el día 7 de junio, a emitir un pronunciamiento acordado por unanimidad de los asistentes — mayoría de los integrantes del Congreso, la Junta Directiva y Ejecutiva de A.E.U. y seis presidentes y secretarios de las asociaciones particulares que integran la federación — en el que se rechazaba cualquier intento de intervención que amenazara la integridad territorial o cualquier golpe de estado que pretendiera violentar el régimen institucional constituido. Se condenaban todas aquellas publicaciones tendenciosas que pretendían señalar a nuestro país como un peligro para la armonía y

convivencia de los países americanos. "Jamás los poderosos intereses materiales han sido tan ridículos como cuando han señalado a la pequeña Guatemala como un peligro para la civilización occidental. Es como para reírse a carcajadas si no fuese tan triste, amargo y trágico. ¡Qué confesión y qué demostración paladinas de los extremos a que se ha llegado para colonizar Latinoamérica! Esto ya es realmente un prodigio de la calumnia, de la histeria." (Luis Cardoza y Aragón).

Creemos necesario dejar constancia de que nuestra enérgica protesta en este sentido la presentamos principalmente en contra de los poderosos trusts norteamericanos que dominan la prensa, radio y demás medios de propaganda que trataron de desvirtuar a la democracia guatemalteca y desorientar a la opinión pública continental. Declarábamos, asimismo, que estábamos dispuestos a defender a la patria en cualquier instante y solicitábamos a la conciencia universitaria de América y el mundo el apoyo moral que nuestra causa les mereciera.

Como queda asentado en líneas anteriores, tal decisión fue tomada por unanimidad, y nos queda la honda satisfacción de no haberla desvirtuado o desautorizado. Por el contrario, hoy que se han producido los hechos que nosotros denunciábamos en esa oportunidad, reafirmamos nuestra fe en la causa de la democracia y la dignidad nacional.

4— No queremos dejar pasar por alto en esta exposición hacer un breve enfoque de la situación por que atraviesa el país.

En primer lugar, nos referiremos al estatuto político que norma como ley fundamental los destinos de la patria. En él se establece claramente que las garantías de seguridad y libertad no se otorgan en función de la persona, sino desde el punto de vista de sus particulares convicciones políticas, grave atentado que pone en peligro la libertad de expresión y de conciencia.

Además, las garantías sociales han sido abolidas, haciendo nugatorios, en consecuencia, los beneficios que habían conseguido durante los últimos diez años las grandes mayorías del país, garantías que constituían la médula de la vida económica y social de Guatemala.

La ley de reforma agraria, promulgada en junio de 1952, ha sido derogada. Esta ley fue el paso más importante dado por Guatemala a través de su historia económica. La reforma agraria sería el instrumento para liberar al medio rural del atraso secular y de la servidumbre feudal, y al mismo tiempo, desarrollar horizontal y verticalmente la economía guatemalteca, aumentando el consumo interno y elevando en forma previsiblemente grande el nivel de vida de todas las capas de la población, cumpliendo con ello terminantes preceptos de la constitución de la república.

El campo de las actividades industriales, profesionales y técnicas se ensancharía notoriamente al redistribuirse en forma racional el producto social o renta nacional de una nueva economía. Los resultados de la aplicación tentativa e inicial de la reforma agraria no podrán ser ocultados por mucho que se haga, ni, en el campo de la realidad

económica, anular los efectos de toda índole que producirán estos dos años de reforma agraria.

Se ha sustituido la ley de reforma agraria por un estatuto que traduce dos intenciones fundamentales: la paralización total de la aplicación de la reforma agraria y la restitución a sus antiguos propietarios de las tierras incultas expropiadas y entregadas para su cultivo a campesinos que carecían de ellas.

Es evidente que este cuerpo de disposiciones llamado estatuto agrario, tiende exclusivamente a resguardar y acrecentar los intereses de una reducidísima clase, pues no se debe olvidar que más del ochenta por ciento de la tierra se encuentra en manos de un dos por ciento de la población, que no es precisamente el que la cultiva. Puede fácilmente determinarse cuál será la situación a que quedarán reducidos los beneficiarios de la reforma agraria — más de cincuenta mil familias — al despojarlas de sus parcelas, créditos y elementos técnicos, tal como ha sucedido recientemente en el caso de las fincas nacionales y otras importantes plantaciones, en las que más de veinticinco mil trabajadores han sido relegados a la situación predominante en los regímenes anteriores a 1944.

A pesar de no haber sido derogado el código del trabajo, dicho cuerpo legal ha sido relegado de facto, ya que de acuerdo con las disposiciones que el nuevo gobierno ha impuesto, los patrones han despedido fuertes cantidades de obreros en fábricas y talleres, con riesgo de graves perjuicios para la economía del país, como consecuencia del

desequilibrio entre la producción y la capacidad de consumo.

Es indispensable señalar un hecho que deforma la vida institucional de la república, esto es la ausencia de un organismo legislativo del que se obtengan, mediante los procedimientos normales y de acuerdo con los principios elementales de la técnica jurídica, las leyes ordinarias.

Por otra parte, el organismo judicial ha perdido su autonomía poniendo en grave peligro la recta administración de la justicia, ya que si ésta se aplica unilateralmente y desde un punto de vista exclusivamente político — tal como ahora acontece — se produce la caótica situación de las cárceles congestionadas con millares de personas inocentes, a las que no se indaga ni mucho menos respeta. Es necesario volver a un organismo judicial capaz de controlar y resolver por sí mismo, sin interferencia del ejecutivo o de grupos de presión, los conflictos jurídicos que se le planteen.

Hay un aspecto de la situación actual en nuestro país al que no podemos dejar de aludir en esta ocasión, porque como estudiantes universitarios estamos obligados a enjuiciar serena y cuidadosamente las disposiciones de un régimen político para el cual toda expresión de cultura se hace también acreedora a limitaciones reñidas con elementales conquistas de la civilización contemporánea.

Creemos que es tarea fundamental de la juventud universitaria velar por la libertad y mantenimiento de instituciones culturales creadas en el país durante los años siguientes al 20 de octubre

del 44. No alcanzamos a comprender cómo, con el pretexto de luchar contra una tendencia ideológica adversa al criterio oficial, son perseguidas y destruidas instituciones como la Casa de la Cultura Guatemalteca, *Revista de Guatemala*, *Revista del maestro*, Escuela Nacional de Artes Plásticas, Ballet Guatemala y muchas bibliotecas de enseñanza secundaria, cuyo aporte a la superación educacional de nuestro pueblo es a todas luces evidente.

5— Queremos dejar constancia clara y expresa de que nuestras actividades en defensa del decoro nacional fueron y han sido siempre regidas por las normas que dictan nuestra ideología democrática y la comprensión y respeto que nos merecen el pueblo y su causa. Esa ha sido nuestra postura y en la realización de ese objetivo hemos centrado nuestra lucha. Tenemos la honda convicción de que hemos obrado con rectitud, y es por eso que ahora enfrentamos el exilio con tranquilidad, satisfechos de haber contribuido, en la medida de nuestras capacidades, a realizar la hermosa obra de construir una Guatemala que supo poner en vigencia su libertad, su soberanía y su independencia.

Por último, compañeros estudiantes, queremos dejar expresada la honda convicción que tenemos de la justicia que asiste a nuestro pueblo y a su causa democrática y la confianza de que un día no lejano este pueblo instaurará un régimen que eleve a la categoría de realidades las transcendentales conquistas que ahora se pretende conculcar. E indudablemente, depositamos nuestra fe de hom-

bres demócratas y jóvenes progresistas, en los hermanos universitarios que tienen sobre sus espaldas la dura tarea de devolver al pueblo sus derechos y de estructurar un estado democrático que garantice al hombre en su gregaria personalidad.

(f) Roberto Díaz Castillo, Presidente de la Junta Directiva y Ejecutiva de la Asociación de Estudiantes Universitarios (A.E.U.); José Antonio Mobil B., Ariel Déleon Meléndez, miembros del Congreso de la Asociación de Estudiantes Universitarios (A.E.U.).

A los compañeros miembros de la Junta Directiva de la Asociación de Estudiantes El Derecho Presente".

Cuatro décadas de opresión, de infortunio. Muertos, desaparecidos, torturados, perseguidos, exiliados. Réplica de la conquista.

Vaticina el *Popol Vuh*:

"No moriremos, volveremos". "¿No somos acaso numerosos?"

Cesará la guerra. Lejos quedará la sangre. En manos de Rigoberta, palomas blancas.

DULCE PATRIA

*Dulce patria, recibe los votos,
con que Chile tus aras juró
que o la tumba serás de los libres
o el asilo contra la opresión.*

Eusebio Lillo

Canción Nacional de Chile

RUMBO A VALPARAÍSO

Entre julio y septiembre del 54, algunos dirigentes estudiantiles estuvimos asilados en la embajada de Chile. Un hacinamiento. Menor, sin duda, que el de otras embajadas. Las de México y Argentina, por ejemplo. Había de todo entre nosotros: ex ministros como Héctor Morgan; dirigentes campesinos como Leonardo Castillo Flores, secretario general de la federación campesina, a quien los jóvenes tratamos de cerca; marxistas de larga trayectoria en Centroamérica como los hermanos Abel y Max Ricardo Cuenca, nacidos en El Salvador; miembros de la dirigencia comunista como Alfredo Guerra Borges. A pesar de las mutuas recriminaciones, de la ironía, de la disputa estéril, unos y otros mantuvimos cordura elemental.

La noche anterior a nuestra partida hacia Chile — estoy hablando de José Antonio Mobil, Ariel Déleon, Amadeo García y yo —, los obreros comunistas nos despidieron con una velada. Furtivamente, uno de ellos, sastre de oficio, planchó los trajes que llevaríamos puestos y que habíamos colgado en el garage donde dormíamos. Este obrero paradigmático, que llegó a ser amigo de largos años, cayó en una de tantas emboscadas anticomunistas tiempo después de su regreso a Guatemala. Lo asesinaron. No supe más que sus seudónimos.

Con nosotros partieron, en vuelos distintos, para reunirnos en Panamá, Mario Chiabra, aprista peruano perseguido de Odría; Alejandro Bermúdez Alegría, nicaragüense antisomocista, escritor y periodista; Laura Mallol Pemjean,

su esposa, chilena, asesora del gobierno de Arbenz en el seguro social y fundadora del servicio materno infantil en el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social; sus tres hijos: Alenka, con quien me casaría en Santiago dos años después, Paz y Ramiro.

La policía de migración nos despojó de fotografías, los pocos libros que cabían en la maleta, documentos, periódicos.

Al abrirse la compuerta del avión en Ilopango, la policía (¿salvadoreña?) fue llamándonos uno tras otro. Rutinas de la CIA. Permanecimos encerrados mientras la nave estuvo en la pista.

En el itinerario previsto no figuraba Managua. Temíamos, sin embargo, un atropello. Volábamos en Pan American, la única línea que cubría esta ruta.

Tocumen. Al pie de la escalera del avión, otra vez los gendarmes. Dirigentes de la Federación de Estudiantes Universitarios de Panamá, amigos nuestros, nos disputaban ante los oficiales de la seguridad. Consiguieron que se les permitiera suscribir un documento por medio del cual les fuimos entregados "en depósito". De ahí al Hotel Internacional donde los colegas panameños nos darían una cena. Improvisados discursos. Pasamos la noche en el restaurante y tomamos una fotografía — Alenka al centro — cuyas copias intercambiamos autografiadas. Qué pena: dos de esos amigos, incendiarios a los veinte, prefirieron ser bomberos antes de los cuarenta.

Miguel Angel Asturias, a quien prometimos ver en Santiago, se alojaba en el mismo hotel. Él y nosotros creíamos próximo el regreso a Guatemala.

El *Antoniotto Usodimare*, uno de los buques italianos que hacían la travesía de Panamá a Valparaíso — *Américo Vespuccio*, *Cristóbal Colón* y *Andrea Doria*, los otros —,

atraca en El Callao. Vamos a bordo. Presurosos, José Antonio, Ariel y Amadeo toman un taxi. Desean ver Lima de noche. Más que por ingenuos, por lentos, somos detenidos Alenka, su familia y yo. Protesta el capitán de la nave. Un altercado. Enérgicos los italianos. Se retira la policía, que nos impide desembarcar. En los muelles, los estibadores vitorean a Mario Chiabra.

Ninguna duda cabe: lo ocurrido en Guatemala es una intervención extranjera. Después vendrán otras. Pienso en Cuba, en Chile, en Nicaragua. Las diferencias, cuestión de circunstancias. Cambian los detalles, no lo sustancial. A Arbenz le ocurrió lo de Sandino, quien deja las armas para asegurar la paz. Los invasores se van, queda Somoza. Arbenz, equivocado también, deja el gobierno. Los interventores están allí.

Meses atrás visité Valparaíso. Aquí se publicó *Azul...*, de Rubén Darío, a fines del siglo pasado. Por Neruda algo sé de este puerto y, por Darío, de su Cerro Alegre: "gallardo como una gran roca florida". Los muelles comienzan a hacerse visibles y con ellos las personas. Es una multitud que aplaude. En pleno, los dirigentes de la Federación de Estudiantes de Chile: María Oxman y Víctor Sergio Mena, secretaria general y vicepresidente. José Tohá, alto y flaco. Un mástil. Viera Vladilo junto a él. Aunque discretos, están también los agentes de la policía. Los llaman "tiras". Cuando quedamos solos, nos advierten que al día siguiente debemos presentarnos a sus oficinas. Toma de fotografías, huellas digitales, antecedentes políticos. Con uno de estos agentes terminamos siendo amigos. Llegaba a nuestro apartamento y bebíamos vino. Nos confesó que le habían encargado vigilar a un grupo de criminales.

Roberto Alvarado Fuentes, ex presidente del Congreso Nacional de Guatemala, educado en Chile, se hace cargo

de nuestras tribulaciones. Aída Constenla, su mujer, irremplazable hada madrina.

No todos los desterrados recibimos igual trato. Por "peligrosos", Leonardo Castillo Flores, Alfredo Guerra Borges y los hermanos Cuenca, fueron confinados a un campo de concentración en el árido norte chileno. Amadeo García, quien formó parte del estado mayor de Arbenz, padeció cárcel y un juicio de extradición. Insignes juristas atendieron y ganaron su caso.

Se funda el Comité de Guatemaltecos Exiliados. Lo encabeza Alvarado Fuentes. Nos agrupa a todos, exceptuado el ex presidente Arévalo. Quiso evitarse —dijo— el riesgo de una eventual expulsión. Con él, los estudiantes nos velamos los miércoles por la tarde. Tomábamos el té en el hotel Crillón, en La Coupole o en nuestro apartamento. Una fotografía grande de Arbenz lucía en la salita. Debajo de esta fotografía el sillón reservado a Arévalo. Quizás le parecimos irreverentes. Sin duda lo fuimos. La verdad es que nos desencantó. Mynor Pinto, con quien escribíamos bajo seudónimos en el diario *El Siglo* y otros periódicos, asistía también a esas reuniones.

Noticias de Guatemala, nuestra informada publicación mensual. Con fondos provenientes de fiestas, días de campo, *malones*, sorteos, pagábamos a la imprenta.

A nadie se expulsó del comité.

EL ASILO CONTRA LA OPRESIÓN

Podría decir, con Mariano Picón Salas, que Chile me enseñó a poner en orden mis ideas.

Más por rutina que por vocación, volví a franquear las puertas de la Escuela de Derecho. Escogí el camino que me pareció menos ajeno. Alternábanse las tareas académicas con el ajetreo de la lucha política. "En la buena y en la mala, Chile está con Guatemala". Nacía mi amistad con los dirigentes de la Federación de Estudiantes, recién trasladada frente a la Biblioteca Nacional. De entre aquellos rostros que ahora se agolpan en el recuerdo, alcanzo a precisar en cada uno de sus gestos a José Tohá —el Flaco Tohá—, compañero inseparable de Allende, asesinado en la cárcel; a María Oxman, a Julio Stuardo, a Víctor Barberis, presidente de la federación universitaria, a quien, desterrado, encontré no hace mucho en un café de Cuernavaca; a Aníbal Palma, ministro del presidente mártir confinado en la isla Dawson; a Anselmo Sule, exiliado en Venezuela; a Enrique París y Arsenio Poupin, caídos en La Moneda el 11 de septiembre.

No pasó mucho tiempo sin que tomara mi puesto en alguno de esos bandos que sabían cantar y reír en medio de la contienda. Jamás se me dijo extranjero. Aprendí que en el ejercicio práctico de las ideologías se cifraba la estabilidad institucional de Chile. Que era inexcusable la indiferencia en aquel mundo en que se profesaban todos los credos, en que se exigían las más firmes definiciones ideológicas para asumir un cargo de representación estu-

diantil. Inconcebible la apoliticidad. Todavía recuerdo las consignas, las canciones que distinguían a cada facción.

Los partidos políticos se habían abierto ancho cauce en las lides universitarias: el radicalismo, expresión de la clase media, que compartiera el gobierno con socialistas y comunistas durante los días del Frente Popular; el Partido Socialista, viejo patriarca de la política chilena enraizado en las masas obreras; la Falange Nacional, convertida luego en Partido Demócrata Cristiano, nacida en el seno del *peluconismo* conservador; el Partido Comunista, con largos lustros de vida, en que se funden la fuerza del proletariado y el quehacer de la intelectualidad de avanzada; el Partido Liberal, doctrinario e intransigente, expresión del latifundismo criollo; y el Partido Conservador, aristocratizante, heredero de la tradición colonial.

La Federación de Estudiantes: el país en pequeño. Cada partido tenía allí su propia tribuna y se sustentaba la convicción de que nada era ajeno a la Universidad. Vigente en la cátedra el pluralismo ideológico. Mis maestros, casi todos de excelencia, eran dirigentes políticos.

Mi recuerdo de Allende, un tatuaje. La primera vez que lo vi fue en su despacho de senador por la provincia minera de Tarapacá. Confieso que me pareció en extremo drástico el reproche que le merecía el desenlace del caso guatemalteco: "Luchar hasta la muerte" –insistía–, debió ser la consigna. En medio de mi contrariedad, ese juicio suyo se me antojó jactancioso. No alcancé a comprender entonces toda la dimensión de aquellas palabras pronunciadas por quien habría de cumplirlas en histórico trance. De ahí en adelante lo visité otras veces. Su casa de la calle Guardia Vieja, atestada de libros y obras de arte, estuvo abierta a la causa de Guatemala. Son memorables sus discursos en

favor de nuestra lucha y fue reiterada su firma en numerosos manifiestos de apoyo a nuestro pueblo.

A Neruda, a quien los jóvenes conocimos en Guatemala cuando vino invitado por el Grupo *Saker-ti* (Amanecer), lo volví a ver en su residencia de Los Guindos. Intelectuales y artistas de la izquierda chilena se reunían allí para recaudar fondos destinados a imprimir el periódico que editaba nuestro comité de exiliados. Miguel Angel Asturias se hospedaba en esa casa como otrora lo hiciera Pablo en la vieja morada guatemalteca de los Asturias, en el barrio La Parroquia. Muy pronto, Miguel Angel se marchó a Buenos Aires.

En 1958, vi por última vez a Neruda. Tito Monterroso, su invitado a cenar con frecuencia, me hizo acompañarle una noche. Estrenaba entonces *La Chascona*, en las faldas del Cerro San Cristóbal, casa museo que saqueó y destruyó la soldadesca en tropel.

Su preocupación por Guatemala fue constante. Hablaba de Arbenz como de un viejo y querido camarada e inquiría con inusitado interés por Huberto Alvarado: "¿Has sabido de él? ¿Está bien?" Eran los días fecundos de las *Odas elementales*, *Las uvas y el viento*, *La Gaceta de Chile*.

Conservo entre mis papeles chilenos un documento en que aparece estampada, con letra grande, verde siempre, la firma de Pablo Neruda. Dice ese texto: "La prensa internacional acaba de informar que seis estudiantes universitarios guatemaltecos han sido asesinados y otros heridos, cuando la policía ametralló un desfile popular de oposición; más de doscientas personas han sido encarceladas y muchos ciudadanos expulsados del país".

"Estos hechos —concluye el documento—, junto a todas las arbitrariedades cometidas por el gobierno de Castillo

Armas, evidencian que Guatemala vive un régimen de terror que es contrario a los Derechos Humanos y a las normas civilizadas de convivencia internacional". (Se trata de un manifiesto redactado con motivo de la masacre de estudiantes universitarios, ocurrida en mi país el 25 de Junio de 1956).

Me resulta fácil recordar aquella activa militancia del exiliado: reuniones, debates políticos que le robaban horas a la madrugada, tareas periódicas, conferencias, mitines... La taza de café o la botella de vino en mesa compartida con desterrados de América.

Lentamente, sin darnos cuenta, los guatemaltecos habíamos hecho de la Federación de Estudiantes nuestro cuartel general. Intelectuales, políticos, dirigentes obreros acudían a manifestar su adhesión a nuestra lucha. Una noche de invierno, Pablo Neruda nos leyó su *Oda a Guatemala*:

...pequeña hermana,
corazón caluroso,
aquí estamos dispuestos
a desangrarnos para
defenderte,
porque en la hora oscura
tú fuiste
el honor, el orgullo,
la dignidad de América.

Con frecuencia escuchamos allí mismo la palabra de Salvador Allende, Julio Silva Solar, Humberto Mewes, Luis Corvalán, Volodia Teitelboim, Clotario Blest, Juan Vargas Puebla.

Cargado de añoranzas, fortalecido en mis ideales de juventud, pienso en Salvador Allende, el "compañero Presidente", y en su *dulce patria* invencible.

Amanecerá.

TOMÁS LAGO

Lo conocí en 1954, cuando iniciaba mi exilio chileno. Tras visitar muchas veces el Museo de Arte Popular de la Universidad de Chile, me decidí a pedirle una audiencia con el pretexto de llevarle algunas fotografías de cerámica guatemalteca. Frente a la ventana que llenaba de luz su despacho, olvidados del tiempo, conversamos durante toda la tarde acerca de su vocación por las artes del pueblo, de la historia del museo –su museo, habría que decir– y de los problemas políticos de mi patria. Descubrí entonces al maestro que orientaría mis pasos y al amigo capaz de comprender las tribulaciones de un exiliado que recién cumplía los veintitrés años de edad. De allí corrí a inscribirme en su cátedra de Teoría del Arte Popular Americano, instituida por él en la Facultad de Bellas Artes, sin sospechar siquiera que me honraría pronto nombrándome su secretario privado y ayudante de aquel curso memorable. Así llegué a tratarle de cerca, cotidianamente, mientras su palabra y su ejemplo cambiaban el rumbo de mi vida.

El estudio del folklore cobró en Chile jerarquía científica desde principios de siglo. Hacia 1909 Rodolfo Lenz, Julio Vicuña Cifuentes, Ramón A. Laval y Ricardo E. Latcham fundaban la Sociedad de Folklore Chileno. Como en Europa, cuyas tradiciones orales merecieron la atención de investigadores y artistas –Goethe, Novalis, Brentano, Grim, Andersen, Valera–, en Chile la inquietud científica precedía al interés literario. Sperata R. de Saunière con sus *Cuentos populares chilenos y americanos recogidos de la tradi-*

ción oral (1918) y Manuel Guzmán Maturana con sus *Cuentos tradicionales de Chile* (1934), abrían brecha publicando las primeras narraciones folklóricas.

Años más tarde, a través de la Facultad de Filosofía y Educación, la Universidad de Chile creó el Instituto de Investigaciones Folklóricas Ramón A. Laval, de donde siguen saliendo los *Archivos del Folklore Chileno*, dirigidos sabiamente por el ilustre Yolando Pino Saavedra.

Pionero de los estudios dedicados al folklore ergológico fue Tomás Lago. Desde la *Revista de Educación* (1929) emprendió la tarea de promover el conocimiento de las artes y artesanías populares de su país. A él se debe (1935) la primera muestra nacional de esta clase de objetos, y una segunda (1938) para cuyo pórtico Pablo Neruda escribió: "Sufridos, callados, dominados hombres oscuros de la ciudad, del campo y del mar de mi patria maravillosa, vuestro arte florece como pequeñas luciérnagas en la noche del infortunio y de la miseria y de la muerte, machacando duros metales, sujetando y horadando correas y cueros hasta hacer, del material informe, monturas y estribos que más parecen flores estupendas; combatiendo la madera en el fondo terrible de nuestros desamparados presidios, hasta hacer de ella torpes y conmovedores objetos que, sobre todo, muestran la pureza y la paz del corazón; amasando la arena y la tierra hasta fortificarla en nuestra milagrosa greda negra que no tiene igual en ningún arte popular del mundo; artesanos, artistas de mi desventurado pueblo, nos dais a nosotros, los escritores y artistas cultivados, una lección sobrehumana de resistencia a la desgracia y de creadora belleza convertida en esperanza".

Con este acervo de piezas extraordinarias y bajo los auspicios de la Universidad de Chile, Tomás Lago estableció, allá en lo alto del Cerro Santa Lucía, sin que su empresa

tuviera precedentes en América, el Museo de Arte Popular (1943). La nueva institución se abrió con colecciones de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Guatemala, México, Paraguay, Perú y Venezuela. Los textos del catálogo estuvieron a cargo de Bernardo Canal Feijóo (Argentina), Enrique Sánchez Narváez (Bolivia), L. K. (México), Luis E. Valcárcel (Perú), Armando Lira (Venezuela) y Tomás Lago (Chile). De este último leemos, en la parte final de su trabajo: "Para terminar estas líneas, debemos agregar que ha sido preocupación elemental de la muestra chilena, exhibir objetos en uso actual de nuestras clases populares, evitando, en lo posible, aún a costa de un resultado más lucido, toda tergiversación de las costumbres del pueblo. De esta manera hemos escogido sólo adornos, utensilios, estilos, tipos de confección que diariamente pueden hallarse, en los días que corren, en los mercados, en las diversas actividades del trabajo y las habitaciones de la gente, que corresponden a su modo de ver y sentir, que representan sus preferencias en la vida cotidiana. Porque el pueblo también hace cosas con nada, con vidrios recortados, con yeso, con barro, con tapas de botella, con conchas marinas, con tallos vegetales que abundan, pero todo lo que sale de sus manos y lo acompaña en su vida doméstica, adquiere en seguida su sello, cierto sentido humano inconfundible, íntimamente ligado a la nacionalidad".

Según el propósito de su fundador, el Museo de Arte Popular no fue sino el comienzo de una obra de conocimiento recíproco de nuestras culturas populares. Así lo hizo saber con motivo de celebrarse en Santiago (1953) el Segundo Congreso y Primera Asamblea General de la Unión de Universidades de América Latina, oportunidad en la cual manifestó su deseo de que aquel esfuerzo, ojalá paralelo en otros países hermanos, llevara finalmente a la

creación de centros de estudio interesados en promover inquietudes científicas en el ámbito de la cultura tradicional.

Junto a sus actividades al frente del museo, a su docencia universitaria y a sus tareas de investigación, Tomás Lago fue haciendo acopio de materiales que se convirtieron en libros y ensayos para revistas y periódicos. De esta manera fue cobrando forma su bibliografía sobre las artes del pueblo chileno, pionera también en su país: *El Huaso* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile), 1953, 325 p.; y *Arte popular chileno* (Santiago: Editorial Universitaria), 1971, 136 p.

La primera de estas obras constituye, seguramente, el ensayo antropológico de mayor envergadura que se haya realizado sobre el jinete chileno. Tomás Lago aborda allí el estudio del caballo en Chile (entre indios, españoles y criollos), de la equitación española, de los antiguos jaeces, del *huaso* antañón y actual –incluido su atuendo espectacular–, y de la vida rural en todos sus aspectos. El segundo, en cambio, es un pequeño libro más bien dirigido a servir de punto de referencia al visitante extranjero –según me dice en una carta de 1972– que contiene, no obstante, una afortunada explicación de los orígenes y las tendencias del folklore ergológico de su país.

A su regreso de la República Popular China, Tomás Lago publicó un volumen titulado *Artesanías clásicas chinas* (Santiago: Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile), 1963, 180 p., que, según Luis Oyarzún, autor del prólogo, constituye "una guía de buena voluntad a lo largo del museo vivo de los quehaceres del pueblo". Refiere aquí sus experiencias a través de los talleres artesanales consagrados a las flores y animales de seda, a los objetos de marfil, al bordado de nube, a las figuras de yeso, barro pintado y serrín con arena, a la cerámica negra, a los

aromáticos abanicos de sándalo, a la escultura en jade, a los brocados, a la laca, a las miniaturas de miga de pan. Y nos ofrece comentarios y reflexiones muy oportunas sobre las cosas que ha visto.

Pero será necesario bucear en revistas y periódicos chilenos para descubrir –y ojalá reunir– sus abundantes artículos acerca de los oficios de la gente del pueblo. Porque los ojos de Tomás Lago, su amor y sus sueños, su vida entera estuvieron volcados apasionadamente sobre la cultura tradicional de Chile.

A numerosas tareas de investigación lo acompañé entre 1957 y 1958. Juntos anduvimos en Ñuble, inquiriendo acerca de las raíces históricas y procedimientos técnicos propios de la cerámica que se hace en Quinchamalí. De estas andanzas salió, con el concurso de su equipo de alumnos, un volumen extraordinario de la Revista de Arte de la Universidad de Chile –*La cerámica de Quinchamalí* (Santiago: número especial doble, 11 y 12), 1958, 59 p.–, que recoge la investigación mejor sistematizada que se conoce en este campo. "Es imprescindible examinar bajo la nueva luz de nuestro tiempo estas manifestaciones formales de la gente del pueblo –apuntaba Lago en la presentación del trabajo–, cuyas raíces tocan la tradición más vetusta de los oficios. Es necesario ofrecer a los estudiosos –añadía– un mínimo de información responsable sobre estos hechos de nuestra vida colectiva, que hasta aquí han permanecido fuera de la órbita de los estudios artísticos habituales." La edición se cierra con un intento personal de Tomás Lago por definir el origen y los procesos de cambio sufridos por la *guitarrera* de Quinchamalí, suerte de mujer-cántaro que se ha convertido en la figura antropomorfa más popular de Chile.

Otros viajes nos llevaron por toda la geografía chilena. En Doñihue, a orillas del río Cachapoal, en la provincia de Colchagua, trabajamos afanosamente con las tejedoras de *chamantos* y fajas para *huasos*. Guardo una de esas piezas de seda brillante, cruzada de vistosas franjas rojas y blancas sobre un mar de encendido azul.

A Bolivia fuimos también. Hicimos un largo recorrido en tren, desde Arica a La Paz, y luego a las alturas del Titicaca. Copacabana, Jesús y Santiago de Machaca, el río Desaguadero, Tiahuanaco y muchos otros rincones del mundo quechua y aymara supieron de nuestra búsqueda en medio de aquellas cordilleras nevadas que Tomás Lago veía sobresalir a la distancia "como asomándose a mirar la extensa planicie, donde sólo crecen escasas matas de *coirón* o *paja brava*, a veces algunas manchas de *tola* verde, y después, el misterio blanco y vacío de los salares por donde pasa silbando el viento."

Más de tres lustros han transcurrido desde que salí de Chile. No lo volví a ver jamás. Su último mensaje me llegó con el correo de diciembre: "Un gran abrazo de toda mi gente —decía—. Recibí tu publicación." Años atrás, cuando le dediqué mi *Folklore y artes populares* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1968, 105 p.), lo aceptó con benevolencia. Suyas son las cuartillas que publicó *El Mercurio* con ese motivo, cargadas de añoranzas.

Tardíamente me enteré de su muerte, aunque algo supe de su dolencia y obligado reposo. Nada me sorprende, sin embargo. En su cabeza, pero sobre todo en su corazón, se agitaba el drama de la noche chilena.

Viendo esta fotografía suya, tomada en Isla Negra, cierro los ojos y echo mis redes al fondo de la memoria. Alguna vez, entre viejos papeles que guardaba en su escritorio, descubrí un ejemplar de *Anillos*, el libro que escribió jun-

tamente con Neruda, de quien tomo estas líneas para evocarle: "Después nos reconocimos desde lejos, dando vuelta un camino, y se trasluce la mano oscura de Pablo entre la mano blanca de Tom, pasan bajo los túneles y el sol los cruza y sus oscilaciones gravitando. Él y yo, transidos otras veces tumbamos pesadas manzanas, es de noche, es de noche, ahuyentan las misteriosas veladuras del cielo, pero de repente no me acuerdo de cuál de los dos estoy hablando".

De la tierra chilena que lo acoge y que tanto amó, ha brotado un copihue rojo.

EL TECHO DE AMÉRICA

Después de casi seis horas de vuelo, a lo largo de la costa chilena, descendemos en Arica, puerto fronterizo entre Perú y Bolivia. Iniciamos el viaje a La Paz en el automotor que corre por el lomo de la cordillera. Atrás queda el valle del Luta, fértil y pródigo, metido en la hondonada que guardan los altos cerros amarillos de polvo milenario.

Al medio día —en plena mitad del camino—, el altiplano se revela ante nuestros ojos atónitos. A cinco mil metros de altura, las llamas acercan sus húmedas narices a las ventanillas del vagón. El *soroche* o *puna* hace zumbiar los oídos y la coramina empieza a cumplir su cometido. Tomás Lago, quien dirige la expedición, exclama: "Es el techo de América".

En Alto de la Paz, encima del pozo de luces que es la capital boliviana, detenemos la marcha. Pareciera que un abismo de aguas profundas reflejara el cielo del altiplano. Minutos después, la espiral que baja desde El Alto nos entrega a la ciudad.

El amanecer se hace presente con la silueta del Illimani dibujada en mi ventana. Las calles empedradas, retorcidas caprichosamente, se pierden en el laberinto de los barrios indígenas. Al alcance de la mano, Illampu, callejuela vecina del hotel, que fuera nuestra ruta de todos los días.

Uno tras otro, los tambos —viejos zaguanes abiertos de par en par— surgen a nuestro paso. Templos y mercados a la vez. Mundo abigarrado de frutas, cereales, hierbas y comidas extrañas. Un vaso de *api*, oscuro atole de maíz

fermentado que se sirve caliente, me hace evocar el *shuco* de los kekch'és guatemaltecos con quienes conviví en mi niñez. Confirmando una vez más que la cultura prehispánica, básicamente igual en los altiplanos andino y mesoamericano, está vigente. Coincide nuestra visita con la celebración de alguna fiesta popular, que convierte aquellos zaguanes en escenario de bailes y arrebatos alcohólicos al son del *huaynito* enloquecedor.

El estudio de las artesanías tradicionales y la búsqueda de algunas piezas para el Museo de Arte Popular de la Universidad de Chile —finalidad de nuestro viaje—, nos adentran cada vez más en la compleja realidad aymara. Los tejidos, la cestería, las danzas callejeras, los objetos de cerámica, las máscaras diabólicas policromadas, los instrumentos musicales sorprenden nuestra curiosidad a todo lo largo de la calle Illampu. Es el barrio de los feriantes, de los comercios. El corazón milenario del Imperio.

A través de la provincia de Ingavi llegamos a Huaqui, a orillas del lago Titicaca. Horas antes, en la primera etapa del viaje cordillerano, Tiahuanaco nos aguarda en medio de su soledad inmutable. Quién sabe cuántos siglos pesan sobre aquellas construcciones monumentales. Las puertas del Sol y de la Luna, firmes aún, se adueñan de la planicie infinita. Según Posnasky, el origen de estas ruinas se remonta a dos mil años o más.

Las comunidades indígenas de Santiago y San Andrés de Machaca, más allá del río Desaguadero, reciben con fiestas y danzas nuestra visita. Con la sensación de perder el aire en los pulmones, fuertemente asidas las manos de mi compañera boliviana para no rodar por los suelos, bailamos un *huaynito* que me pareció interminable. Al concluir la jornada, en la escuelita rural, los niños cantan para despedirnos. Sin perturbar la acogedora reunión,

alguien, entre nuestros pequeños anfitriones, escribe en la pizarra: "Bolivia reclama una salida al mar". Mis compañeros chilenos comprenden y comparten la razón histórica del requerimiento.

A Copacabana llegamos por un camino que bordea el Titicaca desde lo alto. El descenso es vertiginoso. Tres mil metros arriba, la pequeña ciudad descansa en un recodo del lago, a la sombra tutelar del Monte Calvario. Las artes populares de Copacabana son producto de su vida enraizada al lago inmenso: barcos y balsas de paja multicolor en los mercados y tiendas de la ciudad, en el atrio del templo que guarda la venerada imagen de la Virgen del lugar. Entre mis cosas una pequeña embarcación de paja brillante con la encendida bandera de Bolivia en el palo mayor.

Volvemos a La Paz para luego emprender el regreso a tierra chilena por la ruta de Oruro. Junto a las heladas aguas del Pacífico, Antofagasta nos espera después de dos días de viaje. Ahí abordamos el avión rumbo a Santiago.

Años atrás, a lomo de mula, Alcides D'Orbligny hacía un recorrido semejante. En la lectura de sus memorias, lejos ya de la meseta andina, revivo nuestras propias andanzas.

AJENA GUATEMALA MÍA

LANZAS Y LETRAS

Cuando inicié mis estudios universitarios, la Escuela de Derecho se alojaba en el edificio que fue asiento de la Universidad de San Carlos de Guatemala después de los terremotos de 1773, vale decir, después del traslado de la capital a su nueva sede. Alta bóveda de cañón, apoyada en recla arquería, cubre los corredores que cierran el amplio patio cuadrangular. Al centro, la fuente octogonal infaltable en los monumentos arquitectónicos de la época.

Entre clase y clase, solía reunirme en esos corredores con José Antonio Mobil y Antonio Fernández Izaguirre. Habitual tertulia a la que generaciones precedentes denominaron "El párrafo". Francisco Luna Ruiz derrochó allí erudición en historia patria, en heráldica, en arte colonial. Lo acompañaban Ricardo Cancelo, Javier Duque, Pepe Hernández Cobos, Mario Alvarado Rubio, despilfarradores de ingenio. Memorable "párrafo" el de entonces, al que nos aproximábamos tímidamente como espectadores.

La ocurrencia de crear una revista literaria y política surgió en el cotidiano ejercicio de "El párrafo". Requerimos el auspicio de la asociación de estudiantes El Derecho y logramos contar con él. En la cabecita de algún dirigente de esa entidad, la idea de que la revista se ocupara de temas jurídicos. Regresábamos del exilio y pretendíamos hacer otra cosa.

Dirigido por los tres y Otto René Castillo, apareció el primer número de *Lanzas y letras* en mayo de 1958: "Como su nombre lo indica, quebrará lanzas de crítica sana y

constructiva, para lograr una mayor eficiencia y un mejor desarrollo de las actividades de la Universidad, en su doble aspecto estudiantil y docente, y enjuiciará, desde su punto de vista, el desenvolvimiento de la cosa pública, problema de capital importancia para nosotros..." "...Hemos sido abanderados de la protesta contra la opresión y de las justas reivindicaciones de nuestro pueblo. Con él han marchado nuestros esclarecidos hombres, y en carne propia hemos padecido la persecución, la tortura, el destierro". "...en el altar de la patria yacen nuestros mártires".

Organizamos en secciones permanentes el contenido de la revista: *Nuestras páginas*, *Bengala de poesía*, *Problemas económicos*, *Libros*, *Ventana*. Encargábamos textos inéditos y reproducíamos firmas de renombre: Enrique Muñoz Meany, Augusto Monterroso, Juan Rejano, Rosario Castellanos, Oscar Arturo Palencia, Fedro Guillén, Edmundo Guerra Theilheimer, Huberto Alvarado, Miguel Ángel Asturias, Carlos Illescas, Efraín Huerta, Carlos Navarrete, Pablo Neruda, Luis Cardoza y Aragón, Jorge Zalamea, Roque Dalton, Eli de Gortari, Volodia Teitelboim, Gregorio Selser, Juan José Arévalo, José María López Valdizón, Mario Monteforte Toledo, Ernesto Mejía Sánchez, Luis Enrique Délano, Joaquín García Monge, Jean Paul Sartre. La sección económica, en manos de especialistas: Julio Gómez Padilla y Alfonso Bauer Paiz. Diseñaban Amérigo Giracca y Dagoberto Vásquez, alguna vez mi compañero de cárcel.

Rosa Hurtarte Rosal, adolescente aún, se sumó al directorio en el segundo número. Nos interesó su poesía. Ariel Déleon, inmediatamente después. Les siguió Carlos Caal Champney. Las colaboraciones procedentes de México, las solicitaba José Luis Balcárcel. En mayo del 59, al

retornar a Guatemala tras haber sido expulsado por Castillo Armas, José Luis formó parte del directorio.

Política siempre la nota editorial. Los fundadores y Ariel nos asignamos la responsabilidad de escribirla. Destacó él en este trabajo.

Irremediables penurias financieras las de *Lanzas y letras*. Nadie devengó jamás un centavo. Exiguos aportes de El Derecho, de alguna autoridad universitaria, de comprensivos amigos. Mejoró el diseño gráfico; se encareció la revista. Al propietario de acogedora taberna frecuentada por nosotros, admirador de nuestra perseverancia, le sugerimos anunciar su establecimiento publicando elogios del vino y la embriaguez, suscritos por poetas famosos. Aceptó. Agotadas las fuentes bibliográficas, inventamos textos y autores. ¿Recuerdas, Tono Mobil, el fragmento que atribuíste a Jean Paul Morand?

Cada número reclamó tiempo y esmero. Febriles noches en espera del parto que llegaría al alba. Tipógrafos y editores acogíamos jubilosos la nueva edición.

En total, treinta y un números. Veintiocho en la primera época y tres en la segunda. Apareció el último en agosto de 1962.

Son muchos los testimonios sobre lo que significó *Lanzas y letras*. Tomo éste de Roque Dalton, que me releva de expresar opinión personal: "*Lanzas y letras*, muy pronto, sobrepasó los límites que sus fundadores se habían planteado. Revista concebida originalmente como órgano cultural estudiantil, sus páginas fueron de inmediato invadidas por todas las voces del presente nacional y mundial, pasando a ser una fuente viva de inquietudes, sugerencias, preguntas, esbozos de respuestas. En *Lanzas y letras* aparecen los primeros balbuceos del auto-reconocimiento de la cultura guatemalteca revolucionaria después de los

años de absoluto oscurantismo mercenario. La labor de esta publicación fue importantísima en esa etapa y trascendió hasta los países vecinos de América Central".

Vivámos el futuro.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

A Lya

Hemos vivido bajo el signo de Luis Cardoza y Aragón. En 1944, al iniciarse la revolución guatemalteca, el nombre y la obra de Luis empezaron a inquietarnos. Recuerdo que fue Enrique Muñoz Meany, modernista tardío como lo llamara César Brañas y primer canciller del gobierno revolucionario quien despertó en nosotros apasionado interés por la prosa y la poesía del autor de *La nube y el reloj*. Ambos — Muñoz Meany y Luis — orientaban con su ejemplo nuestros balbuceos en la política y en las letras. Ambos eran nuestros escogidos maestros.

Propensos al trabajo intelectual, abrimos los ojos para descubrir el mundo en *Revista de Guatemala*, fundada y dirigida por Cardoza y Aragón. La experiencia de Muñoz Meany, al frente de *Studium* — revista universitaria editada en los años veinte — nos parecía precursora de este esfuerzo incomparable en el país. Con razón o sin ella vinculábamnos las dos revistas en busca de asidero, de raíces históricas. El marxismo nos era ajeno. No cumplíamos los veinte años.

A pesar de sus caídas — tuvo atrasos y dejó de aparecer por temporadas — *Revista de Guatemala* contó con los mejores colaboradores de habla hispana: Juan Ramón Jiménez y Alfonso Reyes entre las celebridades. Tropezó con Incomprensiones, con sectarismos propios de nuestro subdesarrollo. Cultural en su esencia — nunca fue directa ni explícitamente política —, hizo claridad sobre los proble-

mas y realidades de la vida guatemalteca. En 1951 la revista había perdido el apoyo gubernamental de que gozaba. Fue el congreso de la república —no el gobierno central— quien superó la crisis autorizando una suma del presupuesto de educación para que volviera a salir.

De *Revista de Guatemala* se publicaron dieciséis números en un lapso que comprendió ocho años. Los jóvenes —adolescentes la mayor parte— aprendimos mucho en aquellas páginas. Escuela de veras formadora, nuestro primer contacto con el exterior. Paralelamente, empezábamos a conocer a Luis. En la Casa de Cultura, creada también por él, vimos por primera vez *La nube y el reloj*, *Luna Park*, *El Sonámbulo*, *Pintura mexicana contemporánea*, *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*, *Apolo y Coatlicue*, *Orozco* —la breve edición de Losada—, *Retorno al futuro*. Eran los años del Grupo *Saker-ti* (*Amanecer*), encabezado por Huberto Alvarado, quizás el único entre los marxistas jóvenes identificados con el realismo socialista que comprendió a Cardoza y Aragón.

El vestíbulo del cine Cervantes acogió la muestra de reproducciones de la Escuela de París que Luis llevó a Guatemala. Confrontábamos allí nuestras lecturas, nuestras nociones recién aprendidas en clase. Ignorábamos a Zdánov. A Baudelaire.

Al iniciarse la década de los cincuenta, los más afines a su pensamiento, guiados por sus textos sobre pintura, descubríamos el México de Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, Agustín Lazo, Julio Castellanos. Supimos de aquella polémica sostenida por él con la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), en época de Cárdenas, para definir posiciones estéticas con base en los clásicos del marxismo. Si con respecto de Luis pudiera hablarse de discípulos guatemaltecos, diría que en los años cincuenta

— plenitud de la revolución — varios jóvenes, con pretensiones de marxistas, reconocimos abiertamente su magisterio.

Ese descubrimiento de México al que aludí, nos aproximó a la influyente presencia de *Cuadernos americanos*, revista que hace poco cumplió cuatro décadas. El nombre de Jesús Silva Herzog y su obra me hacen evocar aquellas palabras-sueños de Alfonso Reyes dichas al nacer estos *Cuadernos de América para los americanos*: "...tenemos que legar a nuestros hijos una tierra maternal, más justa y más dulce para la planta humana". Es explicable y excusable por ello la osadía de haber llamado *Cuadernos universitarios* a nuestra primera revista.

La Revolución Guatemalteca, obra desenfrenadamente política de Luis — alguien comparó la crudeza, la veracidad, la honradez de estas páginas con las de Martí —, nos sacudió, nos despojó de pasiones irracionales, nos fortaleció en la certeza de la victoria final: "Nuestros países — afirma — pueden y deben resistir, en todos los terrenos. Y pueden triunfar si se organizan, si su táctica es correcta y si hay capacidad y firmeza en una dirección con criterio propio".

En *Lanzas y letras*, en *Presencia*, toda una generación se comprometió a combatir a la dictadura y al imperialismo. Reapareció entonces *Revista de Guatemala* "conservada y dirigida — recuerda Luis — por el fervor de jóvenes escritores guatemaltecos, como Huberto Alvarado". *Lanzas y letras*, *Presencia* y *Revista de Guatemala* fueron una sola trinchera. Desde ahí combatieron Antonio Fernández Izaquirre, Víctor Manuel Gutiérrez, Mario Silva Jonama, Hugo Barrios Klée, Otto René Castillo, José María López Valdizón, Huberto Alvarado y otros escritores y dirigentes políticos asesinados más tarde por el ejército. Por ese mismo

ejército que Luis ha llamado de ocupación en su propia tierra.

La evocación que *Lanzas y letras* hizo de Luis fue permanente. En sus páginas se difundieron escogidos textos suyos. Tengo presente un homenaje que se le rindió en un momento en que la dictadura condecoraba a alguno de los escritores que la servían y recuerdo también cómo concluía el texto de ese homenaje: "Nadie mejor que él — y con él toda su obra — para confirmar con hechos la vigencia de su propia divisa: «La poesía es una espada flamígera para cantar y defender con pasión el amor a la libertad. Para cantar y luchar. Una espada, he dicho»."

Al cumplir *Lanzas y letras* su primer aniversario, varios intelectuales guatemaltecos exiliados saludaron aquel acontecimiento. Nos alentaban las palabras de Luis: "La juventud — afirmaba — enciende su antorcha en la noche: *Lanzas y letras*. Su voz se empeña en lograr la concordia guatemalteca y, sobre bases de justicia, una vida digna y soberana. Se intensifica la lucha anticolonial en el mundo, en nuestro Continente. Ya se le puso el cascabel al gato. Nada relacionado con el transitorio eclipse de nuestra Revolución de Octubre guarda vigencia verdadera si no se la enfocó o se la enfoca intuyendo o tomando en cuenta el deber de luchar. La revolución cubana, epopeya de un pueblo encabezada por Castro Ruz, es ejemplo universal. No pocos de los adversarios de la década 1944-54, hoy comprenden mejor lo acontecido, lo que perdimos. *Lanzas y letras* es un arado que parte la tierra oscura para hacer cosechas venideras".

La coincidencia entre el maestro y sus lejanos seguidores es evidente. Pero no faltó la discrepancia. Por anecdótica, quizás le pasó inadvertida: reafirmó en alguna parte su conocido punto de vista sobre Arbenz y *Lanzas y letras*,

con exagerado tino, publicó una fotografía del ex presidente derrocado, un mensaje suyo y estas palabras suscritas por la redacción: "La juventud, que no ve en él al caudillo sino hace un programa de su ideario político, le recuerda con respeto. Fresca y viva está su obra. La reforma agraria y su plan de liberación económica constituyen nuestra bandera para proseguir la lucha..."

Lanzas y letras comentó en forma constante el apareamiento de *Guatemala, las líneas de su mano*. Así lo revelan estos fragmentos de la nota que publicó la redacción: "Desde Landívar —a quien evoca en lo mejor de su poesía— no hay páginas más acendradas que las suyas". "Su último libro, cargado de esa ternura con que escribe siempre el nombre de la patria, llega a nuestra literatura por la puerta más ancha: *Guatemala, las líneas de su mano* es el rostro mismo de la tierra".

A partir de 1960, nuestras visitas a Luis —transferrado en México dirían los españoles republicanos— son cada vez más frecuentes. Nos recibía a todos. A todos nos escuchaba. Los editores de *Lanzas y letras*, *Presencia* y *Revista de Guatemala* teníamos en su casa de Coyoacán un punto seguro de confluencia. Su consejo permanente fue el de unir a las fuerzas revolucionarias. Y su honestidad y su clarividencia guías para la acción. Acudíamos a él para oírle. Para que supiera de nuestros pasos.

Cuando la guerrilla era todavía incipiente —julio de 1962—, *Lanzas y letras* declaraba en la nota editorial de su penúltimo número: "Para el pueblo, la transición pacífica —a través de los medios electorales que garantiza la constitución burguesa de 1956— sería la mejor solución. Pero está visto que a la reclamación multitudinaria de sus derechos, las clases dominantes han respondido con la violencia, la cárcel y la muerte. Cada vez más, la reacción

terrateniente y proimperialista cierra el camino pacífico de las transformaciones económico-sociales para Guatemala. Y cada vez son más evidentes las posibilidades de un cambio violento de cuyas proyecciones sólo puede responsabilizarse a las clases que detentan el poder". "Como lo señalamos en estas mismas páginas — meses atrás —, una revolución agraria, antimperialista, de contenido nacional y dirigida por la alianza obrero-campesina es el único camino, la única salida". Sin reservas, estaban de acuerdo el maestro y sus presuntos discípulos: el ejército había declarado la guerra a su pueblo. Y éste, encarnado en su generación más joven, aceptaba resuelto el histórico desafío. El genocidio estaba a las puertas.

Nos hallamos en 1967. A petición de la juventud universitaria, Cardoza y Aragón es nombrado profesor emérito. Con instrucciones tuyas —la represión es cruenta, creciente— leo su mensaje dirigido a la comunidad académica: "No he venido a dar consejos. Los consejos no sirven a los jóvenes creadores. Ellos, bregando con sus propios demonios, contradiciéndonos y contradiciéndose, encuentran su camino, que siempre es un camino que hay que abrir con lúcida exaltación cotidiana". Y explicaba en seguida: "Estoy entre ustedes con mi responsabilidad de siempre, con severa vigilancia de mis palabras, ofreciendo algunos puntos de vista que someto, con modestia, para que los discuta, si lo merecen, mi calificado auditorio. Digo verdad si digo que busco orientaciones más entre los jóvenes que entre los hombres de mi generación. El tiempo corre ahora más aceleradamente, y aquellos han acumulado experiencia y tienen muchísimas críticas que hacernos: «Yo aprendo más de un joven camarada que de un viejo maestro» escribió Max Jacob en su *Arte poética*. No es en nombre de una experiencia de que carezco, pero sí

de una conducta, que podría hablar. Sino, más bien, en nombre de mi empeño en comprender y servir".

En 1970, se crea *Alero*, la nueva revista de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Nacida a la luz del ideario cardoziano, fue toda una época en la historia reciente del país. En sus páginas caben ocho años de lucha desigual contra la intransigencia castrense. Ocho años de desafío a la matanza.

En uno de sus últimos números — se trata de un volumen totalmente consagrado a Luis — se lee esta dedicatoria: "A Luis Cardoza y Aragón, la voz más alta de nuestras letras, este testimonio de reconocimiento a su vida y su obra: a su vocación de patriota y creador". Textos suyos y de otros escritores, documentos y fotografías caben en las ciento sesenta páginas de este número.

En 1978, la izquierda universitaria ahonda sus discrepancias. ¿Escaramuza interna o asunto de principios? Renunciamos los directores de *Alero*.

En pleno mar de sangre, aparece el primer número de *Cuadernos universitarios*. Quisimos que la nueva revista, en la misma línea de *Alero*, se llamara así para insistir en nuestra devoción por *Cuadernos americanos* y para volver los ojos a aquel primer intento de la mocedad. En el epígrafe de la presentación hicimos esta advertencia: "Destruiremos la revista, o nos retiraremos de ella, cuando la menor intervención pretenda insinuarse contra nuestra imprescindible libertad". Con estas palabras Luis inauguró *Revista de Guatemala* en 1945.

Cuadernos universitarios celebró los setenta y cinco años de Cardoza y Aragón y el otorgamiento que le hizo el gobierno mexicano de *El Aguila Azteca*. Un mensaje de las autoridades académicas decía: "El pueblo de Guatemala se siente orgulloso de tener un hijo de la estatura interna-

cional suya, cuyo paradigma moral, político y literario ha guiado a generaciones de trabajadores guatemaltecos. Es usted un auténtico patriota que ha trascendido el tiempo y el espacio, colocándose por su pensamiento y su obra en la vanguardia de los ejércitos populares que combaten por la libertad y el florecimiento de la cultura".

En 1980, la represión contra la Universidad cobra numerosas víctimas entre profesionales, profesores y estudiantes. Se desintegra el consejo editorial de *Cuadernos universitarios* y sus miembros nos dispersamos. La revista deja de existir. No hay más camino que la clandestinidad o el exilio.

La figura de Luis crece en el exterior. Las organizaciones revolucionarias en armas reconocen en él al hombre capaz de comprender la urgencia y los alcances de la unidad. El gobierno genocida de Guatemala lo acusa de dirigir la subversión. En torno suyo — del ideario revolucionario que él encarna — se agrupan relevantes patriotas comprometidos en la contienda liberadora. Nunca Luis ha estado más joven. Más lúcido. A pesar de su modestia — "Tal vez cumplí ya con mi módica cuota antigorila" —, el pueblo tiene fe inagotable en el *Hijo pródigo*. Oigamos su voz:

Nací llevado de la mano de Ixquic y de
Helena. Me descuartizaron. Las pinceladas
acudieron a su sitio al ver el paisaje con
lejanía. Y éste irrumpió inaudito y unánime.

Tierra cruel, tierra de ceniza y llanto.

Mi respiración no te olvida.

En tí me salvo. En mí te vives. Imaginarios,
Quijote y Dulcinea.

Ridículos nacionalismos de mitología
patriotera. Fascistas de «patria absoluta».

El mundo se achicó sin que hayamos crecido.
Ejecutada después del indulto. Si no te
indultan vivirías.

Quando vivo en Jerusalén no vivo en Antigua.
Si muero en Nínive en Guatemala muero.
Es el pueblo más hermoso del mundo.
Es el pueblo más intrépido del mundo.
El indio guatemalteco es prueba inequívoca
de la resistencia humana.
Es la materia prima riquísima y renovable
más explotada del mundo.
El hambre engendra la violencia.

He llegado al final. He intentado, tan sólo, dejar un testimonio. Esbozar un recuerdo de Luis: de su presencia constante en las luchas y afanes de mi generación. He querido trazar las líneas de ese retrato en que lo veo de pie — una espiga —, como el asta en que ondea imbatible la bandera de Guatemala.

ANTONIO FERNÁNDEZ IZAGUIRRE

No puedo precisar en qué circunstancias conocí a Antonio Fernández Izaguirre. A Tonfer, como le decíamos sus amigos más cercanos repitiendo esa suerte de seudónimo con que lo bautizó Huberto Alvarado. Recuerdo, sí, que el primer encuentro se produjo en la Escuela de Derecho, a principios de 1949.

Tonfer y otros compañeros de aulas, más interesados en las letras que en las disciplinas jurídicas, acudimos a la Escuela de Derecho ante la falta de horizontes académicos, ante la posibilidad de inscribirnos en cursos que tenían alguna correspondencia con nuestra incierta vocación: literatura, ciencias sociales. Y, por supuesto, política. Lo que no figuraba en nuestros planes era el derecho.

Guardo clara memoria de ese grupo tan afín que fue formando su propia tertulia entre clase y clase. El comentario sobre libros recién leídos -la librería Iberia, de Pepe Escarrá, extraño personaje español que hablaba de todo menos de política, nos abastecía de nuevos títulos-; la charla en torno a las vicisitudes del gobierno de Arévalo y los destinos de la revolución de octubre (1944-1954); las cuitas amorosas y la aguda broma sobre todo y sobre nosotros mismos, resumían nuestro quehacer cotidiano. Vivíamos todavía en nuestros hogares -en buena medida éramos “hijos de dominio”- a expensas del afecto y la economía de nuestros padres. Para disponer de algunos recursos impartíamos clases en colegios de señoritas donde, mal pagados, teníamos

al menos el consuelo de tormentosos amores de adolescencia.

Tonfer, a quien los compañeros de curso llamaban afablemente el poeta Izaguirre, sin duda porque desdeñaba las asignaturas jurídicas tanto como proclamaba su franca vocación poética, se lanzó pronto a la primera aventura intelectual. Fundó y dirigió *Vocero estudiantil*, cuyas páginas empezaron a recoger sus versos. Me habría gustado ojear la colección de esa revista para que esta remembranza tuviera el atractivo de sus primicias literarias, pero estoy escribiendo sin más auxilio que los recuerdos.

Corriendo parejas con esta iniciativa de Tonfer -casi estoy seguro de que gracias también a una ocurrencia suya-, nos reuníamos por las noches, en casa de Carlos Caal Champney, para escuchar música sinfónica y conversar sobre literatura española. Góngora, Santa Teresa, Lope, Fray Luis de León, Calderón de la Barca, Quevedo, eran los autores comentados. Carlos Illescas dirigía esta especie de peña, que pronto se orientó al estudio coloquial del romance y, luego, al más coloquial aún del corrido. Tonfer tocaba la bandurria y solía cantar a menudo.

La llegada de Arbenz al gobierno y la promulgación de la reforma agraria, radicalizaron la lucha de clases en el país. La Universidad se convirtió en escenario de enconadas pugnas ideológicas. Nuestro grupo, que no contaba sino con uno o dos marxistas militantes, abrazó sin reservas la causa revolucionaria. Al Comité de Estudiantes Universitarios Anticomunistas -esa era más o menos su denominación-, opusimos nuestro ideario y nuestras fuerzas. *Vocero estudiantil* salió a las calles y Tonfer se erigió rápidamente en dirigente político.

Algunos de nosotros participamos en el Frente Universitario Democrático, que aglutinó a la mayoría de los universitarios comprometidos con la revolución. Ricardo Ramírez de León comandaba ese frente y ejercía notable influencia en varios miembros del grupo. Nuestras victorias sobre la derecha fueron inmediatas: ganamos elecciones decisivas y llegamos a ocupar altos cargos en la dirigencia universitaria. Electoralmente, en la Universidad, la derecha anticomunista estaba derrotada.

Pero no todo era actividad política. O era política de otra manera. Logramos convertir la Escuela de Derecho en una casa de la cultura. La Orquesta Sinfónica Nacional, orquestas de cámara y solistas famosos acudían a nuestro llamado. Pintores y escultores hicieron suyos los corredores del edificio colonial. Organizábamos ciclos de conferencias y mesas redondas, invitábamos a escritores y poetas. Tonfer leyó alguna vez sus propios trabajos.

Idea del grupo fue crear una revista. Así nació *Cuadernos universitarios*, auspiciada por la Asociación de Estudiantes Universitarios, cuyo número uno incluía colaboraciones de Enrique Muñoz Meany, Carlos Navarrete, Carlos Illescas, Humberto Hernández Cobos, César Brañas, Octavio Méndez Pereira (autor del proyecto arquitectónico de la Ciudad Universitaria de Panamá), Miguel Angel Asturias, Carlos Figueroa, José Castañeda, Harold L. White, Roberto Paz y Paz, Mario Silva Jonama, Carlos Martínez Durán. Una nota de presentación, políticamente comprometida y comprometedora, abría este volumen: “Nace *Cuadernos universitarios* bajo el signo de una juventud que no quiere volverle las espaldas a su pueblo y a la cultura”.

“En esta tarea, mucho se necesita del empuje viril de la juventud que, a ejemplo de aquella otra que propició la aurora política del 44, o a ejemplo de la juventud cordobesa que barrió con los moldes escolásticos de su universidad clerical, en el 918, o a ejemplo de la juventud de todos los tiempos que ha sabido colocarse a la vanguardia de la cultura y las reivindicaciones sociales, sepa poner el corazón en la actividad que nuestro tiempo reclama, procurando el desarrollo de las más ingentes labores con las cuales la Universidad debe cumplir su misión”. Contenía, además, una muestra de fotografías de arte popular guatemalteco tomadas por Gey Gruner, y se cerraba con una sección dedicada a los discursos preparados por los delegados del gobierno que asistieron a la Conferencia Interamericana celebrada en Caracas. Tonfer, José Antonio Móbil, Jorge Mario García Laguardia, Amérigo Giracca y yo formábamos el Consejo Editorial. Amérigo concibió el diseño de la edición.

Paralelamente, con Tonfer, publicamos otra revista. Se llamó *El Derecho*. Órgano de la asociación que lleva el mismo nombre. Entreveramos allí, para disgusto de los juristas “puros”, estudios sobre varias ramas del derecho, poesía y letras en general. He olvidado casi todo el contenido de aquel número inaugural, que a la postre fue único. Apenas tengo presente el ofrecimiento, romántica invocación bolivariana, y un ensayo de Mario Monteforte Toledo: “Qué es y cómo es el guatemalteco”.

La intervención norteamericana en Guatemala, en junio de 1954, y la consiguiente caída de Arbenz, nos dispersó. Tonfer se quedó en el país, donde, junto a otros compañeros que tampoco salieron, fundó y dirigió *El estudiante*, semanario político de oposición a Castillo

Armas. Tras casi dos años de lucha que suscitó el respaldo del pueblo, los directores de *El estudiante* fueron detenidos por la policía secreta del gobierno y enviados al exilio. Tonfer viajó primero a La Habana y en seguida se instaló en México.

Jamás perdimos el contacto. Uno aquí, otro allá, unidos siempre. La permanencia de Tonfer en Cuba fue determinante en su vida. Conoció entonces a destacados dirigentes del Movimiento 26 de Julio y estableció con ellos vínculos indestructibles.

En 1958, al instaurarse el gobierno de Idígoras Fuentes, volvimos del destierro. Nos reagrupamos de inmediato y empezamos a forjar planes de trabajo. Con alguna escasa excepción, ya todos éramos militantes revolucionarios.

Después de nuestro reencuentro fundamos la revista *Lanzas y letras*. Tonfer propuso que se llamara *Armas y letras*, pensando en *El Quijote*. Esa fue la idea original.

Pronto, nuestra revista dejó de ser exclusiva expresión del grupo. Sin perder independencia, decidimos ponerla al servicio de la lucha política. Junto a intelectuales guatemaltecos y extranjeros de renombre, escribían los dirigentes revolucionarios, todos en la clandestinidad.

En tres o cuatro meses, cobró prestigio interno y externo. A partir del 59, el año de la Revolución Cubana, *Lanzas y letras* era, en su género, la publicación más leída en el país. Al par de los acostumbrados temas, textos y fotografías procedentes de Cuba llenaban sus páginas. Ante la trascendencia de aquel suceso, salimos en su defensa. Defendíamos lo nuestro.

Cuando *Lanzas y letras* cumplió su primer aniversario, recibimos mensajes llegados de todas partes. Lo mejor

de América nos acompañaba. Mantuvimos la más alta calidad en sus páginas.

En la vida universitaria, se afirmaba la trayectoria de Tonfer. Ganó las elecciones y asumió la presidencia de la Asociación El Derecho. El poeta Izaguirre, que jamás dejó de ser poeta, dirigía la campaña insurreccional universitaria.

Las revoluciones china y cubana eran objeto de inquietud y estudio entre nosotros. Nadie objetó la lucha armada como última instancia de la lucha política. Se habían cerrado todas las puertas al debate democrático y pluralista. El Che Guevara influyó considerablemente en Tonfer.

El Movimiento 13 de Noviembre, que encabezaron Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima, y luego la Guerrilla 20 de Octubre, que creó la dirección nacional revolucionaria, sacudieron ideológicamente a la organización. Frente a un sector apegado a los métodos tradicionales de trabajo, fue surgiendo otro, más joven, que abanderaba la causa de la lucha armada. Yon Sosa y Turcios Lima -en especial este último- se vincularon al sector más avanzado y ejercieron sobre él considerable influencia. Turcios Lima llegó a convertirse entonces en jefe rebelde. El camino de las armas pasó a ser el camino del movimiento revolucionario.

Tonfer, que se incorporó a la actividad político-militar, estuvo muy cerca de Turcios. Su actitud era terminante: no bastaba la identificación teórica con la lucha armada. Era preciso actuar. Y eso fue lo que hizo.

Sin estridencias, sin incurrir en el exceso de llamar “teoriquitos” a abnegados y viejos dirigentes revolucionarios, Tonfer dio su batalla ideológica y, a la muerte de Turcios, optó por la disidencia. Él y otros

compañeros, igualmente fieles a sus convicciones, se marcharon a hacer lo suyo.

Me cuesta recordar cuándo vi a Tonfer por última vez antes de su partida. Creo que fue en 1965 ó 66. En las semanas precedentes, me dio una sorpresa. De madrugada, enlodado hasta la frente, lesionado, apareció en mi casa de Lo de Bran. Cruzó el profundo barranco para avisarme que algo había caído en poder de la policía y, suponiendo que esto me afectaba, iba a prevenirme. Poco tiempo después nos despedimos. Estuvo en casa, amoroso con los hijos, pequeños aún, y se fue llevando en sus manos un par de maletas viejas.

Dejamos de vernos en once o doce años. Durante tan largo período, ni una sola noticia suya. En 1977, Ariel Déleon se encontró casualmente con él. Esto, por cierto, me lo confesó mucho después el propio Tonfer. No le extrañó saber que su viejo colega en *Lanzas y letras* le hubiera guardado el secreto.

A fines de 1977 o a principios del 78, recibí un mensaje escrito. Tonfer quería verme y me planteaba algunas posibilidades para llevar a cabo la entrevista. No esperó mi respuesta. Sin que nadie se percatara, se introdujo a la casa por el jardín. Adentro, se topó con José León, el segundo de mis hijos, quien lo reconoció. Cuando llegué, conversaban en la sala.

El reencuentro fue toda una fiesta familiar. La verdad es que nunca perdí la esperanza de volver a verlo. Para mí, llegó en el momento más oportuno.

Me contó que era miembro del Ejército Guerrillero de los Pobres y que a él -y a sus compañeros de lucha- le preocupaba la suerte de la que otrora fuera su organización revolucionaria, de nuevo en crisis: el Partido Comunista. Cuando se marchó, me dijo algo así:

“No vine a hacer proselitismo. Distingo en todo esto dos posiciones: la correcta y la incorrecta. Y pienso que la primera, la de principios, debe prevalecer. Hay que salvar a la organización”.

En adelante, nos entrevistamos a menudo. Me expresó varias veces su simpatía por *Alero*, que editábamos con Carlos Centeno en la Universidad. Hablar de revistas era viejo tema entre nosotros. También conversamos sobre su larga experiencia en la montaña como parte de ese núcleo forjador del Ejército Guerrillero de los Pobres (1972-76), experiencia que Mario Payeras, uno de sus quince protagonistas, recogió en *Los días de la selva*, relato testimonial rico en enseñanzas políticas y militares, operativas y estratégicas. Tonfer me habló, además, de sus poemas. Me prometió llevarlos a la próxima cita, pero no cumplió lo ofrecido.

La represión crecía en el país. En la capital, los asesinatos se multiplicaban. Los universitarios -estudiantes y maestros- caían indefensos o eran “desaparecidos”. A principios de 1979, me vi envuelto en dificultades. Precipité una postergada intervención quirúrgica para ganar la necesaria tregua, y me ausenté del trabajo académico. Durante la convalecencia, Tonfer me hizo llegar su respaldo y el de sus compañeros. Logró comprobar que me perseguían y llegó a concebir la hipótesis de que podrían asesinarme. Tomé en serio su advertencia, porque el curso de los acontecimientos la explicaba y justificaba. “Te pido, pues, no exponerte innecesariamente”, me decía. “Necesitamos hablar. Las horas pueden ser las que tú juzgues convenientes. Y según tu salud. Nosotros discutiremos entre tanto qué medidas sugerirte que tomes, pues tenemos que impedir que te maten”. Lo que pretendo destacar es el

gesto de Tonfer. Si aquellas amenazas eran ciertas, él me salvó la vida.

En julio del 79 salí de Guatemala. Cinco meses estuve fuera. Pensé, erróneamente, que podría regresar a cumplir mis tareas al frente de *Alero*, y volví. En la Universidad las víctimas se contaban por decenas. No tomé más precauciones que las mínimas posibles. En toda esta etapa -diciembre del 79 a junio del 80- dejé de ver a Tonfer.

El 14 de junio del 80, un día después del asesinato de mi hijo José León, Tonfer me hizo llegar un mensaje. “Hemos sentido caer sobre nosotros mismos -dice al principio- la agresión que la contrarrevolución y el gobierno de Lucas han descargado contra ustedes en la persona de José León, en donde el golpe duele más que si fuera dirigido contra nuestras propias vidas.” Y añade: “El crimen tiene la finalidad de herir y destruir a Roberto antes de dirigir sus armas contra él.”

En el resto del mensaje, Tonfer analizaba la situación política del momento, aconsejaba asegurar a la familia -como de inmediato se hizo- y me sugería “actuar de acuerdo a las posibilidades que nos queden y adecuar a ellas nuestras aspiraciones individuales”. Finalmente, me pedía no descuidarme, no cerrar “los ojos ante esta realidad trágica que debe ser cambiada”.

Entre agosto, septiembre y octubre de 1980, me reuní con Tonfer. Me reiteró entonces las opiniones contenidas en su mensaje de junio.

Nos despedimos en casa de Carlos Caal Champney una noche de tormentosa lluvia. Bebimos casi hasta el amanecer, como en los mejores días de aquella bohemia de juventud que cínicamente llamábamos “revolucionaria”. Charla alegre -jamás nos derrotaron ni las

penas ni la adversidad-, en la que hicimos memoria de la vida entera. No me dijo adiós, sino “¡Hasta la victoria siempre!” Fue mi último encuentro con Antonio Fernández Izaguirre, legendario comandante del Ejército Guerrillero de los Pobres.

EL PARTIDO

Cuando Rafael Alberti decidió irse a vivir a Madrid, un labriego vinculado a su familia lo despidió así: “Adiós señorito Rafael y que Dios lo ayude en eso del comunismo”.

En plena adolescencia, un compañero de estudios me prestó, forrado en papel kraft, el *Manifiesto comunista*. Vivíamos la primera etapa de la revolución guatemalteca de 1944. La actividad de los grupos marxistas estaba prohibida. (El presidente Arévalo cerró la Escuela Claridad, creada por ellos, y expulsó del país a sus animadores). Hojeé de prisa el libro y lo devolví sin comprender su importancia.

En la Universidad conocía Bernardo Alvarado Monzón y Hugo Barrios Klée, líderes de la juventud comunista. Admiré en ellos su desafío, su honestidad, atributo éste que jamás les regateó el adversario. La antigua sede de la Escuela de Derecho, muestra de arquitectura colonial neoclásica, supo de sus afanes y proclamas. Hugo publicó algunas páginas suyas en la revista *Forum*, editada por su generación académica.

La izquierda estudiantil fundó el Frente Universitario Democrático, que llegó a contar con apreciable cantidad de afiliados. Impulsaba y defendía el proceso renovador. Me incorporé pronto. Jorge Mario García Laguardia y yo, editamos el suplemento cultural de *Nuestra lucha*, periódico político de esa agrupación. Lo diseñó y diagramó Américo Giracca y lo denominamos *Arte y*

literatura. Aparecieron seis números. Reprodujimos textos de Muñoz Meany, Cardoza y Aragón, Neruda... Reseñamos libros y comentamos exposiciones de artes plásticas, conciertos, cine.

En esa época fui elegido presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios (Federación, en otros países) con el respaldo del Frente Universitario Democrático. Augusto Cazali Avila, irreprochable político sin partido, y Ricardo Ramírez de León, marxista militante, me visitaban con frecuencia para cambiar impresiones sobre el movimiento estudiantil. Hoy, Ricardo es conocido por su nombre de combate: Rolando Morán, comandante en jefe del Ejército Guerrillero de los Pobres y miembro de la comandancia general de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Huberto Alvarado, alumno en la Facultad de Humanidades, creaba con otros intelectuales el *Grupo Saker-ti* (Amanecer) de artistas y escritores jóvenes, que luego haría suya esta divisa: "Por un arte nacional, democrático y realista". Culto, de lectura puntual, dueño de buen humor, enseñaba sin proponérselo. (Lustros después, siendo miembro de la comisión política y del secretariado del Partido Comunista, Huberto vivía en La Florida, poblado que ahora forma parte de la capital. Mis padres residían en una granja ubicada por ese rumbo, camino de San Juan Sacatepéquez, y yo los ayudaba a distribuir huevos, pollos y conejos. Esto me facilitaba visitarlo pretextando periódicas entregas de huevos a las que el vecindario se acostumbró. Conscientes del riesgo habíamos convenido en que una maceta colocada sobre el muro que cercaba su casa sería señal de alarma).

Dentro del movimiento obrero, Víctor Manuel Gutiérrez se erigía en ejemplo de abnegación. Maestro de enseñanza primaria, autor de textos didácticos escritos para divulgar el materialismo histórico y dialéctico. Publicó un compendio de *El capital*. (Escribí en *Lanzas y letras*: “¿Acaso no es mejor, ya que hablamos de la enseñanza de la economía en nuestro medio, estudiar tanto las corrientes idealistas como las que se fundan en la observación objetiva de los fenómenos sociales? ¿Por qué no abrir con la misma avidez un libro de Keynes o un libro de Marx? La cátedra universitaria no debe ser unilateral”. “Antes de tomar partido en la contienda ideológica de hoy, es necesario conocer, investigar en las aguas de la ciencia contemporánea. He aquí, justamente, la importancia de este trabajo del profesor Gutiérrez, realizado en la soledad de su destierro”).

Otro maestro, nacido en Antigua Guatemala, despuntaba con análoga ejemplaridad en la dirección del Partido Comunista: Mario Silva Jonama. Por el rigor científico de sus trabajos se le reconoció tempranamente como teórico. Él y Víctor Manuel incursionaron en el tema de la nacionalidad y la multinacionalidad en Guatemala. (En “El problema indígena en Guatemala” -*Tribuna Ferrocarrilera*, números 12 y 14, diciembre, 1949-, Víctor Manuel Gutiérrez resume así sus puntos de vista: a) las comunidades indígenas prehispánicas constituían nacionalidades; b) estas nacionalidades se desarrollaban y marchaban, a largo plazo, hacia la formación de estados; c) la conquista española impidió la consolidación del proceso formativo de las nacionalidades indígenas; d) las nacionalidades indígenas fueron sometidas a la opresión económica y

cultural por los conquistadores; e) esta opresión no tuvo carácter racial sino social (la clase dominante de la nación opresora encontró aliados entre la clase dominante de la nación oprimida); f) los conquistadores, al someter por la fuerza a las nacionalidades indígenas, les negaron la posibilidad de organizarse económica, política y culturalmente; g) durante la colonia se formó la nacionalidad mestiza o ladina; h) la nacionalidad mestiza representa el primer brote de movimiento nacional en las luchas por la independencia, en tanto tiene, aunque en forma embrionaria, intereses económicos de clase; i) a partir de entonces, la clase dominante apela al nacionalismo y habla de lucha por la autonomía e independencia frente a la agresión y competencia del exterior, aunque en el interior esta clase sea agresiva y opresora; j) con la independencia se modificó la realidad predominante durante la colonia -que las nacionalidades indígenas estuvieran sometidas a la opresión- y también los mestizos pasaron a ser oprimidos; k) de esta manera y con el avance del capitalismo, el modo de producción funde a los obreros de distintas nacionalidades en una sola clase social: la oprimida).

Al salir del país, tras el derrumbe de Arbenz, Gutiérrez y Silva Jonama marcaban ya mi pensamiento.

Recién llegado a Chile me identifiqué con socialistas y comunistas: en la Universidad, donde encontré a Shafick Jorge Handal, comunista salvadoreño que hoy es miembro de la comandancia general del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN); en la Central Unica de Trabajadores de Chile, presidida por un cristiano venerable: Clotario Blest. A su lado, Juan Vargas Puebla, obrero comunista. Poco a poco fui

forjando una concepción materialista y dialéctica de la naturaleza, de la sociedad, concibiendo como propia la causa del proletariado. Lo he dicho en otra parte: Chile me enseñó a poner en orden mis ideas.

De la relativa tolerancia chilena -la policía secreta del presidente Carlos Ibáñez del Campo nos obligaba a presentarnos semanalmente a sus oficinas-, partimos hacia la represión local. Ya en Guatemala, nos agrupamos los más afines. Llamábonos "chilenos" por nuestra procedencia. Apareció *Lanzas y letras*. Queríamos ser oídos, debatir. Esta imperiosa voluntad nos impulsó a crear otra publicación: *Nosotros opinamos*, periódico mural explícitamente político. Amérigo Giracca ideó el diseño: liviana estructura metálica pintada de negro cruzada por gruesas cuerdas de suave color naranja. Echado hacia la izquierda, el tablero de palo blanco en que pegábamos los textos. Una novedad. De noche, acudíamos a los comités obreros. Ferrocarrileros, tipógrafos, fueron mis colegas. (En Managua, volví a ver a Elías Barahona, a quien conocí en uno de esos comités cuando él tenía quince o dieciséis años de edad. Era dirigente del sindicato de cajas y empaques. Ahora, periodista de nota. Recién leí la entrevista que le hizo a un peluquero nicaragüense cuya navaja pasó por los cuellos de Agustín Lara, Armando Manzanero, Anastasio Somoza Debayle, Howard Hughes, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, Humberto Ortega, Tomás Borge, Antonio Lacayo y otros).

Nos guiaba la noción de frente amplio, de convergencia en asuntos fundamentales. No obstante, fuimos dogmáticos, sectarios. Rechazamos toda tendencia conciliadora con el enemigo. ¿Era dable, acaso, pensar y actuar de otra manera en medio de

aquella polución ideológica, proscritos en nuestra propia tierra?

En 1962, el partido fundó el Movimiento Revolucionario 20 de Octubre, que organizó dos frentes guerrilleros, uno de ellos en la Sierra de Chuacús, Baja Verapaz, y otro en Huehuetenango. Ambos fueron derrotados, el primero con un saldo de muertos, heridos y prisioneros. Tras la derrota, Mario Vinicio Castañeda Paz y yo, junto a Alfonso Ordóñez Fetzer y Roberto Godoy Dárdano, asumimos la defensa de los guerrilleros presos en la cárcel de Salamá. Durante quince meses atendimos ese proceso y logramos poner en libertad a los detenidos. Entre ellos se hallaba Rodrigo Asturias, hijo de Miguel Angel, quien con el nombre de Gaspar Iiom comanda ahora la Organización del Pueblo en Armas e integra la comandancia general de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca.

Julio César Macías, a quien conocí en la Escuela de Derecho y apodábamos “Chirís” por su rostro infantil, se convirtió en el legendario César Montes, comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes en la Sierra de las Minas. Nos encontramos más de una vez al bajar él clandestinamente a la ciudad. Algunas de ellas por azar. Solía conducir entonces un lujoso Alfa Romeo blanco. Gato de siete vidas, salió ileso de cuantas batallas y refriegas debió afrontar. Al cabo de cinco o seis años integraría la columna Edgar Ibarra, precursora del Ejército Guerrillero de los Pobres, que se asentó en las altas tierras del noroccidente guatemalteco. Su hermano Jorge, miembro del partido, viajó conmigo a China y los países socialistas europeos. De regreso, recorrimos París a pie. Bulevares y plazas. Cafés y salas de espectáculos. Josephine Baker en el Olympia

y *Orfeo negro* en un teatro próximo a L'Etoile. Presas de la lujuria, las espectadoras abandonaban a sus maridos y se adueñaban del escenario. Con ellas y los bailarines brasileños adentro, cerrábase el telón. Jorge fue secuestrado una noche en su hogar. Torturado y luego asesinado. Le fracturaron los brazos. A César Montes volví a verlo en Nicaragua. Días atrás había sido el comandante Pedro Guerra en la guerrilla salvadoreña y combatía ahora en las tropas especiales que derrotaban a la "contra". Repito: gato de muchas vidas.

Luis Augusto Turcios Lima, como Marco Antonio Yon Sosa, su compañero de armas en el ejército nacional y después en los frentes guerrilleros, surgió a la vida política al producirse el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960. Le prestaba mi casa para sus reuniones políticas. Con mi mujer y mis hijos almorzábamos los fines de semana. Al cumplir Miguel Angel Asturias sus sesenta años, lo llevé a la residencia de Amadeo García, muy próxima a la mía, donde Turcios Lima, quien llegó acompañado de César Montes, y Miguel Angel, se entrevistaron. "No me tienda la mano, comandante -le dijo Asturias-, permítame abrazar a un pedazo de la historia de mi patria".

Un mensajero de Mario Silva Jonama me despertó una madrugada con la noticia de que en la morgue del Hospital General se hallaba el cadáver de Herbert, seudónimo del comandante Turcios Lima, muerto esa noche en un accidente automovilístico. Me pidió identificarlo. Cumplí la ingrata tarea acompañado de Mario Vinicio Castañeda Paz. A pesar de las quemaduras que le partían el rostro y el vientre, reconocí a Herbert sin vacilar.

Dos hechos insólitos ocurrieron durante su sepelio. Al pasar el ataúd frente a la Escuela Politécnica (nombre de la academia militar de Guatemala), los cadetes de guardia le presentaron armas. En el Cementerio de la Villa, enviado por el viento, apareció el comandante César Montes. Pronunció la oración fúnebre y se lo tragó la tierra.

El fortalecimiento de los frentes guerrilleros y las zonas de resistencia, entre otras causas, dio lugar al surgimiento de diferencias ideológicas y crisis orgánicas. De alguna manera el conflicto chino-soviético influyó en todo esto. Quizás lo más grave fue el distanciamiento que se produjo entre la dirección del partido y la jefatura real de la guerra. No se acoplaban la concepción política tradicional y la militar. Desatábase la lucha interna entre dirigentes y dirigidos, entre los propios combatientes.

Ricardo Ramírez de León me sugirió unirme a su grupo. La verdad es que sus argumentos eran convincentes. Marchóse a fundar el Ejército Guerrillero de los Pobres. Antonio Fernández Izaguirre tomó igual camino.

Al desaparecer secuestrada la comisión política, Huberto Alvarado asumió la secretaría general del partido. En reiteradas ocasiones le dije que ese hecho sólo podía explicarse como resultado de una infiltración. Me aseguró que el caso se investigaba. La última vez que conversamos, cuatro días antes de que su cadáver apareciera abandonado en una carretera próxima a la capital, volvió a referirse a esa investigación. Pienso que confiaba en ella.

¿Qué hacer?

Los inconformes con el curso de los acontecimientos desconocieron a la dirección del partido y crearon otra. Así surgió el Núcleo de Dirección Nacional.

El Ejército Guerrillero de los Pobres, las Fuerzas Armadas Rebeldes, la Organización del Pueblo en Armas y el Núcleo de Dirección Nacional del Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista) son las organizaciones fundadoras de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

EN LA DIRECCION UNIVERSITARIA: ALERO

La Universidad de San Carlos de Guatemala, una de las primeras que los españoles fundan en América, nace a la vida colonial el 31 de enero de 1676. Creada para beneficio de peninsulares y criollos, da cabida a indios y mestizos en mínima proporción. Universidad clasista, acorde con la estructura social de entonces. No obstante, permite la participación de maestros y alumnos en su gobierno.

La independencia nacional merma el poder eclesiástico en la Universidad. El liberalismo va más allá: la despoja de sus borlas pontificias, la convierte en institución laica.

Las dictaduras del siglo XX —sólo dos abarcan 34 años— la privan de autonomía. Ni libertad de cátedra ni autogobierno. Fábrica de profesionistas, distantes de la problemática nacional.

● 1944. La suerte de la Segunda Guerra Mundial está echada. Adviene la revolución democrática que pretende encauzar al país por la senda del desarrollo capitalista. Estábamos en el semifeudalismo. La Universidad, autónoma ahora, aprueba sus estatutos, elige a su rector, a sus decanos. Autoridades, maestros y estudiantes, en partes iguales, conducen los destinos académicos. Un mandato constitucional faculta a la Universidad para participar en "la solución de los problemas nacionales". Alentada por los cambios que impulsa el movimiento democrático —marchan la legislación laboral y la reforma agraria—, la juventud universitaria se suma al debate ideológico.

● Marzo, 1954. Décima Conferencia Interamericana, celebrada en Caracas. Antesala del patíbulo para Guatemala. La Universidad se divide en dos: irreconciliables derecha e izquierda. Es inminente la caída de Arbenz.

● Junio, 1954. Se consuma la intervención norteamericana. Eisenhower y Foster Dulles imponen en la presidencia del país a Castillo Armas, traído de los campamentos que la United Fruit ha organizado en Honduras. No se pudo ir más lejos: "Diez años de primavera en el país de la eterna tiranía". Ahora, "encierro, destierro y entierro". Surge la resistencia. En el Cerro del Carmen, los comunistas enarbolan una bandera roja. *El Estudiante*, periódico universitario, alcanza los 50 mil ejemplares. Orienta la lucha en la semiclandestinidad. Sobre la dirigencia estudiantil el grueso de los golpes. La contrarrevolución en el poder.

● En 1956 y 1962, los estudiantes son abatidos en las calles. El Consejo Superior Universitario, encarnando aspiraciones compartidas por sectores opuestos al régimen, pide la renuncia del presidente Ydígoras Fuentes, anciano general. La Universidad en su mira.

● 1970. Coinciden las elecciones nacionales y las universitarias. En las primeras, tal la costumbre que instituirá el ejército, "triumfa" un coronel: Carlos Arana Osorio. Había comandado la contrainsurgencia en el oriente del país y luego representado al gobierno de Julio César Méndez Montenegro ante Somoza. Las segundas — con más del ochenta por ciento de los votos —, las gana Rafael Cuevas del Cid, doctor en derecho, académico notable, hombre progresista y honesto. Si el término "izquierda" explica algunas cosas, su campaña electoral y su rectorado agruparon a la izquierda revolucionaria, incluidos los comunistas. Electo también, lo acompañó al frente de la secretaría general.

Otto René Castillo y Nora Paiz Cárcamo, víctimas del ejército durante la represión que dirigió Arana Osorio. Mucho se ha dicho acerca de la muerte del poeta guerrillero y su acompañante. Emboscados ambos en la montaña. Torturados y quemados después en un campamento militar. Méritos como éste llenan la hoja de servicios del nuevo presidente.

La Universidad, que denuncia y condena los desmanes del gobierno, es el centro de la represión. Asesinados profesores y estudiantes por los escuadrones de la muerte. Julio Camey Herrera, Adolfo Mijangos (por la espalda, en su silla de ruedas), Justo Rufino Cabrera, Alfonso Bauer Paiz (acribillado, logra sobrevivir), Manuel de Jesús Cordero, entre los primeros. Multitudinarios cortejos fúnebres recorren las calles y desafiantes discursos pronúncianse en el cementerio. Los atentados a mano armada, los secuestros, las capturas, amenazas y coacciones ocurren cotidianamente. Vivimos bajo el signo del sobresalto, de la zozobra. Al producirse el secuestro de Bernardo Lemus y Jaime Pineda, altos funcionarios de la Universidad amenazados de muerte, el Consejo Superior pide audiencia al gobernante.* Arana afirma que también él está amenaza-

* De la carta dirigida a Bernardo Lemus por sus secuestradores, transcribo este fragmento: "El día de hoy tuvo usted una experiencia magnífica, lo hemos tratado muy bien, aunque no con las comodidades que hubiéramos deseado. Lamentamos mucho haber tenido que tratar tan mal a tan inteligente persona, pero con esto le demostramos que estamos en capacidad de cogerlos en cualquier momento, ya que los tenemos absolutamente controlados. Sabemos que usted quiere mucho a su esposa lo mismo que a sus hijos, incluyendo a la pequeña que tiene problemas. Usted y sus compañeros de Partido: licenciado Roberto Díaz Castillo, licenciado Jaime Pineda, licenciado Rafael Piedrasanta Arandi, licenciado Romeo Alvarado Polanco, licenciado Rafael Cuevas del Cid, son los responsables de todos los problemas que tiene el país..."

"Guatemala, 4 de octubre de 1971, 9 pm. Ojo x Ojo".

do. "¿De qué se ríe, licenciado?" — me dice de súbito. Le contesto: "De impotencia, señor presidente". Dormimos de casa en casa, cambiamos de vehículo. Estudiantes o amigos nos custodian mientras marchamos hacia los sitios de reunión. Adelante y atrás de nuestros automóviles, breve, discreta caravana.

¿Cómo explicarse este ensañamiento en contra de la Universidad y los universitarios?

A Rafael Cuevas del Cid lo conocí en la Escuela de Derecho. Gozaba de prestigio bien habido. En esa época solía distinguirse al mejor estudiante de la Universidad con un premio que le fue fácil obtener. No militaba en política. Llegó a la presidencia de la asociación de estudiantes El Derecho con amplio respaldo, cargo desde el cual se ocupó de algo más que asuntos jurídicos. Me escogió para atender la comisión llamada de arte y cultura. Lo que hacíamos allí se denomina hoy extensión universitaria. Más tarde, recién llegado de Europa donde hizo estudios de postgrado, fue elegido decano. Óptimos los resultados de su labor. Confió en mí la edición del boletín y la revista, publicaciones que aparecieron con puntualidad. Antes de lanzar su candidatura para la rectoría universitaria, me pidió formar parte de su equipo de trabajo. Compartimos éxitos y sinsabores.

¿Qué hicimos, él y sus colaboradores, en la dirección universitaria? Cumplir un programa de actividades que se sometió a la consideración del electorado. Hecho inusual, por cierto. Nos animó siempre la idea de que, aunque "la revolución no pasa por las aulas de la Universidad", ésta, en alguna medida, debe contribuir a resolver los problemas nacionales, a formar parte de la "conciencia crítica de la nación". La *Memoria* del rector Cuevas del Cid, puntualmente cotejada con su programa, al que llamó *Pensamien-*

to universitario, prueba que éste se hizo realidad. En el ámbito académico — docencia, investigación, extensión — la cosecha fue abundante. Máxime si se repara en que los frutos se dieron dentro del marco de una política universitaria medularmente orientada a defender la soberanía nacional, los derechos humanos, la autonomía. Política que rechazó las "facilidades" y "ayudas" financieras ofrecidas por el gobierno, entre ellas un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) cuyo monto se entregaría en concepto de donación a ésta y otras universidades del país. Ni el terror — la Universidad organizó el Frente Nacional contra la Violencia — ni la coacción doblegaron principios, conductas. Dijo Rafael Cuevas del Cid al finalizar su rectorado: "Nadie se retiró de su puesto, nadie varió su actitud".

Años después, exiliado, Rafael murió en México. Uno de sus hijos y su nuera fueron secuestrados. Jamás se supo de ellos.

De quienes a salto de mata acompañamos a Rafael en la toma de decisiones — aunque se dice que en éstas siempre se está solo —, recuerdo a los infaltables: Bernardo Lemus y Carlos Centeno, economistas, lúcidos estrategas en la hora cero asesinados ambos con un día de diferencia; Jaime Pineda, director financiero; Augusto Cazali Avila, asesor en miscelánea de asuntos, paradigma de integridad; Mario López Larrave, decano de la Escuela de Derecho, ametrallado al salir de su casa para cumplir algún compromiso con los trabajadores (era asesor jurídico laboral). No digo que en este círculo se decidiera todo. Rafael discutía nuestros puntos de vista con muchos otros.

Alero, terco sueño. Rafael comprendió su necesidad. Nuestro propósito: intentar algo nuevo volviendo los ojos a un pasado rico en revistas ejemplares: *Stadium*, *Revista de Guatemala*, *Cuadernos universitarios*, *Lanzas y letras*, *Presencia*.

Lionel Méndez Dávila y yo nos encargamos del proyecto. Al triunfar en las elecciones, la creó el rector. La Universidad tenía su propia revista, envejecida por la rutina. Una lápida. Difuntos en vida sus colaboradores. La convertimos en anuario. *Alero* surgió abierta a lo mejor del pensamiento continental.

No juzgaré lo que se hizo en *Alero*. A otros compete. Sus cincuenta y seis números están ahí, repartidos en tres épocas que comprenden ocho años. Existe un índice general que la Universidad publicó recientemente. Guía para los investigadores. Ante este inventario de autores y textos, reparo en la dimensión de la tarea cumplida y en las pasajeras contrariedades: acusado de someter las colaboraciones a la censura del Partido Comunista —dícese felón de quien comete felonía—, fui absuelto por el Consejo Superior. Paradójicamente, en nombre de no sé qué dogmatismos de la izquierda estridente, funcionarios académicos llegados más tarde me conminaron a renunciar. Una destitución. Con Carlos Centeno, destituido también —juntos dirigimos la revista durante las dos últimas épocas—, fundamos pronto *Cuadernos universitarios*. Quienes colaboraron en *Alero*, lo siguieron haciendo en la naciente empresa. Estábamos en 1980, el año más duro de la represión. Las nuevas autoridades universitarias, el rector a la cabeza, abandonaron sus puestos y se marcharon del país. A salvo sus vidas, intentaron constituir la Universidad en el exilio. Nadie los oyó.

MI CASA

Pienso que mi casa, mi casa de Guatemala, la empecé a edificar en la adolescencia, cuando aún vivía junto a mis padres. Con el sueldo que ganaba como profesor en un colegio de señoritas hice de mi dormitorio un rincón acogedor para recibir a los amigos, para disfrutar de mis libros y pertenencias. Una colección de cerámica de Chinautla, inmortalizada más tarde en las fotografías de Gey Grüner que publicó *Cuadernos universitarios* y que finalmente hizo añicos el terremoto de 1976, decoraba mi incipiente biblioteca. Un óleo de Lorenzo Alegrias fue mi primer cuadro. Notable pintura. A Américo Giracca, hoy arquitecto de renombre, le aseguré entonces que él construiría mi casa. Y así ocurrió.

A la colección de cerámica de Chinautla se sumaron escogidas piezas de alfarería producidas en otros lugares del país, tejidos indígenas, juguetes populares, en fin artes y artesanías que me han acompañado siempre. De México, a donde viajé al cumplir los diecisiete años, regresé con una muestra de objetos artesanales y un par de antigüedades adquiridas en La Lagunilla. De ahí en adelante, al cabo de frecuentes y a veces prolongados viajes, las casas que habité se fueron poblando de recuerdos vivientes. Américo solía decirme que esa utópica casa debía concebirse no para mí sino para esos seres aparentemente inanimados que aguardaban su edificación.

Cuatro años de exilio chileno colmaron mi avidez: estribos de madera tallada, empavonadas espuelas de rodaja

gigante, chamantos, fajas y ponchos que engalanan a los huasos del valle central; miniaturas de El Rari antaño confeccionadas con crin de caballo; cerámica negra bruñida de Quinchamalí y policroma de Talagante, cajuelas y joyeros elaborados con conchas marinas por los pescadores de Valparaíso, Cartagena y Coquimbo. Determinante fue mi experiencia de investigador al lado de Tomás Lago, quien fundó y dirigió el Museo de Artes Populares de la Universidad de Chile.

De Bolivia, alto mundo andino que me hizo evocar las heladas serranías de mi tierra, llevé una réplica, en grande, de las balsas de *totorá* que cruzan el Titicaca, máscaras diabólicas de los carnavales, charangos cuyas cajas de resonancia son caparazones de armadillos, *sicus* y *queñas* de melancólicas voces que acompañan en su viaje cordillerano a los arrieros de llamas, alpacas y vicuñas. De Ecuador y Colombia cargué con espejos diseñados a la usanza colonial, con telas de lana en que predominan, a diferencia de los encendidos colores indígenas guatemaltecos, los ocre y negros sobre fondo gris. En China —corrían los años de Mao—, cumpliendo extenso y reposado itinerario, me sedujeron los juguetes de seda —elefantes, leones, gatos—, las muñecas de piel de conejo hechas en Mongolia Interior, las tintas de Li pai-chi, los pequeños biombos de seda pintada, objetos múltiples de jade verde y rosa, máscaras de la ópera de Pekín, pipas campesinas de bambú con boquillas de alabastro, figuras recortadas en papel de arroz. En Suiza, Alemania y Checoslovaquia, las pipas de madera y porcelana, los bastones. (Hay entre mis pipas una francesa, prolijamente labrada, de mediados del siglo diecinueve, y otra, de copa blanca, que usó Luis Cardoza y Aragón en su juventud. Obsequio suyo).

Desde niños, mis hijos compartieron estos afanes. Con frecuencia, José León me traía, al volver del colegio, toda clase de tastos y fragmentos de vasijas que se le antojaban de mi agrado. Prohibía tocar "los juguetes de papá". Alenka guió, a él y a Camilo, en el estudio de los instrumentos musicales del sur. *Voces nuevas*, conjunto que formaron al iniciarse en la Universidad, interpretaba tonadas, cuecas, valesitos, sambas, marineras.

Al cumplir Pamela los diez años, hicimos juntos un viaje en automóvil de Guatemala a Michoacán. Antropóloga ahora, se interesaba ya en la cultura popular. Nos detuvimos lo suficiente en Juchitán, Oaxaca, Veracruz, Puebla, ciudad de México, Taxco, Toluca, Querétaro, San Juan del Río, León, Celaya, Dolores, Guanajuato, San Miguel de Allende, Pátzcuaro, Santa Clara del Cobre, Morelia. Yo conocía estos lugares y conocía también a famosos alfareros mexicanos. De los jaliscienses hermanos Avalos llegué a tener muestras de vidrio soplado; de Herón Martínez, alfarero de Acatlán, Puebla, un asno de gran tamaño modelado en barro negro. Reuní botellones, botellas, frascos y tapones ornamentales de vidrio soplado procedentes de Texcoco y Carretones; garrafas de vidrio de "pepita"; lacas de Pátzcuaro —con aplicaciones de oro de 24 kilates—, de Uruapan —llamadas de "embutidos" o "inscrustados"—, de Olinalá y Chiapa de Corzo —"jicalpextles de guaje"—; cerámica vidriada de Ocumicho, Tlaquepaque y Tonalá; árboles de la vida de Metepec; equipales de Jalisco y Michoacán. Cotejaba mis lecturas del Doctor Atl —*Las artes populares en México*— con mi propia experiencia. A todo esto, mi trabajo de investigador en el Centro de Estudios Folkloricos, creado por la Universidad de San Carlos de Guatemala, me mantenía vinculado a las tradiciones mexicanas. Asimismo, a los oficios populares de

Sacatepéquez y nuestro altiplano occidental. Los animadores de esa institución — Amérigo, Luis Luján Muñoz, Ida Bremé de Santos, Juan José Hurtado y yo — organizábamos exposiciones, dictábamos conferencias, editábamos monografías, fundábamos el Museo de Artes y Artesanías Populares de Sacatepéquez, en Antigua. Traté de cerca a artistas y artesanos en diversas especialidades y gocé de su amistad.

Cuando Amérigo me mostró los planos de la casa, nada hubo que cambiar. La imaginó como yo: al centro de espacioso jardín, resguardada por blancos e inclinados muros que remata un cimborrio antigüeño. Feliz confluencia de rasgos prehispánicos y coloniales. Cuatro gárgolas de loza vidriada salidas de los talleres del maestro Francisco Montiel, dejan caer el caudal de aguas acumulado en la terraza. Otra gárgola, solitaria, vierte el agua pluvial sobre el jardín interior con el curioso auxilio de una gruesa cadena de hierro que, como lengua, se le escapa de la boca.

Pocos años viví allí. Mientras esto sucedía, fue mi hogar y el hogar de los amigos.

La mañana que asesinaron a José León, la casa se llenó de gente. Tres días después, al marcharse Alenka y los hijos a Nicaragua, me atreví a llegar. Cada cosa en su lugar. Relampagueaban los rojos pisos de barro cocido pulidos con cera. Lucía como en sus mejores tiempos. Aguardaba a quien no volverá.

A doce años de distancia, leo y comparto estas reflexiones de Alenka contenidas en una carta a su hermana Paz: "Mas, cuando en mi casa ancha y blanca irrumpieron la muerte y la sangre, desolando murallas y ladrillos, dejándola huérfana de hijos y de voces, entonces, hermana,

comprendí que el corazón del hombre es la mejor y más hermosa casa que uno puede habitar".

MIS POCOS CUADROS

No eran muchos los cuadros en mi casa de Guatemala. Ni, salvo excepciones, eran comprados. Llegaron a habitar aquellas encaladas paredes de la mano de sus autores. Y se quedaron allí. Tal como recuerdo a los alfareros, ceramistas, carpinteros, hojalateros, tejedores y herreros cuyas obras invadieron esa casa, así, las redes de mi memoria retienen las circunstancias en que me hice de aquellos cuadros.

De los abuelos maternos de Alenka, españoles de fortuna llegados a Chile, son los óleos que sus padres nos regalaron el día de nuestra boda. Viejas telas, sin firmas o con firmas ilegibles. No ponderaré sus atributos con epítetos. Un caballo blanco, en claroscuro de atardecer o madrugada, me daba la hora.

En La Lagunilla, a donde iba los mañaneros domingos mexicanos guiado por José Luis Balcárcel y Carlos Navarrete, adquirí una pequeña tela con la imagen de un niño Dios al que un corazón desproporcionado le estalla en el pecho. Pintura popular del siglo dieciocho o diecinueve.

No sé cómo, desde lejos, sin apuntes previos, Alberto Beltrán pudo hacerme un retrato a tinta. El sol, sobre mis ojos, me conmina a fruncir el entrecejo.

Elmar Rojas, que con paleta de fuego pinta otras cosas, ilustró una serie de breves textos míos que se publicaron en *Alero*: "Cerámica popular de Hispanoamérica: algunas muestras". Me quedé con los originales.

Arnoldo Ramírez Amaya —ojos de búho, diabólica pluma—, hizo lo mismo con otras páginas aparecidas en aquella revista de la que fue director artístico.

En su casa de Coyoacán, mansión cortesiana que perteneció a la Malinche, los "Fridos" Rina Lazo y Arturo García Bustos me dedicaron dos de sus grabados.

San José — esbelta varita de nardo en la mano—, óleo anónimo del siglo dieciocho, fue enmarcado por el maestro José Luis Álvarez en un alarde barroco acorde con la imagen.

De la concha en que se halla pintada, emerge la Virgen. Perla en nube de nácar. Oleo del diecinueve guarnecido por un óvalo de caoba oscura.

Tres exvotos procedentes de la iglesia de San Felipe, en Antigua. Oleos sobre lámina de zinc portadores de sendas gratitudes.

De Marco Augusto Quiroa, un Jesús nazareno en andas, óleo sobre madera. Tonos metálicos, violáceos, de semana santa. Y *El perraje*, broma que me jugó en tintas de vivos colores: la escoba, el balde, el trapeador, utensilios propios de mi neurótico oficio. Dice la dedicatoria: "Cómo sufre Piqui Díaz, / —gran amante del folklor—, / al mirarte en estos días / convertido en trapeador". En otro lienzo, comparte la mitad del espacio con el atormentado Enrique Anleu Díaz: *Los novios*. Armonía y contrapunto.

Varias piezas de pintura popular guatemalteca, algunas de ellas debidas a los pintores de cofres del cantón Vásquez, en Totonicapán, a quienes décadas atrás Amérigo Giracca les pidió pintar cuadros con los mismos motivos que decoran sus cofres. Tal el origen de esa pintura orlada de florecillas silvestres. (Uno de esos motivos —el quetzal— ilustra la cubierta de *Guatemala las líneas de su*

mano, edición que publicamos en la Editorial Nueva Nicaragua).

Entre mis escasas compras, un Tun, pintor indígena autodidacta, urbano, simple, ajeno a las tendencias primitivistas. Inherente le es la ingenuidad.

De Roberto Cabrera — serie *Los desaparecidos* —, una tinta que presagaba ya la irrupción de la muerte en mi hogar.

No contaba aún con el Mérida ("A Julio Valle lo dedica Carlos Mérida") que Julito me obsequió en Managua: "Te lo doy a vos, porque este cuadro debe estar en Guatemala".

ULTRAMAR

MADRID

La ventanilla del avión, un microscopio. Pegado a su cristal repito nombres aprendidos en la escuela: Sierra Morena, Ecija, Montes de Toledo... El Escorial me advierte la proximidad de Madrid.

Barajas dista poco de la ciudad. El taxi corre por la calle María de Molina rumbo a mi hotel. Se despide el invierno con una ola de viento helado.

En las esquinas, rótulos de letras blancas sobre fondo azul guían mis pasos: Plaza de Cánovas, Carrera de San Jerónimo, La Gran Vía... Altanera, la avenida General Mola. España, herida en el corazón. Grita el fuego de la *Tercera Residencia*:

desbaratado por azufre y cuerno,
cocido en cal y hiel y disimulo,
de antemano esperado en el infierno,

va el infernal mulato, el Mola mulo,
definitivamente turbio y tierno,
con llamas en la cola y en el culo.

El bullicio del Madrid nocturno es ensordecedor. Por la Montera y Preciados bajan ríos de voces hacia La Puerta del Sol. El bar Flor —donde nace la calle de Alcalá— es tumultuoso desde el atardecer. Aceitunas, langostinos, boquerones. Se tiñen las copas con los vinos de Rioja. Núñez de Arce, Espoz y Mina, Las Carretas. Se me ocurre

que en esta calle podría tropezar con la legión que frecuentaba al café Pombo en los mejores años de Gómez de la Serna. Un óleo de Gutiérrez Solana retuvo los rostros de aquellos contertulios.

Voy a la Unión Soviética y China. Salí de Guatemala y debo volver a Guatemala. Qué mejor cobertura que pasar por la España franquista, por Suiza. El itinerario, hasta donde era dable, lo tracé yo. Tal vez para comprarme un reloj.

Sin más guía que mis lecturas, recorro aquel Madrid lluvioso, pardo como el palacio de Franco. Antes de ir a la cama, se me antoja beber un brandy. Me visto de nuevo y, a pocos pasos, en la Gran Vía —entonces avenida José Antonio—, entro al bar más próximo. Bar de periodistas. Se habla en alta voz. Se fuma y juega al dominó. Negras boinas uniforman a los parroquianos. De pronto —"Como alcalde vuestro que soy, os debo una explicación"—, ante mí, el protagonista de *Bienvenido mister Marshall*. Le sorprende y halaga mi hallazgo. Hablamos hasta que cierran el establecimiento. Desenfadado, poco cauteloso, me pareció antifranquista.

A pesar de la nublada estación, la mañana vierte luz sobre la capital de España. No lo pienso más y me echo a andar hacia la fuente de Neptuno. Velásquez, Zurbarán, Murillo, Ribera, el Greco —para recordar nombres españoles— aguardan muy cerca, en las salas del Prado. Allí, en sitio privilegiado, *Las Meninas*. Casi me atrevo a cruzar el llenzo para salir por la puerta del fondo. *Los Borrachos*, *Las Lanzas*, los retratos de la corte, cubren las paredes dedicadas a Velásquez. Detengo el paso ante Goya: las dos versiones de *La Maja y Fusilamientos en la Moncloa*. A Murillo lo descubro. Nunca antes, como en su caso, los

cromos de almanaque hicieron tanto daño a la pintura. Tiene el rostro de la paz.

Las escuelas italianas nutren las galerías del Prado. A la colección prerrafaelista donada por don Francisco Cambó hay que sumar a Tiziano, Mantegna, Tintoretto, los Bassanos y al propio Rafael. La *Anunciación* de Fra Angélico de Fiesole, llega a España en el siglo XVII.

Los grandes nombres surgen de muro en muro: Rembrandt — de quien se tenía sólo su *Artemisa* hasta 1941 en que fue adquirido el *Autorretrato* —; Reynolds y Rommey — la más pura cepa inglesa —; Watteau, Boucher y Juan Bautista Greuze entre los franceses; Alberto Durero, cuyo autorretrato fue traído por Felipe IV, y Lucas Cranach — "el Viejo" —, linaje y tradición alemanes.

El Prado es un refugio, una evasión. El reencuentro con la España ausente. Al salir, junto al monumento a Velásquez, me detengo a hojear la última edición de *Indice*. Sus páginas reflejan muchas de las contradicciones del anti-franquismo. La resistencia interna frente a la República en el exilio llama mi atención. La batalla debe darse — y se da — en la entraña misma. *Indice* — apunta en una nota su director —, es un ejemplo. Reflexiono: desde lejos se puede ser más radical, más intransigente. Adentro, cada día es una emboscada.

La literatura clandestina agudiza el sentido crítico del hombre de la calle. Leo hojas rebeldes impresas por las nuevas generaciones. Los comités secretos de trabajadores se aprestan para la huelga general. Un subrepticio programa de seis puntos corre de mano en mano: amnistía para los presos y exiliados políticos, elecciones constituyentes, política exterior de coexistencia pacífica, democracia viva (se habla de tránsito al socialismo).

Dejo Madrid una lluviosa mañana de marzo. Volveré después de veinte años durante los cuales las cosas ocurrieron de otra manera.

Ya no está el caudillo.

PRAGA

Llego a Praga por la noche en pequeño avión checo, procedente de Berna y Zürich. La azafata no habla inglés. Viaje silencioso. El trayecto hacia el Hotel Internacional, otra prueba de silencio. Mudos el piloto del auto y yo.

Mala'Strana, alta y medieval. San Vito en la cima. Sólo tiene ojos para el horizonte: la Torre de la Pólvora, el Puente Carlos, la Calle de los Alquimistas en que vivió Franz Kafka. Antiquísimo reloj de carillón preside la vieja plaza. Doce figuras humanas giratorias emergen de su seno. Dan las horas del Moldava. Escucho la voz de Smétana: *Mi patria*.

Cuando el semáforo cede el paso a los peatones, en la gran avenida Wenceslao, me topo con José Antonio Mobil. Llega de Viena." No cabe duda — me dice — que los vieneses son dioses, pero dioses hediondos". Me juega un par de bromas más y desaparece. Recién se había separado de Otto René Castillo a quien yo localizaría en Leipzig.

Al atardecer, en busca de las tabernas que ofrecen la mejor cerveza de la tierra —la de Plzeň—, escucho mi nombre a gritos. He sido descubierto por Leonel Roldán. El azar es una categoría dialéctica.

Visito las heladas bóvedas de la cervecería de Plzeň, Karlovy Vary, Mariánské-Lazné, antigua Marienbad. Me llevo el pistero en que probé sus aguas minerales.

Súbitamente, en alguna de esas tabernas de Praga que seducían a Roque Dalton, el azulado mirar de una mujer. Nos entendemos a pesar del mal inglés de ambos. La acompaña una amiga, a cuyo departamento vamos luego.

Surgen las copas de sífovitzas suficientes para derrumbar mi timidez. Al insinuarse, con cierto o simulado candor, me dice que no me cobrará. Que le deje lo que a mi juicio merezca una mademoiselle checa, una Brigitte Bardot. Notable el parecido.

Lustros más tarde, en un camino de Guatemala, apareció el cadáver de Leonel Roldán, encadenado, maltratado por las torturas.

AQUÍ PEKÍN: HABLA PEKÍN

Nos despertaba la radio con los primeros acordes del Himno de la República Popular China y la identificación del programa transmitido en español: "Aquí Pekín: habla Pekín. El viento del Este prevalece sobre el viento del Oeste".

Éramos numerosos los invitados latinoamericanos a recorrer aquel país: intelectuales, obreros, campesinos, entre quienes había mujeres en mínima proporción. Hice pronta amistad con las chilenas. Viajábamos en confortables buses y ferrocarriles. En avión, a los sitios más remotos. Conferencias, proyecciones cinematográficas y algunas lecturas facilitaban nuestra comprensión de la milenaria historia china y los pormenores del proceso revolucionario. Visita sin prisas: monumentos de las antiguas dinastías; la Gran Muralla China; la Ciudad Prohibida de Pekín, que atesora obras de arte, joyas, regalos de reyes y emperadores lejanos; la subterránea ciudadela de Yenan, cuartel general de Mao Tse-tung y su estado mayor durante la guerra de liberación, una vez concluida la Gran Marcha de 12 mil kilómetros que encabezara el mariscal Chu Teh; las altas serranías desde donde tantas veces nos sorprendió el amarillo discurrir del Hoang Ho.

Visitamos barrios de artesanos, comercios en que el ábaco no cede ni cederá paso a las calculadoras; industrias, cooperativas y comunas populares; centros de salud, sitios de recreo. Disfrutamos de los mejores restaurantes y, por supuesto, del pato laqueado de Pekín. Trincharlo, un ritual. Aprendí a manejar los palillos y, lo más difícil, a comer

con ellos el arroz blanco, simplemente cocido, que se sirve en tazones de porcelana. Es el pan de los chinos. Llámase *mao-thai* el aguardiente hecho de arroz acostumbrado como aperitivo, y *putha-io* el vino color ámbar que acompaña las comidas.

La indumentaria femenina, casi uniforme. Pantalón negro tallado y chaquetita de seda del mismo color con botones cilíndricos de marfil o hueso. Sorprenden los diminutos pies de las ancianas. De pequeñas, sus padres se los vendaban para impedir que les crecieran. Larga trenza sobre la espalda. Los hombres visten de dril azul o gris: casacas de cuello cerrado, abotonado por delante. Zapatos de tela negra.

Han, el grupo étnico más numeroso (94%). "Minorías nacionales", los restantes. Grandes urbes y pequeños poblados supieron de nosotros: Shanghai, Nanking, Changsa, Nanchang, Tientsin, Carrton, Wuhan, algunas regiones autónomas.

Cambiamos impresiones con dirigentes políticos, intelectuales, artistas. Tintas multicolores de Li Pai-chi reproducidas por doquier sobre papel de arroz y paspartú de seda. Reposado recorrido dentro de la casa museo de Lu Hsün. Adquirí un tomito encuadernado en seda roja, que contiene diecinueve poemas de Mao, a quien vimos cruzar a nado el Yan Tse-kiang. Año tras año, solía repetir la hazaña.

Deseé ver a Luis Enrique Délano, consejero cultural de la embajada chilena, a quien conocí en Santiago cuando dirigía la revista *Vistazo*. Acababa de marcharse. Lo sustituyó José Venturelli, en cuya casa estuve. Vivía y pintaba como los chinos. Toda una época de su pintura: tintas, delicadas tintas de leve trazo. No más óleos.

A tres décadas de distancia, retiene mi memoria visiones sueltas no empañadas por el olvido. Vi construir embalses en que se empleaba a millares de obreros para el acarreo de materiales extraídos de lugares distantes. Infinitas hileras de seres humanos subiendo y bajando montañas en afanosa labor de hormigas. Tras sincrónico pasar de mano en mano, llegaban a su destino cubos llenos de arena, pedrín, cemento. Carencia de recursos mecánicos. Recuerdo la divisa de entonces, síntesis de una modalidad de trabajo ajena casi al instrumental tecnológico: "Caminar con las dos piernas".

Por las mañanas y al caer la tarde, hombres y mujeres que practicaban gimnasia tradicional china acudían a los parques de Pekín: lentos, muy lentos movimientos de cabeza, brazos y piernas. Perdida la mirada. Imper-turbables figuras en éxtasis.

En las grandes tiendas se vendía de todo para todos. No faltaba la sección de artes y artesanías populares: papel de arroz recortado; paisajes con montañas y nubes dueñas del horizonte; flores y pájaros extraños en acuarelas de tonos suaves; boquillas, collares, pulseras, anillos de marfil; biombos de madera calada; pipas de bambú; libros plegables como códices; abanicos de marfil y sándalo; juguetes de trapo forrados de seda; estatuillas de jade blanco, verde y rosa; máscaras de la ópera de Pekín; jarrones y vajillas de porcelana.

Sorprendían los museos de historia de la revolución con testimonios fotográficos, jamás mutilados, de dirigentes comunistas a quienes se separó o expulsó del partido. Sin epítetos, se les identificaba por sus nombres: Chen Guotao, Li Li-san, Ch'en Tu-hsiu, líderes de tendencias conservadoras o izquierdistas. No ocurría lo mismo en la Unión Soviética.

Llamó mi atención que los textos políticos estuviesen plagados de proverbios, adagios, refranes: "Las cosas opuestas una a la otra, se condicionan una a la otra"; "El fuego arde mejor cuando todos traen la leña", "Escucha a ambos lados y tendrás claridad, pero si escuchas a uno sólo estarás rodeado de tinieblas"; "Conoce al enemigo y concómete a ti mismo y podrás emprender cien batallas sin sufrir derrotas"; "El oficio del entendimiento es pensar"; "Canta distintas canciones en distintas montañas"; "Acomoda el apetito al manjar y el traje a la figura".

Nada nuevo bajo el sol. Sugeridas las leyes de la dialéctica por la literatura oral o escrita de los antiguos reinos, de las remotas dinastías.

La revolución china, victoriosa en 1949, fue caracterizada por Mao Tse-tung y los teóricos del Partido Comunista como una revolución de nueva democracia, antimperialista y antifeudal; como una dictadura de varias clases sociales; como una dictadura de frente único con hegemonía participación del Partido Comunista. Preguntaba Mao: "¿Pero qué tipo de gobierno democrático necesitamos hoy?" Y respondía: "No el presunto gobierno democrático anticuado que corresponde al tipo europeo-americano, con su dictadura burguesa, ni el gobierno democrático de tipo soviético, con su dictadura proletaria". Y añadía: el constitucionalismo de nueva democracia "es la dictadura conjunta de varias clases revolucionarias sobre los colaboracionistas y reaccionarios". Distintas, en aspectos fundamentales, las revoluciones china y bolchevique.

La bandera de la República Popular China explica bien la conformación del Estado revolucionario en la etapa de la nueva democracia: la estrella mayor representa al Parti-

do Comunista; las cuatro menores a las clases sociales que hicieron posible la expulsión de los imperialistas japoneses y la derrota de las huestes militaristas de Chiang Kai-shek: el proletariado, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. Mao Tse-tung ha señalado los rasgos que distinguieron a la burguesía nacional de China, y explicado el porqué de su actitud consecuente a veces con el movimiento revolucionario, de su participación en el gobierno de frente único, en el régimen de nueva democracia.

La caracterización de la burguesía nacional china, hecha por Mao, da la pauta para comprender lo que ocurría en aquel momento. Propia de un país colonial y semicolonial, sometida a la opresión del imperialismo, conservaba, en ciertos períodos y hasta cierto grado, una cualidad revolucionaria: su antimperialismo, su antifeudalismo, su disposición de allarse con el proletariado y la pequeña burguesía. La rusa, producto de un país imperialista, militarista y feudal, que invadía y sojuzgaba a otros países, no poseía cualidad revolucionaria alguna. La tarea del proletariado ruso consistía en oponerse a esa burguesía, no en unirse a ella. La del proletariado chino, en establecer, junto a la burguesía nacional, un frente único de lucha antimperialista y antifeudal, tal como sucedió.

El triunfo revolucionario y el ulterior desarrollo del proceso transformador modificaron esta realidad, tanto como sus enunciados teóricos. La abolición del sistema feudal y el surgimiento del socialismo determinaron cambios en el ámbito de las contradicciones internas: la principal pasó a darse entre la clase obrera y la burguesía: entre socialismo y capitalismo. La *Línea general de la revolución socialista* resumió los postulados de esta etapa: abolir la explotación feudal y convertir la propiedad privada de los medios de

producción en propiedad colectiva, transformando paulatinamente la agricultura, las artesanías, la industria y el comercio capitalistas. La transformación de la agricultura se llevó a cabo por medio de asociaciones campesinas de ayuda mutua, de cooperativas semisocialistas y socialistas organizadas voluntariamente y diferenciadas por la existencia o inexistencia de propiedad privada. En términos análogos, transformábase la producción artesanal. El comercio y la industria se rigieron por la economía mixta —privada y estatal—, en principio, y socialista después.

Las comunas populares, cuyas raíces se remontan según Mao a las asociaciones campesinas de ayuda mutua, fueron concebidas como grandes núcleos integradores de todas las actividades productivas; como comunidades de varios miles de habitantes, autosuficientes en materias económica, política, administrativa y cultural; como arquetipo de organización socialista; como ensayo materializador de las más esperanzadoras utopías.

Desconozco las experiencias chinas del presente. Ignoro cuál fue el destino final de las comunas populares. Cuanto vi corresponde a una época que precedió a las discrepancias chino-soviéticas, a la Revolución Cultural y sus consecuencias. Declaro mi simpatía por aquel esfuerzo gigantesco dirigido a la edificación de una sociedad más justa, de una sociedad sin esclavistas, sin esclavos. Sin ladrones en el poder.

Concluida la visita, somos agasajados con una cena en el Palacio del Pueblo, corazón de la Plaza Tien An-men. Casi completa, la dirigencia del gobierno y el Partido Comunista: Liu Shao-ch'i, presidente de la república; Chou En-lai, primer ministro; Den Siao-ping, viceprimer ministro; Chen

Yi, ministro de relaciones exteriores; Lin Piao, ministro de la guerra; Pen Cheng, alcalde de Pekín; los mariscales Ho Lung y Chu Teh. Ausente Mao. Habla un obrero argentino en nombre de las delegaciones invitadas y nos despide Chou En-lai. Al terminar su discurso, me pongo de pie y digo, en chino, inesperadas palabras aprendidas de memoria. Visto traje azul de dril a la usanza del país. Noche tras noche, antes de la cena, debí repasar en secreto el breve texto. Recibo un abrazo del "camarada Chou", quien me conduce a la mesa de los dirigentes. Estoy entre él y Chu Teh. Difícil contestar las preguntas de éste sobre Guatemala. Sabe más que yo de la reforma liberal, del decimonónico conflicto entre Estado e Iglesia, de Justo Rufino Barrios.

CHRISTA

Después de la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana, ¿qué es en realidad lo que se ha ido y qué lo que queda? A nadie escapa que no sólo en la República Democrática Alemana sino en otros países socialistas se dio un escamoteo de los principios del socialismo científico. Alguna vez, al pensar en la posibilidad de este fraude, sentí caer sobre mí el aluvión de epítetos acuñados para condenar a los incrédulos. Y la admonición que recuerda Mario Benedetti: "Te voy a hacer la autocrítica". ¿Se trata de errores rectificables o de aceptar que lo irremediable está en la naturaleza del ser humano? ¿Tendría razón Ernest Bloch cuando, al componer su *Fiesta judía (Sinfonía Israel)*, afirmaba, escéptico, que la humanidad no cambia, que lo que cambia son las armas?

Me hago estas reflexiones a treinta años de mi única visita a la República Democrática Alemana, ocurrida en 1960. Procedente de Praga, tras largo viaje por la Unión Soviética y la República Popular de China, llegué a Berlín en ferrocarril. Sajonia, surcada por el Elba, se alzó al amanecer apenas traspuesta la frontera checoslovaca. Apacible campiña, escenario de ociosos bombardeos en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

Mi interés en Alemania ha sido vocación desde la niñez, tan vinculada a los alemanes en las altas y lluviosas tierras de Cobán, al norte de Guatemala. Entre las obras literarias que fueron de cabecera en mi adolescencia, hay dos que leí y releí con fervor: *Werther*, de Goethe, y *El libro de los*

cantares, de Heine. Intima compañía el *Testamento de Heiligenstadt*. Lustros más tarde, siendo cursante de derecho constitucional, descubrí la República de Weimar en mis lecturas de Harold Laski sobre el Estado moderno. Decisivo el hallazgo de la música alemana.

Me hospedé en un hotel próximo al sector del oeste, a pocos pasos de la Puerta de Brandenburgo. El Reichstag se divisaba desde mi balcón y Unter den Linden corría a mis pies. Aún estaba presente la pesadilla de la guerra. Abundaban los predios desolados por las bombas. El Teatro Real de la Opera y la Galería Nacional descubrían sus estructuras de acero retorcido. Serían reconstruidos según los planos originales. Christa, mi intérprete, tenía cinco años al finalizar el conflicto. Desde su aldea natal presencié el incendio de Leipzig. La guerra estaba decidida cuando los norteamericanos bombardearon esa ciudad.

No existía el muro y era fácil cruzar de uno a otro sector. Habían, sí, en Berlín oriental, algunos controles para evitar que los habitantes del otro lado hicieran compras y uso de los restaurantes. Los precios de los alimentos eran más bajos en la parte socialista. Llamaron mi atención los escaparates de las librerías occidentales: *Hitler, jefe militar* de Halder; *Los SS en acción* de Hausser; *La invasión de 1944* de Speidel; *Diez años y veinte días* de Doenitz (sucesor de Hitler y firmante de la capitulación incondicional ante los aliados). El mariscal de campo Kesselring había escrito en el *Soldatenkalender*: "Según como el joven vea al mundo, según tenga o no ante sí un objetivo, así actuará como soldado... Por eso debemos preocuparnos de nuestra juventud desde la infancia hasta su incorporación al ejército. Debemos inculcarle confianza en nosotros y en nuestros ideales vitales, cuya meta debe ser la restauración del imperio alemán". Stahlmann decía en su obra *Poivo*:

"Después de la derrota de 1945, la guerra sólo era enfocada desde el punto de vista de los horrores y la destrucción. Pero se olvidó una cosa. Que fue para millones de hombres una sensación única en su género". Y un manual de lectura aconsejaba: "Dibuja las actuales fronteras de Alemania y compáralas con las que tenía antes de la guerra". Visité Buchenwald, el campo de concentración que los nazis construyeron en las afueras de Weimar. De ahí mi desconcierto ante esas ediciones. Doscientos cincuenta mil hombres —judíos, comunistas, pastores protestantes— perecieron en las cámaras de gas. Banderas de numerosos países identificaban la nacionalidad de las víctimas. Insignias de la República Española. Fotografías, cartas de los prisioneros, cabellos que les fueron arrancados, fragmentos de oro extraídos de sus dentaduras. Lámparas con pantallas de piel tatuada adornaban la casa de Ilse Koch, amante de uno de los jefes del campo. Desnuda, montada a caballo, acostumbraba exhibirse ante los reclusos.

En Leipzig, busco a Otto René Castillo, becado en la Universidad Karl Marx. Está de vacaciones y trabaja en una fábrica textil. Comenta, convencido y convincente, que es ésa la forma de poner en práctica el principio socialista que postula la desaparición de las diferencias entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. "Aquí no hay estudiantes que no trabajen ni obreros que no estudien".

Al reencontrarnos en Berlín, me ratifica su optimismo. ¿Cuál sería hoy su punto de vista? Hubo entre nosotros amistad larga, estrecha. Creía con aplomo en sus ideales y estaba dispuesto a dar la vida por ellos. No era un incauto. Necesitó ver para creer.

Paso a otras cosas.

Dresden mostraba todavía sus heridas de guerra. Fue demolida por los bombardeos nocturnos del 13 de febrero de 1945. En Colonia, la aviación debió hacer un bordado para dejar a salvo la Catedral. A quince años de distancia, el Zwinger, la Universidad, la Galería de Arte resurgían de las cenizas.

Me detuve en la antigua Galería Imperial de Dresden en busca de flamencos y alemanes, con la misma inquietud que asaltó a Azorín frente a las puertas del Louvre: ¿Tendría todo aquello que conocía, gracias a las reproducciones, fiel correspondencia con lo que me aguardaba allí? Brueghel, Cranach, Rembrandt. De este último me bastó el *Autorretrato con Saskia*, su mujer, óleo de 1635, que traduce el alborozo de los triunfos recientes. Crónica de su periplo europeo las telas del Canaletto. Busco, sin éxito, crucifixiones de Grünewald. Ausente Durero, de quien me interesan sus autorretratos. "Esto lo pinté por mi figura, tenía veintiséis años de edad", anota el pintor en el óleo que guarda el Prado. Es el Durero renacentista de ojos relampagueantes. El Durero de su primer viaje a Italia. Anterior es el del Louvre, museográficamente mal ubicado. En *Autorretrato con pelliza*, Durero se ve a sí mismo como el *Ecce Homo* de la iconografía cristiana. Exhibese en Munich.

Sin prisa viajé por Alemania. Tenía intérprete, no guía. Donde quise, estuve. Prenzlauer Alee, Friedrichstrasse, Alexander Platz, hitos de mi cotidiano itinerario berlinés. Aprendía viajar solo en el tranvía que cruzaba las arboledas de Pankow, lugar de mi residencia. Nada me fue ajeno: amigos, universidades, fábricas, museos, teatros, bares, restaurantes, librerías. *El Señor Presidente*, traducido al alemán. Ninguna reserva de Christa ante mis dudas. Discutíamos. Sentía aversión por los nazis, por toda suerte de

fanatismo. Le sorprendía que me parecieran coreográficas las paradas militares del Führer. Hombres, automóviles, uniformes, abrigos, kepis, insignias, pendones, incorporados al espectáculo. (Leo a Georg Seesslen: "Heinz Rühmann recibe clases particulares con el actor Friedrich Basile. Es el mismo maestro que ayudaba a Adolfo Hitler a completar su repertorio de ademanes y gestos, que ejercitaba con él la mirada heroica y los ademanes recios. ¡Qué tema para un drama!"). Wagner es inocente: *Tannhäuser*, *Los maestros cantores de Nuremberg*, *Las Walkirias*. Clamaba Baudelaire por un piano al descubrir las "ardientes y despóticas" partituras wagnerianas.

Christa: si marchamos tomados de la mano, aquel sueño fue real.

¿Fracaso del socialismo científico o del socialismo autoritario? ¿Democracia de mercado o democracia planificada? ¿Es ésta la alternativa? En lo que concierne a la vertiginosa unificación alemana, Günter Grass ha dicho que se hizo a toda velocidad, que el tren está en marcha y que nadie puede detenerlo. Que es el tren de la catástrofe.

Reflexionaba Brahms, aludiendo a Beethoven: "Me es difícil escribir música oyendo las pisadas de ese gigante". Al nuevo siglo le ocurrirá lo mismo con los pasos de Carlos Marx.

FLORENCIA

Conformamos un grupo de editores latinoamericanos providencialmente afines. Algunos, como yo, proclives al desenfreno. ¿Dónde no hemos estado? Además de libros, muchos ya, hacemos camino al andar. Coincidimos en Madrid para discutir nuestros proyectos. Nos encontramos de nuevo en Milán, rumbo a Bolonia. Un fraile me muestra las pisadas de Landívar. En 1954, cargué en hombros la urna que guarda sus cenizas. De Bolonia volvió para dormir en Antigua.

En la estación de Florencia, Lucrecia e Ismael Penedo. Partimos del andén ferroviario hacia la Sambuca, en lo alto de la pelirroja campiña toscana. Espesos cipresales. Olivares y viñedos. En alguna cabaña quesos, embutidos, vino para llevar a casa. Delirio de los sentidos. Indiferenciados el día y la noche. Tras el último vino, el primer campari. Ignorados el tiempo y el espacio. ¿Para qué guías, para qué planos? Nos tomamos la ciudad: museos, templos, palacios, plazas, el mercado, los pequeños poblados vecinos. Siena, San Gemminiano.

Voy en busca del "veneciano esplendor".

CARTAS MEXICANAS

LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE DEL AIRE

Cada vez que vuelvo a la ciudad de México, ahora tan llena de *smog*, de periféricos, viaductos y, más recientemente, de ejes viales, echo de menos mis primeras visitas, realizadas en el perezoso tren que atravesaba el Istmo, subía las altas cumbres de Orizaba y descendía, vía Puebla, al Distrito Federal. ¿Cómo olvidar los pescados fritos de Ixtepec, los olorosos panes de huevo abundantes a lo largo de la ruta y los "raspados" o "pelonas" — granizadas, decimos en Guatemala — ofrecidos por tehuanas de memorable atuendo?

Eran aquellos los mejores años de la XEW, en cuyos estudios escuché en persona a Toña la Negra, Agustín Lara, Pedro Vargas, Jorge Negrete, Juanito Arvizu, las hermanitas Aguila, María Luisa y Avelina Landín, Eva Garza y, alguna que otra vez, a la célebre Lira de San Cristóbal de los hermanos Domínguez. Junto a ellos empecé a familiarizarme con las canciones de Alfonso Esparza Oteo, María Greever, Guty Cárdenas, Luis Alcaraz, los inseparables Esperón y Cortázar — sus melodías solían acompañar al melodramático cine del momento — y muchos otros compositores de la llamada "música bonita", cuyos nombres se encendían y apagaban intermitentemente en los rótulos luminosos de teatros, salas cinematográficas y cabarets de moda. Remembranzas de "La Hora Azul".

Era también la época en que se revelaron para mí, en toda su dimensión, el muralismo de Orozco, Rivera

y Siqueiros; la pintura de Tamayo, Lazo, Orozco Romero, Rodríguez Lozano, Frida Kahlo, Anguiano, O'Higgins, González Camarena, Castellanos, Chávez Morado, Martínez de Hoyos, O'Gorman y Olga Costa; el Taller de Gráfica Popular, heredero de José Guadalupe Posada; la música de Tata Nacho, Silvestre Revueltas, Carlos Chávez y José Pablo Moncayo; los tesoros bibliográficos de librerías tales como Porrúa (antigua Robredo), Zaplana y de Cristal, las más conocidas, donde adquirí volúmenes pioneros de querida biblioteca nacida en la ya lejana mocedad.

¿Y qué decir de los mercados mexicanos de entonces, perfumados de aromas culinarios y de rarezas botánicas donde se escuchaba música criolla en organillos venidos de Italia —*Viva mi desgracia, Olímpica, Sobre las olas*—, que, como La Lagunilla y La Merced, se erigían en atracción y desafío por sus ventas insospechadas y afamados maleantes, por sus inverosímiles productos entre los que nada extraños resultaban una edición de *Las artes populares en México* del doctor Atl; un par de botitas de cuero atribuidas a la legendaria Adelita; multitud de exvotos pintados traídos de iglesias lejanas; pequeños sacos de manta llenos de moscos muertos; viejos y rayados discos que dejaban oír la voz de Carlitos Gardel o los ritmos de arrabaleros bandoneones que ejecutaban tangos de Francisco Canaro, Aníbal Troilo y Juan Darienzo; antañonas victrolas de manubrio y gigantesco megáfono que ostentaban orgullosas su inconfundible sello comercial junto a los conocidos símbolos de "La voz del amo".

Tampoco olvido los variados objetos de arte y artesanía populares que invadían radiantes los centros urbanos: equipales de Jalisco y Michoacán, lustrosas piezas vidriadas de Atzompa, Patamban y San José de Gracia; cerámi-

ca negra de Oaxaca; "árboles de la vida", candeleros multicolores de izúcar de Matamoros y Metepec; vidrio soplado de los hermanos Avalos, de Guadalajara; doradas jarras de cobre, brillantes como soles, de Santa Clara de los Cobres y, en fin, innumerables obras hechas por el pueblo con sus propias manos.

Esta vez, cuando me aproximo de nuevo a las perdurables tradiciones mexicanas de las que forman parte la condimentada cocina, la seductora dulcería regional y las embriagantes bebidas —*pulque* (solo o "curado" con sabores de frutas), *tequila* (seco o dulcemente almendrado), *mezcal* (con gusano o sin él o con "pechuga"), *tesguino* y el ya casi desaparecido *comiteco*, destilado en las alturas chiapanecas de Comitán de las Flores—, imagino la que fuera región más transparente del aire, a decir de Alfonso Reyes, inmortalizada con asombrosa fidelidad en los soledados y límpidos lienzos de José María Velasco, que guarda el Museo de Arte Moderno.

JOSÉ MORENO VILLA

Nacido en Málaga en las postrimerías del siglo pasado, José Moreno Villa, precursor de la generación española del 27 — Lorca, Guillén, Alberti, Cernuda, Prados, Atolaguirre, Alexandre —, vino a México en 1937, al iniciarse el aluvión del exilio republicano. "No vivimos acá — solía decir —, nos trajeron las ondas..." Y era verdad. Cerrado el cerco de Madrid, muy al final de la guerra civil, preparó su pequeña maleta y emprendió incierto camino. Poco antes, junto a Antonio Machado, Gutiérrez Solana, Juan de la Encina, Navarro Tomás y muchos otros intelectuales a quienes el Ministerio de Instrucción Pública ayudó a salir del país, fue despedido por el Quinto Regimiento con un agasajo: "Comida y entusiasmo, vinos y discursos llenos de emoción", cosa que le pareció literalmente fantástica.

Poeta, pintor y crítico de arte: "tres alas y una sola mirada de pájaro verderol", según lo retrata Octavio Paz, se adentró pronto en el conocimiento de México y lo mexicano. Poblados y regiones, personas y lugares, librerías y restaurantes, museos, hábitos y costumbres, literatura y artes plásticas, arrobaron de manera constante a quien se confesó "tan poco hábil para la vida", siendo — como lo advertía Pedro Salinas — capaz de pasarse las horas "trocando poesía en pintura, pintura en poesía".

Asiduo concurrente a dos célebres *peñas* de la ciudad de México, la del Hotel Imperial, en un principio sostenida por médicos, y la literaria de Octavio Barrera, José Mancisidor, Ermilo Abreu Gómez, Xavier Villaurrutia y Octavio

Paz, trabó amistad con científicos, escritores y artistas. Prueba de esa fecunda relación es el libro *Doce manos mexicanas*, ilustrado con dibujos propios, al que llamó ingeniosamente "ensayo de quirosografía". En estas páginas Moreno Villa pudo descubrir, sin mayor esfuerzo — así lo revelan sus dibujos y comentarios — intimidades insondables para otros. Acerca de la mano derecha de Alfonso Reyes escribe allí: "es muy mexicana. Su mexicanismo consiste, según los datos que voy adquiriendo, en ser pequeña, corta, llana y de años nada alarmantes". La mano de José Vasconcelos — sin duda también la diestra — le pareció "pequeña y fuerte, con algo de labriego", la de Julio Torri, "tallada por un escultor del siglo XVIII, o dibujada por el pintor colonial Cabrera"; y la de Xavier Villaurrutia, "hidalgo del Greco: larga, afilada y flexible".

Más en la prosa que en la poesía — aunque es aventurado el aserto —, Moreno Villa alcanzó elocuencia sin par. "¡Qué naturalidad de maduración!", comentaba a propósito Alfonso Reyes. "Nada de mostrar que se ha luchado al hacerlas, que se ha fatigado y sudado en cada página; todo dáfano y espontáneo. ¡Si parece que los libros se le caen solos del árbol!"

A esa clase de prosa pertenecen su autobiografía — *Vida en claro* —, tan elogiada por José Francisco Cirre; *Leyendo a...*, nutrida de perspicaces observaciones sobre San Juan de la Cruz, Garcilaso, Fray Luis de León, Bécquer, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, García Lorca y Antonio Machado; *Lo que sabía mi loro* — texto autobiográfico acompañado de ágiles y ocurrentes dibujos, salidos también de su pluma —, y *Cornucopia de México*, volumen editado en 1970 e impreso por tercera vez en fecha reciente bajo el sello de SepSetentas.

Este último libro, al que ahora se añade la *Nueva cornucopia mexicana* – selección póstuma de artículos conservados por el hijo del escritor malagueño –, reúne lo más representativo de una literatura consagrada a escogidos mexicanos ilustres; a las ciudades, calles, fuentes, estatuas, arquitectura, escultura y pintura de México.

Ambas obras, que contienen trabajos originalmente escritos para los suplementos semanales de *Novedades* y *El Nacional*, son una antología de las mejores crónicas mexicanas de Moreno Villa: sobre las juguetonas industrias populares – las llamaba así por su "decidido amor al juego menudo de la línea y del color" –, sobre los términos que forman el léxico mexicano de la embriaguez – "ganar altura", "estar cuete", "tener una zumba de pronóstico reservado", "se traía un candado padre" –; sobre las muy variadas tortillas de maíz – "*redondas, chalupas, sopes, peneques, gordas, pacholas y morelianas*" –; sobre los ademanes nacionales – para significar dinero, unidad mínima de tiempo y de volumen, acción de gracias –; sobre las ciudades importantes – "Puebla tiene portales castellanos y conventos barrocos donde flamea el oro grueso con un frenesí verdaderamente andaluz"; "Pero la verdad de Cholula se encierra en ese dicho vulgar: tiene más iglesias que casas. Esta es una de esas verdades que todo el mundo acepta y nadie comprueba"; "Taxco tiene casitas con tejados rojos de teja romana y grandes aleros. Casitas blancas que escalan laderas entre exuberantes follajes anunciadores de tierra caliente"; "Guanajuato brotó de la tierra argentífera en un valle de la Sierra Madre Occidental. Su base es de plata, sus pies son de plata. Casas y chozas humildes surgieron acá y allá, sin orden ni plan alguno, al grito de un arriero, Juan de Raya, que hace justamente cuatro siglos, en 1550, tuvo la suerte de descubrir unas

vetas del precioso metal"—; sobre escritores y artistas a quienes conoció y trató de cerca y de quienes nos legó expresivos retratos hechos a tinta o a lápiz —evoca a Alfonso Reyes "Muy feliz, muy desenvuelto, aunque ya más redondo"; ante la desaparición de Orozco, comenta: "...con hijos como Orozco nace el país, la nación. Involucro a México con Orozco"; de don Artemio del Valle Arizpe nos deja esta especie de postal antigua: "Lo que sí recuerdo es que se mantenía parado y estirado como un galán de comedia de capa y espada. Usaba patillas y bigote a la borgoña o a lo káiser. Reía como un capitán de los tercios de Flandes, dueño de medio mundo"—; y, en fin, sobre tantos hechos y cosas que resumieron para Moreno Villa su vida mexicana. No en vano dice José Gaos, refiriéndose a esta generación de españoles exiliados en México, que no fueron nunca desterrados sino *transterrados*.

Con ojos de pintor, que lo fue magistral, y manos de poeta —palabras de Emmanuel Carballo—, Moreno Villa se acercó a México para desentrañarlo con amor. Fideísi-ma por ello esta semblanza de Juan Rejano:

...Yo no he visto
andaluz con más cielo de su tierra,
árbol de más ceñida melodía,
señor que tanto pueblo lleva dentro.

Y esta otra de Gerardo Diego:

Era, como hombre y como artista, que en él
era todo uno, difícil de definir.

CAMINO DE GUANAJUATO

A Elisa y José Luis Balcárcel

Antes de partir hacia Guanajuato, el viajero deberá trazar con audacia su itinerario: salir de México, muy de mañana, como quien va a Querétaro, y desviarse a la altura de San Juan del Río. Allí tomará el desayuno, tendrá tiempo de ojear los primeros diarios del día y visitará luego las ventas de artesanías, los talleres y tiendas de los orfebres y lapidarios tradicionales. Porque, hay que saberlo, en este poblado la orfebrería y el montaje de piedras semipreciosas son oficios de larga data: turquesas, granates, amatis-tas, jades, ágatas, ópalos y —traídos de las costas del norte mexicano— corales rojos, rosados o negros. San Juan del Río es tierra rica en vinos —Los Reyes e Hidalgo—, en carnes y quesos.

Tras esta breve escala, el paso por Querétaro, cuna de la constitución carrancista del 17, se torna obligado. Incitante la vista panorámica del valle urbano desde lo alto del Cerro de las Campanas.

El acueducto, que cruza erguido el horizonte, presagia la arquitectura colonial del lugar. Claustros, portales, iglesias y capillas construidos con cantera rosa, revelan el barroco interior oculto tras las fachadas churriguerescas de indudable influencia francesa —Luis XIV y Luis XV—, ornamentadas con rejas metálicas de colores rojo, verde o azul. La iglesia y el convento de Santa Clara, finalizados en 1633; el templo de Santa Rosa de Viterbo —desconcierta el abigarramiento de oro, óleos y rejas que se advierte

en el coro y el retablo de la Virgen—, erigido en 1752; el monasterio de San Agustín, edificado en 1745 y convertido ahora en Palacio Municipal; la capilla del Rosario del convento de Santo Domingo, concluida en 1760, son, entre otros, exponentes de una arquitectura religiosa debida a los maestros Mariano de las Casas, Mariano de Paz, Francisco Martínez Gudiño, Ortiz, Zápari y García.

La arquitectura civil tiene en esta provincia numerosos ejemplos. En muchos de ellos, a causa del mestizaje cultural, se advierte la presencia entreverada de rasgos mudéjares y barrocos: la Casa de los Perros, la Casa del Faldón y la que fuera residencia del marqués de la Villa del Villar del Aguila.

No falta en Querétaro el suntuoso teatro porfiriano de mármol, adornado con lujosos cortinajes de terciopelo púrpura.

La próxima estación es Celaya. Tiene dos templos neoclásicos de interés: El Carmen (1802) y San Francisco. Deben verse, además, el puente sobre el río de La Laja y el obelisco de la plaza de armas, que fue construido después de la independencia y cuyo diseño, al igual que el de las iglesias y el puente mencionados, se atribuye al pintor y arquitecto Francisco Eduardo Tresguerras, nacido en esta ciudad en 1759.

Nadie debe irse de Celaya sin comprar las exquisitas cajetas de leche "quemada" o "envinada", que la han hecho famosa. De muy variadas marcas, envasadas en recipientes de vidrio o en auténticas cajetas de madera porosa, son todas de óptima calidad.

San Miguel de Allende está muy cerca de Celaya. Asentado sobre terreno irregular, con angostas y empinadas callejuelas de piedra que parecen las del viejo Quetzaltenango guatemalteco, es un refugio apacible: propio para

el descanso y la reflexión. Su espléndida arquitectura civil, de la que es clásico ejemplo la casa del Conde de la Canal, alberga innumerables talleres y tiendas artesanales — tejidos, bronces, muebles antiguos (también "se hacen antigüedades"), latón, hojalata quemada, modestos hospedajes y hoteles de lujo, algún museo, joyerías de carácter regional, restaurantes y bares — La Cucaracha, frente a la plaza, fue establecido por un veterano de la segunda guerra mundial y está siempre abarrotado de parroquianos y de alegría—, cafés y muchos otros lugares de pasatiempo.

En la Academia de Bellas Artes —vasto patio interior, imponentes arcadas, altos muros—, David Alfaro Siqueiros dejó inconcluso un fresco.

La Catedral es un exabrupto gótico. Los templos de La Salud, con su enorme concha abierta sobre el tríptico de piedra que forma la fachada, y San Francisco, construido en 1780, son expresiones de genuina arquitectura colonial mexicana.

Mención aparte merece la iglesia de San Felipe Neri. Detrás de su altar mayor, casi escondida, hay una insólita capilla sólo comparable a la de Tepozotlán. Allí, en policromado camarín y bajo la celosa custodia del padre Cándido, se conserva una Virgen de Loreto tallada en el siglo XVIII.

Al salir de San Miguel de Allende, aunque sea tan sólo para detenerse un instante, es aconsejable pasar a Dolores. En el atrio de la iglesia, situada al centro del poblado, el padre Miguel Hidalgo lanzó su memorable "grito", precursor de la independencia, el 16 de septiembre de 1810. Llama la atención en este templo barroco el inconcluso retablo que se halla al lado izquierdo del altar. Los feligreses cuentan que el cura prócer lo dejó así, sin dorar, con la idea de ahorrarse fondos para la guerra independentista.

A Guanajuato se llega por un camino sinuoso, desde donde se hace más espectacular la vista de la ciudad: cerros apretados de casitas, hacinadas como colmenas, que se aferran a la tierra para no desplomarse.

Si se quiere ir al área urbana, se toma el rumbo de los oscuros túneles que perforan las entrañas de la ciudad hasta salir, por boca de gigantesca serpiente subterránea, en medio de españólsimas plazas y plazoletas — del Baratillo, de la Constanza, del Roperero, de la Paz —, escenarios, las de mayor abolengo, de entremeses cervantinos y teatro lopesco, géneros dramáticos rejuvenecidos en Guanajuato por la tradición secular.

De las plazas y plazoletas, situadas en pequeños terraplenes, a distintos niveles, arrancan infinidad de callejones empedrados — del Beso, de Cantaritos, del Resbalón, de las Crucecitas — que se enredan formando intrincados laberintos. Por estos vericuetos, floridos de geranios y pelargornios que cuelgan de enrejados balcones, irrumpen las "callejoneadas" — bullangueras a veces, a veces melancólicas — de las que son protagonistas juveniles estudiantinas.

La arquitectura de Guanajuato es modelo del churriguesco que cobró auge en el siglo XVIII. Piénsese, por ejemplo, en iglesias como las de San Diego (1775), La Compañía (1765) y La Valenciana (1765-1788), edificada esta última por disposición de don Antonio Escandón, conde de Valencia. En su fachada, alarde de abigarramiento, ostenta dos relojes gemelos — uno en cada torre — y dos menudas estípites decoradas con medallones que circundan figuras de santos esculpidos en piedra.

Próximas a La Valenciana están las minas argentíferas del mismo nombre — por éstas la iglesia se llama así —,

descubiertas en 1550. Venidas a menos, recuerdan su lejano esplendor.

La Alhóndiga de Granaditas --Palacio del Maíz--, fue mercado de granos durante la colonia y temida prisión a partir de la independencia. Empezó a edificarse en 1798 y se terminó en noviembre de 1809. Gigantesco bloque de piedra, casi carente de ventanas. A su pequeña puerta neoclásica se llega por quebrada escalinata. Revestida por dentro de pintura mural reciente (José Chávez Morado), es ahora museo y centro de actividades culturales.

El mercado central, construido originalmente para servir de estación ferroviaria, es una inmensa estructura metálica rectangular de dos pisos en cuya planta baja se encuentran instaladas las ventas de frutas, legumbres, carnes, panes, dulces -- ¿quién no ha saboreado las *charamuscas*, réplica humorística de las conocidas momias de Guanajuato? -- y especies comestibles de toda clase. En los corredores de la planta alta el visitante encuentra artesanías a granel.

En las cercanías del mercado están los comedores populares. Pídase pierna y muslo de pollo "camintero", que ha de comerse con las manos para observar la inveterada costumbre, o carne de cerdo con rajas.

Los bebedores de café podrán acudir a un cafetín afamado por sus capuchinos con miel. A decir de los conocedores, no los hay iguales en parte alguna.

El Teatro Juárez es obra del porfiriato. Mármoles, terciopelos, oropel. Análogo es el palacio legislativo. Hay allí muebles señoriales de caoba tallada, puertas y ventanas de vidrio biselado.

La casa donde nació Diego Rivera es pequeña. De dos plantas. El gobierno provincial la ha transformado en museo vivo. A la vista del ojo curioso la sala familiar, el

comedor, la cocina, el dormitorio, el taller del artista. Dibujos, muchos dibujos de pared a pared.

Los días y las noches de Guanajuato, toda una remembranza de la vida colonial. Hasta muy tarde, su gente suele disfrutar de calles y callejones alumbrados por faroles de antaño, gozar de plazas y plazoletas arboladas a la usanza española. Alrosa ciudad. Encarnación de la paz.

El tiempo ha volado y el retorno se hace imperioso. Un trecho más, no muy largo, para volver vía León. Su plaza ha sido remodelada. Y con ella las calles más céntricas. Son incontables las tiendas de calzado y artículos de cuero. Calor. Calor abrasante de mediodía. Una cerveza fresca y otra vez al camino.

El último descanso puede ser Irapuato. Las fresas de aquí son excepcionales por su tamaño y sabor. Los viajeros suelen comerlas con crema y azúcar en merenderos instalados, uno tras otro, a lo largo de la carretera. Las hay también cristalizadas, empacadas en papel celofán.

En adelante, si se toma la autopista que conduce a México, el regreso es en extremo rápido. Se aproximan las luces de la metrópoli.

PINTURA DE MÉXICO

Cuenta José Chávez Morado que una señora argentina le dijo, refiriéndose a la Escuela Mexicana de Pintura: "Desde hace doce años que vengo a México muy seguido y nunca había visto esta pintura. Sabía que existía, pero no dónde podía verla". Y así es. Tal vez por ello, en actitud que se antoja autocrítica, Bellas Artes abrió el Segundo Salón Anual de Invitados 1979. Y para confirmar que "no hay entierros definitivos", el público llenó la galería y contempló de nuevo la obra de quienes militaron en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), en tiempos de Vasconcelos y del muralismo que trajo consigo la Revolución.

De Chávez Morado volví a ver algunos cuadros que la memoria mantiene vivos: *Octágono en ruinas*, *Embozados*, *El friso de las tres tehuanas* y *México negro*, entre otros. Este último, pintado en 1942, corresponde sin duda a la misma serie de *Síntomas de decadencia* y *Asalto nocturno*, que reprodujo Luis Cardoza y Aragón en uno de los primeros números de *Revista de Guatemala*. Pintura recia, adusta, como el epopéyico mural que el artista guanajuatense realizó en la Alhóndiga de Granaditas.

Chávez Morado, grabador realista del Taller de Gráfica Popular, es quizá uno de los más antiguos miembros del Partido Comunista Mexicano, organización que le rindió homenaje con motivo de sus 70 años. "El partido – afirma el pintor – ha sido comprensivo conmigo y con otros artistas. No nos ha pedido una militancia activa como la

que se le puede pedir a un cuadro obrero. Salvo en una época en que se sostuvo la defensa del realismo socialista, que masculamos y no aceptamos, el partido ha sido muy respetuoso de la creación".

De Olga Costa, cuyos lienzos tienen ese aire ingenuo de la pintura popular, vi otra vez *La novia y Vendedora de frutas* — recuerdo de ella algunos paisajes, bodegones y su *Desnudo en la arboleda* —, tema frecuente en otra mujer prodigiosa: María Izquierdo. Desde 1966 Olga Costa reside en Guanajuato — nació en Leipzig y su apellido original es Kostakowsky —, donde según comenta, pinta mucho paisaje porque vive dentro de él. "En Guanajuato tenemos los cerros encima".

Juan O'Gorman, arquitecto de profesión, abandonó su carrera a los diez años de graduado. Célebre por los murales que pintó en el viejo aeropuerto de Balbuena — destruidos para cumplir una condición impuesta al gobierno mexicano por las empresas alemanas compradoras de petróleo, hace mucho tiempo — y, sobre todo, por la biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de México, estaba presente en el Salón. Diversa, estilísticamente anárquica — del surrealismo y el arte fantástico salta a los temas históricos —, la obra de O'Gorman me interesa tan sólo por sus retratos, a los que él llama "pequeño-burgueses": el suyo, de los años cincuenta, que forma parte de las colecciones del Museo de Arte Moderno; el de Angela Gurría — sentada en equipal jalisciense de alto respaldo —; el de Henriette.

Como arquitecto, O'Gorman construyó las primeras casas de tipo funcional en México. Entre ellas — la más importante — la de Diego Rivera en San Angel.

Enemigo de quienes suelen hablar en términos de pintura buena o mala, explica a propósito: "Eso de la pintura

buena o mala son tonterías. Ese es el criterio de los idiotas". Luego, añade: "Me parecen bien las exposiciones. Yo estoy en un grupo distinguido de pintores y no soy ni mejor ni peor que ninguno de ellos. Somos diferentes: uno es vaca, otro es caballo, otro es oso, otro burro, otro perro y otro gato, y las gentes que vean la exposición dirán: «este me gusta y este no me gusta»."

De Pablo O'Higgins, nacido en los Estados Unidos y nacionalizado mexicano, poco puedo decir. Comprendo y comparto su fervor por el muralismo de Orozco y Rivera, pero nada convincente descubro en su obra. Discípulo de Diego, entre 1925 y 1928, se identifica con los postulados ideológicos de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, de la cual es miembro fundador. Sin duda los viajes que hizo a la Unión Soviética durante el auge del realismo socialista —el primero en 1932— influyeron nocivamente en su pintura. De ahí el carácter panfletario de casi todos los trabajos que le conozco. En términos generales, escasos aciertos. Tal vez *En la pulquería*, óleo pintado en 1926, constituya la excepción.

Raúl Anguiano, quien en su juventud pintó retratos monumentales como ese de Lázaro Cárdenas junto a Ursulo Galván, que en actitud desafiante colocó la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios ante los muros de la Catedral de Morelia, es, de modo constante, un dibujante. Sus telas expuestas en este Salón así lo confirman: *La mujer de las iguanas*, *La madre del pintor*, *Retrato de Alfa Hestrosa* y *Flor de pato*. En todas ellas, como en otras de riguroso trazo y textura grata a los ojos y al tacto —estoy pensando en *La cirquera rosa* y *el cirquero gris*, exhibidas aquí, y en *La espina*, que adquirió el Museo de Arte Moderno—, Anguiano se expresa con autenticidad. Con esa autenticidad que no encuentro en su pintura de hoy.

Al evocar los años del muralismo, Raúl Anguiano afirma que su generación ha sido ignorada, marginada, "porque tenemos una posición mexicana y en México está de moda avergonzarse de ser mexicano". "Esa pintura — prosigue — tuvo su razón de ser y su temática fue fruto de la revolución". Convencido de que la pintura mural fue expresión de un determinado momento histórico, Anguiano asevera: "Por eso ya no pintamos a la Revolución Mexicana. Ya no hacemos como el PRI, que sigue hablando de la Revolución Mexicana..."

A Jorge González Camarena lo conocía como muralista. En el Palacio de Bellas Artes vi uno de sus frescos. Nunca me sedujo. No sólo por la obviedad de su temática sino por esa frialdad pétreo de sus recursos técnicos. Muchos de sus cuadros, análogos estructuralmente a sus murales, caben dentro de eso que él llama la "geometría armónica", fuente de su rigidez plástica. Me convencieron, en cambio, sus viejas obras. Sobre todo, los retratos. El de Jeannie, pintado en 1937, tiene calor y luz propios. Carece de artificios y, por ello, convence.

González Camarena, realista también desde su mocedad, protagonizó las campañas estudiantiles — batallas campales muchas de ellas — que llevaron a Diego Rivera a la dirección de la Escuela de Pintura de San Carlos. Como Diego duró poco en ese cargo, González Camarena se fue con él y se refugió en el convento de San Francisco, donde el doctor Atl le dio asilo. La visión cósmica que es propia de González Camarena, arranca sin duda de Atl. En sus murales se advierte ese afán de componer dentro de gigantescos espacios, ilimitados siempre.

En fecha reciente, González Camarena ha declarado: "En México hace falta un lugar donde dialogar a gran altura y no como pueblo subdesarrollado que hemos sido. Los

pintores usamos el insulto personal. Está muy sembrada la idea de que el escándalo vale más que la pintura".

Arturo García Bustos es el más joven de los invitados al Salón. Su obra pertenece a esa vertiente que viene de José Guadalupe Posada, pasa por Leopoldo Méndez y Frida Kahlo, y desemboca en el Taller de Gráfica Popular. Alumno de Frida en la modesta Escuela de Pintura y Escultura que se estableció en el callejón de La Esmeralda, formó parte de "Los Fridos", grupo al que pertenecieron también el guatemalteco Juan Antonio Franco, discípulo y ayudante de Orozco y Rivera, Fanny Rabel, Guillermo Monroy y Arturo Estrada. Cuando la pintora debió impartir clases en su casona de Coyoacán, García Bustos trabajó junto a ella por largo tiempo y expuso por primera vez, colectivamente, en 1944. Fue la consagración pública de "Los Fridos".

Grabador, más que pintor, participa en el Salón con trabajos de ambos géneros. Paradójicamente, un óleo sobre tela destaca entre numerosos dibujos y grabados: *Desfile del 7 de noviembre en la Plaza Roja*. Trazo firme, severo, cuyos tonos grises y púrpuras trasuntan el impacto de su experiencia visual.

Sus grabados en linóleo y madera — hay alguno gigantesco —, sus aguafuertes y litografías tienen el rigor que ha caracterizado a los mejores artistas del Taller de Gráfica Popular. Identificado con las corrientes políticas y sociales que han alentado al realismo mexicano, está sin embargo lejos del adocenamiento dogmático: "Debo reconocer que los que pertenecíamos a la corriente comunista fuimos muy intransigentes con los otros compañeros". Agrega: "Necesitamos una organización que forme conciencia de grupo y combata las posiciones individualistas y la corrupción. Los mejores momentos de la pintura mexicana fueron precisamente cuando existió el Sindicato de Pintores; lue-

go los años del Taller de Gráfica Popular y del Frente Nacional de Artes Plásticas. Es indispensable una organización de este tipo".

Guatemala tiene una deuda de gratitud con García Bustos. En 1953, siendo profesor visitante en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, fundó allí el Taller de Grabado. Ese mismo año, en Guatemala, ganó la medalla de oro otorgada por el Movimiento de la Paz con un grabado alusivo. Y, poco antes de la caída de Arbenz, en 1954, obtuvo los primeros premios en los concursos de grabado que auspiciaron el Grupo *Saker-ti* (Amanecer) y la Casa de la Cultura Guatemalteca, fundada por Luis Cardoza y Aragón.

Entre los grabados de García Bustos son numerosos los que se relacionan con las luchas del pueblo guatemalteco. Es el caso de la serie *Testimonios*, expuesta en México y Ecuador en 1956.

David Alfaro Siqueiros dijo alguna vez, aludiendo al trabajo de García Bustos: "Muchos de los pintores y grabadores de mi generación han perdido el rumbo en el campo expresivo y en el orden de la temática elocuente, puesto que se han pasado al campo contrario. ¡Sigue firmemente por ese camino, compañero de brega, ese camino humanista al que se deben las más importantes obras creadoras del pasado y el único que conduce potencialmente al futuro!"

Y Juan Marinello escribió: "El grabado de García Bustos contiene, con firme ingrediente personal, las virtudes cardinales de la escuela mexicana. La novedad en la fidelidad pudiera ser su regla de oro".

CORAZÓN MARTIANO

LA REVOLUCIÓN CUBANA

Mi primer contacto directo con Cuba revolucionaria data de 1977, cuando la Casa de las Américas me honró nombrándome miembro del jurado que otorga anualmente el premio de ensayo. Digo esto porque, no obstante mi identificación con la causa cubana desde 1959, esta visita ratificó en mí lo que, sin ser experiencia, era presentimiento, anticipada convicción.

En cuanto mi proximidad a la realidad de Cuba fue siendo más estrecha, comencé a percatarme de que el distante conocimiento que tenía de Martí y los herederos de su ideal antimperialista —pienso en Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, fundadores del Grupo Minorista y pioneros del socialismo cubano; en Julio Antonio Mella y Pablo de la Torriente Brau, adalides de la reforma universitaria; en Lázaro Peña, Carlos Rafael Rodríguez y los heroicos combatientes del 26 de Julio encabezados por Fidel Castro—, cobraba unidad y me hacía perceptible la existencia de un largo y coherente proceso histórico. El más claro atisbo de esa coherencia lo tuve en el Museo de la Revolución. Allí, en toda la magnitud de su pasado y su presente, Cuba se me reveló como una síntesis de ingredientes americanos, africanos y europeos que han protagonizado un período de resistencia, integración y mestizaje. Comprendí entonces que detrás de Fidel Castro y los rebeldes de la Sierra Maestra, hay un hilo conductor que se remonta a José Martí y a su Partido Revolucionario, a Antonio Maceo y Máximo Gómez.

Pero la Cuba revolucionaria que descubrí — redescubrí — sería más propio decir —, fue surgiendo paso a paso, en la calle, las fábricas, las escuelas y los establecimientos de cultura, los hospitales, los espectáculos, el hogar de los amigos. En la autenticidad de la vida cotidiana. Allí pude comprobar de qué manera, en sólo veinte años, la revolución está transformando de raíz lo que en el resto de América tiene casi cinco siglos de injusta existencia.

Ya no es novedoso decir que en Cuba la educación, desde la parvularia a la superior, es gratuita; que el salario está equitativamente establecido; que el alquiler de la vivienda constituye apenas un bajísimo porcentaje del ingreso personal; que la asistencia médica no tiene costo; que el acceso a la cultura es amplio y público. Ni es tampoco nada nuevo afirmar que este inmenso patrimonio de bienes sociales que conforman la Cuba de hoy, es fruto del trabajo del pueblo, construido para su disfrute indiscriminado.

He visto a los estudiantes combinando el aprendizaje teórico con los quehaceres propios de la producción; he visto también hospitales inmensos, verdaderas ciudades consagradas a la recuperación de la salud, como ese ejemplo de humanismo socialista que es el Psiquiátrico de La Habana; he pasado largas horas en los ingenios azucareros; he presenciado "colas" en las librerías, a pesar de que en Cuba los tirajes ascienden a millares de ejemplares; he observado cómo — Alamar es un caso entre muchos — los propios trabajadores organizados en brigadas levantan sus edificios multifamiliares; he sido testigo del disfrute masivo del arte y la cultura, de la dignidad de que gozan los creadores intelectuales; he contemplado, en fin, hecho realidad, el sueño de todos los pueblos latinoamericanos.

En Cuba, asimismo, pude comprender los verdaderos alcances de la *cultura nacional*, entendida como síntesis de toda una experiencia colectiva, como herencia social acumulada que integra a los miembros de una comunidad; como producto jerarquizado y ponderado de la actividad humana cuya difusión y consolidación ha sido posible por medios tradicionales e institucionalizados de enseñanza-aprendizaje; en una palabra, como fisonomía social o personalidad de un pueblo: como conjunto de valores culturales propios, opuestos a los contravalores imperialistas.

De Cuba volví fortalecido con la idea de que el cambio revolucionario en el ámbito de la cultura comporta la participación de las masas en la actividad cultural, la revalorización de las obras más importantes del arte y la literatura nacionales y de la cultura universal, el estudio de las raíces culturales, el reconocimiento de sus atributos, el desarrollo de estos y la investigación de las tradiciones populares, la fundación de organismos, instituciones y agrupaciones culturales, el incremento de bibliotecas, galerías y museos (históricos, científicos y artísticos), la organización y el estímulo de la investigación social e histórica acerca de la cultura, la práctica de procedimientos que acerquen las obras de arte a la población, especialmente en las zonas rurales, la garantía de calidad en el quehacer cultural y el rechazo a lo vulgar y lo mediocre por incompatibles con la naturaleza del socialismo.

Todas estas concepciones fueron incorporadas por el Partido Comunista de Cuba a sus esquemas teóricos de trabajo (*Tesis sobre la cultura artística y literaria*), tras comprobarlas reiteradamente en la *praxis*. A quienes piensan que la cultura socialista es sinónimo de adocenamiento y calidad indiferenciada, debo decirles que en Cuba he

admirado los frutos de un trabajo intelectual y artístico de excelencia. Las mejores revistas, los mejores libros, las mejores escuelas, el mejor cine, los mejores espectáculos, las mejores galerías, los mejores teatros, lo mejor de lo mejor para goce y deleite de todos. De espaldas a cualquier género de populismo, la cultura revolucionaria de Cuba despeja el horizonte.

Parece que repito cosas dichas y sabidas por mucha gente. Por eso quiero cerrar estas líneas, que tienen la pretensión de responder a una pregunta de Roberto Fernández Retamar — ¿Qué significa para ti la Revolución Cubana? —, afirmando que en la Casa de las Américas se hace también la revolución. Y que sus plurales actividades, novedosas siempre, jamás rutinarias, encarnan, junto a las aspiraciones del pueblo cubano, las de todos nuestros pueblos.

Esta añoranza de mis amigos de Casa, me mueve a expresarles mi gratitud. Por ellos he podido ver de cerca lo que sólo conocía y quería de lejos. Por ellos, además, he tenido el privilegio de aproximarme a Marinello para recibir estas palabras suyas:

"Ningún mensajero mejor que usted, Roberto Díaz Castillo, para hacer llegar a nuestra Guatemala un saludo de fraternidad y esperanza".

"Tienen ustedes la tierra más hermosa del orbe — quien la vio lo diga —; poseen una admirable tradición de esencias ancestrales. Y un ímpetu de libertad, garantía de un futuro radiante. Aun los más viejos contemplaremos ese futuro arranque hacia una vida de igualdad, de bienestar y de creación, que tendrá en su poderosa originalidad su mejor mensaje de identificación con una América de profunda novedad superadora. Desde la Cuba libertada y libertadora, saludamos ese futuro".

Me cuesta hablar sin nostalgia de Cuba y su revolución. Al par de todas estas cosas que he referido, aquella experiencia ató mi pensamiento y mi corazón a su destino.

¿Cómo no conmovirme cuando recibo desde La Habana este mensaje alusivo al número cubano de nuestro *Alero*? "En Manzanillo estuvimos con el viejo Pena; se le aguan los ojos cuando habla de la revista. El ejemplar que le enviamos está roto por el gran número de compañeros que han ido a su humilde casa a verlo".

Dicho está, una y otra vez: "Corazón cubano, corazón hermano, corazón martiano..."

LA CASA DE NUESTRA AMÉRICA

A fines del 78 me dirigí a los amigos de la Casa de las Américas para decirles que por ellos he podido ver de cerca lo que sólo conocía y quería de lejos: la Revolución Cubana. Un lustro después puedo añadir que en Casa y por Casa he tenido el privilegio de la proximidad con lo que me era distante, inalcanzable: la presencia física de Juan Marinello, de Nicolás Guillén, de Benjamín Carrión, de Efraín Huerta, de Mario Benedetti, de Eduardo Galeano, de Haydeé Santamaría, de Julio Le Riverend, de Mariano Rodríguez, de Roberto Fernández Retamar y muchos otros nombres igualmente queridos. Y la de Fidel. Del Fidel coloquial a quien he visto y escuchado en íntima rueda de jurados latinoamericanos.

Luego de reiteradas visitas a Cuba – vale decir a Casa, mi Casa –, la visión que tengo del país es más integral, más coherente. Sin embargo, no por asiduo este contacto se torna fría rutina. Cada aproximación conlleva un descubrimiento. A los que fueron ayer sorprendentes hallazgos, cuando de Guatemala partí a La Habana y volví para contar lo que percibieron mis ojos, se suman hoy las experiencias de mis últimas visitas. Experiencias que confirman lo que hay de novedoso, de imaginativo en el socialismo martiano.

En esa primera oportunidad, fui presa del asombro en el hospital Hermanos Almejeiras, las escuelas secundarias básicas, el Palacio de los Pioneros, la microbrigada de Alamar, el Museo de la Revolución, los centros de recreo,

las bibliotecas, las galerías de arte, la universidad. Era entonces un espectador, un apresurado visitante. Ahora, cuando he disfrutado la hospitalidad de los hogares cubanos; cuando he recorrido a pie las calles de La Habana Vieja, las avenidas y calzadas habaneras pobladas de framboyanes en llamas; cuando me he metido por todas partes — talleres, fábricas, policlínicas, teatros, cines, museos, galerías de artes plásticas, espectáculos de danza moderna, Ballet Nacional de Cuba (tras bambalinas, después de una presentación en el García Lorca, Alicia Alonso, Fidel y los jurados del premio Casa de las Américas), salas de conciertos, centros de enseñanza, círculos infantiles, imprentas, comedores populares, cantinas del puerto—; cuando no he visto niños desamparados ni descalzos ni mendigos ni analfabetos; cuando puedo asegurar que algo conozco de Matanzas, Cienfuegos, Villa Clara, Santiago, Holguín y otras provincias y ciudades, es decir mucho de la isla donde la revolución deja su huella cotidiana; cuando he sido paciente en un hospital de traumatología; cuando tengo la dicha de contar con el afecto de amistades cubanas forjadas paso a paso, puedo repetir aquellas afirmaciones que hice en el pasado y, sin vacilar, este afortunado axioma: "Corazón cubano, corazón hermano, corazón martiano..."

La Casa ha dejado en mí, visita tras visita, la alegre sensación del retorno a la morada esencial. Quizás porque en su seno me familiaricé con rostros y gestos de nuestra América: Alfredo Gravina, Eraclio Zepeda, Payita Contreras, Pedro Orgambide, Thiago de Mello, Jaime Calarza, Fernando Buttazoni, Pedro Jorge Vera, Rogelio Sinán...

Todo esto, todo esto y lo que mis palabras no alcanzan a expresar, se lo debo a la Casa. A la Casa de las Américas.

Creo, con Luis Cardoza y Aragón, en el abrazo de José Martí y Carlos Marx. Y pienso que también de la Casa de las Américas es Martí el autor intelectual.

JUAN MARINELLO

El venezolano Héctor Mujica, compañero de habitación a quien torturaba con mis pesadillas nocturnas, me presentó a Nicolás Guillén y Juan Marinello. Itinerario guatemalteco aquella charla de Marinello en el hotel Capri. Con pausada voz de afables tonos graves, fue reescribiendo su *Guatemala nuestra*. Le conté que allá, en Guatemala, donde vivió exiliado al comenzar la década de los cincuenta, lo observaba desde una banca vecina cuando, al atardecer, acudía a escuchar los conciertos de la Banda Marcial en el Parque Centenario. Sonrió, benévolo, con nostálgico gesto. Al día siguiente me entregó un mensaje para *Alero*. Corrían los últimos días de febrero. Murió dos meses después, en abril. Luis Cardoza y Aragón, a quien visité en México en busca de testimonios sobre su amistad con Marinello, puso en mis manos una selección de la correspondencia que se cruzaron ambos. Con estos papeles preparamos un volumen dedicado a la Revolución Cubana, que abre el mensaje de Marinello. Años más tarde, en la que fuera su casa, recién convertida en museo, Waldo Leiva — el director —, Abel Prieto y yo descubrimos algunos números sueltos de *Alero*. Toda una remembranza cubano-guatemalteca: textos de Martí escritos en aquella Guatemala decimonónica de la reforma liberal, páginas de José Joaquín Palma, el poeta bayamés autor de las estrofas del himno nacional de mi país. Ediciones de *Guatemala nuestra* en un tramo de la biblioteca.

LA CIUDAD DE LOS BALCONES

A Irene, en el Déauville

El testimonio de Humboldt guía mis primeros pasos por La Habana. Carpentier me revela sus esencias: ciudad de las columnas si se la contempla desde sus soleadas plazas y calzadas; ciudad de las mamparas y el *medio punto* de cristalería multicolor si se la ve en la intimidad de residencias y mansiones. Eusebio Leal, su conservador, hace el resto.

Urbe nacida durante la Colonia —La Habana Vieja, antaño ciudad Intramuros—, urbe barroca: Centro Habana, El Cerro, La Víbora, El Vedado, Marianao. Profusión de portales y corredores donde nos viste y desviste el viento. No pretende protegernos del oleaje y la brisa marinos la arquitectura que sigue el curso de El Malecón. Se diría que es balcón para su disfrute. Ciudad de los balcones. Balcones insomnes expuestos al olor, a la lujuria del mar. Ojos en vela.

LOS AMIGOS

Roberto Fernández Retamar. Más que de frente, retengo su imagen de perfil. Perfil definitivo. Quijotesco rostro. Don Quijote, por fuera; Hamlet, por dentro. Paradójicamente lo afina el contrabajo de su voz. Dirige la revista *Casa*. Presidía hasta hace poco el Centro de Estudios Martianos y está al frente de la Casa de las Américas. Premio nacional de literatura. Dicta cátedra universitaria. Nos reunimos a menudo en La Habana o Managua. Suyas a plenitud poesía y prosa. Dueño de letras fieras: Calibán, "nuestro símbolo".

A Abel Prieto le hablo empinándome. De tan alto, se encorva. Tallo fino con tendencia a doblarse ante el peso de la flor. Un girasol. Hipocondríaco, lleva un arsenal de pastillas en el bolso que le cuelga del hombro derecho. Cabellera suelta, sedosa, marco de un rostro casi siempre alegre. No le luce fruncir el ceño. Si no fuera por su perspicacia, por su madurez, se diría que es un niño grandote de pantalones largos. Cuando me salen con eso de que los cubanos no celebran elecciones, les respondo que Abel ganó las que lo llevaron a la presidencia de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, al morir Nicolás Guillén.

Ahora que se derrumba el socialismo irreal (se insiste en llamarlo real), recuerdo que en *The Nag's Head* y *The Red Lion*, lujosos *pubs* ingleses próximos al Covent Garden, mientras Miguel Cossío se regocijaba comprobando en guías y planos que no hay inexactitudes en el itinerario

londinense seguido por Carlos Marx en su novela *Oasis*, Abel y yo nos divertíamos descubriendo el embrujo del comunismo: "A cada quien, según sus necesidades".

Cuando visito La Habana, Abelito me saca del hotel y me lleva a su casa, en Marianao.

Carlos Martí Brenes, de primer apellido prócer, emparentado por el segundo con familia centroamericana, fue llamado al viceministerio de Cultura recién cumplidos los treinta años. Leyendo su poesía pienso en esa serie de concéntricas esferas chinas de marfil, inexplicablemente talladas de afuera hacia adentro.

No tiene ojos. Mira a través de dos aceitunas negras a las que circunda pilosa muchedumbre entrecana. Moruna faz.

Hace poco, en charla de sobremesa, le conté que un prominente político nicaragüense suele afirmar que la Unión Soviética se ha incorporado al Tercer Mundo. "Allí ha estado siempre" — replica Carlos —. Y añade: "Lo que ocurre es que no lo sabíamos".

Diony Durán escribió el prólogo para los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña, que publicamos en la Editorial Nueva Nicaragua. Trabaja en un libro sobre Augusto Monterroso y sirve cátedra en la Universidad de La Habana.

Con Diony y Elizabeth Díaz, directora de la Editorial Arte y Literatura, disfrutamos de los conciertos que nos ofrece en privado el pianista José Celestino Ruiz Elcoro allá en lo alto de su buhardilla. Desvelos cubanos de contradanzas y danzones.

A ratos, Pablo Pacheco me parece una réplica de Lezama Lima. Sin sus dimensiones físicas, claro está. El habano en los labios y algún otro rasgo le dan ese aire. Sobre su mesa de trabajo, en edición facsimilar, la revista *Orígenes*. Preside el Instituto Cubano del Libro. Ante las últimas restricciones económicas, debió reducir los tirajes de sus publicaciones. Asombrosas las "reducidas" cifras: 4 mil títulos anuales que hacen un total de 55 millones de ejemplares. Vale decir, cinco volúmenes por habitante con un precio promedio de 65 centavos de dólar cada uno. El primer libro publicado por la revolución fue *El Quijote*. ¿Socialismo utópico?

En México, Argentina, Colombia —países productores de libros—, apenas se tiran tres mil ejemplares de cada título. Europa no lo hace mejor. Pablo es el eje de todas las editoriales cubanas.

Guerrillero en Angola, Waldo Leyva ha marcado la poesía con el fuego de sus combates: *"Ahora,/ mientras Xieto pasa, aquí, a mi lado,/ con el AK plegable bajo el brazo/ corriendo y disparando/ y la muerte hace estallar las piedras/ a dos metros./ Ahora,/ en este mismo instante/ mis hijos se despiertan en Santiago"*.

Gesticula con algo de foca. Da la apariencia de moverse sin estructura ósea. Una lesión de guerra en su espina dorsal.

"Somos un pueblo latinoaficano", me dice, citando a Fidel.

De Miguel Barnet, más que sus novelas, que sus reconocidos aportes al género testimonial, prefiero sus ensayos antropológicos, su constante abreviar en "la fuente viva". Buceador en aguas de la tradición oral, persigue esa Meca anhelada también por los precursores — Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fragnals, Argeliers León —: la identidad. La identidad del "hombre sin historia".

En Managua, adonde vino para dirimir con otros narradores el premio latinoamericano de novela Nueva Nicaragua, reincidimos en los temas de *La fuente viva*.

Tres amigos de sino trágico: Fayad Jamis, Luis Rogelio Nogueras, José Antonio González.

Peculiar muestra de pintura la de los sobres en que Fayad me remitía sus cartas. Diseñaba y construía su mundo plástico incorporando al mismo la caligrafía con que anotaba las señas del destinatario y las estampillas postales. Desde mucho antes de su muerte, leo todos los días ese poema suyo que cuelga en una pared de mi casa: "*Con tantos palos que te dio la vida / y aún sigues dándole a la vida sueños*".

Luis Rogelio — "Güichi" —, un dandy cubano. Le gustaba gustar. Tenía la fina estampa de un príncipe pelirrojo. Dicen que ni en sus últimos días perdió el don de la ironía y el buen humor.

José Antonio, compañero de vigillas en el jurado de testimonio 1982, me pasó su cuota de lectura diaria con esta advertencia: "Adentro de esas cajas va el premio". Y no se equivocó. El voto unánime se lo dimos a *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* del nicaragüense Omar Cabezas.

Contemplando una fotografía de José Antonio, me explica Roberto Fernández Retamar que debieron partir juntos en el vuelo de la catástrofe. Un contratiempo de última hora le impidió acompañarlo.

JOSÉ CELESTINO RUIZ ELCORO

Una herrumbrosa escalerilla nos lleva al desván-estudio del maestro José Celestino Ruiz Elcoro, músico, pianista nato. Aún no ha cumplido los treinta años. ¿Cómo subió el piano a esa buhardilla? Hasta hace poco tocaba su instrumento sin más recurso que el oído. Ahora, se ha sometido a los rigores que impone el conservatorio. Frente al piano, nos sorprende con alguna jugarreta, con sus travesuras de prestidigitador. Todos los temas en sus manos. Salta de uno a otro como un *enfant terrible*. Lo embriagan los ritmos de la cubanidad: contradanzas, danzones, danzonetes. Del teclado arranca los acordes de Ignacio Cervantes, de Manuel Saumell. *Los ojos de Pepa, El Somatén, La Irenita*, contradanzas de Saumell, se antojan danzones arrepentidos. Sus últimos compases *ligan* con el del imaginario danzón que no alcanza a llegar. De pronto, en un arrebató, irrumpen los aires de Amadeo Roldán, Alejandro García Caturía, Antonio María Romeu, Ernesto Lecuona. Incorporada la música tradicional a las partituras de concierto.

Mañana, tras la larga noche bohemia, el maestro Ruiz Elcoro volverá a sus afanes de estudioso en la iglesia de San Francisco de Paula, que Odilio Urfé convirtió en Instituto Musical de Investigaciones Folklóricas.

ODILIO URFÉ

A Irene

María Antonia Fernández, de quien conocía su libro sobre danzas populares cubanas editado en Buenos Aires, me llevó a la casa habanera de Odilio en Miramar. Más que un primer encuentro, fue aquél un reencuentro impostergable. No me eran extraños ni su nombre ni su obra. Nos encerramos durante horas en su discoteca y agotó allí la historia del danzón, ilustrada con interpretaciones al piano. Discípulo de don Fernando Ortiz, Odilio encarnaba la identidad del afrocubano que él, don Fernando, erigió en arquetipo de cubanidad.

Odilio compartía con Ortiz y Carpentier el criterio de que los primeros acentos nacionales de la música cubana se remontan a Manuel Saumell e Ignacio Cervantes. Y que la integración de la música popular y la de concierto se dio cuando Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla incorporaron los aires afrocubanos a las partituras sinfónicas, de cámara y corales.

En Odilio coincidían el músico de severa formación profesional y el musicólogo. Mas su vocación se orientó en definitiva hacia el estudio y la práctica de la música afrocubana. En la pequeña y abandonada iglesia de San Francisco de Paula, próxima al puerto de La Habana, fundó en 1949 el Instituto Musical de Investigaciones Folklóricas, que en 1963 se convirtió en Seminario de la Música Popular Cubana. Y dirigió por años la Charanga Nacional de Conciertos, de la cual Orestes, hermano suyo, fue contrabajis-

ta. Se prolonga en ella la tradición de la Orquesta Típica fundada por su padre, José Urfé, quien en 1910 introdujo la novedad del son oriental como cierre del danzón y quien brilló en esa misma época como clarinete segundo junto a Cheo Belén Puig, clarinete primero del mejor dúo de este instrumento en la orquesta de Enrique Peña.

Estuve con Odilio en esa iglesia, hurgué en sus archivos, me mostró partituras y documentos que son historia viva de la música cubana. En la nave del templo, en lo alto de los muros y partiendo del altar mayor hacia la entrada principal, Odilio hizo exponer en forma permanente una colección de cuadros al óleo pintados por Alonso en que puede identificarse a José Urfé, a Miguel Falde — autor de *Alturas de Simpson*, el primer danzón de que se tiene noticia —, a Raymundo Valenzuela, clarinete, trombón, trompeta, compositor y orquestador, a Moisés Simons —suya es la partitura de *El manicero*— y a los miembros de la Orquesta Radiofónica conocida en el ámbito nacional como Las maravillas de Arcaño. Hay allí otros óleos de Alonso: una orquesta de destacados instrumentistas de fines del siglo XIX — el mejor conjunto de entonces era La Flor de Cuba, dirigida por Miguel Falde— compuesta de un cornetín o trompeta, un clarinete primero y otro segundo, un violín primero, un violín segundo, un fígle, un trombón de pistones, un contrabajo, un juego de tímpanos y un güiro; y una charanga francesa formada por un piano, un violín, una flauta, un contrabajo, una paila cubana (tímbal) y un güiro. No figura en esta galería la Orquesta Gris, pero la trae a cuento Francisco Valdés, violinista graduado en el Conservatorio Nacional que jamás pudo ejercer su oficio por falta de plazas vacantes. Fue, en cambio, saxofonista y trompetista de Benny Moré y afirma que se deleitaba escuchando a Odilio cuando tocaba la flauta en aquella

orquesta. Más que un nombre, Gris es un sobrenombre debido a que sus integrantes vestían elegantes trajes grises de casimir inglés. Junto a las cantinas del muelle, que la noche colma de parroquianos, bullicio, sudores y ron, la iglesia de Paula guarda, dormidos, los ritmos de Ernesto Lecuona, Eliseo Grenet, Moisés Simons, Miguel Faílde y tantos otros. Y acoge en su seno la urna en que reposan las cenizas de Claudio José Domingo Brindis de Salas, compositor afrocubano y virtuoso violinista laureado en el Conservatorio de París con el mismo premio que ganaron Henri Wieniawski (1846), José White (1856), Pablo de Sarasate (1857), Fritz Kreisler (1887), Jacques Thibaud (1896) y George Enescu (1899). Al despedirme, Odilio puso en mis manos dos discos: uno, de Amadeo Roldán, que contiene *Tres toques*, obra inspirada en ceremonias religiosas de origen africano, y *Curujey*, ceñida a la estructura del son homónimo de Nicolás Guillén, con acompañamiento de coro, escritas ambas en 1931; otro, *Amalia Batista* —"Amalia Batista, Amalia *mayombe*, qué tiene esa negra, que amarra a los hombres" —, sainete lírico o zarzuela cubana de Rodrigo Prats Llorens, autor asimismo de *Rosa de Francia*, canción que aún nos cautiva en la octogenaria voz de Barbarito Diez. Verdad o leyenda, no importa, a la mulata que protagoniza *Amalia Batista* se atribuye esta íntima confesión: "No es posible que en detalle recuerde cuántos me amaron... después que se abre una calle, ¿quién recuerda a los que cruzaron?".

Guiado por Odilio visité las santerías en las afueras de La Habana. Nos acompañaban María Antonia Fernández y Rogelio Martínez Furé. Ante la imagen de la Virgen de Regla me explicó las complejidades de un sincretismo religioso en que la fe católica es el velo que encubre las creencias y los ritos *yorubas* de Nigeria Occidental. Entre

otras manifestaciones sincréticas — interviene Rogelio —, se da la equiparación de los antiguos dioses africanos con determinados santos católicos. Es el caso de *Changó*, dios *yoruba* de la virilidad, del fuego y del rayo, identificado con Santa Bárbara — Virgen del catolicismo — quizás porque escapaba de sus enemigos disfrazado de mujer. Recuerdo, a propósito, los amuletos salidos de las santerías que los fieles ocultan bajo las vestiduras de la Virgen de Regla.

Con Odilio fui también a la casa en que se reúnen a bailar danzón, los miércoles por la noche, treinta y cinco parejas de viejitos negros y mulatos. Ensayan semanalmente para sus presentaciones públicas.

En conferencias y escritos, Odilio se propuso descubrir las raíces del *mambo*, ritmo que me interesa como pasta musical — más que como género bailable —, como trabajo, como estructura orquestal, como un todo articulado en que, a pesar de la unidad y la coherencia de los instrumentos, los erizados acordes de trombones, trompetas y saxofones resuenan victoriosos. Era tema de su preferencia. La última vez que hablamos acerca de esta música, pensaba viajar a México para entrevistarse con Pérez Prado. Estaban empeñados en una investigación que sin duda quedó trunca. Según Odilio, la música popular cubana comprendía seis géneros instrumentales: la danza, la contradanza, el danzón, el danzonete, el mambo y el *cha-cha-chá*. Y atribuía la creación del mambo a Orestes López, pianista, contrabajista y compositor danzonero moderno cuyo danzón titulado *Mambo* lo estrenó en 1938 una orquesta sin par: Las maravillas de Arcaño. A Pérez Prado, quien vendría después, en la década de los sesenta, a reconocer su histórica deuda con Orestes López, se debe el *mambo batiri*, que exige el concurso de dos saxofones altos, cinco trompetas, dos tumbadoras — en la misma línea de los

bongós—, las pailas y algunos componentes de la batería norteamericana. Culminará este proceso al irrumpir el *cha-cha-chá*, acuñado por Enrique Jorrín, autor de *Engañadora* y director de la Orquesta América.

Un martes por la tarde, Odilio me invitó al concierto de piano que ofrecería en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Cuando llegamos, la sala de música se hallaba cerrada. Airado, exigía hablar con Nicolás —Nicolás Guillén, presidente de la UNEAC—. El guardián de turno le hizo ver que ese concierto se llevaría a cabo la semana siguiente, que se trataba de una equivocación. Odilio le solicitó entonces que abriera la sala y el concierto tuvo lugar en mi sola presencia. Guardo celosamente la grabación, inapreciable ahora: *Mariposa mía, El dios chino, Alturas de Simpson, Capricho cubano, Enená, La mora, El bombín de Barreto...*

Al cabo de un año, en la iglesia de Paula, Odilio repitió ese concierto. Esta vez, para Irene y para mí.

Martínez Furé me confirmó hoy la noticia de su muerte.

ESTOY EN NICARAGUA

COMENZAR, OTRA VEZ COMENZAR

El 13 de junio de 1980, mi hijo José León, músico, folklorista de veintinueve años de edad, quien se graduaría de médico cuatro meses después, fue asesinado durante el gobierno militar de Romeo Lucas García. Entonces, y aún ahora, la creencia generalizada es que este crimen fue una represalia política contra mi persona.

El 17 de ese mismo mes, Alenka, mi esposa, Pamela, Camilo y Alenkita, nuestros hijos, viajaron a Nicaragua acogidos por Sergio Ramírez. Juanita Bermúdez, jefe de su despacho en la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional y prima hermana de Alenka, lo representó en los funerales. Él se hallaba en Panamá cuando supo la noticia. De allá llamó por teléfono para expresarnos su condolencia y ofrecernos apoyo. Yo me quedé en Guatemala, escondido, de donde salí a fines de noviembre hacia Quito. Debía cumplir un compromiso académico y, de paso, trataría de buscar algún espacio para ganarme la vida en las universidades ecuatorianas. Mis gestiones fueron infructuosas. Lo que podían pagarme estaba por debajo de mis necesidades. Ana María Granja, Diego Iturralde, José Steinsleger, mis amigos, quisieron tenerme allá. Pensé que lo mejor era establecerme en México, donde Elisa y José Luis Balcárcel me esperaban desde junio. A lo largo de ocho meses recibí de ellos esmerada hospitalidad, ilimitado afecto. Compartí su casa, mezcla de recursos arquitectónicos coloniales y contemporáneos, erigida en pleno corazón de Tlalpan por Américo Giracca. Muros blancos, repellados y encalados

delimitan espaciosos pisos de barro rojo. Al centro del inmueble, coronando la escalera que une las dos plantas, un domo de plástico filtra la luz solar. Maderas rústicas en feliz armonía con tallas virreinales. Pinturas escogidas, artesanías de todas partes, equipales de Jalisco y Michoacán, espejos mexicanos, piezas de arte tradicional pueblan de formas y colores la casa entera.

Recién llegado, en diciembre del 80, Tito Monterroso me sorprendió nombrándome asesor de la editorial del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, de la que era director. Cargo honroso con cuyo desempeño pude resolver holgadamente mis problemas económicos.

Sin duda con el deseo de darme ánimo, Tito no me habló jamás de cosas tristes. A eso del mediodía me invitaba a su despacho para conversar. Abría las cortinas del ventanal que daba a Insurgentes Sur, corría hacia un extremo la puerta de vidrio ahumado y me hacía pasar al balcón. Allí, reclinados sobre el barandal, nos relamos evocando anécdotas de un pasado que se remonta a nuestro exilio chileno.

En Santiago, él ocupaba un departamento en la calle París, muy próximo a la Alameda Bernardo O'Higgins, donde, entre San Antonio y Mc Iver, vivíamos José Antonio Mobil, Ariel Déleon y yo. Estábamos, pues, a sólo un paso de distancia. Casi todos los días, entrada la tarde, nos instalábamos los cuatro para fisgar desde la ventana del dormitorio de Tito la llegada de parejas de señores viejos con jovencitas, jovencitas con señores viejos y jovencitos con jovencitas al portón del hotel de paso que quedaba enfrente. Dice Tito en "Bajo otros escombros", cuento que recuerda ese pasatiempo nuestro, que nunca vimos señores viejos con señoras viejas. Y es verdad. La diversión consistía en apostar. Estos entran, estos no. Aunque, como

lo registra Tito en aquel cuento, el que perdía resultaba a veces ganador: la pareja que había pasado de largo regresaba y entraba.

Insisto: en el ventanal abierto sobre Insurgentes Sur, Tito estaba siempre alegre. O lo aparentaba para quitarme fardos de encima. Una mañana, cuando casi caímos en la trampa de la seriedad, concluyó tajante: "La diferencia entre Guatemala y México consiste en que los guatemaltecos tenemos subdesarrollito y los mexicanos, subdesarrollón".

En mayo del 81, poco después de que Tito me había designado su acompañante en un viaje oficial a Managua para entregar a las autoridades universitarias una considerable donación de libros, recibí un llamado telefónico de Sergio Ramírez. El gobierno revolucionario había creado la Editorial Nueva Nicaragua y me invitaba a dirigirla. Acepté en principio y me comprometí a darle una respuesta definitiva al encontrarnos en Managua. Cuando escribo esto la editorial ha sobrepasado los 260 títulos y son insólitos sus tirajes: diez, veinte y cincuenta mil ejemplares. ¿Se hace algo análogo en Centroamérica, más al norte o más al sur? Cuba, que nos tiende no la mano sino ambos hombros y el corazón, es caso aparte.

Muchas veces estuve en Nicaragua durante la dictadura. Mi madre, nacida en Masaya, solía acompañarse de sus hijos para visitar a los numerosos parientes nicaragüenses. Tengo presente que en uno de esos viajes me llevó a ver los murales pintados en la iglesia principal de San Marcos, departamento de Carazo. Deseaba mostrarme la escena del víacrucis en la que el Cirineo era el propio Somoza. Realismo somocista, testimonial. ¿Por qué no rescatar esas pinturas?

Gestas, el mal ladrón de las tradiciones cristianas, es venerado en la iglesia de El Calvario, en Masaya. Caricaturizado, quizás para acentuar su origen social, el *Maladrón* (así, una sola voz) encarna al lumpen, a las turbas marginadas milenios antes de la Pasión. El *Maladrón* es el pueblo pobre canonizado clandestinamente — el antisanto —, sin necesidad de licencias eclesiolísticas. A pesar de lo relativo, implícito en toda verdad, el *Maladrón* es la más íntima verdad de los desposeídos. Su única verdad.

Gracias a mi abuela, María Matus, de la estirpe de los Vega Matus de Masaya, empecé a disfrutar de los sonos de toros ejecutados por bandas callejeras que agitaban los aires y ofrecían de puerta en puerta sus vibrantes servicios: *ichicheros*, niña, *chicheros!*; de las veladas literarias y musicales en las que se declamaba con inequívocos acentos decimonónicos y se escuchaban valeses y mazurkas de compositores nicaragüenses; de los cortejos fúnebres presididos por carrozas que tiraban caballos enjaezados con largas mallas negras o blancas, a cuyo paso, en las esquinas, se acostumbraba un *idetente!*, para que oradores y poetas improvisaran en memoria del difunto; de los dulces que ella misma hacía — piñonate de coco y papaya, cajeta de leche, guayaba o sapoyol, icacos en miel, toronja cristalizada recubierta de azúcar — y de los que, en los andenes o bajo las arcadas de la estación ferroviaria, vendían mujeres ataviadas con delantales blancos de tres vuelos; de los refrescos preparados con frutas naturales del país: granadilla, melocotón, denominaciones que en otras partes de América no siempre identifican a iguales especies.

A mi padre lo acompañaba por los pueblos en la exitosa búsqueda de cantinas, donde lo aguardaban los habituales vasos de cerveza Victoria o las copas de Santa Cecilia — cristalino aguardiente de caña — servidos con boquitas

de chicharrón y yuca, mango y jocotes verdes. "Cara de Macho", propietario de una de estas cantinas en Jlnotepe, lo atendía con el celo profesional que confirmaba su fama.

Poco después, siendo presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios de mi país (credencial nada grata a la dictadura) y viniendo de Sudamérica, quise aprovechar la obligada escala en Managua para quedarme unos días con mis primas. En Panamá, al solicitar la visa, el embajador, creyendo que le mentía, me exigió que dibujara en una hoja de papel el plano de la pequeña plaza de San Jerónimo, en Masaya, y que señalara dónde vivían los Alegria y otros connotados vecinos del lugar. Pasé la prueba y autorizó la visa. Todo un presagio: al cabo de los años, me casé con Alenka, hija de madre chilena y padre nicaragüense: Alejandro Bermúdez Alegría. El abuelo paterno de Alenka, Alejandro Bermúdez Núñez, tiene un busto en esa plaza. Guardamos una fotografía en que aparece junto a Rubén Darío, de quien fuera compañero de andanzas, con esta dedicatoria del poeta: "Mi querido Alejandro: No te olvides tú que tienes el Verbo, de tu hermano que tiene el Ensueño. Rubén Darío. Nueva York, 1915".

Transcurridos varios lustros, representé a la Universidad de San Carlos de Guatemala en reuniones de la Confederación Universitaria Centroamericana, celebradas en Managua y León. Era todavía la Managua anterior al terremoto por cuyas calles, hirvientes de sol, me orientaba sin dificultad. Sergio Ramírez, secretario general de ese organismo, convocaba a aquellas reuniones y las presidía junto a los rectores del Istmo. Años de lucha contra los gobiernos militares en turno, de defensa de la autonomía de nuestras universidades y de memorables realizaciones en el campo de la cultura: Editorial Universitaria Centroamericana, *Re-*

pertorio centroamericano, Alero, Estudios sociales centroamericanos, Bial centroamericana de pintura, Festival centroamericano de teatro, Programa centroamericano de ciencias sociales... Coincidíamos en este quehacer diversas pero próximas generaciones universitarias de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Sus protagonistas — pienso en los nicaragüenses Carlos Tünnermann Bernheim, Mariano Fiallos Oyanguren, Alejandro Serrano Caldera—, incendiarios a los veinte, no teníamos vocación de bomberos a los cuarenta.

Mi retorno a Nicaragua con Tito Monterroso y Barbarita Jacobs, su esposa, no fue, dicho sea con propiedad, un retorno. Fue el "estás en Nicaragua" de Julio Cortázar, el descubrimiento y la primera cercanía a la revolución de Sandino. Fue también el reencuentro con Ernesto Mejía Sánchez, erudito, dadivoso colaborador de nuestra juvenil *Lanzas y letras*, dueño siempre de cáustica broma (en el almuerzo que nos ofreció en Masaya doña Ermida Castillo, madre de Julio Valle-Castillo, Mejía Sánchez saludó a Ernesto Cardenal: "A vos lo que te avejenta son los *blue-jeans*"); Sergio Ramírez, amigo invariable, convertido en estadista; Ernesto Cardenal, con quien nos encontramos las últimas veces en Panamá — primero, sin saberlo yo, en la antesala de clandestina reunión sandinista, y, luego, en la Isla Contadora, donde varios intelectuales centroamericanos fuimos recibidos por el general Omar Torrijos—; Lizandro Chávez Alfaro, de cuyo llamado telefónico, un año atrás, tengo viva memoria (a mediados de los setenta, Sergio Ramírez y yo nos deleitamos, en compañía suya, con los endiablados caldos picantes que nos hizo probar en la ciudad de México y el riguroso tequila Olmeca que, después, nos brindó en su casa veracruzana de Xalapa); Francisco de Asís Fernández, empeñado en ayudarme

desde su cargo en el Instituto Nacional de Bellas Artes durante mi primer exilio mexicano; Julio Valle-Castillo, niño prodigio, convergencia del genio y el ingenio; Luis Rocha y Xavler Chamorro Cardenal, colegas en la *Prensa literaria centroamericana*, mis huéspedes en El Portal, céntrica taberna de la capital guatemalteca incorporada a las mejores tradiciones del buen beber; Rogelio Ramírez, enredado en trámites de divorcio, quien me ofreció la casa que desocuparía previniéndome acerca de la escasez de vivienda: "Si vas a quedarte en Nicaragua, aquí están las llaves".

Descubrí entonces a Fernando Silva, médico, poeta, narrador. Ser inefable salido de las mil y una noches de *El Gūegūence*. En su lengua, en sus textos, el color, las sonoridades del mestizaje. ("¿Qué es la verdad?", se pregunta Eduardo Galeano. Y se responde: "Es una mentira contada por Fernando Silva".)

Volví a Managua convencido de que se hace camino al andar. Rogelio me buscó para entregarme el ofrecido llavero. Firmé el contrato en el que Sergio compareció como fiador. Esa ha sido mi casa en los últimos años. La casa de mis afectos.

Estoy en Nicaragua.

CÉSAR JEREZ

Guatemala, 1979. Año nuevo en casa de Mireya Palmieri. La sangre corría por las calles. Sin saberlo, César y yo nos despedíamos.

1983: nuestra coincidencia nicaragüense. "Llámete antes de las ocho de la mañana. Le contestaré yo mismo". Y así fue. Diáfana amistad de puertas abiertas.

En César Jerez redescubrí al padre Galguera, sacerdote español, dominico, de quien fui acólito en la Catedral de Cobán, la Verapaz evangelizada por fray Bartolomé de las Casas. Le era grato saber que yo recordaba con nostalgia aquellos años y que, a pesar de mi ateísmo, le confesara mi veneración por las solemnidades del culto. Se divertía poniendo a prueba mi capacidad para diferenciar prendas y ornamentos de uso religioso: una estola de un manípulo, una sobrepelliz de un roquete, un capelo obispal de otro cardenalicio... Tuve en mis manos su estola multicolor, bordada por indígenas guatemaltecos.

Muchas veces conversamos acerca de su formación académica, de los idiomas que hablaba, de sus doctorados *honoris causa*, de su experiencia como superior provincial de la Compañía de Jesús en Centroamérica, como rector de la Universidad Centroamericana en Managua, de los frecuentes viajes que hacía en busca de apoyo financiero para tantos proyectos universitarios, de su vida eclesial, de la teología de la liberación, de su madre, de su niñez en San Martín Jilotepeque — íntimos dominios del reino cakchiquel —, de la desgarrada, sangrante Guatema-

la. Sin embargo, al evocarlo, se me revela como el hombre afable y tierno que fue, nacido para grandes designios.

Amigo de los pobres, pobre él mismo, se empeñó en dar, no en recibir. Proscrito. Pródigo, dueño de Inherente ejemplaridad.

Si alguna vez me aproximé de nuevo a la fe, fue por él.

JULIO VALLE-CASTILLO

"¡Julio, el gran Julio Valle-Castillo!", exclama Luis Cardoza y Aragón. Llamas del mismo fuego.

Lo veo venir. Guayabera blanca, pantalón negro. Lápices, muchos lápices rigurosamente alineados en el bolsillo del corazón. Prometeo sin cadenas. Alza el índice — un revólver— y apunta: "Ese, ni siquiera me merece una mentira". ¿A quién fustiga? Ígneo, dueño de fiebre propia, distingue entre mentira y engaño.

Nos conocimos en Managua. Julio no alcanzaba los treinta años. De ahí en adelante, solos en tertulia cotidiana. Nadie como él para velar por su morada: la Editorial Nueva Nicaragua. Sale de aquí pensando en volver, y vuelve. Son muchos sus aportes entre prólogos, ensayos introductorios, textos para contraportadas, fotografías, ilustraciones, reseñas bibliográficas que envía a diarios y revistas. Pienso que debiera estar aquí, al frente de esto. La verdad es que estamos ambos. Cuanto se ha publicado del modernismo y la vanguardia, es obra suya. Recién apareció *Tres amores*, de Manolo Cuadra, edición que preparó y prologó. Mandará ahora a la imprenta la poesía y los cuentos completos de Darío. Escribió el estudio preliminar y la cronología incluidos en el primero de estos tomos. Empeñados hoy en Letras Francesas, colección de parnasianos y simbolistas contemporáneos de Darío o influyentes en su poesía. Le pido a Julio que me dé sus ensayos para conformar un volumen. La misma excusa siempre: hay otro germinando en su máquina de escribir. Me los lee, sí.

También cuentos y poemas. Trabaja en una novela sobre Pedrarias, el conquistador, que cerrará el siglo XX de las letras nicaragüenses. Pedrarias encarna al país entero. Rezuma su pasado, su presente incierto. Su drama permanente. Novela magistral y sonora. Un himno cantado a *capella* en que Julio le saca las entrañas a la historia.

Adolescente todavía, descubre el Valle de Anáhuac. Ernesto Mejía Sánchez lo toma de la mano. Comparten lecturas, comparten vigiliás. En embrión el erudito de hoy nutrido de la mejor literatura española e hispanoamericana.

Difícil intentar siquiera un esbozo de Julio Valle-Castillo. Convergen en él fantasía y memoria, donaire y congoja. Lo prefiero chispeante como cuando baila sones de Masaya. Deslízanse sus pies con suavidad de manos sobre las teclas del piano. El son que le vi, sin dejar de serlo, "era un aire suave", frágil tal un minué.

Percibe Julio lo que a otros escapa. Su visión: su mundo. Construye mentiras convincentes que devienen verdades. Poeta del desasosiego. De vuelo feliz, sin embargo.

Acaso la exaltación y el ímpetu sean sus alas.

ROGELIO RAMÍREZ MERCADO

A Antonina, a Sergio

Rogelio acaba de morir en Piong-Yang, capital de la República Popular de Corea. Lejos, muy lejos de su tierra.

A dos décadas de nuestro primer encuentro, ocurrido en Guatemala, retengo su imagen de ayer y de hoy: ojos mansos, de mirar suave, a ratos socarrones como él, entretenido siempre en malabarismos verbales. Culterano y conceptista a la vez. Su porte —alta y desgarrada torre—, corría parejas con el invencible sentido del humor que le era inherente, con la perspicacia, con el colmo de racionalidad que definían su talento. En plena charla, saltando de una broma a otra, de una copa a otra copa, se abstraía de súbito en un gesto que delataba sus frecuentes raptos de reflexión: tirábase el bigote con el pulgar y el índice y ordeñábase la barba con toda la mano. El antebrazo, flaco y velludo, se antojaba un flamenco.

Dirigente estudiantil en León, expuesto a los rigores y riesgos de la vida clandestina, fue hombre de gobierno al triunfar la revolución sandinista. Ministro, diplomático, consejero y asesor político en horas críticas. Sencillo, discreto, desconoció la prepotencia. Buscó y supo hallar, con griega sabiduría, la justa medida de todas las cosas. Quizás por ello no tuvo enemigos aunque sí adversarios respetuosos. Durante sus funerales coincidieron, en trance difícil para la estabilidad política de Nicaragua, los suyos y sus oponentes. Un joven obrero de Niquinohomo dijo ante su féretro que Rogelio llegaba a ese poblado, cuna de Sandino, a

reunirse con los trabajadores para explicarles el porqué y el para qué de la concertación nacional. Alguien afirmó que en su multitudinario sepelio se dio esa concertación.

Quise y admiré a Rogelio en el ejercicio cotidiano de la amistad. En su dignidad de ciudadano pobre, honesto. En su lucidez y su modestia. Cuando fue irrefutable, ni siquiera se percató. San Francisco de Asís jugando al ajedrez con Maquiavelo.

"Lo mucho que en sí llevaba rompió su mente".

¿Quién, a propósito, escribió esto y acerca de quién?

CLARIBEL ALEGRÍA

Su solo nombre presagia el poema. Nos conocimos en Santiago de Chile. Eran suyos, y míos también, los verdes años. La Editorial Universitaria (diseño tipográfico de Mauricio Amster) publica su *Acuario*. (*Vivir en un acuario es peligroso, / expuesto a las miradas, / a los pedruscos agrios / que arrojan los vecinos, / a una frase tuya o quizás mía / que lo empañe / o lo rompa*").

Clara Isabel devino Claribel. La bautiza José Vasconcelos para la poesía, para el estado de gracia permanente. Sabido de sus balbucesos la lee Juan Ramón Jiménez. (Qué coincidencia: la antología poética de Jiménez, que llevará el sello de la Editorial Nueva Nicaragua, es obra de Claribel).

Numerosos sus libros a partir de *Anillo de silencio* (1948) cuyo contenido preparó Juan Ramón Jiménez sin que ella se percatara. De *Repertorio americano*, donde García Monge publicaba las primicias de Claribel, escogió el poeta las que luego copiaría Zenobia, su mujer, para formar el original destinado a la imprenta. (Cedió la discreción de la escritora ante mi terquedad: pude ver cartas, tarjetas y fotografías de Juan Ramón dirigidas a ella. Preside su estudio uno de esos retratos: "A Claribel, J. R., para que me reconozca al llegar".)

Y este *poema-rio*, reúne casi todos los poemas de Claribel. Caben allí tanto el "subjetivismo lírico de sus años juveniles" — Mario Benedetti — como el tono reflexivo de la madurez. Si algo revela el paso del tiempo es la constante

precisión conceptual, el rigor con que ella, cazadora y domadora de palabras, escoge su lenguaje; el laborioso empeño que no opaca la espontaneidad. Escribe en voz alta.

Conocidas en francés e inglés su poesía y su prosa. Mano a mano con Bud Flakoll, su marido, tradujo a Robert Graves, a varios poetas contemporáneos de los Estados Unidos. Firman ambos la *Antología de nuevas voces norteamericanas*.

Al cabo de cinco lustros volvimos a vernos en Guatemala. Poco después, ella y Bud se instalaron, como yo, en Managua. La invitan a leer textos suyos en otros países, a conversar acerca de su obra, de su vida. Hemos coincidido en Nueva York, La Habana, Madrid, París. Junto a Bud escribe libros testimoniales, crónicas políticas. Trabaja de sol a sol, afanada hoy en *Fugas*, su próximo poemario.

Al atardecer, en su casa o en la mía, una copa de ron.

EL MODELO SANDINISTA DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Si se me preguntara cuáles me parecen los aportes del sandinismo a la lucha revolucionaria en América Latina, sin vacilar respondería que tres: el respeto a los derechos humanos, la dirección colectiva y el pluralismo político.

EL RESPETO A LOS DERECHOS HUMANOS

Al producirse el triunfo sandinista, estas expresiones del recién nombrado ministro del Interior se erigieron en normas de conducta y empezaron a cumplirse: "Implacables en el combate, generosos en la victoria". "Nuestra venganza será perdonarlos". "Queremos convertirnos en un ejemplo luminoso de respeto a los derechos humanos en este continente y lo vamos a lograr". (*Tomás Borge Martínez*).

En los albores de la revolución, "cuando trataron de linchar a los prisioneros que estaban en la Cruz Roja, yo personalmente fui a ver a los familiares de nuestros mártires, que estaban allí dispuestos a hacer justicia; tuve que hacer un extraordinario esfuerzo de persuasión, no grabé lo que dije, pero creo que ha sido una de las cosas más elocuentes, entre las pocas cosas elocuentes que he dicho en mi vida. De tal manera que los persuadí realmente de que no los mataran. Estaba presente el señor Ismael Reyes, que es miembro de la Cruz Roja, él fue quien me llamó; porque estaba una multitud queriendo arrancar las puertas para entrar a linchar a todos los asesinos que estaban ahí. Y nosotros logramos convencerlos diciéndoles que noso-

tros no podíamos matar, porque esta revolución la habíamos hecho para terminar con las matanzas. Ese fue quizás el argumento que más los persuadió; porque yo les pregunté: ¿para qué hicimos entonces esta revolución, si vamos a repetir lo que ellos hicieron? En este caso mejor no hubiéramos hecho esta revolución". (Tomás Borge Martínez).

Somoza dejó 600 prisioneros en la llamada cárcel modelo de Tipitapa. En su mayoría delincuentes comunes. Sólo en casos excepcionales la dictadura encarcelaba a sus adversarios. Los asesinaba o los obligaba a vivir fuera del país. Esto explica el porqué de tan reducido número de presos, entre quienes apenas 80 eran militantes sandinistas.

Al producirse la victoria, el sandinismo hace 8,000 prisioneros, que pronto se reducen a 5,600, de los cuales 4,924 son juzgados por los tribunales especiales. Se trata de ex guardias somocistas, todos asesinos, torturadores y colaboradores del régimen.

¿Qué hacer entonces? Raúl Cerdón, director del sistema penitenciario dice que no habla gente especializada para atender el problema y que era preciso improvisar. La primera iniciativa fue sustituir la prisión cerrada por la granja de trabajo. Nada nuevo — comenta —, si se habla en términos teóricos, pero sustancialmente distinto de lo que ha existido en Nicaragua.

La granja agrícola y los talleres reemplazan a la inhumana prisión de la dictadura.

El experimento sandinista comienza a inquietar a expertos en criminología, turistas interesados en la revolución — sobre todo norteamericanos —, periodistas internacionales y numerosos incrédulos. Las cinco granjas establecidas, una de las cuales está dirigida por Hernán Lozano,

jefe del primer círculo de seguridad personal de Somoza — el mismo que rescató a Howard Hughes del Hotel Intercontinental el día del terremoto de 1972 —, son objeto de numerosas visitas. El director del sistema penitenciario recuerda algunos nombres importantes: Ramsey Clark, abogado norteamericano que llegó acompañado de ocho técnicos en prisiones, del subsecretario de la Comisión de Derechos Humanos de los Estados Unidos y del embajador en Managua Anthony Quainton; los escritores Günter Grass, Carlos Fuentes, Marlo Vargas Llosa. En el libro de visitas se recogen sus impresiones. Una monja norteamericana — Mary Hartman —, de la Comisión de Derechos Humanos, atiende las granjas como trabajadora social.

La Cruz Roja y la Comisión Nacional de Derechos Humanos de Nicaragua, tienen acceso permanente a las granjas. "Organismos como la Cruz Roja Internacional fueron autorizados para crear centros de refugio que dieran albergue a los criminales somocistas que huían". (*Daniel Ortega Saavedra*). Los familiares de los reos pueden verlos cada 15, 30 ó 60 días, según su comportamiento.

¿Ocurren transgresiones al régimen penitenciario sandinista? El director reconoce que sí, en muy contados casos, y que los responsables de los malos tratos a los reos han sido destituidos y luego procesados. El ministerio del Interior — añade — supervisa este aspecto con especial interés. El propio ministro llega a las granjas con suma frecuencia. Durante la dictadura sufrió seis años de cautiverio y fue víctima de graves torturas.

La vigilancia en las granjas está a cargo de un personal que no porta armas. Si los instrumentos de trabajo pueden considerarse tales, están en poder de los reclusos. El centinela armado que está a la entrada controla solamente el ingreso, no la salida de personas. No obstante, se han

suscitado muy pocas fugas. El director del sistema penitenciario tiene memoria de tres. Los prófugos volvieron a la granja a los pocos días de su evasión.

Estos centros penales cuentan con bibliotecas recién establecidas. La de Tipitapa, por ejemplo, tiene 2,002 volúmenes. El ministro del Interior quiso que se consiguiera la Biblia en ejemplares suficientes para todos los presos.

En alguna oportunidad, debido a las limitaciones económicas que afronta el proceso sandinista, los frijoles estuvieron escasos. Fue necesario entonces prescindir de la cuota que corresponde al ministerio del Interior. Pero se mantuvo inalterable la de las granjas penales.

Los reos que observan buena conducta son objeto de estímulos. Entre éstos el uso del teléfono. Quienes así lo desean, participan como voluntarios en los cortes de café y algodón. En estas actividades han estado presentes 250 reclusos.

Hasta abril de 1985, el sistema penitenciario nacional registra la cifra de 4,924 ex guardias somocistas encarcelados en todo el país. De éstos, a la fecha, han sido puestos en libertad 1,392 por indulto, 46 por amnistía y 1,012 por cumplimiento de condena. Quedan en prisión 2,474.

En Nicaragua —no lo dice la ley sino la práctica, la costumbre— fue abolida la pena de muerte. No existe el paredón de fusilamiento para nadie. Menos aún para el adversario político.

Oportuna, a propósito, la conocida canción de Carlos Mejía Godoy:

Mi venganza personal será el derecho
de tus hijos a la escuela y a las flores
mi venganza personal será entregarte
este canto florido sin temores

mi venganza personal será mostrarte
la bondad que hay en los ojos de mi pueblo,
implacable en el combate siempre ha sido
y el más firme y generoso en la victoria.

LA DIRECCIÓN COLECTIVA

La idea de la dirección nacional colectiva del FSLN se gestó en los últimos meses de 1978 y primeros de 1979. Explicable por necesidades históricas — restituir la unidad de la organización afectada por la existencia de tres fracciones o tendencias; mantener vigente el principio de que la autoridad es expresión de un poder orgánico y no personal; culminar la lucha política y militar emprendida años atrás contra la dictadura de Somoza —, la dirección nacional colectiva es producto de la unidad del FSLN y, a la vez, un medio, un instrumento efectivo para mantener esa unidad. "Lo que ocurrió es que cada quien quería hegemonizar el proceso, quería ver quién sobresalía más en esa lucha. Pero eso se fue superando en la lucha misma, y cada quien fue viendo la importancia que tenía cada quien en ese trabajo. Así se logra llegar a los acuerdos de unidad que se empiezan a gestar a finales del 78, y se concretan en marzo de 1979 sobre la base de una sola concepción y no sobre la base de que cada uno cediera en los principios por los otros. Todo el sandinismo se pone de acuerdo en una concepción que afirma el carácter insurreccional de la lucha, la necesidad de una política de alianzas flexible, la necesidad de una programática amplia, etcétera." (*Humberto Ortega Saavedra*).

A diferencia de otros movimientos revolucionarios que no rebasan aún el viejo esquema de la dirección unipersonal — secretario general o comandante en jefe —, el sandinismo optó por una solución tan práctica como viable:

restablecer la unidad creando una dirección colectiva integrada por nueve miembros de igual jerarquía —tres por cada una de las tendencias en que la organización se había dividido—; designar comandante en jefe a Carlos Fonseca Amador, muerto en combate en 1976, y proclamar a Sandino, asesinado por Somoza en 1934, padre de la Revolución Popular Sandinista. Esto explica que muchos actos públicos encabezados por la dirección nacional en pleno, sean presididos simbólicamente por la efigie de Sandino y la silla del comandante en jefe.

Pero la experiencia sandinista va más allá. Conquistado el poder, el mando colectivo distribuyó entre sus miembros la atención de las grandes áreas político administrativas del Estado. "Ser nueve miembros jerárquicamente iguales tiene ventajas. Nos multiplicamos para realizar misiones internacionales, tareas de propaganda interna y estar al frente de las diferentes áreas de la vida nacional." (*Jaime Wheelock Román*). De ahí que la dirección nacional del FSLN tenga tan activa participación en los llamados ejes de poder del estado revolucionario: la organización popular, la construcción de las fuerzas armadas, la institucionalización de las funciones estatales y la forja de una vanguardia capaz de conducir al pueblo en pos de la nueva sociedad.

La concepción sandinista del mando colectivo tiene además de lógicas explicaciones prácticas, un origen histórico. Cuenta el cronista colonial Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés que en la provincia "donde está la ciudad de León, como en otras de aquel reyno", sus habitantes no se gobernaban por caciques y únicos señores, sino a manera de comunidades por cierto número de viejos escogidos por votos. Después —dice Oviedo—, para servirse de los indios y entenderse con una sola cabeza, los cris-

tianos "les quebraron esa buena costumbre", separaron a los indios que actuaban "en una voluntad y estado juntos" e "hiciéronlos caciques sobre sí para los repartimientos y sujeción nueva, en que los españoles los metieron".

En el presente, la dirección nacional actúa como un colectivo de decisiones. "Nosotros nos reunimos una vez por semana a despejar los grandes temas de conformidad con una agenda preparada en función de la problemática que se ha logrado detectar en el gobierno. Cuando surge un problema de gravedad se convoca a una reunión extraordinaria". La discusión de la agenda se hace en un plano de absoluta igualdad. Y de iniciativa. Todos opinan, todos participan y "no hay, por lo mismo, un juicio que pueda imponerse por condiciones externas, por el peso que pueda tener la opinión de un líder. Nuestras opiniones se van conformando, realmente, como las opiniones de un colectivo. De este modo es más difícil equivocarse". (*Jaime Wheelock Román*).

La toma de decisiones no constituye problema. "La experiencia de todos estos años es que, salvo muy raras excepciones, la dirección nacional llega siempre a un consenso". Cuando en escasas oportunidades se ha llegado a una votación de cinco a cuatro, "hemos considerado que no hay consenso y hemos vuelto a discutir el problema".

A la historia reciente del FSLN, y aún más lejos, a la época de Sandino, se remonta la concepción que rechaza el caudillismo, el liderazgo unipersonal. Carlos Fonseca Amador veló porque así fuera y él mismo contribuyó "a forjar un determinado sentido de anticaudillismo, de igualdad entre nosotros". Mucho antes, los compañeros de Sandino se llamaban hermanos y practicaban una vida

basada en el respeto y la igualdad. "*Sandino era querido, no temido*". (Jaime Wheelock Román).

Con motivo de las elecciones que llevaron al comandante Daniel Ortega a la presidencia de la república, algunos enemigos de la revolución sandinista han creído encontrar en ese hecho un argumento convincente para probar que la dirección colectiva ha desaparecido o tiende a desaparecer. A la inversa, otros han creído descubrir que las funciones presidenciales podrían ser arbitrariamente interferidas por el mando colectivo. "En la toma de posesión del presidente Ortega, la junta militar (de uniforme) — es una referencia a la dirección nacional del FSLN — estuvo a la izquierda en el estrado, como asumiendo colectivamente la presidencia; como subrayando quién la concedía; como diluyendo la distinción de uno de los nueve comandantes revolucionarios". (Gabriel Zaid). Pierden de vista unos y otros que la dirección nacional revolucionaria impulsó las elecciones en cumplimiento de una promesa hecha a raíz de la victoria, como parte del pluralismo ideológico y como vía para la institucionalización del país, tan insistentemente reclamada por sectores nacionales e internacionales adversos al sandinismo. Pierden de vista, asimismo, que por exigencias propias del desarrollo del proceso irá surgiendo una nueva forma de conducción, "una jefatura orgánica", no "una jefatura producto de determinadas condiciones subjetivas que destaquen a uno de sus miembros por encima de los demás". (Jaime Wheelock Román). Poco antes de iniciar su mandato, el presidente Ortega declaró que el FSLN es la vanguardia, que esta organización ejecutará su propio programa de gobierno y que "la dirección nacional estará definiendo líneas". (Barricada, 8.01.85).

Lo importante de esta experiencia política es que ha revolucionado mitos y vicios. Que, imperfecta todavía,

busca cómo ajustarse a las necesidades que la condicionan, cómo expresarse en definitiva. Y que en Nicaragua —la observación es de Eduardo Galeano— se habla de *dirección nacional* como de una persona, de una compañera en la que se cree, en la que se tiene confianza plena.

Quienes de buena o mala fe se preguntan quién "manda" en el país, a la espera de una respuesta que apunte hacia la explicación caudillista, debieran guiarse por la realidad, por los hechos y no por la fantasía o el prejuicio.

EL PLURALISMO POLÍTICO

El sandinismo en el poder ha insistido en proclamar que constituye "un proyecto con una clara trayectoria histórica hacia el futuro". (Bayardo Arce Castaño). Ha insistido también en recomendar a la comunidad internacional "que no se distraiga buscando precisiones ideológicas en un proceso tan complejo como el nuestro, sino que evalúe y analice si la práctica en estos casi seis años y los valores y principios que la sostienen, pueden ser tildados de terrorismo comunista amenazante, o si no debería más bien ser considerado nuestro proceso como un intento de asimilar las experiencias históricas de la humanidad para conseguir las transformaciones sociales y la democracia simultáneamente, aprendiendo de los errores y de los éxitos que la memoria colectiva de los pueblos nos ha legado como su gran herencia". (Bayardo Arce Castaño).

En estas ideas está implícito el rechazo a ciertas concepciones y prácticas de las grandes revoluciones de los tiempos modernos —el partido único, el monopolio del poder, la dictadura—, tanto como la adhesión a otras: "no hay libertad sin libertad para aquel que piensa de muy distinto modo" (Rosa Luxemburgo); es posible la acción enérgica contra el enemigo sin que ésta conlleve al estran-

gulumiento, la suspensión o la abolición de las libertades democráticas; el socialismo es democracia por definición: su posibilidad de futuro está en la libertad; "el poder necesita ser defendido contra él mismo"; "las buenas intenciones de los dictadores, sean las que sean, no los inmunizan contra los efectos de la dictadura" (*Victor Serge*); "en las luchas históricas, debe distinguirse entre la fraseología, las pretensiones de los partidos, y su organización, sus verdaderos intereses, lo que ellos creen ser y lo que son". (*Carlos Marx*).

Veamos en seguida algunos ejemplos del pluralismo político e ideológico que se practica en Nicaragua.

Al producirse el derrocamiento de Somoza, el sandinismo triunfante asume el poder a través de una junta de gobierno de cinco miembros en la que participan sectores ajenos al FSLN. Se organiza luego el Consejo de Estado, con funciones consultivas y legislativas, en cuyo seno tienen cabida representantes de varias organizaciones políticas adversas al sandinismo. En esta junta de gobierno, cuyos integrantes fueron reducidos a tres, se mantiene hasta el final la representación no sandinista. Así se explica la presencia de Rafael Córdova Rivas, abogado y destacado dirigente del Partido Conservador Demócrata, en ese organismo. Al desaparecer la junta, Córdova Rivas se despidió públicamente y explicó algunas peculiaridades de su participación en el gobierno: "Yo sentí un gran compañerismo y un gran respeto. Le agradezco a los dos (se refiere a los otros miembros) que tomaran en cuenta mis observaciones. Todas las leyes que se aprobaron fue por consenso y muchas otras fueron «parqueadas» por observaciones más. La confianza de ellos era tal que no firmaban ningún decreto sin mí y esa fue una prueba de la mayor

confianza". (*Barricada*, 9.01.85). Córdova Rivas es ahora diputado por su partido en la Asamblea Constituyente.

RESPECTO AL VOTO

La inscripción de los partidos políticos, la campaña electoral y las elecciones fueron sin duda la mayor expresión de pluralismo político e ideológico. Los siete partidos contendientes gozaron de los mismos derechos, de los mismos recursos financieros otorgados por el Estado y de las mismas posibilidades de acceso a los medios de comunicación. Los diarios y la televisión acogieron por igual a todos los candidatos. Valga esta anécdota como muestra de lo que ocurría durante la contienda por la presidencia de la república: "Y seguimos de frente con el Frente", era el lema del FSLN. Ingeniosamente, el Partido Conservador Demócrata acuñó para sí una paráfrasis: "Y seguimos de frente contra el Frente".

Si la llamada Coordinadora Democrática Ramiro Sacasa, integrada por el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), el Partido Social Demócrata y el Partido Socialcristiano no acudió a las urnas, fue porque su línea política pretendía ilegitimar el proceso electoral. Creyeron sus dirigentes que su ausencia conllevaría el descrédito nacional e internacional del sandinismo. Era la misma línea de Washington.

Los votos colocaron en su lugar a los participantes: en primer término el FSLN, con 736 mil (47% de los electores inscritos y 63% de los votantes). Le siguieron los partidos Conservador Demócrata, Liberal Independiente, Popular Socialcristiano, Comunista, Socialista y Movimiento de Acción Popular Marxista Leninista.

El mismo orden se produjo en las elecciones parlamentarias, por medio de las cuales se eligió a los miembros de

la Asamblea Nacional Constituyente. El FSLN ganó 35 representantes, el Partido Conservador Demócrata 14, el Partido Liberal Independiente 9, el Partido Socialcristiano 6, el Partido Comunista 2, el Partido Socialista 2 y el Movimiento de Acción Popular Marxista Leninista 2. Es oportuno explicar que estos tres últimos lograron dos representantes gracias a que la ley electoral reconoce automáticamente esa calidad a quienes han participado como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la república.

Llama la atención que los partidos ideológicamente afines al marxismo hayan obtenido tan escaso respaldo popular. El Partido Comunista, por ejemplo, apenas alcanzó 1.5% en las elecciones presidenciales. También llama la atención que los partidos de tendencia marxista sean tan encarnizados opositores del FSLN en la Asamblea Nacional.

ADIÓS A LA "NOTA ROJA"

La libertad de emisión del pensamiento es otra prueba del pluralismo practicado por la revolución nicaragüense dentro del marco de normas legales que abolieron muchos de los vicios del antiguo orden. En virtud del nuevo régimen legal han "desaparecido las páginas rojas en donde se ensalzaba el crimen y se magnificaba el vicio". (*Sergio Ramírez*). Por primera vez en la historia de Nicaragua, la mujer no puede ser utilizada como objeto de propaganda sexual.

Existen tres diarios en el país: *Barricada*, órgano oficial del FSLN; *La Prensa*, que dirigió Pedro Joaquín Chamorro, asesinado por Somoza el 10 de enero de 1978, y *El Nuevo Diario*, cuyo director es Xavier Chamorro, hermano de Pedro Joaquín.

La Prensa, de gran trayectoria en la lucha contra Somoza, es ahora el diario de la oposición al FSLN. Los herederos de Pedro Joaquín, estrechamente vinculados a la contrarrevolución, hacen uso y abuso de la libertad reconocida por la ley. Al grado de que, según denuncia hecha recientemente por el vicepresidente de la república, "ese diario está pagado por el gobierno norteamericano, de quien recibió 100 mil dólares". (*El Nuevo Diario*, 19.04.85).

La radio goza de la misma libertad. Las emisoras estatales, que se agrupan en la Corporación Radial del Pueblo, constituyen el 70%. Las restantes, son privadas.

LA ACTITUD DE LA IGLESIA

Dentro del marco del pluralismo caben también las relaciones Iglesia-Estado, que en Nicaragua pasan por las siguientes etapas: 1) choques iniciales y fijación de los términos del diálogo, 2) politización y agudización del debate religioso-cultural, 3) alto grado de tensión, y 4) proximidad a la ruptura.

Esto significa que las relaciones Iglesia-Estado, que situaron a aquélla entre los promotores del "poder compartido" al producirse el triunfo sandinista — la Iglesia católica no vivió el proceso político antisomocista en forma monolítica, pues paralelamente al sector minoritario que apoyó la dictadura se dio otro, constituido alrededor de algunos obispos, que respaldaba las luchas populares —, empezaron a ser contradictorias. En octubre de 1980, el FSLN publica un documento preñado de tolerancia en que explica su punto de vista oficial sobre el problema religioso, a fin de evitar la polarización. En junio de 1981, los obispos conminan a los sacerdotes comprometidos con el sandinismo a que abandonen sus cargos públicos. Al mismo tiempo, la arquidiócesis de Managua y otras áreas del

poder eclesiástico ejercen intensas presiones contra sacerdotes y religiosas que apoyan la revolución. Es el momento en que monseñor Obando, jefe de la Iglesia católica nicaragüense, es condecorado en Venezuela en una fiesta a la que asisten Adolfo Calero y Alfonso Robelo, dirigentes de la contrarrevolución armada, y en que el mismo prelado viaja a los Estados Unidos atendiendo una invitación del Instituto para la Religión y la Democracia (IRD), promotor de campañas contra la Iglesia progresista. Luego vendrán los conflictos suscitados entre la Iglesia y el gobierno, a raíz del reasentamiento de los miskitos del río Coco.

A partir de junio de 1982, al par que se da un acercamiento diplomático entre la Santa Sede y el gobierno de Reagan, el Papa Juan Pablo II comienza a tener interés directo en la política de Nicaragua. Insta a los obispos del país a la unidad entre ellos y declara que en este camino la "Iglesia popular" es un obstáculo. Posteriormente, la visita papal hará más tensas las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Recuérdese la inoportuna y nada protocolaria llamada de atención que hizo el Papa al padre Ernesto Cardenal, ministro de Cultura, a su llegada al aeropuerto de Managua. Después de esta visita, el FSLN ratifica su postura oficial acerca de la religión.

A todo esto, como alguien lo ha advertido. "La verdadera confrontación se desarrolla en la cultura popular", no entre las cúpulas eclesiástica y estatal. "En los contenidos religiosos, principales focos de expresión de la cultura del pueblo nicaragüense, está en marcha un proceso lento como todos los procesos culturales". "El pueblo tiene que asumir una gran audacia cultural para romper la «tradición» reciente y creer que Dios es realmente, antes que nada, el Dios de los pobres y que una sociedad igualitaria no es un

sueño destinado al fracaso". (*Instituto Histórico Centroamericano*).

A partir de 1983, se acentúa la actitud antigubernamental de la Iglesia. Sus pronunciamientos en este sentido son expresos: contra el servicio militar patriótico, contra las elecciones, contra los planteamientos sandinistas sobre la paz, aspecto en el cual coincide con Reagan al proponer que el diálogo se celebre con los "alzados".

No obstante la permanente intrusión de la jerarquía eclesiástica en los asuntos propios del Estado, el sandinismo guarda cordura y elude las provocaciones. Algunos de los sacerdotes ministros son sancionados por la Iglesia. Pero el gobierno los mantiene en sus puestos y se apresta a ganar la partida a largo plazo: romper la «tradición», ahondar el proceso de transformaciones culturales implícito en la controversia Iglesia-Estado. La cuestión medular del asunto parece ser ésta: "¿Es capaz la Iglesia de proclamar algo más digno que la bendición del consumo «libre» de las antiguas minorías y la aspiración al mismo consumo de las grandes mayorías? ¿Puede proclamar que el hombre vive de algo más que de pan?"

Mientras el tiempo y los hechos dan respuesta a esas interrogantes, las piezas del ajedrez siguen en movimiento: el Papa Juan Pablo II ha nombrado cardenal a monseñor Obando, y el presidente de la república ha acudido de inmediato a saludarlo.

ECONOMÍA MIXTA

Mención aparte merece la economía mixta, que es también expresión del pluralismo practicado por el gobierno revolucionario. Los dirigentes sandinistas han concebido este proyecto como una modalidad de desarrollo que no se asienta en la yuxtaposición de dos modelos económicos

— uno arcaico e intocado de explotación privada y otro estatal —, sino como "inserción armónica y delimitada de la economía privada dentro del gran caudal estratégico del área propiedad del pueblo que, en su conjunto, debe tener la responsabilidad política en la conducción de todo el sistema económico nacional hacia el cambio y hacia la producción y la distribución de la riqueza. Es decir, hacia el modelo sandinista de transformación social". (*Sergio Ramírez*).

Claro que esta concepción ha tenido y tiene tropiezos porque la atrasada burguesía nicaragüense, que no ha comprendido la necesidad de un entendimiento viable y global, persiste en su afán de lucha por el poder, en su terco empeño de restituir para sí los privilegios de la antigua clase dominante. "Quizás para una burguesía menos atrasada, menos primitiva, o digamos mejor, más moderna, hubiera sido más fácil entender cuáles son las reglas del juego en un país en el que pese a la pérdida definitiva de sus armas, sin embargo existe y recibe la garantía de una oportunidad histórica de participación en el proceso, como clase". (*Sergio Ramírez*).

No obstante las incomprensiones y la inmadurez que conspiran contra este proyecto, la revolución sandinista mantiene su propósito. "Queremos desarrollar la industria privada, el comercio privado y el cultivo privado de la tierra. Es más, nosotros no tenemos interés en estatizar la tierra; por el contrario, tenemos interés en aumentar la propiedad privada sobre la tierra, queremos que sea en forma de cooperativa, fundamentalmente. Pero si hay alguna empresa de producción agrícola, nosotros estamos interesados en que se desarrolle. Le daremos toda la ayuda que sea necesaria, como se la hemos dado al Ingenio San

Antonio, por ejemplo, que es una empresa millonaria en manos privadas". (*Tomás Borge Martínez*).

En concreto, el sandinismo no trata de plantear la apertura, la modernidad o flexibilidad necesaria de la burguesía nacional para una aproximación o entendimiento interclasi-sista. La economía mixta no es un proyecto conciliador en términos de lucha de clases. Es un sistema sustentado tanto en imperativas necesidades históricas como en la convicción de que la hegemonía popular no puede ser transada.

Para que el proyecto de economía mixta pueda funcionar en beneficio de los intereses nacionales, no basta la existencia de mecanismos subjetivos que se pongan a disposición del sector privado: garantías legales, divisas, créditos, moratorias, acceso a las utilidades (*Sergio Ramírez*), sino que ese sector adquiera un determinado nivel de sensatez. "Hay algunos insensatos que pueden llegar a ser sensatos algún día. Existen algunos medio sensatos que pueden llegar a ser sensatos, así como hay también algunos sensatos que pueden consolidar su sensatez". (*Tomás Borge Martínez*).

Ahora, cuando Reagan ha impuesto el embargo y el bloqueo económico contra Nicaragua, es dable preguntarse qué harán esos sensatos y medio sensatos ante tales medidas. Máxime porque las represalias norteamericanas afectarán la economía del país en su conjunto, "no sólo al FSLN o al gobierno, tomando en cuenta la naturaleza de nuestra economía mixta, donde el 60 por ciento de los medios de producción está en manos privadas". (*Sergio Ramírez, Barricada*, 2 de mayo, 1985). De los insensatos, nada cabe esperar.

El análisis de hechos y fenómenos, de personas y cosas, debe prevalecer sobre la unilateralidad que conlleva el

elogio incondicional o la condena indiscriminada. La Revolución Popular Sandinista, como hecho histórico — como proyecto político en marcha —, merece este tratamiento.

Managua, julio de 1985.

ÍNTIMA MORADA

¿DE QUIÉN DE LAS DOS ESTOY HABLANDO?

Contigo me ocurre lo mismo que con mi tierra: eres lo único que tengo y no tengo. Te pareces a ella. Mujer mía y ajena. Patria de sueños y frustraciones. Patria deseada y esquivada. Pequeñita. Te dibujo a ciegas. Te sé de memoria. Piel tersa y olorosa. Te reconocen mi tacto y mi olfato. Tierra húmeda. Lejana y próxima. Vivo en ti, oculto.

¿De quién de las dos estoy hablando?

LA RUTA DEL ALTIPLANO

Te dije que tomaríamos el desayuno en el camino. Katok, acogedora hostería poblada de aromas culinarios, nos aguarda a noventa kilómetros. Tú, lo ignoras. Quiero sorprenderte. Te mueres de hambre. Me preguntas si falta mucho para llegar. Te hablo entonces de los cakchiqueles, de Iximché, de Tecpán, del riachuelo que humedece el valle donde haremos la primera estación. De pronto, se divisa Katok, construida de troncos y tablonés, con su melena de paja al viento. Sopla un aire helado. De las vigas del techo cuelgan piernas enteras de jamón serrano, de jamones ahumados; salchichones y pesados embutidos; sargas de chorizos, longanizas y butifarras; quesos en bola forrados de manta. Sobre el mostrador, jaleas, mermeladas, quesadillas, panes tradicionales, chocolate en barras y tabletas. La cocina huele a frijoles volteados que vemos servir con crema y tortillas calientes; a chocolate espeso y humeante, el mismo que los monjes antigüenos acostumbraban beber mientras saboreaban cubiletes de amarilla entraña, champurradas revestidas de ajonjolí, hojaldras de ampollada piel recubierta de azúcar, molletes empenachados de harina blanca.

No lejos de allí, La Calera, hacienda productora de cal. Intacto el viejo casco, pintado aún de blanco y rosa. Más adelante, Chichoy, fonda para viajeros rutinarios, para gente de trabajo. Curva tras curva, adentro de la montaña cavada por el hombre, marchamos en busca de la cumbre. Cuando casi tocamos el cielo, en la vuelta más alta, el

prodigio de Atitlán. Lago profundo. Horizonte azul. Empavonado acero.

Los Encuentros: convergencia de caminos. Por la izquierda, puede irse a Sololá, Totonicapán, Quetzaltenango, San Marcos, Huehuetenango. A Chichicastenango y El Quiché, por la derecha.

Durante el trayecto, serranías sembradas de maíz, trigo, legumbres. Pastores y ovejas. En algún recodo, improvisadas ventas de tejidos, piedras de moler, toscos juguetes hechos de madera, manualidades confeccionadas con paja brillante salida de los trigales. Los habitantes de los pueblecitos y aldeas asentados alrededor del lago, producen ahora collares, pulseras y aretes. Jade, jadeína, ojo de tigre, cuarzo, acerina, obsidiana, amatista, coralina, ónix. Resurgen los talladores de cuentas, las casi olvidadas artes lapidarias del pasado prehispánico.

En la plaza central de Sololá, se celebra el mercado. Afanados en esa colmena hombres y mujeres de ropas multicolores. Resuenan aún los ecos del antiguo esplendor tanto como aflora la desventura de los siglos recientes. Lo pintoresco en harapos.

Junto a los productos agrícolas y artesanales, los indígenas venden mercadería importada de oriente: relojes, linternas, baterías, aparatos de radio, cuchillos, navajas, herramientas, peines, peinetas, prensapelos, zapatos y botas de plástico, espejos, trastos de peltre y vidrio. Proceden de China, Japón y Taiwán. Me percató de ciertos cambios en la indumentaria femenina. Las mujeres lucen en la trenza del cabello, rematado por una moña, un largo listón de seda color fucsia cuyos márgenes recorren finas hebras doradas. En las fajas y fajones que ciñen sus cinturas predominan ahora los tonos pastel puestos de moda entre los ladinos. Inmutable lo esencial del diseño.

Algo semejante ocurre con los ponchos traídos de Momostenango, los perrajes y otras telas. A pesar de las innovaciones, los encendidos lienzos de Zacualpa –bordadas grecas, anudados flecos– siguen siendo un portento. Se ven réplicas de los chachales de plata de Sacapulas. Pienso que es necesario defender y conservar los valores tradicionales del arte popular. Pero confieso que me seducen estos hallazgos. Fluye el río de Heráclito.

Estrecha y vertiginosa la carretera que baja de Sololá para desembocar en Panajachel, a orillas del lago.

Estás aquí.

ATITLÁN

Me prometí volver aquí, contigo. A compartir todo esto con los ojos tuyos.

Después del mediodía, el oleaje del lago es sucesión de crestas. *Chocomil*: furia del viento sobre las aguas. Encrespada marea. Espejo hecho añicos. Por la noche, pasmosa quietud. Tendido mantón de seda oscura. Se agota la vastedad del lago frente a las lucecitas de los pueblos ribereños. Doce son. Llevan los nombres de los apóstoles. Calma plena.

De madrugada, recién salidos del baño, los volcanes se apropian del horizonte: el Atitlán y el Tolimán. En su regazo, el Cerro de Oro, indefensa criatura al acecho del futuro. A pausas, ocurre el prodigio del parto cotidiano. Como hojas secas —solitario pescador a bordo—, flotan los cayucos. Azul, gris plomo, verde jade. Colores cambiantes. Dialéctica de la naturaleza.

En Santiago Atitlán, viven los tzutuhiles, dueños de atuendo imaginario. Combatieron contra el conquistador sin rendirse. Tras la matanza, Alvarado impuso allí la primera encomienda. En el mercado, esencias prehispánicas. Olor a achiote, a resinas, a ocote. A meados, frutas y legumbres. A pescaditos secos. A telas, cueros y jarcia. Colores alegres, furiosos a la vez. Bengalas humanas los pobladores con sus trajes. Ya no son los de antes. Hilos dorados sobre sus camisas, convertidas en chaquetitas de lumbre taurina. Pantalones bordados de pájaros y grecas. Incendio de tonos fuertes sobre la manta virgen. Luces en

el corazón de la luz. Santiago Atitlán, pirámide prehispánica. Subiendo sus empinadas calles, que bordean casas de adobe y piedra volcánica, se alcanza la cima presidida por la iglesia. Lejos de allí, en advertencia de su origen pagano, el Maximón, deidad de ropas ladinas, inexplicable aún. Lo recuerdo como lo vi en mi niñez: enigmática máscara de madera, cigarro puro en la boca, chaquetón y sombrero a la usanza de Ubico, el autócrata. Dentro de la iglesia, imágenes sincréticas hacinadas en escaparates y altares. Prendas tejidas a mano, quizá exvotos, encima de las tallas. Humo espeso de incienso y *pom*. Indescifrable lenguaje. Junto a la entrada, en la pared donde cuelga el buzón para las limosnas, un mural con cruces de papel: tantos muertos, tantos desaparecidos, tantos heridos, tantos presos. Con una masacre, la contrainsurgencia se adelantó al quinto centenario del "descubrimiento".

¿Es ésta tu mano?

CHICHICASTENANGO

Nuestro destino: el reino quiché. Diez años ausente. Atrás quedan los brumosos dominios cakchiqueles. En tus dilatados ojos caben el horizonte y mis confidencias.

Las cerradas curvas del trayecto, los abismos de donde emergen altos pinos y cipreses de recio tronco anuncian la proximidad de Santo Tomás Chichicastenango, Chuilá de los antiguos quichés. Indiferenciados los siglos XVI y XX. A la vera del camino sobrevive la colonización: en las espaldas, en los pies desnudos, en el mecapal de los indios. Bestias de carga. Su resistencia, prueba de identidad, de soberanía.

En plena plaza, revestidos de cal y humo, los dos únicos templos. Olor a *pom* e incienso, etéreos portadores de inmemoriales plegarias. Velas de sebo y alfombras de flores sobre el piso. Se escapan los indios a su pasado remoto, a sus esencias, a la cita con sus dioses. Si vuelven, es para ignorarnos. Pesadilla de quinientos años. De nuevo, alzados en armas. Despiertan.

En el mercado, la conquista al revés. Son los turistas quienes compran cuentas de abalorio.

Frente a El Calvario, que da la espalda al camposanto de alegres tumbas verdes y amarillas, la iglesia, el convento, la sacristía y sus intimidades. Voy diciéndote que aquí, despuntando el siglo XVIII, oficiaba el padre dominico Francisco Ximénez. En algún rincón de su parroquia descubrió los originales del *Popol Vuh* —*Libro del común*—, oculta biblia quiché.

Chuilá, "lugar de ortigas". Hijos de la nación quiché sus guardianes, sus escuchas; sus honderos, sus flecheros. Congregados "para vigilar al enemigo".

TOTONICAPÁN

Alta entraña quiché. Tierra húmeda, de artistas y artesanos populares: carpinteros, pintores, alfareros, tejedores, constructores de juguetes. Caminos arbolados que desembocan en apacibles cantones dispersos en la montaña. ¿Las líneas de mi mano? Me pierdo y reencuentro allí. En los cementerios encalados que coronan las serranías. En la fría azotea del altiplano preñada de trigo, poblada de ovejas. Horizonte de vahos. Pinares de Totonicapán. Olorosos. Vuela la resina — mariposa mía — en el aire claro. Arroyuelos azules como ojos de mujer nórdica. Azulillo en los lavaderos públicos: tinte para colorear aguas prístinas. Azul de casa encalada y alto zócalo azul. Puertas azules. Vidriado azul en platos, tazas y jarrones. Colores de bandera. Tierra azul. Azul de cielo y blanco de niebla. Azul intenso sobre manchón de cal.

SEMANA SANTA

Se diría que las marchas fúnebres son bailables: baila la imagen; bailan los cargadores; bailan las túnicas; bailan las espigas de trigo sobre el anda inmensa, cadenciosamente medidas por la música y el viento; bailan los cuatro ángeles custodios; baila el palio; bailan los incensarios; baila la procesión entera.

Los compases, que marcan la percusión y las trompas, son compases telúricos. Gemido multitudinario, inexplicablemente bailable.

Una vez al año, el pueblo baila.

CALIGRAFÍAS

ENRIQUE MUÑOZ MEANY

Para Amalita

De mediana estatura, andar lento y cadencioso de ave marina, cabello liso peinado hacia atrás, pestañas cortas, modales refinados, todo él construido de alabastro, Enrique Muñoz Meany tenía el fatigado porte de un príncipe hemofílico.

No fui su alumno en el Instituto Nacional Central de Varones, donde dictaba cátedra de preceptiva literaria. Cuando en 1944 inicié mi bachillerato, él era figura de primera línea en las luchas contra Ubico y había dejado de impartir clases. La policía secreta lo buscaba y logró encarcelarlo. En el libro que reúne sus lecciones, tuve el magisterio que no pude hallar en el aula. Recién salido de la prisión, al producirse el triunfo revolucionario, se incorpora al nuevo gobierno como ministro de Relaciones exteriores. Muere el 22 de diciembre de 1952.

Durante muchos años, en esa fecha y para recordarlo, numerosos admiradores suyos nos dábamos cita ante su tumba en compañía de Amalita, su esposa. Recuerdo entre ellos a Julio Camey Herrera, José Antonio Mobil, Ariel Déleon, José Luis Balcárcel, Rodrigo Asturias, Bernardo Lemus, Carlos Centeno. Concluida la visita Amalita nos reunía en su casa.

Retengo de Muñoz Meany esta última imagen. Enfermo, había dejado la cama para presidir un acto al que convocaban los republicanos españoles. La fiebre acentuaba su palidez. Se envolvía en grueso abrigo azul y cubría su

cabeza con una gorra vasca. Era entonces nuestro embajador en París.

Pero más que estas remembranzas, importa la ejemplaridad de su trayectoria fugaz.

Como Picasso, Neruda, Aragon, Casals, Guillén, Siqueiros, Muñoz Meany libró su batalla contra la falange española. "El castellano — solía decir —, con ser tan rico, no tiene el adjetivo preciso para calificar a Franco en toda su ignominia". Añoraba los días de la República en la que supo ver "una utopía platónica que por su extrema juridicidad permitió a la traición que afilara sus puñales".

En el estudio de su casa, junto a la ventana que da al jardín, revisé muchos de los documentos conservados en su archivo. Correspondencia, papeles propios de la rutina ministerial, cartas personales, me revelaron al político incorruptible, al intelectual en quien concurrían, sin incoherencias, la verdad de la idea y la verdad de la vida.

Una nota dirigida al presidente Arévalo lo retrata de cuerpo entero: el gobierno le asignó la suma de quince mil quetzales para cubrir los gastos de la delegación oficial que asistiría a la conferencia interamericana de Bogotá y, a su regreso, el canciller devolvía seis mil explicando que la suma recibida había alcanzado para pagar la impresión de un folleto con las ponencias guatemaltecas, más el exceso de equipaje de la delegación entera. De puño y letra del presidente Arévalo se lee al margen el reconocimiento a la honestidad de su compañero de gobierno.

Cuando le fue propuesta la presidencia de la Corte Suprema de Justicia, escribe a Luis Cardoza y Aragón: "Como tú comprenderás, colocarme en la estratósfera con la balanza de la justicia, por encima del juego y la lucha de las fuerzas democráticas, significaría quedarme sin futuro

en muy poco tiempo". Y añade: "...tendría que sacrificar al revolucionario por el jurista".

Sugerido su nombre para el rectorado de la Universidad, declaraba a sus postulantes y adversarios: "...yo sería en las actuales circunstancias un candidato poco viable para la Rectoría, porque, a los ojos de algunos elementos que aspiran al control político de la Universidad, tengo un pecado difícil de perdonar: he sido colaborador y soy amigo de una Revolución y de un gobierno que dieron autonomía a la Universidad y una amplia y nunca vista protección moral y económica a la misma, de una Revolución y de un gobierno que propiciaron la creación de la Facultad de Humanidades y de la Universidad Popular; de una Revolución y de un gobierno que han permitido y estimulado la formación de asociaciones estudiantiles y profesionales; de una Revolución y de un gobierno que, entre otras tareas, han dignificado al maestro y al estudiante, han desterrado el servilismo de las aulas y afirmado el decoro del intelectual guatemalteco..." "Todo esto — termina diciendo— para la caverna es sospechoso de comunismo".

Desde París se dirige a Arbenz para referirse a su programa presidencial: "...quiero expresarle mi felicitación por dos cuestiones de la más alta importancia y que ya definen nacional e internacionalmente a su régimen: su gran programa de gobierno cuya introducción general y planteamiento abordan la independencia económica de nuestro país, su transformación en una nación capitalista y la urgente elevación del inhumano nivel de vida de nuestro pueblo..."

Quizás el hallazgo más conmovedor con que tropecé a lo largo de ese husmear entre sus papeles, fue la pequeña nota que, el mismo día de su muerte, Muñoz Meany escri-

bió a Pablo Neruda: "Querido Pablo: Te escribo, o, mejor, te dicto, estas letras desde mi lecho donde convalezco en un estado de absoluta inmovilidad..." "Baste decirte que estuve a pocos centímetros del más allá, y casi percibí las cosas que allá suceden". Más tarde, en un texto que publicó *El Nacional* de Caracas, Neruda comentaba: "¡Extraña experiencia! Acabo de recibir, dos meses después de su muerte, una carta de Enrique Muñoz Meany, la última que escribió, cinco minutos antes de su muerte. Bajo el abrazo final y antes del *Enrique Muñoz Meany* dactilografiado, hay un pequeño trozo blanco, el espacio en donde no alcanzó a escribir su firma, porque sus frágiles dedos asían en ese minuto lo inasible". Prosigue Neruda: "...Embajador único de toda Latinoamérica en Francia, su casa fue la de los perseguidos, no la de los santacrucés, ni truccos, ni validos, no la casa de los que no nos representan en Europa, sino la casa de Aragón y Eluard, la casa de Carlos Mérida y Cardoza y Aragón, la casa de los jóvenes en camino al Festival de la Paz, mi casa!" Neruda concluye: "...y en Guatemala esta llama de la patria puede tener muchos nombres de caídos, campesinos indios de la gran selva, obreros desangrados y asesinados en las calles, pero el fuego que yo recuerdo, inmortal en el altar de su tierra maravillosa, se llama Meany, Meany de Guatemala".

No por evocar al patriota, olvido al escritor. En sus crónicas y apuntes, que reunió en libro la mano amorosa de Amalita, vive el fervor que mantuvo por el parnaso y el simbolismo franceses. Cultivó una prosa frágil de tan fina. La crónica lo reclama hoy, porque es uno de sus abanderados.

Lejos de dar crédito a ese mal entendido divorcio entre su obra literaria y la vorágine de su carrera política, me

resisto a admitir, como se ha repetido, que la militancia revolucionaria arrasó prematuramente una vida destinada a dar más luz a Guatemala. Mi culto por Enrique Muñoz Meany se acrecienta ante su figura prócer. ¿Dónde, si no en la fragua de nuestra liberación pudo desembocar mejor su talento, su valentía, su irreconciliable actitud frente a la injusticia?

En medio de sus libros, de las cosas que amó, pienso en él con respeto. Y hago mía esta afirmación de Augusto Monterroso, quien lustros atrás lo recordaba desde su exilio chileno: "Está demás decir que hoy vive más que siempre. Todos sabemos por qué: Porque luchó contra la tiranía. Porque luchó contra la intervención imperialista en nuestra patria. Porque hombres como él son la frente de Guatemala. Porque por hombres como él Guatemala es inmortal".

EUNICE ODIO

Era y no era de verdad. ¿Una alucinación? Chispeantes ojos verdes y gesto inverosímil de caballito de mar.

Su imagen está unida a las inquietudes que trajo consigo nuestra Revolución de Octubre. Y su nombre me hace evocar otros tantos de escritores igualmente llegados de Costa Rica: Yolanda Oreamuno, Fabián Dobles, Alfredo Cardona Peña.

Por todas partes — en exposiciones y conciertos, en mitines políticos, en charlas de café —, la mirada insondable de esa mujer, imaginaria y real. No sé si por timidez o por temor al abismo de su presencia, enmudecía frente a sus ojos. Y acentuaba mi introversión esa carcajada suya de la que guarda memoria Otto-Raúl González.

Me aproximé a su poesía como el sediento a la fuente. Con *Los elementos terrestres* (1948), mi primer contacto. Muchos años después, cuando su recuerdo empezó a hacerse lejano, supe de *Tránsito de fuego*, fruto ya de la madurez.

No la volví a ver. Apareció y desapareció, inexplicablemente, como una ilusión.

Cuando cierro estas líneas me doy cuenta de que sus mejores amigos han dejado para ella, al pie de su antología poética — *Territorio del alba* —, una corona fúnebre.

LA ROTONDE

Empinada y estrecha, la rue Bréa desemboca en el bulevar Raspail, a sólo un paso de Montparnasse. Allí, mi pequeño hotel de balcones floridos. Al amanecer, el visillo se borda de geranios rabiosos de sangre. Un estruendo metálico anuncia a los recolectores de basura. Cerrados los establecimientos comerciales. Desde mi ventana, diviso el Balzac de Rodin, que en la confluencia de los bulevares ve de reojo hacia La Rotonde: "café sonoro, amado de los artistas, de los vagabundos, de los snobs y de las faldas inciertas", tal la añoranza de Vallejo.

Por la noche, la esquina de Raspail y Montparnasse suma luz a las luces de París. Le Dôme, La Rotonde y La Coupole, cafés vecinos que frecuentaran Gómez Carrillo, Asturias y Cardoza y Aragón, son la entraña del *quartier*.

En una mesa de La Rotonde, próxima a la terraza, hago tiempo a Ricardo Bada y Diny Hansen. Vienen en tren de Colonia para reunirnos nuevamente, como año con año en su casa, tras la Feria del libro de Frankfurt.

Me muestra Ricardo fotografías tomadas por él en los cementerios de Père Lachaise y Montparnasse. Escribe ilustrado reportaje sobre "héroes y tumbas". Veo las de Julio Cortázar y Miguel Angel Asturias mientras le doy algunas señas para que localice la de Gómez Carrillo. Me obsequia dos crónicas de César Vallejo, alusivas a La Rotonde y a Gómez Carrillo, publicadas en *El Norte*, diario peruano. Al dorso, *La Rotonde*, tinta de Foujita, y *Le Dôme*, grabado de Touchanges.

Mía la visión de Vallejo: "los tibios canapés largos, interminables... los maitre d'hotel, con el correcto chaquet y el paja o mosca del bigote". ¿Cuál la mesa reservada a Maeterlinck y Gómez Carrillo? "¡La Rotonde! El café donde suele platicar Maurice Maeterlinck, descubierta su larga cabellera ya nevada, con el no menos envejecido Enrique Gómez Carrillo, que le es inseparable..." En uno de esos encuentros el cronista diría a Maeterlinck las mismas palabras que escribió para Manuel Machado: "...ven conmigo a Guatemala, y comprenderás lo que es vivir en una copa de luz!" Y añadiría: "...no es aquella una comarca para morir, sino para vivir".

Comparto las reservas éticas de Cardoza y Aragón acerca de Gómez Carrillo. No las estéticas. Agraces sus opiniones sobre el cronista. Diríase desdeñosas: "...nada más reparo en que escribía con atención al ritmo y enmendaba con el oído, lo mismo que todo el mundo". Pensando en la ejemplaridad de Flaubert, condenó Gómez Carrillo a quienes elogian la facilidad como mérito, a quienes se inclinan ante el estilo fácil. Inconforme con la rutina del castellano, quiso publicar un volumen anecdótico que titularía *Imitación de Nuestro señor Flaubert*. De análoga inquietud surgió sin duda su *Arte de trabajar la prosa*, texto revelador de los escrúpulos con que manejaba el idioma. Las referencias al estilo de Flaubert, Maupassant, Du Camp, Renán, Mallarmé, Baudelaire, Gautier, los Goncourt, Rimbaud, dan fe de sus puntuales, minuciosas lecturas: de su afán de perfección. Le asombra y pondera la severidad que Gautier atribuye a Balzac al corregir sus propias planas: "Líneas, líneas, líneas, que parten de todas las palabras hacia los márgenes a derecha e izquierda, arriba y abajo, conduciendo intercalaciones, incisos, cam-

bios, supresiones, aumentos. Al cabo de unas cuantas horas de trabajo, diríase un fuego de artificio pintado por un niño. Del texto salen cohetes que estallan en palabras manuscritas. Y son cruces y sobrecruces, y estrellas, y soles y cifras árabes o romanas, y letras griegas y toda clase de signos. Como las márgenes no bastan pega pedazos de papel con obleas, sigue corrigiendo, corrigiendo".

Ajeno al cenobitismo, Gómez Carrillo "...nos dejó la lección de que se puede, alegremente, trabajar cantando para hacer de la labor otra canción". (Rodríguez Cerna). Válida por sí misma la casta hidalga de su crónica.

La teoría del arte por el arte —aseguraba— está desacreditada porque es una teoría: "debe ser el arte sin teorías, como la belleza es la belleza; como el amor es el amor; como la vida es la vida..." ¿Suscribiría Cardoza y Aragón estas reflexiones que tuyas se antojan? ¿Dedicó por ellas su *Maelstrom* a Gómez Carrillo?

Imagino al cronista bajo los castaños en febril tertulia de bulevar y disfruto de sus escándalos, de sus invenciones, de sus fanfarronerías, de sus excentricidades, de su leyenda nunca dorada a decir de Cardoza y Aragón: "cronista glorioso", "conocedor de alcobas", "acariciador de cabelle-ras rubias o morenas", "bulevardier incorregible", "corredor de hemisferios y senos carnales", "derrochador de Ingenio y de monedas", "goloso de ensueño y baccarat".

Contribuyes, Luis, a su fama, a su leyenda dorada o no: "Jovial y sonriente alerta el ojo para descubrir la pierna, el escote borbotante que presagia la omnímoda rosa del sexo".

Inquiría Martí al descubrir a Oscar Wilde en Nueva York: "¿Será respetable este atrevido mancebo, o será ridículo?" Y exclamaba: "¡Es respetable!"

MANUEL JOSÉ ARCE

*Qué dicha, qué dicha inmensa
es esta de estar vivo, completo,
hasta con penas para darle
razón a tanto júbilo.*

M. J. A.

Manuel José Arce fue siempre un niño, sin que él advirtiera esa reluciente verdad: bueno, diáfano, ingenuo, aunque travieso hasta el colmo de concebir la travesura como entretenimiento inocentemente satánico. Cuando trabajaba en una funeraria de mediano lujo — más por aventura que por apremiante necesidad —, adquirió un ataúd y lo instaló en su casa para que sirviera de bar. Su alcoba — "La Cueva", como la llamaba —, era una catacumba: cuatro altas paredes y cielo raso intensamente negros que hacían pensar en el enlutado palacio de la Sin Ventura, viuda Inconsolable del conquistador Pedro de Alvarado.

En sus correrías nocturnas de galán enamorado, solía declamar versos propios ante balcones enrejados vistiendo traje negro, esclavina, guantes, sombrero de plumas y anchas alas. Era una suerte de romántico caballero, de apuesto espadachín, de poeta decimonónico cuando no, con sutileza de ingenio, de perverso enviado de Transilvania.

Ningún quehacer le fue ajeno. También por esto parecía y era un niño. En él se aunaban el albañil, el carpintero, el mecánico, el escultor, el grabador, el editor, el impresor, el

dibujante, el encuadernador de libros, el pintor de brocha gorda. Su casa jamás dejó de ser un taller. Sus manos, que incitaban a la quiromancia, conocieron todos los oficios, las herramientas, los materiales susceptibles de ser transformados en obra grata. Amó la vida, forjó amor por doquier. Alguien me contaba que, meses atrás, en pleno exilio europeo, la pasaba de albañil en las cercanías de París.

Como escritor lo fue de múltiples aptitudes: poeta, dramaturgo, cronista memorable y disperso. Su prosa trasunta lecturas de otras épocas y latitudes. Pero también de la Guatemala antañona que amó y supo evocar: la de Landívar, José Milla, Batres Montúfar, Gómez-Carrillo, el de la "copa de luz", que tanto entusiasmará a Maeterlinck.

En su poesía palpita, con vena igualmente propia, ese pasado remoto que hace pensar en el ingenio demolidor de *Las falsas apariencias* y *El Relox*. Manuel José reconoce en alguna de sus crónicas el parentesco literario que lo unía a Pepe Batres, "espíritu alegre y regocijado". Y confiesa su culto al poeta "eternamente joven": "Siento que hablamos un idioma común", afirmaba. "Me identifico efectivamente con él. Y creo que puedo contarle entre el reducido número de mis mejores amigos".

Bisnieto del prócer de la independencia centroamericana del mismo nombre, quien fuera primer presidente de la frustrada federación de los cinco países del Istmo y activo protagonista de las guerras que dieron al traste con aquel ensayo político-administrativo, Manuel José era descendiente de una de las familias fundadoras del liberalismo guatemalteco, de aquella nobleza a la que Ramón A. Salazar le atribuye tan discutible origen. Era, pues, por linaje, un enamorado de su patria criolla, de sus costumbres, de sus poblados, de su vieja casona en la que "los ecos de las

voces se fueron adhiriendo a los muros como si fueran hiedra amorosa, como si fueran limpia lechada de cal perdurable". Amó por ello el hogar que heredó de sus antepasados, el hogar de patios soleados para tener árboles y bandadas de palomas, la pila cantarina, los cuartos espaciosos, los muebles de fina cepa, las rejas de hierro forjado, la cocina grande, el comedor con alacenas para guardar vajillas marcadas con sellos y emblemas familiares, las panoplias, las espadas, las armas de fuego otrora cargadas de ruidosa y humeante pólvora, los amplios corredores para que jueguen y corran los niños, "el portón acogedor con los muros del zaguán tendidos como brazos en actitud de bienvenida", y el lugar más querido de Manuel, la biblioteca, "el cuarto de los libros y de las letras y del pensamiento para adentro, a donde el niño entra un poco de puntillas, como a un templo..."

Pero este Manuel José, que supo amar todas estas cosas no por banalidad sino por amor esencial a sus raíces, a sus tradiciones, a su identidad y su cultura, al patrimonio histórico de Guatemala, no tuvo apego de clase social a lo que devino suyo por azar: armado de inconformidad, de rebeldía, renunció a ser mar apacible y fue ola encrespada.

Sin duda por vocación literaria, me siento más a gusto con las crónicas de Manuel José: dúctiles, frescas, impecables, capaces de trocar lo cotidiano percedero en esencia perdurable. Era un cronista nato, dueño del rigor que viene de los clásicos, de la tradición y del arraigo. Su *Diario de un escribiente*, columna periodística que una editorial publicó en libro, recoge muchos de esos textos subyugantes como aquellos en que nos habla de su padre; de Jorge Sarmientos, el "patojo" marimbista de San Antonio de Suchitepéquez que convertido en celebridad musical recibió las Palmas Académicas de Francia; de la

Generación del 20; de "aquellas gentes pintorescas" — retratos y semblanzas de mendigos, enanos, vendedores de billetes de lotería, maleantes, prostitutas, homosexuales, charlatanes, pregoneros—; de las "memorias de un enterrador", de Vietnam, de Sandino, de la Nicaragua revolucionaria, de Ernesto Cardenal, de cosas, sucesos y personas que no escaparon a su perspicacia. Este volumen recoge también ejemplos de su mordacidad, de su humor hiriente y agresivo por el que cierta vez debió pedir perdón. Muchas de nuestras lacras, de nuestro provincianismo de tacón alto, empinado para disfrazar su indisimulable subdesarrollo, fueron presa de su mofa lacerante: las celebraciones del Día de la "independencia" nacional, el formalismo, la cursilería, la trivialidad, la maledicencia, la vanidad, la soberbia, la hipocresía, la burocracia, los generales del ejército... Se burló también de esa pequeña burguesía ascendente que necesitó crear a los "ejecutivos" como uno de sus propios valores: pobres diablos —decía— indignos de la misericordia divina y de la consideración humana.

Hay entre estas crónicas peligrosos desafíos a la arbitrariedad y el crimen permanente de la dictadura en turno. La voz de Manuel José clamó públicamente ante el secuestro del novelista José María López Valdizón —"Por favor, no lo maten", fue su grito entonces—, ante el ametrallamiento del actor Miguel Ángel González, ante la masacre de Panzós —"Y el miedo lleva a la locura", rezaba su denuncia. "Miedo de ver campesinos que han juntado su hambre y su miseria. Miedo ciego y homicida. Panzós es un nombre que no podrá borrarse de la historia de Guatemala" —, por los héroes, por los verdaderos "Héroes anónimos con mucho más derecho al monumento que los generales de a caballo y espada al viento. Héroes de vida

perseguida para quienes no hay ley ni institución protectora".

Hace cerca de diez años que perdí de vista a Manuel José. Cuando cada quien en lo suyo se aferraba a la idea de seguir viviendo en Guatemala. Aún estaba fresco el éxito de sus desafiantes piezas teatrales: *Delito, condena y ejecución de una gallina*, *Sebastián sale de compras* y *Compromiso*. La frecuencia de su columna periodística mantenía su nombre en el corazón de la gente. Sufridos campesinos de San Martín Jilotepeque, casi analfabetos, le contaron un día que leían sus escritos "en rueda", cuando llegaba el periódico, "como si estuviéramos en la escuela", y le llamaron "amigo y hermano que se impuso el deber de conducirnos y ayudarnos a caminar por los difíciles caminos de la vida". De este mensaje, que le produjo "el impacto de una emoción tan de cimiento", sólo pudo comentar: "Justifica de sobra mi existencia".

Hacia 1975 escribió *¡Viva Sandino!*, trilogía teatral que comprende "Sandino debe nacer", "Sandino debe morir" y "Sandino debe vivir", obra que hasta hace poco supuse y afirmé que era desconocida en los escenarios. Hoy, me siento comprometido a rectificar: el Laboratorio Teatral XR, de México, bajo la dirección de Xavier Rojas, la ha presentado en reiteradas funciones diarias en el Teatro Granero. La posibilidad de esta rectificación se la debo a Roberto Sánchez, dramaturgo y actor nicaragüense, coronel del Ejército Popular Sandinista, quien me obsequió un ejemplar del programa de la representación número trescientos. En su advertencia al director teatral, Manuel José explica que esta obra le impuso un trabajo árido de investigación, de resumen histórico. Le expresa asimismo que los documentos que consultó son duros de manejar y que por ello no quiere hacer un teatro de ficción sino de

realidad, lo que no significa — así lo dice textualmente — hacer teatro realista.

¿Podría interesarse alguien en escenificar ahora este relato teatral en Nicaragua? Porque el nombre de Nicaragua estuvo presente en los últimos textos de Manuel José: *"Aquí queda el océano: los pesqueros que abandonó Somoza. / Aquí la costa, el algodón, bananos, caña de azúcar, caucho, cacao, ganado y paludismo"*. Porque fueron constantes sus evocaciones de Ernesto Cardenal a quien recuerda leyendo poemas propios en la Ciudad Universitaria de Costa Rica: "Pero no lee versos: predica. Dialoga con su auditorio, pero no dialoga: predica". No olvida su "voz de tórrido y tosco acento nicaragüense", sus "manos largas, un tanto huesudas, de ademanes simples y precisos", su "barba recortada con cierto esmero, la nariz agresiva y agulleña y unos brillantes y pequeños ojos azules que chisporrotean detrás de los anteojos". Le interesaba su obra y hablaba de ella para inducir al lector a su conocimiento; para que compartiera con él la causticidad implacable de sus *Epigramas*, la magnificencia de sus poemas civiles — "Con Walker en Nicaragua" es un caso —, la autenticidad de su amor no a lo divino sino a lo humano, al "hombre con carne y sueño" que protagoniza el *Homenaje a los indios americanos* y *El Estrecho Dudoso*, la ejemplaridad de su conducta de sacerdote y revolucionario: "No, nosotros no tenemos problemas con los dogmas de la Iglesia: hay otros dogmas que sí nos han hecho daño: el dogma de que debe haber oprimidos y opresores..."

Por amigos y viajeros que conversaron con él en París y La Habana, supe de su quebrantada salud, ya irrecuperable. Supe también que prestó su testimonio ante el Tribunal Permanente de los Pueblos, en Madrid, y que junto a los muchos temas que abordó con el inobjetable respal-

do de su experiencia —censura de prensa, censura económica, censura de los grupos paramilitares, censura oficial institucionalizada, autocensura, analfabetismo—, aludió también a las causas de su exilio: "Salí de mi país debido a las amenazas que se me hacían y a la imposibilidad de expresarme como escritor y como ciudadano. La campaña de exterminación contra mis colegas me hizo decidir por la sobrevivencia fuera de Guatemala. Sé ahora que la existencia del ejército que tenemos es incompatible con la existencia de la libertad de pensamiento".

La última noticia que tuve de él, reconfortante en apariencia, me la dio Luis Rocha al mostrarme unas páginas que Manuel José le envió por medio de Freddy Balzán: "Tres mensajes improvisados pero urgentes con el tema de la deuda externa".

Los alcances de esa urgencia no los comprendí sino hasta ayer: muy de mañana, Sergio Ramírez me informó que Manuel José había muerto.

CARLOS NAVARRETE

No se me ocurrió nunca compararlo con nadie, hasta que supe cómo Luis Cardoza y Aragón vio a Tristan Tzara: "...de baja estatura, insolente, nacido un poco después de los tiradores de bombas a reyes o emperadores, con monóculo en el ojo derecho, que destacaba su soberbia. Dotado de temperamento subversivo, talentoso y culto, gustaba del escándalo, de sorprender".

De esta semblanza, lo único que no se corresponde con Carlos Navarrete es el monóculo. En lo demás, un daguerrotipo. Surrealista y marxista — como Tzara —, su porte tiene algo de Carlos Pellicer, a quien, gracias a Navarrete, conocí en su acostumbrado nacimiento navideño allá en las Lomas de Chapultepec.

Empezamos juntos el bachillerato. A pesar de ser buen alumno, por su incandescencia estaba siempre arrestado. Le apodaban "Macizo" en reconocimiento a su fortaleza física. Lo recuerdo cumpliendo aquellos castigos semanales: ojos oscuros, melancólicos, bajo la recia sobreceja que escuda su inteligencia abrasante.

Cursamos los dos primeros años en la Escuela de Derecho. Decidió entonces irse a México. Afán de búsqueda infinita. Se hizo arqueólogo, especialidad en la que ha ganado renombre internacional.

Mientras asistíamos a la escuela secundaria, y luego a la universidad, compartimos el ígneo quehacer de la revolución. Guardo un ensayo de juventud, explícitamente político, en que la emprende contra el adocenamiento de

la pintura guatemalteca durante el gobierno de Jorge Ubico. Militaba en el Partido Comunista — ¿uno de sus fundadores? — y el Grupo *Saker-ti* (Amanecer), de artistas y escritores jóvenes. Estaba al tanto de lo que ocurría en el ámbito de la cultura y me mostraba a menudo sus textos, sus poemas. Nervioso, inquieto, desconocía el sosiego. Valiente hasta la intrepidez. Artillero en revueltas callejeras, se armaba con piedras, cohetes, bombas y morteros de iglesia. Su madre insistía en prevenirlo: "Carlitos, de ametralladora, nadie se recibe". La mía, le rogaba que dejara en casa la inseparable cachiporra al vernos partir a las manifestaciones de apoyo a la revolución. En exabruptos de buen humor, pronosticaba que al triunfar el socialismo el altar de la catedral sería convertido en cantina. Con varios obreros de las artes gráficas quiso prenderle fuego a las instalaciones de un diario derechista, pero Enrique Muñoz Meany logró disuadirlo. Una mecha encendida.

Era y continúa siendo autoridad en imaginaria religiosa de Guatemala. Publicó, en libro, sus investigaciones sobre el Cristo Negro de Esquipulas. Se vestía de cucurucho y cargaba en las procesiones de Antigua. Nadie como él para gozar de las marchas fúnebres de semana santa. Pionero en la investigación y estudio de nuestras artes populares.

En Chiapas — "ala ausente del quetzal", reza uno de sus poemas de adolescencia —, lleva a cabo meritorias exploraciones arqueológicas. Recoge narraciones orales propias de esa región y las transmite con persuasiva sabiduría de abuelo-lengua. Le he oído hablar de los enanos azules que habitan las riberas de algún lago chiapaneco y he leído sus *Ejercicios para definir espantos*. Conoce mucho de San Pascual Bailón, acerca de quien ha escrito un volumen.

Enamorado de las tierras altas del área maya, donde ha hecho investigaciones etnográficas, es mesoamericano sin epítetos. Trabajaba en estas cosas cuando fue detenido por la policía de uno de los tantos gobiernos militares. Puesto en libertad, celebramos el suceso en Quetzaltenango, su ciudad natal. Lo detienen otra vez. Supimos de él hasta que apareció en México. Desnudo y golpeado sus captores lo lanzaron al río Suchiate, limítrofe con Guatemala.

Leí hace poco un testimonio de sus andanzas por los Cuchumatanes, departamento guatemalteco de Huehuetenango que colinda con el sur de México. Cuenta ahí que conoció a Juan Domingo Diego, campesino chuj de San Mateo Ixtatán, anciano "lengua-conciencia de los demás, *tatish* de la sabiduría antigua", asesinado a los cien años de edad por la contrainsurgencia. Y que él le confió esta historia: "...me dijo que las salinas eran la puerta del pueblo, que de aquí salió un venado y siguiendo sus huellas blancas supieron los hombres dónde estaba la sal y se vinieron a asentar. Después, el primer cerbatanero caminó doscientos años para alcanzar el sol". Carlos afirma que a Juan Domingo no le dieron tiempo de luchar a su manera, pero que esto es sólo temporal porque él le explicó que "cuando venga el segundo cerbatanero, todos vamos a resucitar para empezar de nuevo".

Consistente, maciza como él, la creación intelectual de Carlos Navarrete. A Guatemala y México están consagrados sus empeños de arqueólogo, etnógrafo y etnohistoriador. Recibo uno de sus últimos libros, *Los arrieros del agua*, donde narra las vivencias de un andalón de antiguos caminos y rutas de las altas tierras mayas. "Desde esta Guatemala que me sigue doliendo" — anota en la dedicatoria manuscrita —, una confidencia "entre arrieros de idea-

les, de mucha vida recorrida, hasta que los acorralemos en un país libre".

LYA KOSTAKOWSKY

A Luis

Lya era una espiga. Caminaba, se movía, se rela como una espiga. Su voz era la raíz misma de la espiga surgida de un profundo pozo de gruesas sílabas pulmonares, de violas y violoncelos graves. Honda voz la suya: su corazón en llamas.

No la recuerdo. Está allí. Está aquí. Allí, en su casa de Coyoacán – Callejón de las Flores y Puente de San Francisco –. Aquí, en Nicaragua: "A la sombra de los chilamates" sorprendidos por sus ojos de bailarina rusa, de muñeca de verdad.

La asocio a Luis, pero la disocio a la vez. Por algo él quiso "estar bordado en su alma y su pañuelo".

MOZART

El día 5 de diciembre de 1791, Wolfgang Amadeus Mozart entró en el cielo, como un artista de circo haciendo piruetas extraordinarias sobre un fantástico caballo blanco.

Manuel Bandeira

Dios está tan desfigurado por la iconografía, que se antoja obvia su inexistencia. Yo lo concibo como música. Dios es Mozart. Es su música.

LAS DOS FRIDAS

*A Alenka, mi hija,
la noche del estreno
de su coreografía.*

Vive para bailar. Baila para vivir.

Tiene el rostro de Frida Kahlo. Un gusano sobre los ojos. Frida entre ceja y ceja. Frida en mi frente.

Viéndola bailar *Las dos Fridas*, me descubro en ella. Soy yo mismo. Nijinski en llamas. Las llamas del delirio. Su último y mi último salto. Frida y ella. Ella y Frida. Encarnación del gozo y el dolor. Mi herida abierta. Mis *Alas rotas*.

JULIO CORTÁZAR

Cuando en los años setenta hacíamos la revista *Alero*, cuyas páginas contaron con firmas sobresalientes de la literatura latinoamericana, tuve intención de escribirle para que nos honrara con alguna colaboración suya. Pero no me atreví.

En los ochenta, acompañado de Claribel Alegría y Bud Flakoll, apareció en la Editorial Nueva Nicaragua. Era una larga tijera de sastre. Una *gigantona* de nuestras fiestas populares. Las piernas le salían de la garganta. Pequeña cabeza, melnuda, sostenida por dos grandes zancos. Hablaba pausadamente, con suave dejo francés de apagado barítono. De su boca, cercada por enmarañadas hebras de tabaco pelirrojo, surgía una risa ronca, franca, de viejo amigo que vuelve. Tras esa risa se asomaba la pequeña dentadura irregular, oxidada por el humo. Sus ojos, muy distantes uno del otro, eran de luz. Pura luz. Por allí se le escapaba el alma. Una fotografía de Margaret Randall guarda memoria de este primer encuentro.

Se hicieron frecuentes las visitas a la editorial. Le gustaba conversar con los diseñadores. Nunca le vi un gesto solemne. No sé por qué solía repetir que la editorial era compacta, de bolsillo. Pasaba horas allí, más preguntando y escuchando que hablando. Era un niño alto, muy alto y curioso.

En su última aparición, lo acompañaba Carol, su mujer. Ojeábamos y hojéábamos libros de su interés, acompañados por la alegría de Claribel. La fotografía a que aludo lo

sorprendió con *La oveja negra y demás fábulas* de Tito Monterroso en las manos. Éramos, en verdad, gente alegre. Carol, de quien la editorial publicó un poema fotográfico —*Llenos de niños los árboles*—, ya estaba enferma.

De súbito, Julio me dijo que necesitaba comunicarse con París. Con el médico de Carol. Aguardaba un diagnóstico clave. Tras su llamado, me confió discretamente que todo estaba perdido. Que suspendiera la reunión prevista para esa noche en mi casa y que Carol y él anticiparían su viaje a Francia.

Carol murió en noviembre del 82. Él, fue sepultado el Día de los enamorados.

JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

Es difícil prescindir del "Chuchú" académico consagrado a la ciencia: físico, matemático, aviador. Sin embargo, prefiero evocarlo tal como lo vi siempre: renacentista, florentino a lo Cellini, revolucionario.

No puedo precisar si esto ocurrió en el primero de nuestros encuentros panameños. Me esperaba en el aeropuerto Omar Torrijos para llevarme a mostrar las "venas abiertas" de su patria: la Zona del Canal. Por la tarde, cuando éramos presas de la fatiga, me preguntó si deseaba tomarme un trago en su casa. Repentinamente, estacionó su deteriorado Volkswagen junto a la playa, sobre la costanera. Del asiento trasero sacó dos vasos, hielo y una botella de whisky. Le dije que prefería beber más adelante, al llegar a nuestro destino. Airado, mientras acomodaba ropa sucia y algunos pares de zapatos en el piso del vehículo, exclamó: "¡Esta es mi casa!" Lejos estaban aún los casi siempre casuales reencuentros dispersos por el mundo. Surgía nuestra amistad.

A Guatemala llegó como emisario del General Torrijos. Se hospedó en la Pensión Rivera, porque supo que allí estuvo alojado el Che Guevara. Era un riesgo para él esa visita. Y lo era también para quienes lo atendíamos. En *Mi General Torrijos* cuenta que ésta fue su primera tarea internacional. Y refiere cómo, cambiando de vehículos y tomando otras medidas, tal vez ingenuas, tal vez inútiles, tratábamos de eludir cualquier posible vigilancia policial.

Poco después, Roberto Valdeavellano, rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala, Carlos Centeno y yo, ambos directores de *Alero*, acudíamos a una cita con el General Torrijos. Dedicamos un número de esta revista a Panamá y quería conocernos. "Chuchú", cabo de su escolta, nos llevó a la calle 50 donde el General nos esperaba. Hablamos hasta la madrugada. De su ascenso al poder en 1968; de las reflexiones que lo asaltaban cuando comandaba fuerzas represivas para disolver concentraciones populares; de la carta que dirigió a Edward Kennedy en la cual le decía que no recordaba un sólo instante en que como jefe de tropas especializadas en orden público la razón no estuviera de parte del grupo hacia donde apuntaban sus bayonetas; del Canal — "Yo no pretendo entrar en la historia. Lo que quiero es entrar en el Canal" —; de cómo su gabinete de gobierno lo formaban aquellos "muchachos" a quienes combatió al frente de la Guardia Nacional; de la estructura gubernamental del país; de sus realizaciones; del poder político; de la cultura; de los militares; de Guatemala; de Nicaragua. De todo esto, algo escribí en otra parte. Vuelvo, pues, a "Chuchú", a quien esa noche Torrijos, olvidándose de rangos y jerarquías, envolvía en una mirada suave para impartirle órdenes. Los tengo presentes, de pie, frente a frente, cuadrándose militarmente.

Más adelante, en un pequeño avión, "Chuchú" me llevó a la Isla Contadora. Torrijos congregó esta vez a un grupo de intelectuales centroamericanos entre quienes recuerdo a Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal.

Coincidimos en muchas partes. Con frecuencia, en Nicaragua, donde nació. La última vez que lo vi, que hablamos, fue después de la invasión norteamericana a Panamá, de la derrota electoral del Frente Sandinista. No era el

mismo. Ni alborozo ni desenfado en su semblante. Tenía la certeza de que en Panamá la América Latina sufrió un golpe tan sólo comparable al zarpazo de un tigre en el rostro de un niño. Así lo declaró en México, días antes de morir. Y comentó entonces que en estas circunstancias de nada sirve el "optimismo revolucionario", superficial, que se agota en cantar victorias sin reconocer en su justa medida las derrotas.

"Chuchú" fue un puñado de pólvora. De volcánica ternura. Indivisibles su palabra y su vida. Como los amores martianos, fue su amor un amor incandescente: el terco amor a la soberanía panameña.

AUGUSTO MONTERROSO

Los guatemaltecos desterrados en Santiago de Chile habíamos organizado una cena para conmemorar el décimo aniversario de nuestra Revolución de Octubre. Juan José Arévalo y otros dirigentes políticos presidían la mesa. Recién llegado de Bolivia, donde fuera diplomático del gobierno de Arbenz, apareció Tito Monterroso. Se hizo anunciar como embajador de los Países Bajos.

Vivíamos a pocos pasos de distancia. Él, en un segundo piso de la calle París. Nosotros — José Antonio Mobil, Ariel Déleon, Amadeo García y yo —, en la esquina de la Alameda Bernardo O'Higgins y Mac Iver. Apenas nos separaba la iglesia de San Francisco de la que recuerdo el muro color tiste que daba hacia nuestro edificio, en uno de cuyos extremos la torre-campanario de cuatro relojes ascendía afinada como aguja de almirantazgo.

Los escritores amigos de Tito, gente de izquierda y pobre como nosotros, le daban a corregir originales y planas, trabajo que él atendía cotidianamente en la biblioteca de la Universidad de Chile. No tenía ni quería tener más oficio que el de las letras. Corregía página tras página a cambio de pocos pesos. Las contaba sin prisa mientras me decía tirándose los pelos de las cejas: "Tiquitlquitic, veinticinco", en alusión al valor unitario de su esfuerzo. De allí salíamos a comer empanadas, a beber vino tinto "litriado". A bailar cueca en una extraña casa de la calle Tocornal, donde nos creían panameños. Un conjunto de música folklórica tocaba toda la noche. Ibamos a ese lugar por ver

a la cantante, por bailar con ella. De las paredes de la sala, más larga que ancha, colgaban hermosos y antiguos espejos de dorados marcos de bronce que reproducían las imágenes de los bailarines. Para eso estaban allí. Al amanecer, un hombre vestido de blanco que se paseaba llevando una canastita de mimbre colgada del brazo, nos despedía obsequioso ofreciéndonos huevos duros que alzaba en su mano enguantada.

Tito me aproximó a José Santos González Vera, a Pablo Neruda, a Volodia Teitelboim, a Claribel Alegría, a Bud Flakoll. Guardo un ejemplar del suplemento dominical del diario *El Siglo* con "Mister Taylor" en la portada. Y tengo presente cómo concibió Tito "Bajo otros escombros", en que él y nosotros, sus vecinos, protagonizamos el pecaminoso entretenimiento de fisgar a las parejas que entraban al hotel de paso ubicado frente a la ventana de su dormitorio. Fui testigo de la gestación de varios de sus cuentos, memorables hoy.

El destino nos acerca siempre: México, La Habana, Berlín, Barcelona, Managua (la Editorial Nueva Nicaragua publica en 1982, ilustrada por Felipe Ehrenberg, *La oveja negra y demás fábulas*). En el peor de los trances y otra vez en el exilio, me invitó a trabajar a su lado.

En mi mente su imagen de duende fabulador: "sola, fija, sin tregua, a toda hora".

LUIS DÍAZ

Por suprematismo entiendo la supremacía de la sensibilidad pura en las artes figurativas.

Malevich

La pintura de Luis Díaz, una cifra. Asépticas formas que articula la razón matemática.

¿Tiene estudio o quirófano?

Un universo de pulidas esferas de acero, en perpetua rotación, se agita en su mente.

Metálica textura la de su obra lúcida. Creación pura.

BRIAN O'DONNELL

A June

Coincidí con Brian O'Donnell en Cobán. Teníamos seis años de edad. Él nació allí. Desde la adolescencia, cuando nos perdimos de vista, han transcurrido cuatro décadas. Brian partió a Inglaterra, tierra de sus padres; yo, empecé mi peregrinaje.

Visito a Camilo, mi hijo, en Londres. Juntos viajamos a Southampton en busca del viejo amigo. Trecho corto, en ferrocarril. Algo sé de este puerto gracias a Bud Flakoll, oficial de la marina norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial.

Impecables el español y el kekchí de Brian. Memoria de desterrado. Sus nostalgias lo inducen a volver. Hace planes. Traza líneas con pulso firme.

Ojeamos álbumes de fotografías. A rienda suelta las evocaciones. Somos los mismos. No lejos de nosotros vuela un cuervo inmenso. Viene a posarse en un extremo del jardín donde Brian le deja alimentos dispersos. Huyen los pajarillos en bandada. Despótico reinado.

Southampton, ciudad mutilada por los bombardeos de la aviación nazi. Poco quedó en pie. Dentro del casco urbano, cerrado por recio muro de piedra, sobreviven notables ejemplos de edificaciones medievales. Brian me

cuenta la historia del lugar. Camilo se esmera en precisar los rasgos característicos de la arquitectura Tudor del siglo XVI. Recorremos los muelles poblados de bares y restaurantes. Son muchos los barcos, procedentes de todos los océanos.

A Bioley, cercana villa de los siglos XI y XII, nos lleva un camino que cruza extensa campiña. Caballos, asnos, liebres, ardillas, conejos en estado salvaje. Numerosas aves — gansos, cisnes, patos, garzas — disfrutan de sus estanques, ricos en peces variados. Abundan los faisanes.

Un hallazgo las viviendas de la región, pintadas en tonos suaves. No tienen techos sino cabezas de paja compacta, engominada. Recién salidas de la peluquería.

Una fonda. Antañona casa de granja que fue preciso traer desde Winchester. La decoran utensilios de labranza propios de la época: arados, segadoras, trampas, carretones, lámparas de aceite, palas, rastrillos. Hay, también, instrumentos con que se vejaba a los labriegos. En la entrada — ¿porteros de hotel? —, una pareja de asnos aburridos del campo. Hembra y macho. Ojos tristes, muy tristes, larga crin, patas cortas, diríase ajenas. Aceptan caricias de los parroquianos.

Atrás del restaurante, el bar. Lo distinguen sus muebles, sus sifones de porcelana para la cerveza. Inequívoco aire inglés. Curioso que los visitantes, gente acostumbrada al whisky y la ginebra, gocen con los vinos de frutas que se elaboran allí. Pruebo el de pera, seco, fuerte. Un aguardiente.

Mientras viajo en el tren que corre entre Southampton y Londres, reaparece Brian. Onírica ilusión. De la vena más gruesa de nuestras muñecas, extraemos sangre que mezclamos frotando sendas heridas. Un *pacto de sangre*, como en la remota infancia.

EL HIJO PRÓDIGO

I

Cuando Luis Rocha me despertó para contarme que Cardoza y Aragón había muerto en México, imaginé su soledad: "*Solo de soledad y solitario y solo, como el loco en el centro de su locura...*" Lo leo, lo releo. Navego feliz por *El río*, en mi carabela, como él quiso. No tengo otro ejemplo, otro maestro. ("Si aprovechando esta oportunidad yo quisiera desprestigiarlo —anota Tito Monterroso—, diría que Luis Cardoza y Aragón es y ha sido durante años, sin proponérselo y quizá sin saberlo, mi maestro").

En un número de la revista *Alero*, publicado a los setenta años de Luis, escribí la dedicatoria: "A Luis Cardoza y Aragón, la voz más alta de nuestras letras..." Por compartida, mi afirmación se tornó lugar común. Años antes, en *Lanzas y letras*, la revista de mi mocedad (él la llamó "una antorcha en la noche"), dije algo parecido: "Desde Landívar —a quien evoca en lo mejor de su poesía— no hay páginas más acendradas que las suyas". Al conocer este texto, Cardoza preguntó: "¿Quién era Landívar?"

No supo —me habría avergonzado lo contrario— que en la adolescencia, tras mi primer acercamiento a *La nube y el reloj*, me disfracé de Cardoza y Aragón para leer, entre amigos, insensatas cuartillas sobre pintura guatemalteca.

Mi generación ha vivido bajo su signo. Nadie con su lucidez para desentrañar esencias: *Guatemala las líneas de su mano*. Nadie como él dotado para la ejemplaridad.

No volverá el Hijo pródigo, porque jamás se ha ido. Vivas su poesía y su prosa incandescentes.

II

Deja Luis cuatro obras terminadas: *Miguel Angel Asturias*, casi novela, que pudo ver impresa; *Carlos Mérida*, culminación sin duda de trabajos precedentes sobre su compatriota y amigo (fechado el primero en 1927, escrito el segundo en 1940 para *La nube y el reloj*); *El Brujo*, prosa poética, y *Lázaro*, extenso poema en que Luis retoma redivivo. Acudió puntual a la última cita con la página en blanco: "La página en blanco, ¡qué tremenda!". Cumplió su itinerario hito a hito. Talló las cuentas hasta el fin con meticulosidad de orfebre. Cerró puertas, abrió ventanas. Cuentan que incendió la casa y se quedó dentro "dando gritos de júbilo".

De su libro sobre Asturias, sin demérito de cuanto dice de *Hombre de maíz*, tema medular de sus reflexiones, me interesan sobremanera las que se hace en tomo a los indios de Guatemala, a su pasado próximo y remoto, a su presente y su futuro. Transcribo tres:

Las civilizaciones precolombinas carecen de porvenir, pertenecen a la Historia. Mi empeño no es actualizarlas, de ser posible; mi empeño lo pongo en la vida de los indios vivos...

No es el indígena con mentalidad de ayer el que está resistiendo conscientemente; es el indígena que hoy ve el mañana.

En Guatemala ningún proyecto de nación es nacional si los indígenas no desempeñan en ese proyecto un papel protagónico.

Pensó Luis cada uno de sus últimos pasos. Sin precipitación los dio. Parte de su biblioteca queda en México. A Guatemala legó lo más íntimo: documentos políticos, manuscritos, fotografías, correspondencia con Lya. Se dice que la mitad de sus cenizas se esparció sobre el Ajusco para que fueran en pos de Lya. La otra mitad reposará en Guatemala, en su Antigua natal.

En memoria de ambos, crea Luis la fundación que lleva sus nombres. Año tras año otorgará el premio de ensayo Lya Kostakowsky.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Me llevaba mi madre a ver y oír a Miguel Angel Asturias en su cabina radiofónica del *Diario del aire*. Él y Francisco Soler y Pérez, autor de greguerías, compartían la lectura de noticias y anuncios comerciales: "...Guatemala, flor de pascua en la cintura de América".

Ya he contado que conocí a Miguel Angel Asturias en Panamá, exiliados ambos. Lo visitaría después en Santiago de Chile. La Hormigueta y Pablo Neruda acogíanlo en Los Guindos.

Al cumplir sesenta años, estuvo en Guatemala. De cerca nos tratamos. Recibió homenajes de la izquierda proscrita. La Universidad organizó un coloquio sobre su obra. Lo interrogaron los doctos, "pequeños botánicos disecadores del habla". Hubo quien, entre ellos, preguntó por qué menciona a San Juan en alguno de sus libros. Otro, o el mismo docto, deseó saber a qué obedece la reiterada presencia de la palabra "verde" en tal o cual texto. Al día siguiente, frente a Amatitlán, el lago, fijos los ojos en la montaña verde, comentó en rueda de jóvenes amigos: "Anoche, me quisieron hacer la autopsia". "La literatura sólo puede estar invadida por la vida".

Celebró su cumpleaños en aquel caserón familiar de La Parroquia. Mesa tras mesa en el corredor haciendo una sola mesa. Mantel verdes, flores y viandas por él preferidas. "Los muchachos de *Lanzas y letras*, que estén aquí". Quiso tenernos a mano. En un ejemplar de *Los ojos de los*

enterrados, escribió: "A la admirable revista *Lanzas y letras*, con mis manos amigas".

Sufrí sus contradicciones tanto como amé su entusiasmo revolucionario. Juntos en entrevista clandestina con el comandante guerrillero Luis Augusto Turcios Lima, juntos en riesgosas reuniones con la dirigencia insurgente. Inexplicable su silencio en el momento en que esa misma dirigencia le pidió renunciar a la embajada de un gobierno criminal en Francia.* Otto René Castillo le hizo idéntica solicitud poco antes de caer prisionero en la montaña. Si a la muerte de Miguel Angel reproducimos en *Alero*, tomados de *Lanzas y letras*, cuatro textos políticos que llevan su firma, no fue para rescatarlo. En ellos se rescata.

Acude a mi memoria vestido de cucurucho. Lleva en hombros al Nazareno de Candelaria. Más que creyente, alucinado por las solemnidades litúrgicas. ¿Creía o sentía?

Abrazo al hombre y vuelvo mil veces a sus páginas. A la sien de la alondra.

* Me explica César Montes que al iniciarse el gobierno de Julio César Méndez Montenegro, Asturias consultó su nombramiento a la dirección revolucionaria, de la cual Montes formaba parte. Esta le otorgó su anuencia en un momento en que se ignoraba que ese gobierno civil, de elección popular, ya estaba plegado a los designios del ejército. (Cuando se discutió la posibilidad de que el movimiento revolucionario apoyara a Méndez Montenegro en las elecciones presidenciales, Montes estuvo en desacuerdo. Compartí ese criterio).

LOS SEIS ENSAYOS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Para conmemorar el centenario del nacimiento de Henríquez Ureña (1884-1946), la Editorial Nueva Nicaragua publicó en 1984 sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que él concluyó con estas palabras: "Va el libro en busca de los espíritus fervorosos que se preocupan del problema espiritual de nuestra América, que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena. Si a ellos logra interesarlos, creeré que no será del todo inútil". Humanista sustentado en el magisterio de Hostos y Martí, reúne en este volumen escogidas cuartillas de su prolífica obra crítica a la que Mariátegui llamó "necesaria", escrita "con tanto estilo individual".

Pedí el prólogo a Diony Durán Mañariana, profesora en la Universidad de La Habana, quien me lo dio enfatizando que esta obra contiene reflexiones sobre temas propios de tres géneros literarios — poesía, teatro, narrativa — ilustradas con ejemplos de tres zonas representativas del continente: el México de planes y conquistas revolucionarios, Argentina y los Estados Unidos. Los escritores y textos seleccionados corresponden a la intención del ensayista: Juan Ruiz de Alarcón, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes, de México; Héctor Ripa Alberdi, a quien llama "revelación íntima de la Argentina"; y los nombres que cubren veinte años de literatura norteamericana, es decir, de "la otra América".

Publicados en 1928, los seis ensayos mantienen su vigencia. Ni la erudición — en esto marchó de la mano con Alfonso Reyes — ni la cátedra privaron a la prosa de Henríquez Ureña de la lozanía y el alto vuelo propios de su voluntad de perfección. En sus escritos subyace la idea de que no hay secreto de la expresión sino uno: "trabajarla hondamente; esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afirmar, definir..." En su caso no cabe aquello de que escribir demasiado bien ya no es escribir bien; que son vanos tantos desvelos por el estilo. Fue un sibarita sin atisbo retórico ni profesoral. Helenista, como Reyes; precoz, luminoso y explosivo — palabras suyas —, era una inteligencia ajena a la improvisación sin brújula.

Su obra crítica fue reunida en un sólo tomo por el Fondo de Cultura Económica en 1960. Estudios en torno de la versificación rítmica, el endecasílabo castellano, el supuesto andalucismo de América, los romances tradicionales, el lenguaje, la poesía castellana, así como investigaciones filológicas e indagaciones acerca de la música popular de nuestros países — mosaicos todos de una concepción integral que le dio nombre a uno de sus trabajos, *La utopía de América* — nutren las páginas de ese libro.

Bastarían las virtudes intrínsecas de la prosa de Henríquez Ureña para hacerla imperecedera. Pero hay en ella algo más: el persistente ánimo de buscar y descubrir, como lo quiso Martí, los rasgos peculiares de nuestra expresión, de nuestro perfil espiritual.

A Salomón de la Selva debo cuanto sé de la intensa vida neoyorquina de Henríquez Ureña: de sus más próximos amigos, de sus lecturas de cabecera, de su gusto por el

ballet, la música, el teatro. De su preferencia por Piero della Francesca. Juntos, él y De la Selva, iban a todas partes. Pero el tiempo no se les agotaba en el Metropolitan Opera House, en el Century Theatre, en el Bandox, en las presentaciones semanales de los Washington Square Players. Les quedaban horas, felices también, para animadas discusiones con autores, actores y críticos en tertullas "bañadas y aun ahogadas en cerveza". A veces, Henríquez Ureña entonaba arias italianas y recitativos wagnerianos. Juntos conocieron a Lydia Lopokova, *première danseuse* del Ballet Imperial de Petrogrado que Serge Diaghilev llevó a Nueva York, con su Gran Ballet Ruso, para debutar en *El pájaro de fuego*. (Henríquez Ureña vio bailar a Isadora Duncan la Quinta Sinfonía de Beethoven y sobre la precursora de la danza moderna escribió memorable texto). "Áurea criatura de ensoñación", Lopokova casó pronto con John Maynard Keynes, el economista británico a quien los jóvenes marxistas leíamos con la misma prejuiciosa reserva con que los jóvenes keynesianos leían a Marx. Comenta De la Selva que la relación de Lord Keynes con el maestro dominicano "es de esas cosas que se sienten más bien que se palpan".

Los mexicanos Manuel Gamio, Luis Castillo Ledón, Javier Icaza, Martín Luis Guzmán y ocasionalmente algún otro, más el cubano Mariano Brull y los norteamericanos Troy Kinney, Ralph Roeder y Heywood Brown gestaron aquella "vida en los amigos", recordada por Salomón de la Selva, en que se prodigaba Henríquez Ureña: "Hipólito sin tragedia, era casto, y enamorado, y aun disoluto, en sus amigos". "Transformaba las amistades en ambiente".

CARLOS MÉRIDA

Siendo directores de la revista *Alero*, en su primera época, Lionel Méndez Dávila y yo viajamos a México para visitar a Carlos Mérida. Lionel lo conocía y había escrito laudatorias páginas sobre su pintura. Me impulsaba a verlo el deslumbramiento que me produjeron sus obras en la clase de Historia del Arte impartida por Mario Alvarado Rubio en el Instituto Nacional Central de Varones: las series *Imágenes de Guatemala* y *Estampas del Popol Vuh*, *Hombres pétreos*, *Ventana abierta hacia el mar*, con figuras que Cardoza y Aragón llamó "protoplasmas en movimiento". Su colección de trajes indígenas, reunida en portafolio, contrasta con el minucioso detalle de la concebida por Alfredo Gálvez Suárez con etnográfico afán. Mérida, ajeno a tal propósito, hizo síntesis conceptual: trazó líneas fundamentales, captó esencias, colores.

Nos recibió en su estudio de la calle Manuel M. Ponce. Sobre el saco gris oscuro de lana gruesa, largos cabellos blancos enmarcaban su cincelado rostro. Alto, muy alto, de encogidos hombros que parecían interrogarnos. Aséptico taller, réplica de un arte "puro, limpio de pecado", acorde con su proclama. Trabajaba como fuera de este mundo: él y su ámbito, una abstracción.

Le dijimos que la Universidad de San Carlos de Guatemala alentaba la idea de crear en Antigua una galería que llevaría su nombre. Y le solicitamos dos obras para constituir el fondo inicial. Desconcertado, nos preguntó por qué le hablábamos de donación y no de compra. "El General

presidente tiene dinero, pídasle a él". Accedió a darnos dos cuadros que enviaría en el futuro y conversamos de otras cosas: de la falta de responsabilidad del estado frente a los intelectuales y artistas, de la miserable condición de los artesanos populares, de la fuga de tesoros arqueológicos, de la incompreensión de quienes están obligados a velar por el patrimonio espiritual de Guatemala.

A Carlos Valenti aludí con devoción, con respeto. Leo estos juicios: "A los veintidós años de edad tenía ya lo que se llama «un estilo», su auténtico genio se manifestó desde un principio, sin titubeos, sin vacilaciones..." "Las artes visuales contemporáneas de Guatemala no han tenido sino dos personalidades a quienes podría llamárseles geniales: Carlos Valenti y Roberto Ossaye, ni yo mismo podría aventurarme a pensar en llegar a la estatura artística de aquellos dos predestinados". De un arcón sacó varias obras del compañero de andanzas parisienses a quien una mañana halló en su lecho junto al revólver con que se quitó la vida. Pequeños óleos, celosamente guardados. ¿Qué destino tuvieron estos trabajos tras la muerte de Mérida? ¿Son los mismos que donó al Museo de Arte Moderno de Guatemala? Sé que allí está el retrato que hizo del amigo, lienzo evocador de los aires azules de Picasso. Y está también el retrato de Mérida pintado por Valenti.

Le salía la voz de los ojos al recordar a Jesús Castillo. Cuidó durante décadas algunas partituras manuscritas del maestro, que donó a la Universidad: la primera versión de *Obertura Indígena, Laabal, Danza salvaje* (de la ópera *Qulché Vinak*), dedicada una de ellas "Para uso de mi amado hermano Carlos, espíritu dilecto y artista superior", y otra al compositor mexicano Carlos Chávez, "de quien el autor espera los valiosos consejos para mejor orientación de sus labores pro música maya-quiché". Al cumplir Mérida

ochenta años, recibí de él esas partituras y varios impresos que entregué a la Universidad. Una caja de música dormida.*

Julio Valle-Castillo me llevó recientemente a la Editorial Nueva Nicaragua la viñeta de Mérida que ilustró la primera edición de *Romances y corridos nicaragüenses* de Ernesto Mejía Sánchez. Reapareció impresa en la portada de la nuestra. Quisimos rendirle tributo a ambos.

He contado que Julio me obsequió el Mérida que tengo, dedicado a él. Boceto a colores, quizá definitivo. Está en la línea de sus estilizaciones decorativas, de sus caprichos geométricos. Viéndolo, pienso en el *Canto de la Sulamita*. "Como Beethoven —dice de Mérida Mejía Sánchez— oye los colores de las notas por los ojos y mira más de lo que ve".

* El inventario de esta donación se publicó en *Alero* (No. 4, segunda época, Guatemala, diciembre, 1971, p. 64).

EDUARDO GALEANO

Ni él ni yo podemos precisar los pormenores de su visita a Guatemala en los años sesenta. Nos presentaron casualmente en el edificio de la rectoría de la Universidad de San Carlos, semanas antes de que la suerte me deparara servirle de intermediario en su misión. Tenía él los ojos vendados cuando lo recibí en mi automóvil. Debía llevarlo a la iglesia de La Merced. De allí lo conducirían a la montaña, donde iba a entrevistarse con Marco Antonio Yon Sosa, comandante en jefe de uno de los frentes guerrilleros que luchaban en el oriente guatemalteco. Eduardo trabajaba entonces en el semanario *Marcha*, de Montevideo.

Intento reconstruir lo sucedido antes de su viaje a la Sierra de las Minas, y acudo a él sin fortuna: "He exprimido en vano mi memoria. No consigo recordar más que lo que decís en la carta. Yo llevaba como un mes esperando al contacto prometido por Marco Antonio cuando apareciste enviado como por el cielo y todo se resolvió en un santiamén. Lo demás está en los libros, el de Guatemala y otros donde quise recoger resplandores de la luz de tu país".

Ciertamente, el resto está en los libros: en *Días y noches de amor y de guerra*, del que hicimos dos tirajes en la Editorial Nueva Nicaragua. Hay en esas páginas evocaciones de "los muchachos de entonces", estudiantes y campesinos que conoció en lo alto de la cordillera. Durmió con ellos en el suelo, "abrazados todos con todos, bien pegados los cuerpos, para darnos calor y que no nos matara la helada del alba". El resto está también en *Guatemala país*

ocupado. Cuenta allí cómo surgió "el primer laboratorio latinoamericano para la aplicación de la *guerra sucia* en gran escala".

Diez años transcurrieron hasta que restablecimos la comunicación. Eduardo dirigía en Buenos Aires la revista *Crisis*, y yo estaba en Guatemala, al frente de *Alero*. Publicamos sus escritos, mantuvimos correspondencia. Bajo su firma, el inequívoco cerdito con una flor en la boca.

Escapados de las dictaduras militares de su país y del mío, coincidimos en La Habana a mediados del 81: *Primer encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de nuestra América*. Un año antes, tras el asesinato de José León, me hizo llegar este mensaje: "No es carta; es abrazo. Me enteré por Claribel de la mala nueva, la peor posible, y sólo quiero hacerme un minúsculo lugar a tu lado para soplarte un poquito de ánimo al oído y pedirte que seas fuerte y sigas adelante". Volveríamos a vernos en mi casa de Managua.

De Fidel Castro recibió la Orden Félix Varela, que Cuba otorga a intelectuales distinguidos. Estuve junto a él. También en Managua, en el momento en que le fue conferida la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío.

"Desde el invierno del 92", en Montevideo, me llega, con Claribel, *El libro de los abrazos*. Otra vez el cerdito con la flor en la boca, al pie del autógrafo.

JORGE SARMIENTOS

Allegro vivace

De pie, frente a los timbales. Esfera de cobre partida en dos. Ajusta las llaves. Recio mentón, fruncido ceño. Tras los platillos y el bombo, un sol asiático. Fijos los ojos en el podio. Resuena la descarga sobre el tímpano. ¡Qué volcánica ira!

Andante

Vuelve del Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales de Buenos Aires — Instituto Torcuato di Tella —, donde trabajó con sus maestros Alberto Ginastera, Maurice Leroux, Ianis Xenakis, Mario Davidowsky; de la École Normale Supérieure de Musique de París, formado como director de orquesta con Jean Fournet; del curso de interpretación y dirección de música contemporánea dictado por Pierre Boulez en Basilea; del curso internacional de perfeccionamiento para directores de orquesta impartido en la Opera de Bolonia por Sergiu Celibidache.

Andantino

El fantasma de su batuta recorre el mundo. París, Jerusalén, Osaka, Tokio. El teatro Colón de Buenos Aires, el Municipal de Santiago, Bellas Artes en México. Coincidi-

mos. Agotadas las localidades para escuchar su versión de *Bolero*. Bogotá, otra coincidencia.

Presto

Devuelve, en Guatemala, la *Orden del Quetzal*.

Scherzo y danza

Recibe las Palmas Académicas de Francia. En su cuello las órdenes *Heitor Villa-Lobos* y *Andrés Bello*.

Adagio

Compone sin tregua. De *Cinco estampas cakchiqueles descriptivas* (1953), su *opus 1*, pasando por *Tres estampas del Popol-Vuh* (1958), partitura concebida para teatro, danza, coros y orquesta sinfónica, *Obertura popular* (1962) y *Oda a la libertad* (1963), suerte de tetralogía en la que el nacionalismo no degenera en "jicarismo", llega fluidamente a la serie *Hommages* (I y II), al coropoema sinfónico *Bolívar*, para recitante y orquesta (poemas de Miguel Angel Asturias), al ballet *El pájaro blanco*, a sus conciertos y música de cámara, al *Concertante para clarinete y orquesta* (1981). Cien partituras en su catálogo.

Finale

Difícil precisar el momento en que el estilo define al hombre, o a la inversa: ¿*Tres bocetos, homenaje a Debussy* (1952)? ¿*La muerte de un personaje* (1970)? ¿*Ofrenda y gratitud –Terremoto 76–*? ¿*Homenaje a Ricardo Castillo en el centenario de su nacimiento* (1991)? Desisto del empeño, extasiado ante las obras que me hacen evocar a Jorge

Sarmientos al frente del registro de percusión de la Orquesta Sinfónica Nacional de Guatemala: *Concierto para cinco timbales y orquesta, Improvisaciones para cinco timbales y ocho percusiones, Concierto para marimba y orquesta.*

Jorge Sarmientos es el siglo veinte de nuestra música.

Coda

No distingo entre el artista y el hombre. ¿Es esto posible? Sonoro, cargado de furias y ternuras, en nada difiere de nuestros volcanes. Relámpago, música él mismo. Cuando lo vi en la cárcel, acusado de atentar contra las instituciones democráticas, era quetzal cautivo.

LOS HERMANOS CUADRA-VEGA

Por Alejandro Bermúdez Alegría, nicaragüense como los Cuadra-Vega, supe de Luciano, el mayor de los hermanos, nacido en 1903. Al conocerlo, confirmé cuanto sabía de él. Alto, muy alto, erguido, con estatura de espiga. Vestía pulcra camisa blanca de mangas largas, pantalones oscuros y boina negra. Sobre la boina, una estrella de plata. ¡Fina estampa!

Nos reunimos una mañana ardiente de Granada, su tierra natal, para conversar acerca de un proyecto editorial que nos había encomendado Sergio Ramírez: publicar, por segunda vez, la traducción que hizo Luciano de *Nicaragua, sus gentes y paisajes* de E. G. Squier, para la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), creada por Sergio en Costa Rica. Me recibió en su regia mansión granadina, cuyos amplios corredores cierran el floreciente jardín central. Sentados en confortables mecedoras de mimbre tejido, trazamos nuestro plan de trabajo, escogimos grabados y esbozamos el formato. El proceso de impresión se hizo en dos o tres meses y el volumen se publicó con el sello de la Editorial Nueva Nicaragua. Espléndido libro rectangular, de encendidas tapas rojas, ilustrado con dibujos a pluma de James McDonough, tomados de la edición original en inglés (*Nicaragua: its people, scenary, monuments, and the proposed interoceanic canal*, New York D. Appleton & Co., 1852). Squier, arqueólogo y diplomático norteamericano, y su amigo McDonough, estuvieron en Nicaragua en 1849.

Visité con frecuencia a Luciano. Él, a su vez, llegaba a verme a la Editorial Nueva Nicaragua. Evocaba siempre a Alejandro Bermúdez Alegría, amigo de la niñez, hijo de Alejandro Bermúdez Núñez, compañero de andanzas europeas y newyorkinas de Rubén Darío. (Tengo presente una fotografía de ambos, tomada de perfil, al pie de la cual Darío escribió: “Para ti, Alejandro, que tienes el Verbo, de tu hermano, que tiene el Ensueño”). Me hablaba de Manolo, su hermano, poeta, narrador, periodista, boxeador, comerciante, hotelero, telegrafista, agitador, titiretero en Suecia, buhonero en Austria, soldado en Java, estibador en Génova, capataz en Creta, contrabandista de armas en Etiopía, traficante en marfil, oro y sal, autor de *Almidón*, *Itinerario de Little Corn Island*, *Contra Sandino en la montaña*, sus más difundidas obras en prosa. (Para la Editorial Nueva Nicaragua, Lizandro Chávez Alfaro preparó en 1992 una selección de estos tres títulos, en cuya contraportada se reproduce una fotografía de Manolo -tronco desnudo frente a su Underwood. Es el Manolo de corazón abierto.) Dispersó su talento en crónicas, artículos de prensa y notas editoriales tan constantes como sus contradicciones. “Todo se transforma -escribió desde la cárcel a Juan Aburto, cuando apenas tenía treintiséis años-, sólo una parte permanece: la hecha para sufrir”. Un Rimbaud nicaragüense, un *enfant terrible* como el poeta de Charleville, acerca de quien publicó un ensayo que se antoja autobiográfico. Dice allí: “La actividad biológica de un hombre es inseparable de su actividad poética”. Julio Valle-Castillo incluyó este texto en un libro antológico que tituló *Rimbaud entre nosotros*, con semblanzas firmadas por Rubén Darío, Luis Cardoza y

Aragón, Ernesto Mejía Sánchez y José Coronel Urtecho entre otros.

Rolando Steiner, dramaturgo y poeta, colega de trabajo en la Editorial Nueva Nicaragua, me obsequió, poco antes de morir, su escritorio de caoba con plancha de mármol y las cartas que le enviaba Manolo desde el hospital donde falleció en Costa Rica. Las conservé celosamente hasta que decidí dárselas a Sergio Ramírez, porque son patrimonio de Nicaragua.

José Cuadra-Vega, es el menor. Poeta de tiempo completo. Coronel Urtecho lo llamó “campeón del pudor literario” y descubrió en él tres personas distintas - personajes o máscaras- y un sólo poeta: don José, Josecito y José Cuadra-Vega. Más su personaje imprescindible, doña Julia -doña Julia Robleto-, esposa inmortalizada en la poesía nicaragüense como lo fueron doña Ximena, doña Elvira y doña Sol en las letras españolas. A ella pertenece casi toda su poesía. Burlón, incapaz de hablar en serio, ni de él ni de nadie. Franz Galich ve en él una síntesis de Santo Tomás y el Arcipreste: tierno, dulce, picaresco.

Gilberto, otro de “mis Cuadra-Vega”, se proclama germanófilo y nazi. Su casa, un museo de fotografías y recuerdos del nazismo. Cuando lo conocí, en una fiesta de cumpleaños de Luciano, le pedí que habláramos de sus ideas políticas. Me respondió en alemán.

Leo en un periódico de Nicaragua que los hermanos Cuadra-Vega son homenajeados por los escritores de ese país entrañable. Me sumo al homenaje y a los abrazos que recibe Luciano en sus noventa años de vida.

LUIS BRITO GARCÍA, MI AMIGO VENEZOLANO

Qué ocurrencia la tuya, Luis. Leo “Daniel Santos, *in memoriam*”, y pienso en nuestros encuentros: dos en La Habana -jurados tú y yo en el Premio Casa de las Américas-, y otro en Managua, para el Premio latinoamericano de novela Nueva Nicaragua.

Durante las idas y venidas a la casa de campo en que leías y leías hasta el desvelo, entre lo tuyo y lo mío, contado de recodo en recodo en aquella carretera sombreada de chilamates, se construyó sin premura nuestra intimidad. A pausas, a largas pausas que echo de menos.

Ahora que te leo, disfruto de tu talento. Y de tu ingenio. Novedosa la idea de titular cada fragmento de tu texto con canciones populares que, de alguna manera, se antojan autobiográficas: “Están clavadas dos cruces”, “Aunque me cueste la vida”, “Adorarte para mí fue religión”, “No habrá barrera en el mundo”, “Y todo a media luz”... Tus reflexiones sobre esta música-“bonita” la llaman los mexicanos-, lo dicen todo: “Ya no se espera la redención del político, que falló, pero tampoco del individuo, doblemente disilusionado de la epopeya y de la intimidad. El fanático ya no se encuentra bien en el palacio, donde domina el partido; ni en su casa, donde impera la familia; pero tampoco en su propio cuarto, donde tiraniza la introspección”.

Nuestro último encuentro -el de esta lectura que comento-, quizás por irreal, tiene sabor a canción. A la canción que es *nuestra canción*, a esa canción que -te cito literalmente- no requiere de exégesis; a esta cerril preferencia por boleros o mambos en una noosfera infestada de *rock and roll*: a la canción que expresa lo que los culturólogos llaman identidad.

EL ABRAZO DE BERNAL Y OMAR

Entre *Canción de amor para los hombres* de Omar Cabezas y el memorable relato de Bernal Díaz del Castillo, hay una suerte de parentesco. Podría añadirse que se trata de un parentesco consanguíneo. Ciertamente, en ambos textos, marcados por el olor a hierro y a pólvora, por la sangre, por la entrega total a causa propia; por la presencia del soldado y sus afanes guerreros, sus triunfos, sus fatigas y derrotas, el hilo conductor del testimonio entrevera, sin preconcepción alguna, fresca, ingenuamente, la historia epopéyica con la ficción novelesca. Dentro del marco de su peculiar circunstancia, en ellos campean, junto a la autenticidad del idioma, la explicable jactancia, la pintoresca fanfarronería. En el texto de Bernal, el conquistador, el colonizador, el encomendero consume su hazaña bajo la advocación de Dios “primeramente”, de Su Majestad y de toda la cristiandad. En el de Omar, el combatiente revolucionario, el intrépido guerrillero alza su arma impulsado por un ideal: la libertad, la independencia de Nicaragua.

Dice Bernal:

“Y Dios ha sido servido de me guardar de muchos peligros de muerte, así en este trabajoso descubrimiento como en las muy sangrientas guerras mejicanas”.

“Y ya de bien en mejor, no se me puso por delante la muerte de los compañeros que en aquellos tiempos nos mataron, ni las heridas que me dieron, ni fatigas ni trabajos que pasé y pasan los que van a descubrir tierras nuevas, como nosotros nos aventuramos, siendo tan pocos compañeros, entrar en tan grandes poblaciones llenas de multitud de belicosos guerreros”.

“...así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en las batallas que me hallé peleando y con todo lo acaecido, para que digan en los tiempos venideros: esto hizo Bernal Díaz del Castillo para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos”.

Y Omar escribe, invocando no el favor de Dios sino su complicidad en el mismo tono profético del salmo 22 del *Viejo Testamento*: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Pero oigámoslo:

“Ya me imaginaba yo, medio camufladito, entrando el día, solo, al Palacio, y que un hijueputa me reconocía con todo y camuflaje y me cargaba a balazos en las propias escalinatas de la entrada... voy pensando, Dios mío, ayúdame para que me escojan aunque me dé culillo ir a hacer la inspección de reconocimiento. No importa, Diosito, ayúdame a que sea yo...”.

“Yo puedo ayudar a cambiar el mundo, que el ‘hombre nuevo’ es cierto. Que vale la pena, en todo caso, morir de amor o por el amor, por la felicidad futura de los hombres, del ser humano, sin esperar nada a cambio, que no sea la íntima satisfacción de sentirse más humano, vale decir, más revolucionario...”

“Nosotros no matamos a la gente por puro gusto, aunque vos te lo merecés no te vamos a matar y no te vamos a matar porque nosotros somos guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional”.

En los textos de Bernal y Omar hay otro rasgo en común. Ninguno tiene pretensiones de historia oficial. Es más: el primero conlleva una refutación a las “verdades” oficiales de Gomara. El segundo, como diría Sergio Ramírez, es uno de esos destellos, incandescentes aún, con que se armará, “página por página, todo el cantar de gesta de la revolución”. En uno y otro texto el autor es indivisible: soldado y cronista a la vez. En uno y otro caso, el relato fue escrito años después de ocurridos los hechos.

Es probable -a propósito de esa dualidad soldado-escritor- que al tener en sus manos este nuevo libro, Omar Cabezas sea presa de reflexiones como aquellas que, pensando en Stevenson, se hacía Jorge Luis Borges acerca de sí mismo en *Borges y yo*. Guerrillero y narrador nato, se dirá tan confundido como el maestro argentino: no sé quién de los dos escribe estas páginas.

EL “MORO”

En 1977, fui invitado a participar como jurado en la rama de ensayo del Premio Casa de las Américas. Antes de solicitar la visa, en la embajada cubana acreditada en México, alguien me previno: “Ten cuidado con el consejero cultural; es intratable”.

Temeroso, me presenté a su despacho sin previa cita. Ante mí, un hombre de más o menos cuarenta años. Vestía traje de casimir café, a rayas, y lucía discreto pañuelo de seda en el bolsillo de pecho. Sobrio, diríase elegante. Su rostro, nada tenía de cubano. Cetrino cutis de aceituna. Como pegado con plancha, el pelo liso, oscuro, húmedo aún por el baño reciente, se aferraba a su cabeza. Parco, muy parco en el hablar, me preguntó por los problemas políticos de Guatemala. Sabía que el mío, era una suerte de viaje clandestino.

En abril del 78, recibí carta suya inquiriendo por *Alero* (“hermosa, estupenda revista”, decía). Me contaba que llegó a tener una colección al día, la cual perdió. Y enterado por Luis Cardoza y Aragón de que yo podía ayudarlo, deseaba reponerla. Le interesaba sobremanera el número “cubano” -así reza la carta- “que acabo de ver reseñado en *Casa*”. Sin duda porque olvidó aquella primera reunión en la embajada, ocurrida un año atrás, escribió al despedirse: “Esperando tener el placer de conocerte alguna vez, quedo con saludos cordiales y solidarios, Fayad Jamis”.

En julio del 78, invitado nuevamente a La Habana, volví a su despacho. Esa noche comimos en su casa. Conversamos sin prisa en el taller de pintura, en el

estudio. Vi cuadros y hojeé libros. Nos hacíamos amigos.

Nacido en Zacatecas, México (1930), hijo de madre mexicana y padre libanés, llega muy niño a Cuba. Enfermizo y “portador de gérmenes infectocontagiosos”, sufre cuarentena y otros rigores impuestos por las autoridades sanitarias.

Tempranamente, se entusiasma con la poesía y la pintura. Leyendo *Orígenes*, la revista de Lezama Lima, se forma en el quehacer literario. Y, como dibujante y pintor, en la Escuela de Artes de San Pedro. Escribe y pinta con igual ímpetu. *Brújula*, su primer poemario, le abre las puertas del éxito. *Los párpados y el polvo*, manuscrito e ilustrado por él, vendrá después. Cintio Vitier consagra su nombre al incluirlo en *Medio siglo de poesía cubana*.

Viaja a París, donde los acorralan las frecuentes crisis económicas, donde sobrevive en medio de tertulias bohemias “con ojeras y poemas”. Son los enamorados días compartidos con Nivaria Tejera, plenos de turbulencia amorosa. Hay entonces en su obra poética una mezcla de simbolismo, surrealismo y preocupación social. Es el caso de *Los puentes*, hijo de su alucinación parisina. La versatilidad matiza sus cuadros: óleos, tintas, plumillas, manchas. Colores y sombras.

Tres meses después del triunfo revolucionario, vuelve a Cuba. Ganará pronto el Premio Casa de las Américas con *Por esta libertad* (1962). “Para mí —afirma—, la poesía tiene algo de tempestad, de sacudida larga e intensa, de incendio, de explosión... la poesía es una lucha permanente, una batalla de sangre y de luz entre el hombre y su circunstancia, entre el hombre y todas las cosas que pueblan el universo”.

Preso del cáncer, que destruye su garganta y acaba con su vida, el "Moro" deja una novela sin editar, un mural y un poemario inconclusos. Al evocarlo, detengo mis ojos ante los sobres de papel manila portadores de sus cartas. Minuciosas obras de arte. Con estampillas, matasellos, trazos propios y colores, trabajaba el pintor.

De uno de esos sobres tomo este poema que nos heredó para siempre:

*Con tantos palos que te dio la vida
y aún sigues dándole a la vida sueños.
Eres un loco que jamás se cansa
de abrir ventanas y sembrar luceros.
Con tantos palos que te dio la noche,
tanta crueldad, y frío, y tanto miedo,
eres un loco de mirada triste
que sólo sabe amar con todo el pecho,
fabricar papalotes y poemas
y otras patrañas que se lleva el viento.
Eres un simple hombre alucinado
entre calles, talleres y recuerdos,
un simple hombre loco de esperanza
que siente como nace un mundo nuevo.
Con tantos palos que te dio la vida
y aún no te cansas de decir te quiero.*

Enmarcado, preside mi casa de Managua.

ALLAIDE FOPPA

Quienes la esperábamos para verla cruzar el patio de la vieja Facultad de Humanidades, estábamos, sin duda, enamorados de ella. De su donaire, diríase aprendido para cautivar. Llegaríamos a ser amigos, amigos en casa de su madre paradigmática, doña Julia Falla de Foppa. Amistad compartida con Alfonso Solórzano, su marido; con Laura, Silvia, Julio, Mario y Juan Pablo, sus cinco hijos por mí queridos. Amigos en el hogar mexicano de la calle Hortensias, allá en el extremo sur del Distrito Federal, donde, a medio día, Alfonso me aguardaba con un “caballito” de tequila -“pálida llama” diría Alvaro Mutis- y Alaide me brindaba la frescura de encendido campari. Guatemala y los guatemaltecos, tema de siempre. Sólo a ratos, si su modestia lo permitía, los textos que convirtió en volúmenes impresos: *Poesías*, libro de juventud; *Los dedos de mi mano*, simiente maternal para cosecha de robles; *Las sin ventura*, lírica y épica entreveradas; *Guirnalda de primavera*, frescas, flores frescas; *Elogio de mi cuerpo*, autorretrato alado y retrato a mano alzada de Elvira Gascón; *Confesiones de José Luis Cuevas*, entrevista trabajada a trancos. Por ella conocí al pintor. *Poesía*, editada por José Antonio Móbil, cuando cundía el temor y el pretexto era escudo. Cerca estuve de sus empeños en *Fem*, desafío editorial reivindicador de derechos y afanes de la mujer.

De la cintura ecuatoriana me llega -bajo el signo de la Fundación Cultural Alaide Foppa- un libro marcado por dos fijaciones de Alaide: *Las palabras y el tiempo*, tal su

título. Lo abre un epígrafe de Cesare Pavese, que anticipa el reflexivo contenido de esta obra: *Le parole sono il nostro mestiere*. Más que el tiempo, la palabra es su idea pertinaz: “*Casi todo lo espero de las palabras...*” Pero advierte ignorar lo que las palabras prometen, lo que niegan, lo que está más allá del eco que despiertan. No sabe si nacen en sus labios o si alguien se las va dictando en un mudo lenguaje del que tampoco sabe la clave. Se pregunta por qué escribe y se responde con preguntas: ¿Porque está sola y le asustaría su voz? ¿O porque encuentra una página blanca y tiene un nudo en la garganta?

El desempeño literario de las palabras preocupa a Alaide. En un ensayo sobre la obra de Miguel Angel Asturias alude a los peligros de la llamada “prosa poética” y de la “poesía en prosa”, para concluir afirmando que al poeta le es difícil resistir a la tentación de las palabras seductoras, peregrinas, centelleantes, coloridas, inusuales en la prosa cotidiana. Para el escritor -anota- las palabras son tan atrayentes como un vestido de fiesta. En los poemarios de Alaide -*Elogio de mi cuerpo* es ella frente al espejo- son las palabras las que triunfan. Suerte de florentina renacentista que escribe para sí, que descubre sorprendida lo más íntimo de su yo.

Dejo atrás estas consideraciones y vuelvo a los recuerdos. Al último que me ata a la imborrable imagen de Alaide. En diciembre de 1979, en la casa tlalpeña de Elisa y José Luis Balcárcel, celebramos la Noche Buena. Nos reunimos Alaide, Alfonso, Mario y Juan Pablo, los Cardoza y Aragón y mi hijo José León. Exceptuados Alfonso, Lya, Luis y yo, los demás fueron asesinados por el gobierno militar de Romeo Lucas.

Leo a Alaide en el último poema de su libro recién llegado:

*Quisiera
detener un momento
este fluir
de las horas
para tener tiempo
de recordar.*

¿Estará recordando? ¿Qué recordará?

La literatura, pero sobre todo la poesía, es trama, es urdimbre, es música. Se lee, se oye. Este gozo me ha traído la reedición ecuatoriana de estos versos que me devuelven a Alaide rediviva, rediviva en su palabra por encima del tiempo.

MARIO MONTEFORTE TOLEDO (Retrato hablado)

Mis primeros recuerdos de Mario -Marito, como le he dicho siempre-, se remontan a la década de los 50. Su nombre estaba entonces en las planas de los periódicos. Presidía el Congreso Nacional y, por disposición constitucional, era vicepresidente de la República. Joven, apuesto, militaba en las filas revolucionarias. Me parecía renacentista: un Cellini. Sabía de sus aventuras en el Usumacinta caudaloso, en la selva lacandona, en los cerros que bordean Atitlán.

Al celebrarse las Olimpiadas Centroamericanas y del Caribe, lo vi de cerca vistiendo el uniforme de la selección guatemalteca de esgrima. El sable, su especialidad. Como mis lecturas me habían llevado con devoción a Enrique Gómez Carrillo, espadachín y boulevardier en París, fui haciendo de ambos un solo ídolo. Quise seguir sus pasos y recibí clases de florete.

En el 53, cuando asumí la presidencia de la Asociación de Estudiantes Universitarios, mis compañeros y yo fundamos el Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales. Visitábamos a Mario en un hotelito situado en la esquina de la trece calle y tercera avenida, hoy zona uno de la ciudad capital. Nos invitó a conocer la casa de su madre, allá en el Guarda Viejo.

Pronto, elegimos la dirección de aquel instituto que se adueñó de nuestro entusiasmo: János de Szécsy, Mario Monteforte Toledo, Roberto Irigoyen Arzú,

Dagoberto Vásquez, Isidro Lemus Dimas, Francisco Reyes Pérez y Roberto Díaz Castillo. He aquí el plan académico: Mario Monteforte Toledo, *Tenencia de la tierra en Guatemala*; Roberto Irigoyen Arzú, *Urbanismo*; Dagoberto Vásquez, *Elementos constantes de la plástica guatemalteca*; János de Szécsy, *Los monumentos de la conquista*. Se solicitó respaldo financiero al Banco Agrario Nacional y al Departamento Agrario y se encaminaron gestiones análogas ante el gobierno central. El equipo de trabajo quedó integrado con veinte investigadores voluntarios, casi todos profesionales y estudiantes universitarios. La reconstrucción de Ciudad Vieja -aún en abandono- era objetivo primordial de János. Los sucesos políticos del 54 echaron por tierra tan ambicioso proyecto.

Coincidiendo con este empeño me uní a Antonio Fernández Izaguirre y editamos el primer número de la revista *El Derecho*, a la que quisimos concebir como tribuna ampliamente cultural y no como portadora de reflexiones jurídicas. Marito abrió sus páginas con un ensayo que leyó en la antigua Escuela de Derecho: "Limitaciones y posibilidades del estudio sobre los guatemaltecos". Inauguramos así un ciclo de conferencias en el que participaron además Joaquín Pardo, Jorge García Granados, Fedro Guillén, Mario Silva Jonama y José Humberto Hernández Cobos. Cito dos afirmaciones de Monteforte que han guiado mis pasos en más de una incursión historiográfica: "De dos debilidades fundamentales adolece el enfoque liberal de la historia: la razón de Estado y la anécdota. En nombre de la razón de Estado se acomodan los textos de historia a los lineamientos políticos, sobre todo en aquellas naciones que, como Inglaterra, Alemania,

Francia, los Estados Unidos o la Unión Soviética, han llegado a ser potencias mundiales, con una necesidad apremiante de justificar su estructura, su expansión y dominio”. “La otra debilidad principal de la historia es la anécdota”... “que explica la historia en razón del hecho localizado, de la persona, del accidente fortuito...”

En el número 2 de *Revista de Guatemala* (tercera época, enero-diciembre, 1960), Huberto Alvarado nos invitó a varios amigos a dedicar ese volumen a Miguel Angel Asturias con motivo de su sesenta años. El texto de Monteforte es una carta dirigida a Miguel Angel, suscrita por “Marito”, “tu hermano de siempre”, en que se lee: “Te deberían poner en la bandera nacional; lo merecés por grande de plumas y porque como pocito de agua, reflejás hasta los lunares de nuestra patria”.

Antes de que compartieran expulsión del país y exilio, tras la caída de Arbenz -yo me hallaba en Chile-, José Luis Balcárcel me hacía llegar noticias de Mario. Ambos se quedaron en Guatemala combatiendo la intervención extranjera. Mario, desde *Lunes*; José Luis, en *El Estudiante*.

Volví a ver a Marito en México. Me obsequió un ejemplar de su *Sociología guatemalteca*, volumen que despertó inquietudes en mi generación. Nuevas obras suyas llegaron luego a mis manos. En compañía de José Luis lo buscaba al salir de la Ciudad Universitaria. “Monti”, solía decirle Balcárcel.

Nuestras bromas eran tan frecuentes como nuestros encuentros. En una fiesta le pregunté a Mario por qué tenía tanta aceptación entre las mujeres. Me contestó sin vacilar: -Mientras los maridos se emborrachan, yo atiendo a las señoras. Otro día, al mostrarme el *Jaguar*

vino tinto que conducía, inquirí sobre su procedencia. - Clases de esgrima a una dama- fue la respuesta.

Tenía Marito una leída columna en la revista *Siempre!* -la de Pagés Llergo-, encabezada por un retrato suyo en que lucía el cabello ligeramente suelto y una pipa en la boca. Hace poco, a propósito, escribí un texto en que supo distinguir entre el oficio literario y el quehacer periodístico, dos de sus preciados afectos.

Caminando por las calles de Quito, durante el más largo de mis exilios, me topé con Mario. Fuimos a su casa y, en seguida, a la residencia y museo de Guayasamin. Durante el trayecto, me habló de su vocación de jinete, de su caballo. Meses adelante, recibí este mensaje: “Todas tus cartas han llegado, así como una serie de chingaderas que me embargan: ...accidente de mi caballo que exigió matarlo...era el único bien terrenal que poseía (a más de la camioneta que conociste y de cuadros y libros regalados por mis amigos)... lo supliré, al menos para montar a diario según costumbre, con un angloárabe de un amigo a quien doy clases de alta escuela”.

En un viaje posterior, volvimos a vernos en Quito, esta vez en casa de Pedro Jorge Vera, notable narrador ecuatoriano. Conocí allí a Eduardo Zurita, que ganaba prestigio como intérprete de valeses, pasillos, albazos, aires y tonadas de su tierra ejecutados al órgano. Mario remitía sus cuartillas de columnista al diario *Hoy*.

Nuestro encuentro definitivo ocurrió en Guatemala. Aquí lo veo y lo leo. Semana a semana aguardo impaciente sus retratos hablados.

LA RESEÑA

El martes santo voy con José Barnoya a la iglesia de La Merced. Presenciamos allí, dentro del templo, la alzada en hombros del nazareno esculpido por Mateo de Zúñiga en 1654, y, luego, su salida a la cabeza del cortejo procesional de *La Reseña*. Los aglomerados fieles casi nos impiden alcanzar el crucero, bajo cuya espaciosa cúpula el nazareno aguarda a sus cargadores. El anda, desprovista de adornos, es más pequeña que la acostumbrada el viernes santo. Son los fieles quienes la colman de flores que lanzan en ramos espléndidos a los pies de la consagrada imagen. Cuando se inicia la procesión, ya el anda es mar florido.

El nazareno, con la cruz auestas, viste siempre túnica nueva donada por algún devoto. Inmenso armario conserva la colección de túnicas usadas en esta procesión y en la del viernes santo. Hay, entre ellas, una de mangas cortas, tres cuartos, que obsequió el presidente conservador Rafael Carrera, y otra, bordada en oro, que mandó confeccionar Miguel Angel Asturias.

A las ocho horas y cuarenta minutos de la mañana, los cargadores están en sus puestos. Portan, para apoyarse, una horquilla de pulido acero que acompañará sus pausados pasos. Una danza. Suena el timbre colocado bajo el anda en señal de partida y dos imponentes trompetas llaman a silencio. Una descarga de tambores precede a *La Reseña*, antigua ofrenda musical transida de dolor. Híncase la gente mientras se levanta la imagen para luego avanzar sin prisa. Al llegar

al atrio, estalla triunfante *La Granadera*, conmovedora marcha fúnebre que sólo suele escucharse al entrar y salir las procesiones de la semana santa guatemalteca.

Me recuerda José que nos bautizaron juntos en la iglesia de Santa Rosa, vecina de la casa de sus padres. Algo alienta en mí la convicción de que existe entre ambos una suerte de consanguinidad.

Este libro fue impreso en los talleres gráficos de Editorial Serviprensa C.A., en junio de 1998. La edición consta de 1,000 ejemplares en papel bond beige de 90 gr.